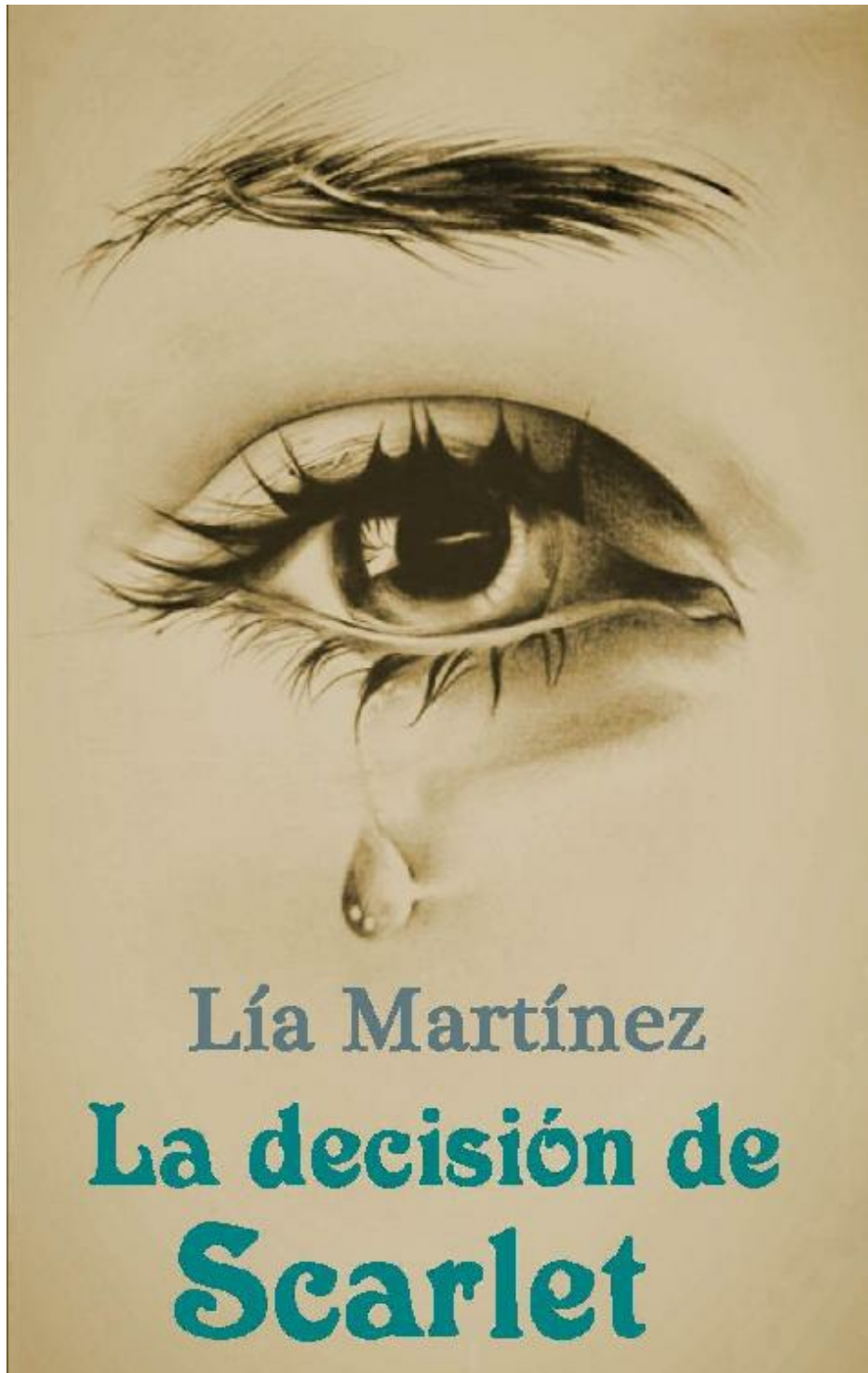




**Lía Martínez**

**La decisión de  
Scarlet**





Lía Martínez

**La decisión de  
Scarlet**

# **La decisión de Scarlet**

**Lía Martínez**

Cuando Scarlet creía que su vida volvía a estar encaminada tras su ruptura con Ian, un acontecimiento en la vida de ambos, hará que ésta se plantee tomar una de las decisiones más difíciles e importantes a las que jamás se haya tenido que enfrentar.

Un accidente, un Reality Xtrem y un dispositivo de búsqueda, la llevarán hasta un país desconocido para ella y para su peculiar grupo de amigas virtuales, que no dudarán en dejarlo todo para unirse a ella.

Su amistad, cariño, valor y sentido del humor, ayudarán a Scarlet a seguir adelante en este duro capítulo de su vida.

Una historia repleta de ternura, dolor, tensión y todo lo que necesites para pasar un buen rato.

¿Tomará Scarlet las decisiones correctas y adecuadas o se catapultará en el mayor error de su vida arrastrando con ella a su grupo de amigas?

Adéntrate en ésta maravillosa historia y acompaña a nuestra amiga en la locura de su existencia dónde los lazos de la amistad están por encima de todo .

Quiero dar las gracias a todas las personas que han colaborado de un modo u otro en este pequeño proyecto.

A mi querida Angélica, no dejes de ser cómo eres; la distancia no está reñida con el cariño y la amistad, gracias por haber estado siempre ahí, algún día amiga, algún día. A Tere, como siempre, gracias por todos los consejos y ayuda para expresar como es debido mis ideas y plasmarlas en forma de novela.

Agradecer también a Aixó por guiarme en la elección de la portada que mejor se adaptase a mi historia; y por supuesto a Aurora y Rosa con las correcciones, gracias por la ayuda desinteresada.

No me puedo olvidar de mis lectoras alfa, que sin dudarlo aceptaron leerla y darme sus más sinceras opiniones, Sonia, Rous, Pilar, Ángeles, María S, Silvina, Sary, Ari, Silvia y Cyn.

También a Awen, quién me ayudó en el terreno médico, aparte de prestarse a leerlo, a todos, gracias mil.

Cómo no, a mi familia, lo mejor que tengo, porque sin ellos, no soy nadie, gracias por estar siempre a mi lado y aguantar mis tonterías.

Y por supuesto, gracias a todos los lectores. Espero que disfrutéis tanto, como lo hice yo, escribiéndola.

# Capítulo 1

—No podemos continuar con esto —dijo de pronto Scarlet. Llevaba varios meses que no sabía si iba o venía, se encontraba en un estado de apatía total. Parecía que siempre estaba enfadada, de mal humor, y tenía muy claro a qué se debía.

—¿A qué te refieres? —respondió Ian extrañado. Nunca imaginó que fuese ella quien decidiera terminar con aquella relación, siempre pensó que, si algún día terminaba, sería él quien pusiera punto final.

—Ya sabes, a esto —dijo, moviendo su mano de él a ella—. No podemos seguir así.

—Sabías a lo que te arriesgabas aceptando; nunca te mentí respecto a esta relación, y aun así quisiste seguir adelante.

—Lo sé, por eso mismo: como fui yo la que aceptó, soy yo la que te dice que no quiero seguir contigo. No te debo ni me debes nada, simplemente se acabó.

Ian era un hombre tremendamente guapo, sus ojos eran claros, entre azules y grises, imposible definirlos con exactitud, y el cabello revuelto le confería un aire de chico malo. Quizás fue eso lo que más le gustó de él en un principio.

Se conocieron un día en el supermercado: ella fue tarde como siempre, él llevaba una lista de encargos que más parecía una biblia comprimida en formato winrar. Chocaron sus carritos en la sección de galletas y cereales de los que son para guardar la línea, más propios de mujeres que de hombres. Parecía un guardaespaldas, ya le gustaría a ella que le guardara las espaldas y alguna cosita más. Nada que ver con eso. Tiempo después supo que era monitor de deportes extremos, más concretamente el puenting aunque le daba a

todo. Vamos, una puta locura, dado que ella era la típica chica que no se subía más allá del balancín del parque... y de aquello hacía siglos. Todas esas cosas le producían un pánico atroz. Un día, de pequeña, sus padres la llevaron a un parque de atracciones, y una de las norias se quedó parada durante casi veinte minutos. Los gritos de la gente que estaba subida en ese momento le crearon un trauma que a día de hoy no había conseguido superar.

Sólo sus amigas virtuales del telegram lo sabían. No recordaba muy bien cómo llegó hasta ellas. Se metió en un grupo de lectura de los muchos que existen por las redes sociales (le encantaba leer), así que terminó allí con ellas. No quiso decirles en su momento que lo que le gustó muchísimo fue el nombre del grupo, se hacían llamar *LOCAS DEL MOÑO*. No se conocían personalmente, era casi imposible, estaban repartidas por toda la geografía española... aunque, eso sí, se lo pasaban en grande cuando coincidían todas. Fueron ellas las que, en un arrebatado de locura pasajera le recomendaron hacerse un circuito de ese tipo de deportes. Más concretamente le dijeron que: *a grandes males, remedios drásticos*. Que cabronas, sabían de sobra a dónde la mandaban.

Al principio sólo fue atracción física por parte de ambos. Una noche de sábado coincidieron en una fiesta que organizaba uno de los compañeros de Ian, que casualmente también era conocido de Scarlet, con motivo de su cumpleaños... Se les fue de las manos. Tontearon discretamente, era un juego que los llevaba al límite, y precisamente hasta allí les llevó: entraron en uno de los lavabos del local y cerraron la puerta. Ian besaba con auténtica pasión a Scarlet, cuyo primer error fue no parar aquel beso; detrás vinieron otro y otro. Las manos de ambos tomaron el relevo, las de él subiendo el vestido de ella y las de ella abriendo el botón de los pantalones. No podían parar ni querían. Ian la volteó apoyándola contra la pared y lo que allí ocurrió sólo lo sabían ellos. Llegaron a un brutal clímax que los dejó paralizados. Cuando sus



respiraciones se normalizaron salieron sin hacer ruido cada uno por su lado y regresaron a la fiesta. Ese fue el primero de sus muchos encuentros.

Evitando los recuerdos recogió sus cosas y salió sin mirar atrás. Al llegar al ascensor lloró: la congoja que tenía le impedía respirar, había tomado una decisión y no podía echarse atrás, primero por ella y segundo por la mujer de Ian. Entendía a aquella mujer más de lo que le gustaría, estaba enamorada de su marido, y aunque ella sabía de sobra que él la engañaba siempre miraba hacia otro lado con tal de seguir junto a él.

Scarlet sin embargo, no quería pensar en mantener esa tóxica relación; era mejor perder ahora que saberse perdedora siempre: Ian nunca dejaría a su mujer, bien lo sabía. Dos años de relación y de su vida tirados a la basura.

Dejó el trabajo de un día para otro, puso a la venta su pequeño apartamento, sacó del banco todos los ahorros que tenía y desapareció de la faz de la tierra. Tenía necesidad de cambiar todo y empezar de cero.

Al día siguiente, cuando Ian llegó a su oficina en el pabellón dónde se reunían para preparar las jornadas al aire libre no la vio, y eso le extrañó mucho, Scarlet solía pasar tiempo allí mientras no trabajaba. La quería cerca de él, se había obsesionado con ella. Nada tenía que ver con el resto de las mujeres que conocía, incluida la suya.

El día que fue a pedir información sobre un circuito para ella, le pareció una chica del montón. Iba vestida de manera informal (vaqueros desgastados, camisa y botas de media caña), unos impresionantes ojos verdes y algunas bonitas pecas en los pómulos le daban aire bohemio. El cabello castaño lo llevaba sujeto en la parte alta de la cabeza con una coleta y sus labios, rosados y carnosos, deberían ser catalogados, creía él, como un nuevo pecado capital. Le disgustaba aquel atuendo; prefería a las mujeres bien vestidas, pero contra todo pronóstico fue eso lo que terminó de gustarle de ella. Era sencilla, alegre y destilaba una energía hasta ahora desconocida para

él. Con su mujer no la sintió nunca. Esa noche no esperaba verla allí, Samuel no le dijo que la había invitado, si bien era cierto que ni él mismo sabía a quién invitaba a sus peculiares fiestas. Llevaba un vestido ajustado rojo de lentejuelas por encima de la rodilla y unos zapatos de tacón alto. ¿Dónde se encontraba la chica de los vaqueros?

Pensó que después de lo del día anterior necesitaría un par de días; llamó a Samuel para saber si él o su acompañante sabían algo de ella, pero nada. No podía ser cierto, sacó su móvil y la llamó: “el teléfono está apagado o fuera de cobertura”, imposible contactar. Su nerviosismo aumentó cuando llamó a su apartamento y nadie contestó. Cogió las llaves de su coche y salió a la calle, fue hasta su casa y vio el cartel de *en venta* colgado de la baranda. Subió hasta el último piso y lo encontró completamente vacío salvo por el chico de la agencia que se ocuparía de los trámites de la venta.

—Disculpe, ¿le puedo ayudar en algo? —preguntó el muchacho.

—Eh, uhm —se había quedado mudo, no le salían las palabras.

—¿Está interesado en la compra?

—No, disculpe soy amigo de la anterior dueña. Dígame, ¿ha dejado alguna nueva dirección, teléfono o algo? Me urge hablar con ella.

—Lo siento, pero tengo órdenes directas de no dar ningún número a nadie sin previo aviso.

—¿Cómo dice? ¿Me está tomando el pelo, verdad?

—De ninguna manera, sólo que, salvo que esté interesado en la compra, no puedo facilitar ningún dato sobre la vendedora. Ahora, si me disculpa y no está interesado, ¿puede salir? Estoy esperando una visita de alguien que quizás lo compre.

Ian salió enfurecido y sin despedirse, Scarlet se había marchado y se había tomado muchas molestias en no dejar ningún rastro. A lo mejor su amiga Susana sabía algo, pero tampoco. La buscaría hasta debajo de las piedras.

¿Por qué estaba tan interesado en ella?

---

Habían pasado seis meses desde su ruptura con Ian, y aunque todavía le dolía había conseguido sobrevivir. Sus compañeros de trabajo la apreciaban mucho y ella a ellos, pero hasta eso empezó a pesarle. Ya no era la chica alegre de antaño a la que le gustaban las bromas, andar descalza por la arena y que mataría por unas gominolas.

A pesar de haber bajado de peso gustaba a los hombres y lo sabía, y además se sacaba bastante partido. No sólo cambió de ciudad, también cambió su cabello, lo cortó hasta la altura de la mandíbula y se lo tiñó de otro color, lo que le daba un aspecto dulce e incluso infantil.

No sabía a ciencia cierta por qué se había decidido por aquella ciudad, quería poner miles de kilómetros de por medio, era como si eso hiciera más fácil olvidarle... qué equivocada estaba... pero tampoco se arrepentía de aquella decisión. Le gustaba aquello y no le había costado adaptarse ni a su nuevo trabajo ni a sus compañeros, el sol calentaba casi hasta en el invierno, y a ella eso le daba vida. Iba paseando por la orilla de la playa, observaba a la gente, a los clientes que apuraban sus últimos días de descanso en las terrazas de los bares, y no se dio cuenta que alguien la llamaba, más bien gritaba su nombre cómo un poseso. Se giró y allí lo vio, levantándose de un banco y corriendo hacia ella. Pantalón deportivo y camiseta de tirantes blanca marcaban sus pectorales. El moreno de sus piernas y brazos contrastaban con el claro de su ropa.

—¡Mierda! —eso sí que no lo esperaba. España contaba con diecisiete comunidades autónomas y tenía que aparecer Ian precisamente donde ella se encontraba. ¿Qué hacía él allí? No podía ser real. Aceleró la marcha, no quería pararse, no quería se repetía a sí misma. Le agarró de la mano

haciéndola parar de golpe.

—¿Scarlet, pero qué coño te pasa? —preguntó enfadado.

—¡Déjame en paz! ¿Qué haces tú aquí? ¿Cómo me has encontrado? — estaba más nerviosa de lo que quería aparentar.

—He venido porque hay un casting para un gran concurso.

—¿Por qué aquí?

—Y yo qué sabía que estabas en esta ciudad, te he buscado hasta debajo de las piedras y me desesperé por qué no te encontraba.

—Creo que fui clara cuando dije que se acabó.

—Te llamé y no contestaste, fui a tu casa y ya no estabas, ¿por qué...? Scarlet... —su voz la trastornaba, si en ese momento le hubiera dicho de irse con él, lo habría hecho sin pensarlo. Llevaba meses sin sentirlo, sin oler su aroma, le necesitaba tanto...

—¡Por favor, vete y no me busques más! ¡Adiós!

Sin darle tiempo a réplica se dio media vuelta y se marchó dejándole con la palabra en la boca. Empezó a callejear sin rumbo para despistarle si se le ocurría seguirla, necesitaba desquitarse cuanto antes; Ian tenía el poder de calentarla sólo con hablarle. Era más que urgente que llegara a su casa. Lo había visto muy desmejorado pero, como siempre, tremendamente guapo. Si sólo hubiese una pequeña posibilidad de que él dejara a Marga, no se hubiera marchado pero necesitaba empezar de nuevo y él no tenía cabida en esta nueva etapa.

Llegó a su pequeño estudio, en realidad era un ático pequeño y coqueto que le encantaba por su forma y distribución y porque disponía también de una gran terraza desde donde veía el mar. Se tumbó en su hamaca y pensaba en Ian cuando su teléfono comenzó a sonar. Era su jefe.

—Sí, ¿dígame?

—Scarlet, soy Jesús, ya sé que es tu día de fiesta, pero te necesito.

—Joder, ¿en serio ni en mi día libre voy a poder estar tranquila? — haber visto a Ian la había puesto de mal humor. De hecho, lo que la tenía de tal humor era que ni tiempo de desfogarse había tenido.

—Lo siento, no te lo pediría si no fuera importante.

—¿De qué se trata?

—Quieren alquilarme el pub para una fiesta privada y es mucho lo que pagan. Voy a tener que depender de todos, incluso contratar más camareros para hoy.

—¿Quién organiza la fiesta? —le daba en el morro que no iba a ser buena idea ir, pero tampoco podía dejar a su jefe tirado después de haberla contratado a ella cuando llegó.

—Como bien sabrás, estos días va haber un casting para un programa, habrá gente importante y dada la difusión de la misma creo que será bueno para el negocio.

—¡Aja! —iba diciendo según cogía una manzana del refrigerador.

—El caso es que los organizadores del evento quieren ofrecer una fiesta y han pensado en nosotros, le dije que sí y bueno, ya sabes. Os necesito a todos hoy aquí.

—Ya, bueno, me debes mi día de fiesta más dos más por el favor.

—¿No crees que te estás pasando Scarlet?

—Tú verás lo que te conviene, lo tomas o lo dejas.

—O sea, ¿dos días libres y encima cobrar las horas extras?

—Sabes que no hace falta, pero si me los quieres pagar no te voy a decir que no.

—A negociante no te gana nadie, ¿lo sabías?

—Si lo sé, por eso tú mismo.

—De acuerdo, tú ganas. Te espero a las ocho y nos organizamos.

En el momento que colgó el teléfono ya se estaba enfadando consigo

misma. Sabía que era más que posible que Ian estuviera en aquella fiesta y quién sabe si Samuel también. Se comió la manzana en tres bocados, fue a la ducha y se metió dentro. Dejó que el agua caliente le arrastrara la mala leche del cuerpo. Se tumbaría en su hamaca y descansaría. La noche prometía ser bastante larga.



Ian no encontraba las palabras para definir su reencuentro con Scarlet. Se encontraba junto a su inseparable Samuel, eran amigos desde la secundaria y habían cursado la carrera en la misma facultad de empresariales. Eran inseparables, los Zipi y Zape de la clase. Salían juntos e incluso compartían habitación en sus años de estudiantes. Samuel era el típico amigo que todo el mundo quiere, ése que está en las duras y en las maduras y que había sacado a Ian de algún que otro lio. Él no se lo reprochaba, era su amigo y punto.

—No lo entiendo, después de buscarla por toda la ciudad, hoy la encuentro y sale huyendo. —le estaba diciendo.

—Joder, Ian, ¿y qué esperabas, que te pusiera la alfombra roja como en los Óscar?

—No es eso lo que quería oír por tu parte.

—Soy tu amigo, no tus distintas féminas que dicen y hacen lo que tú quieres —se defendió

—¡Maldita sea! Me tiene loco desde que se marchó. Tengo que volver a tenerla a mi lado sea como sea.

—Dime una cosa amigo mío, ¿qué es lo que más te duele, que se haya ido o que haya sido ella la que te haya dejado?

—¿Pero qué estás diciendo?

—Te conozco lo suficiente como para saber que tu ego empieza en tu capullo y termina en tus huevos.

—No entiendo por qué me dices eso.

—Muy sencillo, siempre has tenido a quién te ha dado la gana, has jugado con las mujeres a tu antojo y ahora que te encuentras con una que te manda a paseo, te obsesionas con ella. ¿Por qué no pasas de Scarlet? Sería lo mejor.

—Porque no puedo.

—Entonces deja a tu mujer.

—Tampoco puedo —le dijo bajando la cabeza—. Eso ya lo sabes.

—¿A quién pretendes engañar? No quieres y punto, porque es más cómodo llegar a tu casa y tener todo hecho, la cama caliente cuando te acuestas y como no te cuesta mucho tirarte a quien sea, de vez en cuando te la tiras y los dos contentos.

—¡Que te jodan!

—Claro que sí, que me jodan. Cobarde, eso es lo que eres: un cobarde de mierda. Y te lo digo desde el cariño.

Ian salió de la habitación de hotel que compartía con su amigo bastante enfadado; que le dijera todo aquello le fastidiaba, pero sabía que tenía razón. Era un cobarde como cuando se casó con ella: prefirió casarse a romper el compromiso y ser la comidilla de todos sus amigos. Marga, era una mujer muy guapa: unos pechos voluptuosos que volverían loco hasta al mismo iceman, redondeadas caderas, fina cintura e interminables piernas. Se enamoró de ella al igual que otros muchos, pero Marga se fijó en él y al cabo de unos meses de salir se fueron a vivir juntos. Aquella nueva situación lo ahogaba, no estaba acostumbrado a compartir con nadie su espacio.

Un día Marga le acompañó a una de las expediciones. No debía haber terminado de esa manera, incluso ni siquiera estaba catalogada como peligrosa. Bajando un barranco Marga patinó, cayendo por el precipicio lleno de piedras y ramas, golpeándose todo el cuerpo. Una lesión en la cadera la

obligó a estar internada durante meses en un hospital, quedándole como secuela una pequeña cojera. Ella siempre le echó en cara a Ian su torpeza por llevarla y le hacía sentir culpable, por eso el día que le propuso dar un paso más en su relación no pudo negarse. Samuel se lo advirtió por activa y por pasiva, pero era tanta la culpa que sentía que accedió a unirse en matrimonio con ella. Unos años después se dio cuenta de su error, pero la vida cómoda que llevaban era más fuerte que la idea de separarse. Ambos estaban bien así. Ian daba gracias a que no tenían hijos en común. Marga decía que era joven todavía y no estaba preparada para dar ese paso. No es que no estuviera preparada, simplemente no quería. ¿Cómo iba a estropear su cuerpo engordando y con estrías? Ella valía mucho más que eso. Ian no discutía porque entendió que el traer un hijo a este mundo con ella, eso sí sería un error.



## Capítulo 2

Scarlet salió de la ducha y se fue desnuda hasta la terraza: nadie podía verla, por eso lo hacía. Le gustaba sentir el calor del sol por todo su cuerpo. No había ningún edificio más alto que el de ella en muchos kilómetros, todas las casas y los edificios colindantes quedaban más bajos de altura.

Se recostó boca arriba en una de las tumbonas. El agua de la ducha sólo se había llevado la mala leche, la calentura de ver a Ian seguía produciéndole palpitaciones. Necesitaba hacer algo, el móvil empezó a pitar como un loco... sus amigas del telegram, no había silenciado el teléfono. Los mensajes empezaron a entrar uno tras otro.

—¡Mierda! —Del susto que se llevó saltó de la hamaca casi cayendo al suelo—. No me lo puedo creer, ¿es que no voy a poder tener un poco de tranquilidad? —mascullaba mientras se dirigía hasta la mesita y cogía el móvil de malas maneras...

—*Hola, guapas, ¿qué hacéis?* —era Angy, seguramente acababa de llegar de trabajar.

—*Holitas* —Pilar respondía. Estaban todas como cabras montesas... no eran dependientes de medicación ni nada de eso, a ver si nos aclaramos. Estaban locas de atar pero de locura sana, ésa que nadie se atreve a demostrar, a ser juzgados y que te hace reír sin poder parar. Se habían hecho muy amigas y confidentes—. *Estoy hasta el moño de tantos números* —se quejaba Pilar.

—*Tranquila nena* —Angy era la revolucionaria del grupo. Pilar iniciaba una bonita etapa en su vida, estaba muy ilusionada pero los cálculos la estaban volviendo loca.

—*¿Que pasa, locas!* —era Rous quien hablaba—. *Guapi, relájate, que todo va a salir bien.*

—*¡Guarris, no os voy a decir lo que me habéis interrumpido!*  
—Scarlet se unía a la conversación—, *espero que sea importante...* —desde que se había separado de Ian el súper monitor, estaba bastante arisca.

—*Nosotras también te queremos* —dijeron al unísono—. *¿Hemos interrumpido algo?*

—*Nada* —respondió, reponiéndose todavía del susto.

—*¡Huy, la que calla otorga! ¡Cochina!* —Era tanta la confianza que se conferían entre ellas que se podían dirigir en esos términos— *Pilar está agobiada y tú sólo pensando en ti y lo que sea que estuvieras haciendo. ¡Marrana!* —unos emojis de besos aparecieron acto seguido, sacando una gran sonrisa a Scarlet.

—*Vale, sorry, lo siento, soy una egoísta de mierda* —se disculpaba mandando emojis de vuelta—. *Pero que sepáis que me habéis jodido un maravilloso orgasmo.*

—*Pero que cerda, si no lo dice revienta* —respondió Angy riéndose—. *Os dejo, el enano de mi jefe me reclama. Dios, qué cruz. Hasta luego chochetes, besos* —se despidió.

—*Yo también me voy, después hablamos* —se despidió Pilar.

—*Pero qué hijas de fruta, me jodéis el solitario y ahora me dejáis tirada, ten amigas para esto* —. Chatear con ellas era unas risas constantes. Volvió a dejar el teléfono en la mesita. La charla con sus amigas la había animado. El tiempo se le echó encima, tendría que dejarlo para otro momento, ahora debía prepararse para ir a trabajar. Se pondría rompedora esa noche, y si se tenía alguna posibilidad de triunfar lo haría. Ya bastaba de respetar algo que no llevaba a ningún lado. Ella era libre de hacer con su vida y su cuerpo lo que quisiera.

Antes de salir dejó un mensaje para las niñas:

—*Por cierto zorronas, esta mañana vi a Ian...* —de pronto aparecía

como desconectada.

—*Pedazo marrana, y lo dices ahora. Oye, cúchame, ¿qué te ha dicho?* —preguntó Cyn. Ella fue la última en llegar al grupo pero fue como un soplido de aire fresco con sus ocurrencias—. *Locas, ¿habéis leído? Scarlet guarri, no te pires* —nadie respondió—. *Se puede saber dónde estáis, voy a llamaros al orden, Marian, Marisol, Rous Pilar, venga, pasad por caja... Angy... ¡la madre que os parió, decidme algo! ¿Ari, hay alguien por ahí?* —nadie.

---

Ian se había quedado muy confuso. El hecho de que Scarlet saliera como de estampida le había dejado descolocado. Solo quería hablar con ella, saber por qué se fue de aquella forma... Los meses que habían pasado sin ver a Scarlet habían sido un tormento. Se había obsesionado tanto con ella, con su cuerpo; sus curvas le volvían loco. No sabía cómo hacerlo con ella. No podía estar ni un día más sin sentir el roce de su piel. Era pensar en ella y perder el norte. Fue caminando de vuelta al hotel. Se dijo a sí mismo que se acostaría pronto aquella noche, y al día siguiente saldría a recorrer las calles y tratar de buscarla. Pero primero tendría que acudir a aquella maldita fiesta que los organizadores del evento habían preparado y a la cual no tenía muchas ganas de acudir. Samuel ya se había comprometido con ellos y, sin consultarle absolutamente nada, dijo que ambos acudirían. Poco tiempo tenía para regresar y prepararse, así que se levantó, se sacudió la arena y tomó el camino de regreso al hotel.

—Coño, ¿dónde te habías metido? Te he estado llamando. —le dijo Samuel.

—Por ahí, me dejé olvidado el móvil. Voy a ducharme, —respondió, saliendo hacia el baño. Este constaba de dos estancias, una más pequeña que

la otra. En la principal se encontraba el lavamanos, un gran espejo que cubría toda la pared y en la parte izquierda junto al marco de la puerta una jabonera y un secador de pelo. Tras la puerta, la bañera, el bidet y el inodoro. Eso era todo.



La entrada del pub estaba iluminada con los típicos fluorescentes de neón, esos que si vas con alguna prenda blanca se ve morada. La puerta sólo estaba abierta para los trabajadores.

Aún quedaban un par de horas para la fiesta privada pero había que preparar todo con antelación. Allí ya se encontraban el jefe y los compañeros de Scarlet.

—Bueno, ahora ya estamos todos y cada uno sabe su puesto y su trabajo. Scarlet, tú hoy también estarás en la terraza, no sólo en la barra.

—Vaya, ya me parecía que no todo iba a ser tan bonito —respondió malhumorada. Servir en las mesas cuando había ese tipo de eventos podía convertirse en algo muy pesado. A ella estar detrás de la barra le encantaba, le daba la vida como ella decía.

—Pues si no hay más reclamaciones, a trabajar todo el mundo.

Se había ido a un cuarto que tenían para cambiarse de ropa, había decidido que se pondría lo más mona posible. Antes de salir cogió su móvil y mandó un mensaje al grupo de sus amigas. Seguro que se habían quedado pasmadas con lo que les había dicho.

—*Hola, niñas, mira que rajáis. Jodeos, que hasta que no termine esta noche no os contaré nada.*

—*¿No era tu día de fiesta, o qué?* —preguntó Pilar.

—*Sí, pero mi jefe me llamó antes de que me fastidiarais el solitario y me dijo que me necesitaba esta noche* —le estaba contando cuando entró

Marian.

—*Hola chochos, ¿qué os contáis? Por cierto, ¿cómo es eso de que has visto a Ian?*

—*Eso, eso, so putilla* —fueron Angy y Rous quienes escribieron.

—*Ahora no puedo contaros, pero no pasó nada. Bueno, sí, está tremendo de guapo, pero le di calabazas.*

—*Ja, ja, ¿le diste calabazas, o le comiste la calabaza?* —preguntó Marisol, ella siempre picando al resto.

—*Pero que puta ordinaria eres, tía. Ja, ja, ja...* —la recriminó Pilar. Si te parabas a pensar, cada cuál era más bruta a la hora de hablar, así se reían.

—*El caso es que le dejé plantado, y salí por patas.*

—*¿Por qué hiciste eso?* —preguntó Cyn.

—*Porque si no se marchaba seguro se lo tiraría en pleno paseo de la playa. Eh, Scarlet, ¿me equivoco?* —Rous la conocía muy bien. De todas las del grupo fue a la primera que conoció y siempre habían sido cómplices. En realidad todas eran solteras, algunas con pareja eso sí, pero tenían la literatura en común. Aquel grupo se abrió para comentar los libros que cada una leía, pero terminó siendo un grupo donde aparte de libros hablaban de cualquier otra cosa.

—*Chicas, os dejo, que tengo que salir a currar. Mañana si estoy en condiciones ya os cuento. Os mando foto. No me echéis de menos. Besos. Adiós, chao* —, se despidió, no sin antes hacerse un selfie. Desconectó el móvil y se retocó el gloss antes de salir. Llevaba una minifalda que tapaba lo justo, una camiseta de lentejuelas ajustada, atada al cuello, haciendo aguas entre el blanco y gris. Deslumbraba con las luces del interior. El cabello lo dejó suelto dándole un aire sensual.

Los primeros invitados empezaron a llegar. Las mesas estaban

colocadas estratégicamente y surtidas de canapés para los invitados; su jefe se lo había currado bien. Debía ser algo importante para ocasionar tanto despliegue. Incluso dos hombres como dos armarios empotrados controlaban las puertas.

El haber visto ese día a Ian la había trastornado. No había estado con ningún otro hombre desde que le dejó, nada más porque siempre pensó que le estaría traicionando, no era ni su mujer ni su viuda para guardarle ni fidelidad ni luto. Pero eso había cambiado. Ya era hora de volver a enamorarse. Se encontraba en la terraza retirando unas copas cuando la puerta se volvió a abrir. No se dio cuenta hasta rato después. Dos hombres acompañados de dos señoritas entraron y se dirigieron hacia la zona vip. Scarlet llegó a la barra y cogió las consumiciones que le había preparado su compañera.

—Scarlet, esto es para la mesa 14, en la zona vip—, le dijo Lore.

—Gracias, voy y vuelvo, necesito ir al lavabo.

—Tranquila, ve —Scarlet, bandeja en mano, salió a la zona vip y en cuanto entró unas risas al fondo le llamaron la atención, las conocía muy bien. Tuvo que hacer malabares para que no terminara todo en el suelo. No supo si le impresionó más ver a Ian o verlo acompañado por aquella señorita a la que le habría arrancado los ojos en el mismo momento en que le vio acariciarle el muslo. El monstruo verde apareció de golpe. Ian le retiraba un mechón de cabello del rostro y acariciaba el contorno de su cara. Samuel sentado en frente a él tenía cogida de la mano a otra chica. Se acercó a la mesa dejando mudos a aquellos dos.

—Por el amor de Dios, Scarlet ¿qué haces aquí? —preguntó Samuel.

—Hola, Samuel, pues he venido a ver una película de ciencia ficción, ¿qué te parece? Y tú, bueno, ¿vosotros que hacéis aquí?

—Pues ya ves, pasando un buen rato. Los patrocinadores de la expedición han organizado esta fiesta de despedida, en dos días partimos

hacia el extranjero para participar en ella. Será muy importante para nuestras carreras como monitores, cabe la posibilidad que una cadena de televisión quiera hacer un programa tipo el último superviviente o algo parecido, pero con el deporte extremo como tema principal. No es lo que hacemos, pero todo vale.

—¿Y adónde se supone que os vais? —preguntó haciéndose la interesante.

—Hola, Scarlet —dijo Ian—. No sabía que trabajaras aquí. Qué coincidencia, ¿no te parece?

—Sí, mira que hay pubs a patadas y casualidad me tengo que encontrar aquí contigo —tenía que salir de allí, la ponía nerviosa su presencia. Era verle y dejar de tener sentido todo. Dejó las consumiciones encima de la mesa.

—Bueno, aquí os dejo las bebidas, si queréis más ya sabéis: pedid a la camarera —Ian se soltó de su acompañante e hizo ademán de levantarse a la vez que Scarlet se marchaba, no podía dejar escapar la ocasión de hablarle. Cuando llegó casi a la barra, tomó la mano de Scarlet, que se paró de golpe.

Ian quiso preguntarle pero ella no le dejaba.

—Ian, estoy trabajando. ¿Por qué no vuelves a la fiesta y me dejas en paz de una buena vez?

—Necesito hablar contigo.

—¡Por favor, suéltame! —le dijo intentando soltarse de su agarre.

—Scarlet joder, espera —le dijo sujetándola con más fuerza.

—Me estás lastimando, márchate o llamaré a los de seguridad. —al conseguir soltarse, tropezó con sus mismos pies cayendo hacia atrás golpeándose en la cabeza.



El sonido del teléfono se hacía eco en algún rincón de la pequeña

salita de su apartamento. Scarlet no recordaba cómo había llegado a su casa, tenía lagunas sobre lo que ocurrió la noche anterior. Lo último que recordaba fue que Ian la agarró de la mano y la llevó hasta el hueco de las escaleras que daban acceso a la oficina de Jesús. Después de aquello, nada.

Volvió a mirar a su alrededor, David, uno de sus compañeros, se encontraba a medio vestir dormido en el suelo apoyado en el sofá, como poco, tendría una tortícolis de impresión a no ser que aparte de servir copas fuera también contorsionista. El dolor de cabeza no la dejaba pensar con claridad.

—¿Qué hostias había pasado? Ay, madrecita, que no me haya acostado con esto... —pensaba para sí.

No estaba tan desesperada, ¿o sí? No es que David fuera un mal chico, es que era diferente. A ver como lo explicaba para que se entendiera: David, tenía un ojo a la birulé, vamos, se ponían Lore y ella enfrente de él, y si se movían el tío las seguía a las dos con la mirada; por no hablar de sus dientes, los tenía tan desordenados, que los creadores del famoso juego del tetris, se inspiraron en él. Siempre pensó que a Jesús le daban alguna subvención por tenerle trabajando. No llegaba a tener una minusvalía pero como se decía vulgarmente, sí le faltaban un par de hervores, de la otra manera no se mofaría de él.

Ian la dejó con la palabra en la boca y las bragas chorreando. Maldito Ian. ¿Qué fue lo que estuvieron hablando?

—Buenos días o buenas noches, princesa, no lo tengo claro aún. Haz el favor de contestar, que me va a explotar la cabeza.

—¿Pero tú de qué vas? Es tu puto móvil el que suena. A todo esto, ¿qué coño haces aquí? —preguntó enfadada.

—¿Cómo que qué hago aquí? ¿Ya no lo recuerdas? Vaya, entonces no fue tan especial para ti como lo fue para mí —la cara de confusión de Scarlet no tenía precio.



—¿En serio? —Scarlet no podía creer lo que David insinuaba— ¿Qué cojones pasó anoche? La madre que me parió. ¿Qué he hecho por Dios? —se llevó las manos a la cara.

—¡Joder, tía, sólo hemos follado, tampoco es para tanto, digo yo!

—¿Qué no es para tanto? ¿Pero tú te has mirado al espejo? —no se dio cuenta de lo que había dicho hasta que no terminó la frase.

—Scarlet... —su voz fue bajando de tono según pronunciaba su nombre—, eso no es lo que me decías mientras lo hacíamos.

—¡Ay, Dios mío! ¿Pero qué he hecho? Maldito teléfono, cógelo y lárgate de una puta vez.

—Veo que eres de esas mujeres de mal despertar. Me piro.

—Adiós, David —le miró con cara suplicante.

—No te prometo nada, ya veremos cómo te portas conmigo a partir de ahora —aquello no le gustó ni lo más mínimo a la ya más que jodida Scarlet.

—¿A qué te estás refiriendo? —le preguntó. Tal cual, David la miró y se marchó.

Scarlet lo flipaba en colores. ¿Se habría acostado con él? Veía a David como algo inofensivo, no se imaginaba que pudiera ser un impresentable. Ya no sabía qué pensar, sólo necesitaba saber qué fue lo que ocurrió la noche anterior para entenderlo. No le quedaría más remedio que llamar a Ian. Por otro lado, tampoco le hacía mucha gracia hacerlo. Todo estaba del revés. Aprovecharía sus dos días de descanso para pensar en lo ocurrido y después le llamaría.

Se vistió y se acercó hasta el súper que había cerca de su casa. Desde que llegó allí, siempre hacía la compra en él. Había hecho migas con una de las cajeras, Maru, una chica muy simpática con la que de vez en cuando tomaba un café en su rato de descanso y charlaban alegremente de sus hobbies, de libros o vacaciones. Haría la compra primero y si podían tomarse un café

bien, y si no pues de vuelta a casa. Tenía mucho en qué pensar y poco tiempo para ello además, no le hacía ninguna gracia cómo se estaba comportando David. Tendría que hacer algo antes de fuera demasiado tarde. No sabía las intenciones de David, pero tampoco quería dejarlo pasar mucho tiempo. Tendría que pensar algo.

## Capítulo 3

Ian se quedó destrozado cuando Scarlet se golpeó al querer soltarse del agarre, no la sujetaba con fuerza ni mucho menos.

En ese momento aparecieron su jefe y otro imbécil al cual Jesús mandó llevar a Scarlet a su casa para que descansara, porque el golpe la había dejado mareada y casi sin conocimiento. El tipo en concreto era muy raro, y difícil de mirar, al menos lo que se podía ver desde fuera. Que lo mismo luego resultaba ser un encanto de persona.

Muy a su pesar, tuvo que volver a la fiesta. No podía ni quería comprometer a Scarlet con su jefe... ya buscaría la manera de poder localizarla y hablar con ella.

Los dos días siguientes pasaron con una lentitud aplastante. Scarlet quería llegar cuanto antes al pub para poder comentar con Jesús qué fue lo que ocurrió, ya que no lo recordaba y de paso averiguar cómo localizar a Ian. No se había conectado al telegram en todo ese tiempo y no quería preocupar a las chicas, pero tampoco sabía qué contarles. Lo que David le había dicho la tenía desenchajada por completo, ¿sería cierto que se había acostado con él? Sólo de pensarlo le daban ganas de cortarse las venas. ¿Qué clase de chantaje le haría para no contarlo?

Llegó al trabajo y fue directamente a la oficina de Jesús. Tenía que hablar con él antes de enfrentarse a David.

—Buenas tardes, Jesús.

—Hola Scarlet, ¿qué tal te encuentras? Menuda leche que te diste.

—Pues verás, de eso te quería hablar. No recuerdo ni una mierda de lo que pasó. ¿Qué fue lo que pasó? —le preguntó.

—Criatura humana, ¿no has ido al médico? A ver si tienes una

conmoción o algo...

—¡Déjate de cuentos! No recuerdo nada, pero estoy bien. ¿Me vas a decir qué pasó? —empezaba a perder la compostura. Desde el primer momento que empezó a trabajar allí Jesús la había tratado muy bien, en realidad a todos los empleados los trataba con mucho cariño. Siempre creyó que en un trabajo lo mejor era estar en armonía, como si fueran una pequeña familia. Eso sí, cuando se mosqueaba, que Dios te pillara confesado.

—Por lo que sé, y esto me lo contó David... —le interrumpió.

—¿Cómo que te contó David? ¿Es que él también estaba? Madre mía, esto carece de sentido.

—En realidad justo pasaba por allí. Eso es lo que dijo.

—Vale, continúa.

—Te vio discutiendo con un cliente, éste te tenía sujeta y cuando te soltaste te golpeaste la cabeza. Fin de la historia.

—¿Y qué hacía David en mi casa cuando desperté?

—Le pedí que te llevara. El cliente en cuestión quería hacerlo, pero yo no se lo consentí. Parecía que te conocía muy bien. Lo que no sabía era que David se quedó allí contigo. Le preguntaré cuando vuelva. Me ha pedido unos días libres y se los debía. Así que se los he concedido. Scarlet, ¿conocías a ese joven? —la pregunta le pilló de sorpresa.

—Le conozco, pero antes de que digas nada deja que te lo cuente —. Jesús le hizo un gesto para que continuara—. Nos conocemos de hace unos años, vivíamos en la misma ciudad y tuvimos una relación que se acabó unos días antes de venirme para aquí. El día de la fiesta coincidí con él en la playa y tal cual lo vi me marché. Me vine a esta ciudad para olvidarme de él.

—¿Sabías que iría a la fiesta?

—No. —respondió rotunda.

—¿Entonces, dónde está el problema? —preguntó extrañado.

—Necesito hablar con él. Saber qué pasó, de qué hablamos.

—¿Y yo qué tengo que ver en todo esto? —cada vez estaba más extrañado.

—Necesito que me digas el teléfono del organizador del evento, por mediación de él podré localizar a Ian.

—Lo siento Scarlet, pero no puedo hacer eso y lo sabes. Además, no tiene caso ya hacerlo: la expedición partió ayer para el Amazonas.

—¿Cómo dices?

—Lo que has escuchado. Ayer se fueron todos: los monitores, los organizadores, la televisión... todos.

El nerviosismo de Scarlet iba en aumento. No se había acordado que se iban, y ahora ya no podría hablar con él.

—¿Hay algo más que quieras contarme o que yo deba saber? —Un torrente de lágrimas comenzó a caer sin control. No sabía ni si debía o quería contarle sobre lo de David.

—Pero muchacha, ¿qué es lo que ocurre? ¿Por qué estás así? —la sujetó por los hombros y la abrazó para consolarla—. Sabes que no soy tu padre, pero si necesitas hablar con alguien aquí estoy para lo que necesites.

Dudaba si hacerlo o no. Lo pensó un momento y decidió que era mejor no involucrar a Jesús en el tema de David. Ya se las arreglaría ella solita. Si se habían acostado... bueno, tampoco era un delito. Sí, sí que lo era. Ese hombre a pesar de ser un compañero de trabajo no le atraía lo más mínimo, y después de aquello sólo sentía grima, repulsión, asco. Ella no se acordaba de nada y él, en un momento dado, se aprovechó de esa circunstancia. Lo estudiaría detenidamente y con la sangre fría.

—Gracias, Jesús, gracias por todo. Me voy a cambiar, llego tarde al trabajo —le dijo guiñándole un ojo.

—Tranquila, hablaré con tu jefe, ja, ja, ja. Scarlet, si necesitas algo no

dudes en decírmelo. Antes de ser tu jefe soy tu amigo, lo sabes.

—Lo sé, y te lo agradezco. Todo está bien. Hasta luego —. Al menos tendría unos días de tregua. El no ver a David por allí le daba cierta tranquilidad, a ver qué pasaba cuando regresara.



El viaje en avión se hizo eterno. Ian y Samuel discutían sobre la actuación de éste con Scarlet.

—¿Te volviste loco? ¡Sabes que la puedes meter en un marrón con su jefe! ¿Puedes por un momento dejar de pensar con la polla? No te das cuenta de la gravedad del asunto, ¿verdad?

—¡Joder, Samuel, no te soporto!

—¿Por qué? Porque te digo las cosas como son, no lo que tú quieres escuchar. No sólo vas a arruinar tu vida más de lo que ya está, sino también la de Scarlet, y eso es más grave.

—¡Eres como un grano en el culo!, lo sabes, ¿no? Siempre dándome el coñazo, se supone que eres mi amigo.

—Exacto, y uno de los dos tiene que ser el realista, y oye, a ti te tocó el papel de follador, ya lo sabes—, le respondió encogiéndose de hombros.

—¿Y qué quieres que haga? Llevo meses volviéndome loco, no soy persona desde que me dejó. Sueño con ella todas las noches, la busqué por todos lados, y ahora que la encontré el imbécil ése me dice que no me acerque a ella. ¿Quién coño se cree que es, su dueño? Ella es sólo mía.

—¿Perdona? Tu estas fatal, ¿cómo que es tuya? ¿Qué te crees, que es un juguete o un objeto del que adueñarse? Te oigo y no entiendo tu actitud. No eres el mismo que yo conocí.

—¡Claro que no lo soy, esa mujer me ha envenenado con sus brujerías!

—¡Hostia puta, ahora sí que no te reconozco! Brujerías... ja, ja, ja.

¿Por qué no admites que estas por ella de una vez? A eso se le llama estar enamorado.

—¿Enamorado yo? Tu sí que estas mal. Yo no estoy hecho para esas chorradas, sólo que está muy buena, nos entendemos bien en la cama...

—Sí, tú sigue por ese camino y ni Marga te va a soportar. Por cierto, ¿la llamaste? —por la cara que puso supo de sobra que no, se le había olvidado. Aparentaban ser un matrimonio perfecto, pero nada más lejos de la realidad: Ian se acostaba con cualquiera que se pusiera a tiro, pero también se había dado cuenta de que desde Scarlet ya no lo hacía. Y Marga también tenía algo por ahí, le constaba. Lo que no sabía con certeza era si Ian lo intuía.

El comandante les dio aviso de que se abrocharan los cinturones y colocasen las bandejas plegables en su posición original, porque en unos minutos tomarían tierra. Perú les esperaba, aquello no eran vacaciones, era una gran oportunidad para ellos que no podían dejar escapar a parte del premio, claro.

## Capítulo 4

El calor era sofocante. La humedad hacía que las camisetas se les pegaran al cuerpo. Necesitaban una ducha con urgencia.

La entrada del hotel estaba compuesta por dos arcos de madera, el techo era de pizarra y un verde jardín se expandía hasta la parte trasera del edificio. En el interior, las paredes pintadas en un blanco impoluto le daban un aspecto de amplitud. En las paredes colgaban máscaras, escudos y otros ornamentos un tanto fetichistas. Unos sofás de ratán a juego con una mesita baja eran el único mobiliario aparte de la recepción. A la derecha un ventanal con una bonita puerta tallada daba paso a un gran comedor ahora vacío de huéspedes.

Como era de esperar, la chica de la recepción alojó a los dos amigos en la misma habitación. La habitación estaba compuesta de dos enormes camas con dosel, algo que hizo que Samuel rompiera a reír en una carcajada. Días después comprobaron que todas las habitaciones eran iguales. Incluidas las suites. Todas daban al exterior y todas disponían de una terraza decorada al estilo chill out. En el centro, una mesa dispuesta con fruta fresca y bebidas para darles la bienvenida.

Dejaron las maletas en una esquina y salieron al exterior de la terraza. Las vistas eran impresionantes: altas montañas a lo lejos, más cerca un frondoso bosque que daba paso a lo que parecía ser una enorme piscina equipada con un sinfín de hamacas, un bar y una área de aseo con duchas.

Cuando Ian quiso darse cuenta, Samuel ya se había cambiado de ropa y puesto el bañador.

—¿A dónde crees que vas? —le preguntó sorprendido.

—¿Y a ti qué te parece? Ah, ya, me he puesto el bañador para hacer



parapente. Tú eres gilipollas.

—¿Oye, qué mosca te ha picado? —Ian estaba extrañado de su respuesta.

—Es que a veces pienso que tú no eres muy normal. A preguntas estúpidas, respuestas estúpidas. —le respondió.

—Pues menuda novedad. Tú sí que eres anormal, colega —le respondió riéndose.

—Lo que te digo, tu madre no debió tomar ácido fólico en tu embarazo. El cerebro se te quedó sin terminar de desarrollar. Manda huevos contigo.

—¿Sabes qué te digo? Que te follen.

—Claro, yo también te quiero. Anda, cámbiate y vámonos a la piscina. Es más, te espero allí. Adiós —salió sin darle tiempo a réplica.

Samuel, toalla en mano, empezó a bajar las escaleras hacia la planta baja, donde había un acceso directo a la piscina. Se oía bullicio; esperaba que no fuera el típico hotel donde hubiera matrimonios con niños o familias enteras. Ese lugar tenía más pinta de hotel del amor que de otra cosa. Según llegaba a la zona habilitada para la piscina, ojeaba todo a su alrededor. Desde la misma piscina se podían pedir bebidas sin necesidad de salir del agua. Estaba absorto mirando un grupo de féminas cuando sintió que alguien le tocaba el hombro: Ian había llegado a su altura y, lejos de disfrutar de las bellezas en biquini que había, prefirió tumbarse en una de las hamacas. Eso sí que era extraño.



La temperatura era inmejorable e invitaba a estar en la terraza. Scarlet cogió una copa del armarito del salón, fue a la cocina y de la nevera sacó una botella de su vino favorito. Sentada en una tumbona, sorbía la bebida. Tenía muchas cosas en las que pensar, empezando por Ian y terminando también por

él. Era su hombre, lo sabía a pesar de no querer reconocerlo. No quería ser la otra, lo quería sólo para ella, sin compartirlo con nadie. También sabía que nunca se separaría de Marga y por eso decidió dejarlo, cambiar de ciudad incluso, para poder olvidarse de él. Por un tiempo lo consiguió, o eso al menos llegó a creer hasta que se lo volvió a encontrar. Todos sus esfuerzos a la basura en cuestión de segundos. Gracias a Dios que ya se habían ido. Pobre ilusa, ahora lo echaba más de menos que antes, quería volver a sentir su mano sujetándole la suya y volver a darse otro golpe en la cabeza si era necesario, lo que fuese por volver a rozar su cálida piel. ¿Se había vuelto loca o qué? Bebía de la copa degustando el sabor del vino, tragándolo con delicadeza para así sacarle más sabor.

David apareció en su mente aguándole el momento. Lo maldijo por hacerle lo que le estaba haciendo, no sabía cómo iba a hacerlo, pero tenía que averiguar si de verdad se había acostado con él o no.

Tomó su móvil y entró en su grupo. Comenzó a escribir.

—*¡Hola locas! ¿Estáis por ahí?* —preguntó.

—*¡Hola, bonita!* —Rous fue la primera en contestar.

—*Buenas, reinas* —Angy y sus saludos tan originales las hacían reír a todas—. *¿Qué te pica?*

—*Bueno, quería pedirlos a ver si entre todas encontramos alguna forma de hacer que el imbécil de David admita o diga si de verdad nos acostamos. Yo sigo teniendo mis dudas, esto es un sinvivir.*

—*¿Te está entrando la cagalera?* —fue Pilar quien tomó el relevo de la conversación.

—*¡Hola, capulla, saluda primero!*—Angy, como siempre, haciéndola picar.

—*Sorry, buenas* —respondió—. *¿Qué pasa?*

—*Hola, resumen, chicas* —dijo Marian incorporándose en ese

momento al chat.

—*Resumen resumido: Scarlet, que necesita que entre todas desenmascaremos al idiota de David* —dijo Rous.

—*¿Pero tú estás segura de que no lo hicisteis?* —Preguntó Marisol—  
*Buenas, perdonad la tardanza, la nena está con fiebre* —se disculpó.

—*Claro que no lo estoy. Pero si del golpe ni me acuerdo cómo llegué a casa, no me extrañaría que fuera un farol, ¿no creéis? No es que estuviera drogada o borracha, es que según Jesús debí estar medio inconsciente. Por Dios, sólo de pensarlo se me revuelve la sangre* —lloriqueaba.

—*El caso es cómo hacerlo. Scarlet, ¿tu compañera no podría ayudarte?*

—*¡Lore! Joder, tendría que contarle lo sucedido...*

—*¿Y tu jefe?* —Preguntó Cyn apareciendo de repente—. *Sí, lo sé, buenas, Angy, no me riñas.*

—*¿A Jesús? A él no puedo meterle en esto hasta no saber seguro lo que pasó. Al fin y al cabo, él fue quien le dijo a David que me llevara.*

—*En cualquier caso, pensemos cómo ayudar a esta descerebrada.*

—*Joder, Angy, tienes la delicadeza de un serrucho de madera. Niñas, hablamos en otro rato, tengo que prepararme para ir al curro. Marisol, que se recupere la nena. Os quiero. Besos* —. Scarlet se despidió y apuró lo que le quedaba en la copa. Se le había echado el tiempo encima y andaría justa para ir a trabajar.



Ian miraba por encima de las gafas de sol cómo su amigo se relacionaba con el grupo de chicas, no sabía muy bien en qué idioma se comunicaba. Samuel le miró y le hizo un gesto para que se acercara hasta ellos, pero declinó la proposición... él ya tenía bastante con la ausencia de

Scarlet. Volver a verla le trastornó por completo. El dorado de su piel tostada por el sol la hacía más bonita si cabe. Se quedó muy preocupado cuando la vio caer hacia atrás y golpearse al caer al suelo. De no sabía dónde, habían aparecido un paleta y el jefe de Scarlet, éste le dijo al otro que se la llevara a casa. Aunque Ian quiso encargarse de ella, el jefe le dijo que no hacía falta, y aunque insistió no tuvo más remedio que claudicar. Se ocuparía de todo. Ian sabía que no podía meter a Scarlet en problemas, era su trabajo. Al día siguiente él y el resto de la expedición pusieron rumbo a Perú.

Lo que había comenzado como la aventura de su vida profesionalmente hablando, ahora estaba siendo más bien un lastre. No dudaba de que si no la hubiera visto todo sería diferente, pero ahora sólo ansiaba estar con ella, saber que se encontraba bien a pesar de todo y que le echaba de menos. Quiso llamarla, pero recordó que no había llevado el móvil con él, lo tenía cargando. Lo haría cuando volviera.



Scarlet decidió ir en autobús al trabajo. Hacía días que no usaba el transporte público, prefería utilizar su coche... bueno, quien dice su coche dice el que tenía a medias con Lore, su compañera. Era un viejo Opel Kadett rosa que rescataron de un aparcamiento cercano al pub. Entre las dos se encargaron de repararlo y ponerlo a punto por un precio módico para poder ir y volver del trabajo a casa de madrugada. Según el horario, se lo llevaba la una o la otra; y aunque Lore tenía fiesta ese día, se lo llevó.

El trayecto en bus no era muy largo, lo suficiente para chatear con las chicas un rato, eso sí. Una punzada en su pecho, un escalofrío que le recorrió el cuerpo de arriba abajo y una extraña sensación se empezaba a apoderar de ella.

—Madre mía, pero que mal rollo —pensó. Tomó el móvil del bolso y

abrió el chat de las locas.

—*Hola otra vez. ¿Hay alguien?* —preguntó. Sabía de sobra que alguna respondería en breve.

—*Hola, zorróna, ¿qué tripa se te ha roto ahora?* —Angy, su loca Angy, fue la primera en responder.

—*¿Tú qué, hoy no curras?* —Le devolvió el saludo—. *Manda huevos, ja, ja, ja.*

—*Hola* —Marisol también se conectó ipso facto.

—*Ya me parecía raro, digo, qué calladitas están éstas.*

—*Sí, y lo dice la muda, ja, ja, ja...* —Rous entró a la vez que Pilar.

—*Ya voy al curro, y me ha dado un vuelco el corazón... Qué mal rollo, oye.*

—*¿Un vuelco cómo el que te ha dado el dientes? Ah, que él no te dio vuelco, te volteó, ja, ja.*

—*¿Desde cuándo a ti te preocupan esas cosas?* —se mofó Angy.

—*Ay, nena, tú como siempre tan comprensiva.*

—*Te lo digo en serio. A ti nunca te han asustado esas cosas.*

—*Calla, calla. Es como si me sintiera observada. Es raro. Y precisamente porque no creo en esas cosas me da tan mal rollo* —se la notaba angustiada.

—*Tranquilízate, no seas tonta* —Pilar le decía—. *El golpe en la cabeza te ha dejado la única neurona sana echa un asco, por lo visto.*

—*¿Pero qué pasa aquí?*

—*Vaya, la que faltaba. Hola, Marian. Scarlet, que está paranoica.*

—*Hola, chicas* —saludó—. *¿Qué te pasa, bonita mía?*

—*Marian, hija mía, estoy en el bus y de repente me ha dado un escalofrío que me he quedado descompuesta.*

—*Relájate, seguro es paranoia tuya. Últimamente estás más*

*nerviosa y seguro que no hay de qué preocuparse* —le dijo. Ella era la que calmaba al resto. Sólo oírla hablar transmitía paz y serenidad, todo lo contrario a Pilar, que era como un torrente de energía con muy mala leche pero con un gran corazón, eso sí. En realidad todas eran unas personas extraordinarias, de esas que dejan huella, de las que cuando conoces y tratas ya no te puedes alejar de ellas, de las que son tan difíciles de encontrar. Scarlet había tenido mucha suerte y lo sabía. A pesar de la distancia esperaba poder abrazarlas a todas. Habían compartido muchas cosas en esos meses: confidencias, risas, lágrimas e incluso algún que otro enfado.

*—Joder, no sé qué haría sin vosotras, aun así tengo una sensación como si me estuvieran taladrando la nuca.*

*—La nuca no sé, pero sí que habría quién te taladrara, es que estás súper buena* —Cyn fue quien lo dijo—. *Hola guapas.*

*—Ja, ja, ja, tú sí que estás buena* —le respondió—. *Venga, reinas, me tengo que bajar. Cuidaos y portaros muy mal* —se despidió de ellas mandándoles unos emojis de besos.

Caminaba el corto trayecto que separaba la parada del autobús del pub con la misma sensación de un rato antes, como si alguien la vigilara. Se giró disimuladamente y observó a la gente por si veía algo diferente. Aparentemente la misma gente de otros días. Como no tenía necesidad de pasar esa angustia, en ese mismo momento decidió utilizar el utilitario que compartía con Lore. Incluso ahora se arrepentía más que nunca, porque se vería obligada de coger un taxi para regresar a casa.

Entró al pub y se preparó para una noche de trabajo tranquilo en lo que a David se refería, él no estaba y en lo referente al pub habría movida al ser fin de semana.



Ian y Samuel se retiraron pronto a descansar. Debían preparar el equipo que llevarían a la expedición. De ello dependía mucho el resultado final. Todo el material lo tenían gracias a los patrocinadores y a la organización del programa, así como todo tipo de equipos electrónicos, linternas, cámaras, micrófonos, etc. La expedición constaría de varias etapas y pruebas, desde supervivencia hasta el más arriesgado de los deportes extremos, rappel, escalada, rafting... Tendrían que pasar noches a la intemperie con nativos que quedaban por algunos de los lugares más recónditos de la selva.

Se despertaron temprano y bajaron a desayunar. Allí estaban ya algunos de los colaboradores y compañeros de aventuras. Mientras comían veían el amanecer, que se les antojaba extraño y excitante a partes iguales. La noche anterior Ian llamó a Marga bajo la insistencia de Samuel. Antes de colgar la llamada, éste también habló con ella. Se despidieron hasta después de terminar la expedición. No se les permitiría comunicarse con el exterior excepto, vía satélite, con los organizadores y productores. Un equipo sanitario les acompañaría por si hubiera alguna emergencia. Etapa a etapa irían eliminando parejas de la expedición tras las pruebas obligatorias. Un gran reto para todos los hombres y mujeres que fueron seleccionados. Aparte del premio en metálico, el prestigio que ganarían era importantísimo para ellos. No es que se conociera como otro tipo de deportes. Parecía que sólo se consideraba deporte al fútbol. A Ian no le gustaba nada, le parecía aburrido y absurdo.

Este programa se emitiría en muchos países, así que la idea de que Scarlet le viera le daba más emoción.

Escuchaban las indicaciones de los organizadores, asumían que correrían algunos riesgos siempre controlados por las cámaras. Samuel bromeaba con que se les apareciera algún tigre o alguna serpiente pitón. Ian se

descojonaba, pero en su fuero interno tenía sus dudas. ¿Realmente sabían donde se habían metido? Les quedaban días por delante hasta que fueran eliminados o llegaran a la final. Esa misma tarde partirían hacia el campamento base. La primera prueba seria sencilla y no eliminatoria: tendrían que escalar una escarpada montaña rocosa y deberían subirla con la única ayuda de sus manos y pies. Por supuesto que dispondrían de arneses y cuerdas de seguridad, pero la importancia de la prueba era escalarla sin ayuda.

La siguiente prueba nadie la sabia, les avisarían con un día de antelación para que cada pareja decidiera y se prepara a su forma. Cada uno tenía sus propias manías. El trabajo era en equipo, cada uno dependía de si mismo pero también de su compañero. La idea era incentivar el trabajo en equipo, la supervivencia con pocos recursos, el deporte extremo, y un jugoso premio de 100.000 euros en metálico a repartir como quisieran los ganadores.



## Capítulo 5

Scarlet aprovechaba todo el tiempo que podía, sabía que David aparecería con todos sus dientes guerreando. Era un crápula de tomo y lomo. Había que tener mucha cara para aprovecharse de un accidente para sacarse de la manga que había tenido sexo, y encima del bueno. Ésta flipaba con el descaro de algunos. Lo que llegaban a inventar para fanfarronear. Alma de Dios, si aunque se alineara los dientes no tenía remedio, pobre criatura.

Pasó la noche sirviendo copas; la barra le gustaba mucho, pero reconocía que ir de mesa en mesa también, podía charlar con los clientes a sus anchas, conocer gente nueva. Cuando estaban ella y Lore, eran la bomba. Jesús alguna vez las había hecho ir a su despacho para llamarles la atención, estaban trabajando no en un parque de atracciones. También reconocía que alguna vez la payasada de ellas había resultado en una buena caja. Una noche se les ocurrió liarla parda, Jesús supuestamente no iría, y cuando llegó al pub se las encontró encima de la barra bailando y sirviendo copas, cócteles y chupitos simulando una película en la cual unas chicas se subían a la barra del bar y cantaban y bailaban. Todo un espectáculo en el que al principio casi le da un siroco, pero viendo la participación sana de los clientes y la posterior caja empezó a plantearse la idea de hacer algo así un fin de semana al mes. Un proyecto que le rondaba pero que no terminaba de cuajar. La cara de aquéllas dos cuando le vieron fue de tebeo. Tenía que averiguar si en los pub de alrededor se hacía algún espectáculo de ese estilo: sabía que alguno hacía karaoke pero nada que le preocupara en cuestión económica, pero lo que montaron Lore y Scarlet eran palabras mayores. Lo primero que tenía que hacer era ver la dichosa película para saber dónde se metía. Una vez vista entendió la locura que se montó en su bar; para muestra un botón, se dijo. Si

algo salía mal o se les iba de las manos, más por los clientes que por ellas, se podía liar gorda, así que decidió desechar de inmediato la idea de organizar nada de eso. Como no les había comentado nada a ellas, fin de la historia.

---

Llegaron al campamento base en un todo terreno cargado de víveres, tiendas de campaña y todo lo necesario. Samuel, como era usual en él, cuando terminó de ayudar a sus compañeros a descargar todo se adentró al bosque en busca de un lugar apartado y tranquilo. Era un ritual para él siempre que salían de expedición. Respiraba hondo, hablaba consigo mismo insuflándose ánimos y pidiendo a Dios que ni él ni Ian sufrieran ningún percance. Si tenía oportunidad de ver in situ el reto, lo hacía. Se acercó un poco más a la montaña que se elevaba a sus pies. Comprobó que era rocosa y escarpada, con algún tramo en el que se podían desprender pequeñas rocas. Lo comentaría con Ian, lo ideal sería subir por la cara este, era más recta, más complicada, sí, pero con menos posibilidad de desprendimientos. Se marcarían un ascenso de órdago; en alguna ocasión habían intentado algo similar, no sin problemas pero solventando cualquier dificultad entre los dos. Estaban preparados físicamente para ese tipo de retos. Se habían estado entrenando exhaustivamente desde que supieron de la expedición, y las pruebas de acceso no fueron difíciles para ellos dos. La mayoría de los que estaban allí lograron su puesto con alguna que otra dificultad, pero Ian y él, gracias a su preparación física y a que se dedicaban exclusivamente a ese tipo de deportes, lo tuvieron un poco más fácil. Ahora se comprobaría de lo que serían capaces. El cielo se empezaba a encapotar, unos negros nubarrones se cernían en lo alto.

Dando por terminado el pequeño reconocimiento, decidió regresar. Unas gotas de lluvia caían sin mucha fuerza en un principio, poco a poco el aguacero fue cogiendo consistencia hasta convertirse en lluvia torrencial, algo

bastante frecuente en aquel lugar.

Cuando llegó a la tienda donde Ian repasaba el equipo de seguridad, estaba completamente empapado.

—¿Pero de dónde sales tú? —preguntó.

—Te respondo o no, esa es la cuestión —le dijo—. Nada, que está lloviendo.

—Eso ya lo sé, ¿pero de dónde vienes para llegar así empapado?

—He ido hasta la montaña, quería comprobar cómo era, qué necesitaremos y sobre todo por dónde subiremos.

—¿Y? ¿A qué conclusión has llegado?

—Pues que tendremos que preparar los arneses, aseguradores, cuerdas y cascos por si acaso. Lo más viable es subir por la cara este, es más escarpada pero tiene menos desprendimientos de roca. Nos marcamos un 70°, tú primero y yo después. Sólo usaremos las cuerdas con los mosquetones en caso de no poder ascender sin ellas.

—Bien, veo que has hecho los deberes. Todo eso lo has decidido sólo con ver la montaña, eres una máquina.

—Bastante más que tú ya he hecho —le replicó—. Al fin y al cabo, si no voy yo nadie lo hace. Al resto les va a pillar con los calzoncillos en los tobillos.

—Tienes razón.

—Es la primera vez que me reconoces algo en toda la semana.

—¡Claro! Reconozco que eres un tocapelotas, ja, ja, ja —, le soltó riéndose.

—¡Vete a la mierda!—respondió de igual manera, riéndose. Eran los mejores amigos del mundo, había una gran complicidad entre ellos y confiaban ciegamente el uno en el otro; por eso hacían lo que hacían. En un deporte así es fundamental la confianza en tu compañero, porque tu vida está

en sus manos. La lluvia no amainaba si no todo lo contrario: habían recibido una alerta por tormentas para las siguientes horas. No podrían salir de la tienda por el momento. Seguían con su particular charla, preparando todo lo que les faltaba. Ese especial hormigueo comenzaba a apoderarse de sus estómagos: sabían que en pocas horas comenzaba la aventura de sus vidas. Así estuvieron un buen rato, charlando y riendo hasta que paró de llover y pudieron acercarse hasta la tienda acondicionada como comedor. La cena les esperaba.

---

Scarlet terminó su turno y se fue a casa. Estaba agotada. Se duchó y se sentó en el mullido sofá, cogió el mando y encendió el televisor. Comenzó a zapear hasta que se fijó en que el piloto rojo del teléfono fijo parpadeaba. Era señal que alguien le había llamado; la única que lo hacía así era su madre. Un vuelco en su estómago hizo que se levantara de un brinco y agarrase el auricular con tanta fuerza que los dedos se le pusieron blancos. Dio a la tecla para comprobar si había algún mensaje y ahí estaba, la voz de su madre se escuchó al otro lado.

—Hola, hija, soy mamá, perdona que te moleste... te llamo para decirte que a papá le ha dado un infarto... —se le notaba en la voz lo asustada que estaba. El cuerpo de Scarlet empezó a temblar como una hoja al viento— El médico dice que está fuera de peligro. —silencio, sólo la respiración agitada de su madre. Lágrimas corrían sin control, tenía que irse de inmediato, no podía dejar sola a su madre en aquel momento a pesar de todo. Sin terminar de escuchar el mensaje salió hacia la habitación, del armario sacó una pequeña maleta que fue llenando de cualquier manera, unas mudas, unas camisetitas, el cepillo de dientes, las zapatillas y unos vaqueros. Con aquello tendría suficiente. Tomó el bolso bandolera del respaldo de la silla, las llaves

del coche y las de casa y bajó por las escaleras. No avisó a nadie, no tenía tiempo que perder. Su padre estaba grave y su madre le necesitaba. Ahora más que nunca se arrepentía de no haberla llamado más a menudo. Recordó la última conversación con su padre antes de irse y cómo su madre lloraba. Las palabras martilleaban en su cabeza: él no toleraba que su única hija se hubiera liado con un hombre casado. Era una persona muy tradicional, y todas las modernidades de vivir juntos sin estar casados y esas cosas eran inconcebibles para él. Ellos eran una familia recta, con principios, y su hija se había torcido. Cuando Scarlet les contó el motivo real de su marcha, aparte de escandalizarse lo único que le dijo fue que era una fulana y que para él había muerto. Que jamás volviera a pisar su casa.

Ahora se arriesgaba a que su padre la echara también del hospital. Sabía que su madre desde entonces sufría con aquella decisión.

Salió de Málaga en dirección al norte. Era sábado, y lo que ni se esperaba era encontrarse con un control. Estaba tan nerviosa que ni cuenta de eso se había dado. El agente le señalizaba hacia la derecha para que parase el vehículo.

—Buenas noches —le dijo el agente, llevándose la mano al el tricornio—. ¿A dónde se dirige?

—Bu...buenas noches, señor —le respondió sorbiéndose los mocos y secándose las lágrimas con la manga de la chaqueta.—. Voy de viaje a San Sebastián, ¿lo conoce usted?

—No, no tengo el placer. Dígame, ¿se encuentra usted bien?

—No, la verdad es que no. Acaban de avisarme de que a mi padre le ha dado un infarto, y... he salido a toda prisa, y...

—Ya, y con las prisas no se ha dado cuenta que va conduciendo en plena autovía sin una de las luces —le estaba diciendo.

—¿Cómo? Ay, Dios mío, por favor señor agente no me multe, mire que

ya no puedo ni con mi vida, por favor —le suplicaba. El agente, al verla en ese estado, no pudo por menos que apiadarse de ella.

—No se preocupe. Supongo que en maletero tendrá una caja con recambios —la cara de Scarlet era todo un poema, no sabía con exactitud si tal caja existía.

—Señor agente, ¿caja?, ¿qué caja? —la música, que hasta ese momento estaba muda, empezó a sonar a todo volumen dándoles un susto de muerte, el nerviosismo de Scarlet era más que evidente y ya no sabía ni dónde meter las manos. “... todas las cosas que soñé, toda la noche sin dormir, todos los versos que enseñé y cada frase que escondí, y yo jamás te olvidaré, tu acuérdate también de mí nunca se para de crecer nunca se deja de morir...” Fito sonaba como si estuviera sentado en el asiento del copiloto cantándole a ella.

—Vamos, tranquilícese y deje las manos en el volante, no nos dé otro susto, por favor. Todos los vehículos llevan una cajita con recambios de lámparas, fusibles... —Scarlet estaba en tal estado de shock que algo tan simple como decirle dónde se encontraba la dichosa caja se estaba convirtiendo en un esfuerzo físico peor que cuando subía a Peñas de Aia, un monte de su ciudad al que solía ir con su padre cuando era pequeña. Aquel recuerdo fue como una puñalada en su ya deteriorado corazón. Otra vez las lágrimas acudían a sus ojos. El agente comenzaba a perder la paciencia...«habría terminado mucho más rápido si le hubiera puesto la multa desde el primer momento», pensaba para sí. Era agente de la Guardia Civil, uno de los cuerpos de seguridad más importantes de España.

La belleza simple y la tristeza en sus ojos le traspasaron profundamente. Se consideraba un buen profesional y sabía que desde que se ponía el uniforme hasta que se lo quitaba era su obligación y responsabilidad hacer que se cumplieran las leyes. Venía de una familia de guardias civiles,

primero lo fue su abuelo, después su padre y ahora él. Tres generaciones al servicio de la patria. Era un hombre de convicciones, la ley estaba por encima de todo. Miraba a Scarlet con tristeza. No podía imaginarse por lo que estaba pasando. Saberse que su padre estaba tan delicado y ella tan lejos... Era bonita. Por fin apareció la bendita caja. Sacó una lamparita y, con la ayuda de su compañero, que miraba al cielo y ponía los ojos en blanco, sustituyó la que se había fundido. Conocía muy bien a su compañero, sabía de su buen corazón y él muchas veces miraba para otro lado como en ese mismo momento hacía. La mayoría de los compañeros del cuerpo abusaban de los ciudadanos dada su condición, e incluso habían expedientado a alguno por sobrepasarse.

Cuando terminaron, y después de convencer a Scarlet de que se tranquilizara, que de nada serviría que por querer llegar antes tuviese algún accidente, siguieron con su turno. Scarlet les agradeció todo lo que la habían ayudado, pero sobre todo que no la multaran, entregándoles unas invitaciones para el pub. Sólo tendrían que preguntar por ella y les invitaría a una copa.

Continuó su camino hacia su tierra. Le quedaban unas cuantas horas por delante. Antes de volver a poner el coche en marcha, se tranquilizó un poco. No era bueno conducir de aquella manera.

## Capítulo 6

Todo estaba preparado para la primera prueba. Ian y Samuel estudiaron la víspera todo el itinerario y cómo hacerlo. Saldrían seis parejas, doce candidatos para optar a los 100.000 euros. En esta primera prueba, no habría eliminaciones, aunque pareciese fácil tenía su complicación. Eso sí, la primera pareja que llegara tendría una bonificación especial. Pero lo importante era que dispondrían de un comodín para utilizar en caso de estar nominados en la siguiente prueba.

El pistoletazo de salida hizo que se encaminaran todos a la montaña. Ian y Samu se desviaron hacia la derecha, justo por el mismo camino que había cogido éste el día anterior. El resto de participantes fue de frente, lo que sería lo normal. El helicóptero les seguía a una distancia prudencial, el cámara iba retransmitiendo en directo. Las cadenas de televisión tanto locales, nacionales e internacionales, habían hecho muy buena promoción del reality, prometía ser el mejor de la historia. Al ser tan completo y diferente al resto de realities, esperaban un buen recibimiento y mucha audiencia aparte de mucho dinero. Ése era el propósito.

Ian y Samuel miraron hacia la parte alta de la montaña, hicieron una especie de ritual y primero éste y después aquél comenzaron a escalar. Samu iba por delante, era el más indicado de los dos para esta primera prueba, era el guía. Tenía más experiencia, pero entre los dos formaban un gran equipo.

Una pareja formada por un hombre y una mujer abandonaron poco después de empezar; Samuel estaba en lo cierto, había tantos desprendimientos en aquella cara que casi no se podía ascender, sin embargo ellos iban por la otra despacio, con cuidado y mirando en cada paso dónde se agarraban y pisaban para llegar hasta la cima. Ian patinó y Samuel le agarró para sujetarlo,



si no hubiera reaccionado a tiempo, probablemente Ian habría caído y eso hubiera sido un desastre. Cuando se hubo recuperado del susto, continuaron mano a mano, haciendo un esfuerzo sobrehumano.

Poco a poco llegaron a la cumbre. Allí se les acercó el presentador, bebieron un poco de agua para recuperar el aliento, y mientras respondían a sus preguntas el resto de parejas iban llegando hasta ellos. Tras darse la enhorabuena los unos a los otros, les iban comentando en qué consistiría la siguiente prueba que era hacer puenting, lo que para ellos era más un juego de niños que una prueba clasificatoria. Ian disfrutaba muchísimo, de todos los deportes extremos era el que mejor se adaptaba a sus gustos. Sentir la adrenalina correr por venas, eso era sentir la libertad. Las mariposas en su estómago cuando se lanzaba al vacío le aceleraban el corazón. Samuel y los demás eran de pisar firme, de tener los pies en la tierra. Las pruebas a las que se sometieron antes de entrar al concurso fueron muy duras y todos dieron el perfil requerido. La prueba terminó con un empate entre ellos y una pareja formada por dos zaragozanos. En la siguiente prueba dispondrían de inmunidad. De ella lo único que les revelaron fue que estaba relacionada con el agua, en sus tiendas encontrarían las instrucciones de todo. Tendrían tres días para prepararla, durante los cuales se trasladarían a la provincia de Tambopata, una de las zonas más espectaculares y peligrosas de Perú para ese tipo de descensos. Sólo un reducido grupo de profesionales tendrían el privilegio de acceder, puesto que estaba considerado como una de las zonas con más peligrosidad. Con una población de 67.000 habitantes, contaba con varios bosques y reservas naturales donde disfrutar no sólo del deporte sino también de la flora y fauna del lugar. Convivirían con los lugareños durante la semana siguiente.

Samuel e Ian se fueron a descansar. Ian tenía los dedos y la pierna derecha ensangrentada debido al pequeño incidente sufrido. Se haría una cura

para que no se le infectaran, aunque parecía más de lo que en realidad era. Se limpió las heridas con suero fisiológico y se aplicó betadine para curárselas. Después, Samu y él fueron de vuelta a la montaña. Desde la parte baja se veía impresionante, imponente, parecía mentira que lo hubieran conseguido. Samuel era un crack en lo que a la escalada se refería. Por la noche, con todo el equipo ya recogido, marcharon a Tambopata.



Poco faltaba para ver el majestuoso castillo ubicado en lo alto del monte Igueldo, un pequeño parque de atracciones famoso de San Sebastián, que no sólo albergaba el parque, estaba situada también allí la estación meteorológica de la comarca. Aunque habían hecho una bifurcación a la altura del barrio de Andoain nada más salir de la autovía, ella prefería ir por la carretera vieja. Iría directamente al hospital. Cuando hubiera aparcado, llamaría a su madre. No quiso hacerlo de camino, bastante tenía con el papelón de su padre como para encima tener que preocuparse por ella.

Ya no recordaba el follón que se liaba en la zona hospitalaria. Era un ir y venir de ambulancias, coches, taxis y autobuses, y encima, hora punta. Se dio un par de vueltas sin encontrar ningún aparcamiento, así que decidió meterlo en el parking habilitado justo enfrente. Sacó su teléfono y marcó el número de su madre.

—Scarlet, hija, perdona que te dejara mensaje, no quería molestarte si estabas en el trabajo —estaba llorando.

—“Ama”, estoy en la entrada del hospital. ¿Cómo sigue “aita”·?

—¿Pero cómo? ¿Cuándo has llegado? No hacía falta que vinieras.

—Lo sé, pero no podía dejarte sola. A pesar de todo no deja de ser mi padre —le respondió—. Dime en qué planta estás, que ahora mismo voy.

—No sé si querrá verte, hija. Ya sabes lo terco y tozudo que es. Me da

mucho coraje —le dijo, bajando la voz.

—Me da igual si quiere o no verme, eso no me preocupa lo más mínimo y a ti tampoco debería. Si tengo que quedarme en la salita de espera, lo haré... pero ten por seguro que si tengo oportunidad de decirle lo que pienso, se lo diré. Este no se va a ir de rositas, y más le vale no morirse porque antes de eso tengo que decírselo. Luego, si quiere, que se muera si es lo que le apetece.

—Hija, por Dios, cuando hablas así a veces me asustas.

—No es para menos ama, pero por mucho que sea mi padre y tu marido, hay cosas que ni le voy a perdonar ni le voy a consentir aunque se me vaya la vida en ello. Así que ya lo sabes, le voy a dar de su propia medicina.

—De acuerdo, hija. Segunda planta, habitación 205. Está dormido en este momento.

Mientras colgaba el teléfono, llamaba al ascensor. No era un lugar de reuniones precisamente, pero comprobó todas las reformas que habían hecho, ahora era más acogedor y no tan frío como lo recordaba.

Las puertas se abrieron y allí estaba; su madre, la persona que le dio la vida, estaba esperándola. Se acercó a ella y la abrazó llorando. Su rostro estaba demacrado y sus ojos antaño brillantes, ahora estaban sin vida. Aunque quisiera disimular su miedo, angustia y culpa, no podía. Scarlet la conocía muy bien, por algo ella era su madre. Todo pintaba que era más serio de lo que quería aparentar. Estaba asustada, como perdida. Clarita, que era así como la llamaban cariñosamente en casa, tenía un encanto especial. Cuando Scarlet era una chiquilla, todos sus compañeros querían ir a su casa después de la escuela, Clara siempre tenía la puerta abierta para ellos. Iban, merendaban, unos días bizcocho, otros magdalenas que ella les hacía con mucho cariño, hacían los deberes y cuando terminaban salían al patio trasero a jugar.

Poco quedaba de aquella mujer. Aparte de los años, que obviamente no

pasaban en balde, los últimos tiempos estaban siendo difíciles dada la situación en la que se encontraba. Entre la espada y la pared, como dice una de las canciones favoritas de su hija. Amaba profundamente a su Manolo, Manolito como le decía ella, pero su Scarlet... Scarlet había sido una bendición para los dos. Sólo la tuvieron a ella, no porque no hubieran querido, sino porque Dios así lo quiso. Quizás por ese motivo Manolo fue tan recto, tan dominante y severo con ellas. El día que Scarlet les contó su ruptura con Ian y el motivo que lo propició, estalló la segunda guerra civil en la casa del matrimonio García. Manolo echó a su hija y le prohibió volver a pisar su casa. A Clara se le partió el corazón el dos y fue la misma Scarlet quien un día, después de aquel terrible episodio, quedó con su madre en una cafetería y le dijo que se quedara con su marido, que no tuviera ningún problema por ella y que estaría a su lado siempre. Pero que su padre, si ella se iba, se moriría de la pena...

Por muy macho alfa que aparentara ser, su vida eran su mujer y su hija, al menos hasta ese momento, pero su educación y su forma de ser estaba por encima de todo eso, ella lo sabía de sobra. Algún día, a su padre aquello se le pasaría, al menos eso era su esperanza, pero mientras tanto, su madre debía permanecer a su lado, junto a él, porque Scarlet sabía que su madre amaba a su marido; además ella se marchaba, así que no habría ningún problema.

Desde aquel día, Clara no fue la misma. Cada vez hablaban menos por teléfono, y de verse ya ni hablamos, después de que Scarlet se fuera a Málaga, y de aquello ya habían pasado unos meses, sentía que si aquello seguía así, iba a perder a su hija sin remedio. Y no estaba dispuesta a llegar a eso. Preferiría antes dejar a Manolo pero su hija, era lo más sagrado para ella.

## Capítulo 7

Tambopata resultó ser un lugar de ensueño, una flora espectacular, unos bosques frondosos dignos de cualquier postal. Sus lagos de agua cristalina en los que reflejarse cual espejo, por no hablar de la fauna; un paraje lleno de todo tipo de animales y aves de lo más variopinto. Ian disfrutaba del paisaje que veía desde la ventanilla de la camioneta; Samuel, por su lado, estaba pensativo. Aunque Ian se hacía el despistado sabía de sobra que pensaba en alguna mujer. Esperaba que fuera él mismo quien se lo contara. Eran amigos íntimos y con los años, había aprendido que con Samu los interrogatorios no valían, era muy celoso de su vida privada. Para cuando lo decía, llevaba bastante con la chica. Tenía una ligera sospecha de quién era, pero esperaría hasta que él se lo contara.

—Parece que disfrutas del paisaje —le dijo mirándole de reojo.

—La verdad es que sí. Te estás perdiendo unas bonitas imágenes. Supongo que no lo serán tanto como la persona en la que estas pensando —le respondió, dándole un suave puñetazo en el hombro.

—¡Serás idiota!—respondió riendo— Te recuerdo que tengo una hermana...

—Ah, sí, es verdad...

—Ni se te ocurra —le dijo.

—Ja ja, lástima que le gusten las mujeres, porque mira que está buena. La ponía mirando para Cuenca y... Estuvo bien estar con ella, sí señor.

—Ya te gustaría a ti. Ella, aunque le gusten las mujeres como a nosotros, es bastante exigente. No mete a cualquiera en su cama. ¿Te acuerdas aquel año que fuimos de camping?

—Si claro, fuimos unos cuantos amigos, yo me enrollé con aquella

chica de las trenzas.

—Nunca te lo mencioné, pero mi hermana no te tiraba los tejos a ti...

Esa confesión lo dejó perplejo. Siempre pensó que él le gustaba. Después fue que se descubrió que eran las chicas quienes le gustaban.

De pronto se sorprendió pensando en Marga, todo lo que se refería a ella le era más que indiferente. Miró a Samuel, sabía perfectamente en qué estaba pensando y se encogió de hombros. Se conocían a la perfección, con una mirada cada uno sabía lo que pensaba el otro.

Instalaron el campamento en uno de los bosques, disponía de un pequeño helipuerto en caso de emergencia. Era una de las reservas protegidas de las que Tambopata disponía. El área estaba protegida para que nadie interfiriera en el desarrollo del programa. Tenían todos los permisos en regla y el beneplácito de su alcalde. Al final todos ganaban.

Como era lógico en él, Samuel observaba el terreno, el río y su caudal. No le daba buena espina. Las aguas transparentes se tornaron turbias, las lluvias de los días anteriores lo habían convertido un poco más peligroso.

—¿Te has fijado en el aspecto del río?

—Sí, la verdad es que como no cambie su aspecto no sé yo si podremos hacer las pruebas de descenso.

—Todo se verá amigo mío. Vamos, tenemos cosas que preparar.

—¡Adelante mi sargento!—le respondió cuadrándose cual militar.

—¡Serás gilipollas!—le dijo dándole una colleja. Se fueron a dar un paseo por los alrededores. La gente de allí era muy amable. Los chiquillos les rodeaban como si fueran gente importante. También coincidieron con un grupo de españoles que tenían reservado un circuito deportivo. Disponían de diferentes modalidades, incluido uno familiar para disfrutar en familia. Samuel e Ian se despidieron de tan curioso grupo y siguieron su camino, una fina capa de nubes encapotó el cielo. Gotas de lluvia comenzaron a caer, y eso no era

bueno.



—¿Dime “ama”, cómo está el “aita”?

—Delicado, los médicos dicen que está fuera de peligro y que tuvo mucha suerte —le dijo. Tenía a su hija cogida de la mano. Era como si ese gesto le diera el ánimo suficiente para afrontar aquel momento—. Le van a hacer otro cateterismo para comprobar no se qué más cosas.

—¿Qué fue lo que pasó? ¿Discutisteis?

—No hija —se quedó pensativa—... o sí, no sé. Ay, Scarlet, es que es tan terco y tan tozudo...

—Mamita, ¿Qué ha pasado? —se paró en seco en mitad del pasillo.

—Ay, hija, —bajó la mirada al suelo —¡Casi me muero del susto!

—¡Mamá! ¿Me quieres decir de una vez qué ha pasado? —se empezaba a poner nerviosa.

—¡Dios mío, es todo por mi culpa! Si yo no hubiera...si me quedara...

—¡Ya basta, mamá! Dime qué coño pasó.

Clara se puso seria, su cara se transformo de la angustia al enfado.

—Pasa que ya estoy hasta las pelotas.

—¡”Ama”!—Scarlet estaba escandalizada por el vocabulario que utilizaba su madre. Ella jamás había hablado en esos términos, nunca levantaba la voz ni siquiera cuando le reñía de chiquilla.

—¿Qué? ¿Tú también te vas a poner como él? Verás, hace unos días le dije que me iba a Málaga a ver a mi hija.

—¿Pero como hiciste eso? ¿Por qué?

—¡Mierda, Scarlet, eres mi hija, coño! Y suya también. Si él no quiere ir, que le den, pero yo ya estoy harta de esta situación. Sólo tengo una hija, y no voy a perderla por su mentalidad de atrasado.

—Y un solo marido —le cortó.

—¿Perdona? —Replicó su madre —A ti te parí yo, que no se te olvide, a él le conocí en la plaza del pueblo. He sido su esclava, su sirvienta, y cuando era más joven...

—Ay mamá, no, por Dios, no sigas —le dijo, tapándose la cara con las manos.

—Pero es la verdad, ¿o qué te crees? ¿Que de verdad te trajo una cigüeña y te dejó en la puerta de la casa?

—¡Mamá! —se le estaban subiendo los colores. No podía imaginarse a sus padres en aquella situación.

—Ya lo tenía casi todo preparado, sólo faltaba avisarte de que iba, ¡será capullo! Me dijo que yo no iba a ningún lado, que era su esposa y que tenía que obedecerle. ¿Te puedes creer? Obedecerle... ¿Quién coño se cree que es para tratarme así? —Clarita rompió a llorar. Se sentía incomprendida. Sólo quería ir a ver a su hija, nada más.

—Vamos a ver mami, ya hablamos de eso antes de irme. Entonces...

—De eso nada, señorita, hablaste tú y habló tu padre y a mí me dejasteis de lado, yo no conté para nada, no se me tomó en consideración. Me casé con tu padre llena de amor y cariño, pero joder, esto ya es pasarse. Así que le dije todo lo que pensaba.

—¿Qué hiciste qué?—la cara de Scarlet iba de la sorpresa a la sorpresa...

—Sí, hija, eso hice.

—¿Pero qué le dijiste?

—La verdad, nada más que la verdad. Que era un dictador, un sargento y un gilipollas redomado.

—¡"Ama"! ¿Te has vuelto loca?

—¿Loca? Loca me está volviendo tu padre. ¿Tú te crees que después



de haberle entregado mi vida no valgo una mierda para él?

—¿Y entonces fue cuando le dio el chungo, no?

—Nooo, ese día no, es más la mala leche que lleva, no sabe canalizarla. Se ha pasado una semana sin hablarme, y yo a él lo mismo. Incluso yo seguía con la idea de irte a ver. Pero fijate hasta dónde llega su descaro, me fui a la otra cama a dormir, y me vino todo ofendido que yo era su mujer y que tenía que dormir con él —Scarlet no sabía si reírse por todo aquello. Sabía de sobra cómo era su padre. También de cómo era su madre, y bendita la paciencia que Dios le había dado. Bien ganada tenía la parcela en el cielo, como ella solía decir.

—¡Madre mía! Estáis los dos chotados.

—Sí como chotas, pero hasta de esto me ha hecho responsable.

Entraron en la habitación, su padre ya estaba despierto. En cuanto vio a su hija hizo ademán de llamar a las enfermeras.

—¡Ni se te ocurra! —Le gritó Clara—. Si tocas ese botón, ten por seguro que recojo mis cosas, cojo a mi hija y te quedas aquí tu solo, tú verás —lo amenazó.

—¿Pero tú quien te crees que eres para decirme eso? ¿Qué hace ésa aquí?—estaba furioso— No la quiero en mi habitación.

—De acuerdo. Scarlet —se dirigió a su hija—, en el armarito esta mi bolso. Cógelo, por favor.

—Mami, no hace falta, salgo afuera y me quedo...

—Eres mi hija y eres una persona adulta, pero no lo voy a volver a repetir. No has atravesado casi toda España para que ahora éste te diga que no puedes quedarte aquí. Así de simple, o te quedas o nos vamos —Scarlet estaba asombrada con el cambio de su madre. En cierto modo la entendía, se había pasado toda la vida haciéndoselo todo, se había sacrificado en cuerpo y alma por ellos. Quizás ése fue el error. Ciertamente era que ella desde que se casó

no trabajó fuera de casa, su trabajo era cuidar su casa y su familia. Ésa era su obligación, o eso creía, pero se daba cuenta de que no podía ni quería seguir viviendo así. Se pasaba casi todo el día sola. Tenía una única hija y no podía verla porque a su señor marido anteponía el qué dirán al bienestar de su propia hija. Se había hartado y después de treinta y dos años de matrimonio o la tomaba en cuenta o se marchaba.

Manolo estaba convencido de que era un berrinche de su mujer, una riña más. Después de unos días, se le pasaría y volvería a ser la de siempre, la Clarita servicial. Estaba tan seguro que hasta su mano habría apostado. Lo que Manolo no sabía era que Clara hablaba tan en serio como su mismo nombre significaba.

—“Ama”, pero yo no quiero...—le estaba diciendo.

—Me da igual lo que quieras o no. No sé, me parece que ninguno de los dos quiere entender. Es así y punto —padre e hija se miraron, ninguno decía nada—. El médico dice que se tiene que quedar unos días, le van a hacer más pruebas.

—De acuerdo. Voy a salir afuera, voy a llamar a mi jefe. No he avisado que me marchaba. Enseguida vuelvo.

—No es necesario, puedes regresar que aquí no haces falta —le dijo Manolo.

—¡Manolo, ya basta! —le riño Clara. Su cara lo decía todo. Si hubiese podido matarlo con la mirada, éste habría caído fulminado—. Pero qué imbécil eres. Tú sigue así y te vas a quedar más solo que la una.

—No caerá esa breva —escupió.

—Ve, hija. Por desgracia aquí seguiremos cuando vuelvas —Scarlet salió al pasillo, recorrió el tramo que había hasta la salita de espera sumida en sus pensamientos. Menudo cambio el de su madre.

De pronto volvió a sentir que alguien la observaba. Se giró, pero no

había nadie. Aquello ya empezaba a extrañarla y mucho, máxime cuando a ella jamás le había afectado.

## Capítulo 8

Era de madrugada cuando Samuel se despertó empapado en sudor. Tiritaba mucho y los dientes le castañeaban. No supo cómo lo hizo, pero consiguió encender la lamparita que separaba su catre del de Ian, despertándole.

—¿Qué ocurre?—preguntó éste frotándose los ojos para que no le molestara la claridad.

—No me encuentro bien —consiguió balbucear. Haciendo acopio de todas sus fuerzas se incorporó, una arcada le sobrevino de pronto haciéndolo vomitar.

—¡Joder, que asco! —Ian estaba estupefacto.

—Ian, lo siento —éste se levantó a toda prisa, cogió una toalla y le limpió. Tocoó su cuerpo y notó la calentura que desprendía.

—Samu, tío, estas ardiendo. Esto no es bueno —otra bocanada de vómito—. Voy a pedir que venga el médico. Enseguida regreso.

Salió de la tienda y se acercó al bungalow que tenía luz. Siempre había alguien de guardia por si surgía alguna emergencia.

—Buenas noches, —saludo.

—Buenas noches, ¿qué haces aquí? —era uno de los ayudaban con los equipos.

—Necesito que venga el médico. Samuel está ardiendo de fiebre y vomita más que la niña del exorcista.

—De acuerdo, vuelve con él. Ahora doy aviso —respondió el joven.

—Gracias Que se den prisa por favor, Samuel no suele enfermarse y esto me extraña.

—No te preocupes, seguro que no es nada.

—No lo tengo yo del todo claro, mira lo que te digo —salió corriendo, tenía que regresar a la tienda.

Cuando llegó, el espectáculo era dantesco. Samuel estaba bañado en vomito. Estaba tumbado.

—¡Pero qué coño! ¡Esto no tiene buena pinta! —empezaba a preocuparse en serio. El vómito estaba mezclado con sangre. La cara pálida de Samu asustaba—. ¡La virgen! —salió a la entrada y empezó a pedir ayuda.

—¡Ayuda, que alguien venga por Dios! —Las luces de las otras tiendas comenzaban a encenderse—. ¡Jairo! ¡Por tu vida! ¿Qué pasa con los sanitarios? —llamaba desesperadamente por el joven.

—¿Qué ocurre Ian, que son esos gritos? —le preguntó María extrañada. Poco a poco se iban acercando el resto de compañeros.

—Es Samuel, está enfermo. Esta vomitando...

—Bueno, le habrá sentado algo mal —le cortó.

—¡No, no lo entiendes! ¡Jairo, muévete! Esta vomitando sangre y arde en fiebre.

—¡Hostia! —consiguió decir llevándose la mano a la boca. Agarró el brazo de Ian y tiró de él hacia el interior— ¡Mierda! Rápido, trae más toallas, hay que limpiarle y cambiarle de postura. ¡Tú y tú! —Se dirigió a su propio compañero y a otro que se había acudido a ayudar—, ponedle de costado con cuidado, si sigue vomitando se puede ahogar. No sé cómo no ha pasado ya, por Dios. ¡Vamos, no os quedéis mirando como dos pasmarotes!

Las indicaciones de María, que así se llamaba pusieron al resto en marcha, y entre Ian y ella, asearon a Samuel. Este estaba semiinconsciente debido a la alta fiebre, y decía cosas incoherentes en algunos momentos. Los minutos se tornaban eternos. Los sanitarios no llegaban y la incertidumbre por Samu lo estaba volviendo loco.

—¿Qué pasa con el médico? ¿Por qué no llega?

—Ian —la voz casi inaudible de Samuel termino de dejarlo paralizado —, tengo mucho frio —el cuerpo de Samuel convulsionaba.

—Lo sé, colega, enseguida llega el médico. Si lo que querías era llamar la atención de la señorita, lo has conseguido, bandido —le bromeó más para tranquilizarse el mismo...se le veía realmente mal.

Otra bocanada de vómito. Eso era un no parar. El barullo del exterior les indicó que los sanitarios llegaban. Entraron a toda prisa y mandaron salir a todo el mundo. Ian quiso quedarse con su amigo, pero no le dejaron. Agradeció a todos sus compañeros la ayuda y echó un último vistazo a Samuel antes de desaparecer por la entrada. Parecía un león enjaulado de un lado para el otro. Estaba muy preocupado por su amigo. Por su hermano.

Nadie salía para darle noticias, el silencio se rompía únicamente por su tentativa de entablar conversación con su compañera. Ella se había quedado para acompañarlo, ella y la luna que resplandecía en lo alto del cielo. Uno de los sanitarios salió quitándose los guantes de látex.

—Nos lo tenemos que llevar al hospital.

—¿Por qué? ¿Qué es lo que le ocurre?

—No estamos seguros, pero de lo que no tenemos ninguna duda es que no es una simple gastroenteritis. El hecho de que vomite sangre nos hace pensar que son síntomas de alguna infección. Mi compañero está...

—¿Qué quiere decir que puede ser síntomas de alguna infección? Estaba bien, si hubiera algo no le habrían permitido venir al concurso. Nos hicieron un chequeo general antes de venir.

—Lo entiendo y créame que hasta que no lleguemos al hospital y le hagamos más pruebas, no podemos darle un diagnóstico. Voy a solicitar que lo evacuen en helicóptero. Váyase haciendo a la idea que Samuel queda fuera. Tendrá que hablar con la organización para ver si usted puede continuar. No sé si podrá pero... Ahora, si me disculpa, tengo que entrar. No podemos

demorar más su traslado. Aquí no disponemos ni del material ni de medicamentos adecuados.

—¿A dónde le llevan?

—Al hospital Santa Rosa.

—Les acompaño —le dijo.

—No debería sin antes haber hablado con la organización. Hagamos lo siguiente: nosotros nos vamos al hospital y usted mañana habla con los organizadores, según le digan usted decide.

—Pero no puedo dejarle solo.

—Ahora mismo nada puede hacer por él. Hemos parado los vómitos, pero no sabemos hasta qué punto es su gravedad.

Mientras, sacaban a Samuel en una camilla, el helicóptero no tardaría en llegar. Ian se acercó a él, le tomó la mano y se la apretó. Ya se oía el rugir del rotor del aparato. Aterrizó en la explanada que había para aquella finalidad.

—Tranquilo, colega, te vas a poner bien, ya verás —le dijo.

—Ian... —su voz era un susurro—. No abandones, por favor.

—Venga tío, ya tendremos tiempo de eso. Tú pórtate bien y no les des más guerra de la necesaria.

—Tienes que acabar, convénceles. Hazlo por mí. Si yo muero será mi mejor homenaje —Ian no podía prometerle eso, ni siquiera sabía si la organización se lo permitiría. Samuel tiraba de su mano—. Ian, por favor.

—Te prometo que al menos lo voy a intentar. Si me dejan seguir, lo haré por los dos. No puedo ir contigo, no me dejan. Dicen que soy una mala influencia para ti, ¿te das cuenta? —Samuel entornó los ojos, una mueca de dolor cambió la forma de su cara.

—Tenemos que irnos ya —Ian afirmó con la cabeza. Acompañó a su amigo hasta el helicóptero. Le metieron, y el piloto comenzó a elevar el

aparato levantando un buen polvorín. Un nudo se instaló en el estómago de Ian, quién sabía si aquella sería la última vez que viera con vida a su amigo. Ojalá que no.

Sin darse cuenta, ya estaba amaneciendo. No tenía caso acostarse, así que iría a hablar con los de la organización. Sin cambiarse de ropa se fue hasta allí, entró y les pidió una reunión urgente. Ellos ya tenían notificación de la evacuación de Samuel y recibían al momento todos los cambios, novedades sobre su estado de salud. Ian les preguntó sobre la posibilidad de continuar en el show él solo, a lo que le respondieron que harían una junta extraordinaria y que decidirían: de sobra sabían que eso iba en contra las normas, pero cierto era también que Samuel no abandonaba voluntariamente el reality. Le darían una respuesta en las próximas horas, y en caso afirmativo le concederían tiempo suficiente para preparar todo.

Ian salió y se dirigió a su tienda. Allí estaba María, fue para ayudarle a recoger la tienda.

—Hola —la saludó—. ¿Qué haces aquí?

—Ayudarte, ¿has sabido algo?

—No, nada, dicen que me avisarán cuando decidan si puedo o no continuar. Oye, ve a descansar, y muchas gracias por toda la ayuda, sin tu reacción no sé cómo habría acabado esto.

—No se merecen, una cosa es la competición y otra no socorrer a un compañero. Ojalá nunca me vea en algo así, pero si así fuere me gustaría que mis compañeros me echasen una mano.

—Gracias, de verdad. Ve a descansar, yo me ocupo. Cuando todo termine, Samu y yo te deberemos una copa o lo que sea, prometido.

—Ah, es todo un detalle. Si crees que me vas a camelar para que te deje ganar, vas listo —le respondió guiñándole un ojo—. Descansa tú también, si te dejan participar, lo vas a necesitar—. Se despidió de él y salió



hacia su tienda. Era tarde ya.

## Capítulo 9

Scarlet estaba sentada en uno de los sillones que había en la salita. Una mesa central con revistas y prensa, su único mobiliario. Detrás, los ventanales. Se veía el edificio contiguo unido por un gran pasillo. El edificio utilizado para el materno.

—¿Sí, dígame? —se oyó al otro lado de la línea telefónica. Reconoció la voz enseguida

—Hola, buenas. Con Jesús, por favor.

—Un momentito, ¿de parte de quién? —sabía de sobra quién era.

—De Scarlet Johansson, no te jode la otra. Lola, deja de hacer el idiota, ja, ja, ja —ambas se reían. Lola era la pareja de Jesús, una muchacha alegre y extrovertida que le había devuelto la vida después de su desastroso divorcio. Jesús encontró con Lola la estabilidad y la serenidad que había perdido.

—Ahora mismo, corazón. Jesusito de mi vida eres niño como yo... al teléfono. —le gritó, obligando a Scarlet a separar el teléfono del oído.

—¡Que bruta, casi me dejas sorda! Dile que es urgente.

—¿Pasa algo, bonita?

—Bueno, es que a mi padre, bueno... está malo —titubeaba.

—¿Es muy grave?

—Estoy en San Sebastián, le ha dado un infarto.

—¡Por Dios! Espero se recupere pronto.

—Y yo también... si de normal es inaguantable, imagínatelo así.

—¿Y tú, cómo estás?

—Hasta el gorro, Lola. Mi viejo sigue en plan vete de aquí, no quiero

ni verte, bla, bla, bla...

—Hija, ten paciencia. Te paso con Jesús. Besitos, cielo.

—Chao, Lola, y gracias.

—¿Qué tripa se le ha roto a mi chica favorita?

—Deja de decir idioteces, anda. Hola. Estoy en Donostia. Te llamaba para decirte que me voy a quedar unos días.

—¿Qué es lo que ha pasado?

—A mi padre le ha dado un chungo —le dijo—. Tranquilo, está más o menos bien. Eso sí, la mala hostia no se le quita ni de broma.

—Mujer, no digas eso. No te preocupes, quédate lo que necesites. Te prometo guardarte tu puesto de trabajo, y no descontarte de la nómina los días que pases ahí.

Scarlet puso los ojos en blanco.

—Es todo un detalle por tu parte; claro que sin contar que todavía no he tenido vacaciones y tal...

—Ja, ja, ja, qué bruja eres.

—Oye, Jesús...

—Dime, niña.

—¿David ya ha vuelto al trabajo?

—La verdad, llamó pidiéndome la cuenta.

—¿En serio?

—Sí, dijo que no volvía. Le noté un poco raro, pero ahora que lo pienso, normal, lo que se dice normal, nunca ha sido.

No sabía si eso la aliviaba o la ponía más nerviosa. Bueno, ya pensaría en eso cuando regresara, por el momento ya tenía bastante con su padre.

—Vale, Jesús, tengo que dejarte. Gracias por ser tan bueno conmigo.

—¿Bueno? Cuando vuelvas y te tenga sometida a trabajos forzados

verás cómo no piensas igual, ja, ja —sabía que jamás le haría devolverle las horas, ella ya se encargaría de hacerlo—. Estate tranquila, espero que tu padre se alivie pronto. Adiós, niña.

—Adiós, Jesús, y gracias. Te volveré a llamar.

Colgó el teléfono. Miró el reloj: había pasado poco tiempo aún desde que llegó, pero acusaba el cansancio de haber estado conduciendo tantas horas. Un bostezo. Alguien la observaba desde la entrada de la salita.

—Hija, ¿por qué no te vas a casa y descansas un rato?

—¿A casa? Sabes que papá no quiere.

—Me da igual lo que quiera ese ogro. ¿Qué crees, que va a salir detrás corriendo para evitarlo? No llegaría muy lejos.

—No hace falta gracias.

Clara metió la mano al bolso y sacó un manojito de llaves. Scarlet reconoció el llavero que las portaba, se lo había regalado ella. Se lo trajo de uno de sus viajes. Era un muñeco de madera, de los que utilizan las modistas, con su nombre. A Clara le hizo mucha ilusión que su hija se hubiese acordado de ella. Le tendió las llaves, ésta las cogió y abrazó a su madre.

—Si hay alguna novedad, me avisas.

—Estate tranquila, no será necesario.

Scarlet echaba de menos los abrazos de su madre. Siempre habían tenido una conexión muy especial. La besó en la frente y se fue hasta el ascensor, bajó a la planta principal y salió al calor de la calle.



—¡Ian! —llamó Jairo entrando en la tienda.

—¿Qué ocurre? ¿Se sabe algo de Samuel?

—Sí, también. Ven conmigo, tenemos que hablar.

—¿Y dime, cómo está mi amigo? ¿Qué es lo que tiene?

—Lo primero tranquilízate, vamos por partes. No te voy a mentir al respecto.

—¡Habla! —el agobio era más que evidente.

—Están tratándole de una infección.

—¿Cómo que una infección?

—Está muy grave, pero los médicos tienen esperanzas.

—¡Esperanzas! ¿Me estás diciendo en serio que se puede morir?—su rostro estaba desfigurado por la impresión. Jamás pensó que a su amigo le ocurriera algo así— Quiero verle.

—No puedes. Está en la UCI.

—¿En la UCI? —todo parecía tan raro...

—Ian, ahora no puedes hacer nada. Te iremos informando según nos vayan diciendo.

—Pero es que estamos aquí...—movió la mano señalando el lugar donde se encontraban —Si esto le pasa en casa, allí están su familia, los me...

—Aquí también hay buenos médicos, si es eso lo que te preocupa.

—Sí, me preocupa muchísimo.

—Hay tan buenos médicos como allí. La infección es muy seria, aquí hay muchos mosquitos y debió de picarle alguno. Se trata de un caso de Dengue, creo que dijeron.

—¿El qué? ¡Qué mierdas estás diciendo! —era como si de repente hablara en chino.

—Es una infección muy seria que si no se trata a tiempo y bien, puede ser mortal.

—Samu es el tío más sano que conozco.

La voz le iba de más a menos, apenas era ya un susurro. Su amigo se debatía entre la vida y la muerte, y él no podía hacer nada para ayudarlo. Esa impotencia y ese vacío lo tenían trastornado. Ellos lo lograban todo por ser un

buen equipo, y ahora Samuel libraba la batalla más importante de su vida y él ni siquiera podía acompañarle.

—Por otro lado, vamos, que te diremos la resolución de la reunión.

Ya no estaba seguro de querer seguir en el concurso. Si Samu se moría, qué sentido tendría. El único premio que quería era que Samuel viviera, para él era mucho más importante la amistad que el dinero.

—No sé si seguir si Samuel no se recupera.

—Ten fe, confiemos en que se recupere; además, y esto te lo digo como amigo, pase lo que pase con Samuel hazlo por él. Se lo has prometido —eso era cierto, se lo prometió. Y si le daban la oportunidad de continuar, se lo debía—. Vamos, el resto te está esperando. Una cara conocida salió a su encuentro cuando pasaron por su tienda.

—Ian, ¿alguna novedad sobre Samuel?

—De momento no mucho. Cuando vuelva te cuento. Gracias por preguntar.

—Nada, hombre, por aquí estaré. Adiós.

—Adiós —siguieron su camino.

Entraron al bungalow, y allí estaban los organizadores y productores al completo. Ian les observó a todos y a cada uno de ellos. No habían pasado muchos días desde que comenzara el reto, pero alguno era nuevo, al resto los reconocía.

—¡Señores! —Llamó la atención de todos— Ian, siéntate por favor — éste se sentó en una de las sillas libres que quedaban—. Lo primero es decirte que lamentamos profundamente lo que está ocurriendo con Samuel. La organización ha puesto todos sus medios a su disposición. Te vamos a ir informando de todo según nos vayan diciendo, te lo prometo. Supongo que Jairo ya te lo habrá dicho —Ian asintió con la cabeza—. De acuerdo, dicho esto vamos a lo que nos compete. Sabes que las normas del concurso no

permiten que participe un solo competidor.

—Lo entiendo perfectamente. Era algo que sabía de antemano.

—El caso es que hemos hablado y hecho votaciones. Hemos cambiado alguna cláusula para que, si te interesa y hay solución, puedas continuar. Obviamente, no sólo depende de ti, también de tus compañeros.

—¿A qué te refieres, con mis compañeros?

—Me refiero a que si encuentras a alguno de tus compañeros al que le interesen las condiciones, podrás seguir.

—O sea, ¿solo no puedo participar?

—Exacto —le respondió el que más cerca de encontraba de él—. Si alguno no tiene inconveniente que te unas a su grupo y bajo unas condiciones, podrás continuar.

—¿Y cuáles son esas condiciones?

—Lo primero, y creemos que es lo más justo, perderás la inmunidad de la anterior prueba.

—Me parece bien. Sería como comenzar de nuevo el reto.

—Te repito que esto sólo sería en caso de que encuentres compañeros al menos para la siguiente prueba. Dado que son descensos, no puedes ir tú solo.

—Por supuesto.

—No podemos correr el riesgo de perder a nadie por querer seguir con esto.

—Sí, lo entiendo. ¿Qué modificaciones habrá para la pareja, si se da el caso de que alguno me acoja? Me siento como la amiga rara que siempre esta acoplada al resto de la pandilla y que cualquiera la lleva por pena —dijo.

—Nada que ver con eso Ian. Pero es la única manera que hemos encontrado y en la que estamos de acuerdo casi todos los presentes.

—Vale, os lo agradezco de corazón. No estaba seguro de querer

continuar dada la situación de Samuel, pero se lo debo.

—Tus compañeros compartirán la inmunidad contigo en caso de ganar las pruebas; y en el supuesto de ganar el concurso, ahí supongo que vendrán los problemas, el premio lo tendréis que repartir entre los tres. Claro está que no es lo mismo repartir entre dos que entre tres, ése puede ser el único inconveniente. Por lo demás, las reglas se mantienen como antes.

—Muchas gracias. Veré si alguna alma caritativa me acoge por unos días en su grupo. Y otra cosa, todo lo que podáis decirme de Samuel os lo agradecería mucho. Y si Samu se va, se acabó todo.

—No pienses en eso, ya verás que todo queda en un susto; gordo, eso sí, pero sólo un susto.

—Esperemos que mi amigo viva para contarlo él mismo.

—También tenemos que hablar sobre eso. Como bien sabes, este programa se emite en directo en Perú las 24 horas del día y se hacen conexiones internacionales especiales.

—Lo sé, ¿y qué con eso? —intuía por donde iban los tiros.

—Tenemos que informar sobre el abandono obligatorio de Samuel.

—A nadie le importa su estado de salud.

—Lo sabemos de sobra. No daremos detalles. Nos ceñiremos a lo estrictamente necesario.

—¿Habéis avisado a su familia? Ellos no se pueden enterar de esta forma. Sería inhumano.

—Ahora mismo su hermana está viajando hacia aquí, en unas horas su avión tomará tierra e irá directamente al hospital.

—De acuerdo, se dirá lo justo y necesario. No le vamos a dar morbo al programa a cuenta de mi amigo. Hablad con su hermana y que sea ella quien decida cómo proceder.

—Pues nada más. Tienes todo este día para avisarnos si alguien quiere



ayudarte.

—Gracias a todos. En cuanto sepa algo os digo. Hasta luego —. Se despidió, y salió fuera de la tienda y regresó a la suya.

## Capítulo 10

—*Hola, niñas* —saludó.

—*Jelou, princesa* —respondió Ari.

—*Vaya, la desaparecida. ¿Qué tal los estudios?*

—*Bien, ahí voy sacándolos.*

—*Me alegro.*

—*Hola, locuelas* —saludó Rous—, *¿qué pasa?*

—*Reinas moras, pasaba a decirlos que voy a desconectar unos días.*

—*¿Ha pasado algo?* —entró Angy— *Hola a todas.*

—*A mi padre le ha dado un infarto, estoy en Donostia.*

—*¡Joder! Lo siento, nena* —respondió Pilar—. *Hola, eso lo primero.*

*No te preocupes, lo importante es que se recupere pronto y bien.*

—*Sí, tranquila, la mala hostia que lleva no le deja irse al otro barrio*  
—bromeó.

—*Eres más bruta que ir a cagar al monte y cagar por fuera, que ya es decir* —todas rieron.

—*Bueno, era que lo supierais.*

—*Vale, princesa, no te preocupes por nada. Aprovecha aunque no sean las mejores circunstancias.*

—*Gracias. Besazos para todas* —Se despidió mandándoles emojis de unos labios.

Entró en el coche y puso rumbo a casa. Al abrir la puerta la golpeó de lleno ese olor tan peculiar de su hogar. Respiró hondo, llenó sus pulmones y se deleitó con el aroma, que la transportó a su infancia. Fue hasta su habitación: su cama con su edredón favorito, sus peluches colgados por toda la pared. Un

día, cuando su padre llegó del trabajo y vio el follón que tenía montado en el cuarto, casi le da un síncope: Scarlet, taladro en mano, se dedicaba a agujerear la pared para irlos colgando. Sonrió al recordarlo...

—¡Scarlet! ¿Qué diablos es todo esto? —Le gritó Manolo desde el quicio de la puerta— ¡La madre que te parió! ¿Qué vas, a montar un puesto de tiro como el de las ferias?

—Pero papi, es para tenerlos organizados, no puedo dejarlos por ahí tirados... —le respondió.

—¡Ordenados! Hay la virgen, pero si sólo te falta la carabina de balines. Anda, dame eso, no vaya a ser que te hagas daño. ¿Y tu madre? No sé cómo no te ha dicho que no. Así estas, haces lo que te da la gana.

—“Aita, aitatxito” lindo, venga, no te enfades.

—Ni “aita” ni leches. Menudo estropicio de pared. Ya termino yo. Ni un momento de tranquilidad, por Dios.

—Gracias papi —lo abrazó pillándolo por sorpresa, era su niña, la niña de sus ojos. Cómo había cambiado todo aquello, ahora no quería verla ni en pintura.

Se tumbó en la cama boca arriba mirando hacia el techo. No se dio cuenta de cuándo se le cerraron los ojos ni del tiempo que estuvo durmiendo.

El sonido del teléfono en algún rincón la trajo de vuelta a la realidad. ¿Quién llamaría con tanta insistencia? Casi se cae de la cama, se encontraba desorientada, su cama en el apartamento era más grande, la de casa de sus padres era...minúscula. Agarró el móvil. Era su madre.

—“Ama”, ¿ocurre algo? —preguntó con la voz pastosa todavía.

—No, nada, tranquila. ¿Te he despertado, no?

—Sí, pero no pasa nada. ¿Qué hora es?

—Las siete, cariño.

—¡Joder, pero que tarde es! Lo siento, mami. Me ducho y voy, llego en

un vuelo. Paso yo la noche allí y tú te vienes a descansar.

—Tu padre no lo va a consentir.

—Me da igual lo que diga ese cascarrabias. O te vienes y yo me quedo, o nos venimos las dos. Como él mejor vea.

—Ay, hija, si tu padre viera lo especial que eres...

—Mami, no te tortures. Si quiere, ya se le pasará. En un rato te veo. Ve poniendo al ogro en conocimiento de la buena nueva. Hasta dentro de un rato.

—Hasta luego, cariño.

Poco tiempo después la puerta de la habitación de Manolo se abría. Scarlet entró y se acercó a su madre, la besó en la mejilla y a su padre le lanzó un saludo con la cabeza.

—Siento llegar tarde. Me quedé dormida por completo.

—No te preocupes, hija. Condujiste toda la noche después de trabajar, es comprensible.

—Podías haberte quedado donde sea que hayas dormido —le dijo su padre.

—Mamá, ¿ya le has dicho?

—¿Decirme, qué tiene que decirme?

—Ja, ja, —rió— Ya veo que no, se avecina tormenta.

—Clara, habla, mujer. ¿Qué es lo que me tienes que decir?

—Me marcho a casa después de la cena —le respondió.

—¿Cómo que te vas? De eso nada.

—Por supuesto que sí. Mamá se va a casa a descansar, me quedo yo.

—Ni muerto, se queda.

—A ver, “aita”... si lo entiendes: ella se va y yo me quedo, o nos vamos las dos. Tú decides.

—Pues ya estáis tardando en marcharos. No me hacéis falta ninguna de las dos.

—Mami, recoge tus cosas. Hoy cenamos juntas —Manolo no creía capaces a ninguna de las dos de dejarle solo. Clara se acercó al armarito y cogió su bolso.

—Hasta mañana Manolito de mi vida —le dijo irónicamente.

—¡Mujer, no serás capaz!

—Claro que sí “aita” —respondió Scarlet con una sonrisa. Su padre sí o sí atendería a razones.

La unión hace la fuerza, o eso dicen. Manolo no dejaba de flipar tanto con su mujer como con su hija: las dos se habían confabulado contra él. Ya sólo por no darles la razón, aguantaría lo que le echasen encima. Total, él se valía por sí solo. Eso era lo que él creía, menuda nohecita...

Clara y Scarlet salieron de la habitación en dirección al ascensor.

—Mami, ¿sabes?

—¿El qué, hija?

—Estoy muy orgullosa de lo que estás haciendo.

—Gracias, nena. No sé si será lo correcto, pero la verdad es que tu padre necesita un escarmiento. No podemos seguir así, Yo también tengo derecho a decidir, a opinar.

—Claro que sí, mami. Ya verás que pasa por el aro —le respondió riéndose.

—Pobres enfermeras, las va a volver locas.

—Que se arreglen ellas. Mañana veremos cómo esta y si quiere pasar otra noche solo.

—Vamos, hija, hoy no cocinamos ninguna.

Se fueron a un mítico bar de la parte vieja donostiarra, a Scarlet siempre le gustaron los bocadillos que allí preparaban. Cenaron tranquilamente entre charlas, confidencias y risas. Manolo no paraba de llamar a su mujer al móvil hasta que Clara terminó por apagarlo.

---

Ian reunió a todos sus compañeros para hablar con ellos. Esperaba que alguno no tuviera ningún reparo en dejarle participar en su grupo. Ello conllevaba repartir el premio en caso de resultar ganadores.

Sólo la pareja formada por María y Paco sopesaron la idea. Paco no estaba muy conforme, pero sabía que con Ian en sus filas sus probabilidades de ganar se multiplicaban. Decisión final: si ganaban, Paco se llevaría la mitad del premio y la otra mitad, la repartirían entre María e Ian. Ésta estaba de acuerdo, ella aparte del premio también valoraba su futuro laboral y sabía que ganar el concurso le daría muchas oportunidades, así que lo perdido por lo futuro servido. Ian incluso buscaría la forma de que se uniera a ellos, a él y a Samuel, porque estaba seguro de que su amigo se salvaría y todo quedaría en una pesadilla.

—Gracias —les dijo a ambos—. Ganaremos.

—No hables sin saberlo —le respondió Paco.

—No, no las des. Este sabe de sobra que las posibilidades son más altas que antes. Si no, para rato.

—Aun así, gracias. Sobre todo a ti —se dirigió a María directamente—, porque no es lo mismo ganar 50.000 euros que 25.000.

—En realidad yo ya estoy mirando más allá del premio. Un buen futuro laboral. Negociaremos.

—Eso está hecho. Estaremos encantados de que te vengas con nosotros. Muchas gracias—. Aquel comentario no gustó mucho a Paco, él era su compañero y creía que en ese preciso momento, estaba de más pero no dijo nada.

Quedaron el día siguiente para comparar opiniones sobre cómo hacer el descenso de rápidos. Sería por etapas, siete días y cinco etapas.

La organización llamó a Ian: aunque Samuel seguía muy grave respondía al tratamiento, si continuaba así sopesarían la idea de trasladarle a la capital o a España. Eso eran buenas noticias. Si es que era un luchador nato no sólo en los deportes extremos sino con su propia vida.

Así se lo hicieron saber a Ian. Este estaba encantado con la idea, eso quería decir que Samuel iba por el buen camino.

María era buena estratega. Pensaba muy parecido a Ian, tenían claros los conceptos de la prueba y sus riesgos también. El río bajaba rápido, de ahí que se hicieran descansos y que estuviera considerado tan peligroso. Por eso mismo esa área era la indicada para expertos. Siete etapas de pura adrenalina. Samuel era más de trepar por las rocas y él más de agua, por eso mismo se complementaban a la perfección. Ahora se enfrentaba a lo desconocido. Nuevos compañeros y nuevo reto. Con María no tendría problema, pero Paco... Paco era harina de otro costal.

—Creo que deberíamos comenzar el descenso por la parte central del río —dijo Ian.

—Yo pienso que si vamos por la parte izquierda hasta casi el primer salto, adelantaremos al resto —Ian se quedó pensando en esa posibilidad.

—Es una opción. Pero si todos tomamos como referencia que todos hagamos lo mismo... —Paco y María se miraron—. Si vamos por el centro y cuando llegemos al primer salto lo cogemos ladeado, controlando que no volquemos, ganaremos tanto en distancia como luego en tiempo —les iba dibujando un croquis con los pasos a seguir—. El salto que se aprecia desde aquí tiene pinta de tener una roca bastante pronunciada; si os fijáis bien, la forma de la caída del agua y el remolino que se forma así lo indica —Ambos miraron a donde Ian les decía. El tenía razón—. Si vamos por la parte izquierda corremos el riesgo de perder el control y volcar.

—De acuerdo —le dijo María—, lo haremos así.

—¿Por qué? —Replicó Paco— Si todos hacemos lo mismo, será una puta locura además de peligroso.

—Tranquilo, te aseguro que sólo nosotros iremos por ahí. El resto no va a pensar igual. Os lo voy a demostrar: en la anterior prueba casi todos fuisteis de frente, Samu y yo por la cara este. La subida era más lenta y larga, pero más segura...

—Eso es cierto... si todos vamos a lo fácil, imagínate, cuando lleguemos al salto, con que uno, sólo uno, pierda el control, nos vamos todos al carajo... eso, sin contar que no ocurra nada grave con algún compañero. Tal cual, iremos por el medio —dijo señalando la zona. Continuaron planificando cómo lo harían. Un día les separaba del comienzo. La organización ya estaba al corriente del grupo al que pertenecía Ian.



# Capítulo 11

Manolo aprendió la lección; al día siguiente Scarlet llevaba una sonrisa triunfante en la boca. Su padre, el recto, severo y controlador de Manolo, pasaría la noche en compañía de su hija. Un día y después otro; ya como último consuelo, le quedaba un día a lo sumo dos de estar allí. Pronto le darían el alta. Después, en su casa, la historia cambiaría, seguro.

La visita del médico ya se había producido, todas las pruebas realizadas estaban bien; le indicaron una serie de pautas para seguir una vez estuviese en casa.

Padre e hija se encontraban en silencio, en los hospitales las horas pasaban lentamente y no había mucho con lo que entretenerse. Se encontraban viendo el telediario cuando la noticia que se emitía le llamó la atención. La reportera se encontraba a las puertas del hospital Santa Rosa en Tambopata.

*—Samuel, uno de los participantes en el famoso Reality Xtrem, permanece ingresado en el hospital y su pronóstico es reservado. Nada ha trascendido de los motivos que lo han llevado hasta aquí, sólo que algún familiar directo ha viajado desde España para acompañarlo. No hay más información sobre lo ocurrido, es lo único que sabemos.*

Scarlet ya no escuchaba a la mujer. Se levantó de la butaca. Estaba pálida.

*—Les seguiremos informando de todas las novedades en torno al estado de salud de Samuel y de cualquier otra información relacionada con el Reality Xtrem. Devolvemos la conexión.*

—Scarlet, ¿te encuentras bien? —preguntó Manolo extrañado.

—Sí, no te preocupes.

—Te has puesto blanca. ¿No será ése el fulano casado con el que te liaste, no?

—No, papá, ése no es, pero sí le conozco, es un amigo. ¿Qué le habrá pasado? —cogió el bolso, buscaba su teléfono con desesperación, no pensaba con claridad. ¿Estaría Ian bien? Necesitaba hablar con él, saber qué fue lo que pasó para que Samu estuviese en ese estado, ¿y si habían sufrido un accidente? Le temblaban las manos.

—Tranquila, mujer.

—No me digas que me tranquilice, tú no tienes ni idea. ¿Qué tal si... si...? Dios mío, no puede morirse. Tengo que saber si se enfermó o fue un accidente... Ian...—su nombre salió junto con sus lágrimas.

—¿O sea, que el otro es el tipo en concreto, no? Valiente sinvergüenza. Debería ser él y no su amigo quien estuviera en ese hospital.

—¡Ya basta, papá!

—¡No, no basta! Y tú tampoco te creas mejor que él. Sois los dos iguales —le gritó.

Scarlet salió al pasillo. En ese momento si su padre le decía algo más, no sabía cómo terminaría aquello. Marcó el número de Ian, inconscientemente lo recordaba.

—¡Mierda! —sin señal. Estaba desconectado. Abrió google y buscó el prefijo internacional que correspondía a Tambopata y después volvió a marcar el número. Nada—. ¡Joder! ¿Cómo coño hago ahora?

—Vaya, mira quien está aquí.

Esa voz, esa voz la reconocería por encima de cualquiera. La piel se le erizó de golpe.

—Tú...—la voz casi no le salía. Apenas era un susurro.

—Pero relájate, que no muerdo.

Se le acercó demasiado. En ese momento tenía ganas de romperle la

nariz de un puñetazo. No tendría que moverse mucho para que le atendieran.

—¿Así es como me saludas?

—¡Que haces tú aquí!

—Ya ves, muñeca, el mundo es un pañuelo —intentó cogerle la mano, pero ella le dio un manotazo—. ¡Vaya carácter, como a mí me gusta! Adiós muñeca, ya nos veremos —así como apareció, se fue.

Scarlet se levanto del suelo, sin darse cuenta se había resbalado por toda la pared hasta quedarse sentada. ¿Qué diablos hacía allí él? Volvió a la habitación.

—Por Dios, chica, ni que hubieras visto un fantasma.

—Algo parecido papá. No me encuentro bien, llamaré a mamá para que venga.

—¿Se trata de tu amigo, se murió? —le preguntó.

—No papá, ha sido otra cosa. No he conseguido hablar con nadie.

—Mejor, así no tendrás tentaciones de tirarte en brazos de ése y no volverás a destruir a tu familia —le dijo mirándola a los ojos.

—¿Sabes una cosa papá?

—¿Qué?

—Con todo el cariño y el respeto que aún siento por ti, te voy a decir una cosa: prefiero ser una golfa y hacerme y hacer feliz a alguien, a ser un pobre hombre dictador que vive amargado, que encontró a la mejor mujer del mundo y encima de hacerla infeliz la trata como a una autentica basura. Si ése es tu concepto de ser una buena persona, para ti todo. Así que mira... vete a la mierda.

Cogió sus cosas y salió de la habitación dejando a su padre estupefacto y herido en su corazón. Su hija jamás le había hablado así. Cuando él la echó de casa después de saber del lio de Scarlet con un hombre casado, discutieron mucho y muy fuerte y ella nunca le faltó al respeto de esa manera. Se lo quería

poner difícil para que ella fuera la que tomara la decisión de no volver y así él no se sintiera culpable. Pero Scarlet era de decisiones firmes y no le dio lo que quería: ironías de la vida, Scarlet aguantó carros y carretas y tuvo que ser él quien lo hiciera. Y aun así, ella no se pronunció. ¿Qué sería lo que había pasado en el pasillo para que reaccionara de esa forma? ¿En realidad pensaba eso de él?

Su teléfono comenzó a sonar en la mesita auxiliar. Miró la pantalla, era Clara.



Por fin llegó el tan ansiado día. Todos estaban ya preparados con sus chalecos salvavidas y sus cascos protectores. El juego comenzaba de nuevo.

El alcalde de Tambopata fue el encargado de dar la salida. El río bajaba rápido gracias a las últimas lluvias. Como bien predijo Ian, la mayoría fue por el lado izquierdo; se veía más seguro a simple vista, pero nada más lejos de la realidad. Una de las balsas casi vuelca dándoles un susto de muerte a sus ocupantes. Paco, María e Ian siguieron con el plan inicial de ir por el centro. No tuvieron ningún problema en descender aquel primer salto. La balsa se zarandeaba con el movimiento del agua, su vaivén era imparable. La rápida reacción de María en cambiarse de posición y la buena sincronización con sus compañeros hicieron que el descenso fuera casi fácil. Claro que ellos desde donde se encontraban no veían el recorrido del río, todo eran suposiciones e iban decidiendo como proceder en cada momento.

Ian comprobó que Paco era bueno, pero María, era un crack. Si no hubiese sido por ella, en una de las maniobras habrían volcado y la etapa se hubiera acabado para ellos en ese mismo momento.

Dos de las balsas chocaron entre sí, aquello les sirvió para que milagrosamente se pusieran en la primera y segunda posición. Eso no se lo

esperaron. Paco miraba mal a Ian, esos hicieron exactamente lo que él sugirió.

Poco a poco iban descendiendo el río; el agua entraba y salía de las balsas con facilidad. Cuanto más abajo estaban, más se ensanchaba el río.

Aunque nunca lo reconocería, hacían un buen equipo los tres.

Ian cerró los ojos por unos segundos y visualizó a su amigo allí con él, como tenía que haber sido. Pensar en Samuel le dio la fuerza suficiente para seguir adelante. Llegaron al final de la etapa en tercera posición. Al ser varias etapas durante varios días, irían sumando puntos, y al final el equipo que más puntos tuviera sería el ganador de la prueba de descenso de rápidos.

Se despidieron del resto de participantes y partieron a sus respectivas tiendas a reponer fuerzas y descansar; mientras, la reportera iba informando en directo sobre el desarrollo de la prueba. Ian se quedó un rato escuchándola, quería comprobar si se mantenía el silencio sobre el estado de Samuel.

*—Como ya les avanzamos al inicio de este programa, les informamos del acuerdo al que llegaron los organizadores y las condiciones que habría para que Ian, compañero de Samuel, pudiera continuar. El equipo, también de España, y compuesto por María y Paco, ha accedido a que Ian forme parte de él. Nada se sabe si ya se conocían con anterioridad y sólo ellos saben el acuerdo al que han llegado en el supuesto de que el grupo resulte ganador de esta primera edición del Reality Xtrem. Ian dejaría de tener la inmunidad de la que gozaba por ser ganador de la anterior prueba. Seguiremos informando de todo lo que vaya surgiendo en torno a este show. Devolvemos la conexión.*

La reportera en cuanto vio a Ian fue en su busca. Este, al verla, apuró el paso hacia la tienda. No quería hacer ningún tipo de declaración. Desapareció en el interior de su tienda dejando a la mujer plantada en la entrada.



—¿Qué quieres, mujer? —le preguntó.

—¿Qué ha pasado con mi hija? Me ha llamado y me ha dicho que vaya al hospital. ¿Ya estás dando por culo, eh, Manolo? —Estaba realmente furiosa.

—¿Yo? A mí qué me cuentas. Esa hija tuya está como una cabra. Es más, me ha mandado a la mierda, así literalmente. ¿Te lo puedes creer?

—¿Qué ha hecho qué? —Se llevó la mano a la boca para amortiguar la risa —A saber qué le has dicho para que la niña haya llegado a eso.

—¿Niña? No me hagas reír. Es una mujer hecha y derecha, pero con muchos pájaros en la cabeza.

—¡Manolo! Tengamos la fiesta en paz. En cuanto llegue ya me contarás que ha pasado. Adiós.

Colgó el teléfono dejando a su marido con la palabra en la boca.

Manolo odiaba que le hicieran eso, y últimamente su mujer se lo hacía a menudo. Las palabras de su hija martilleaban en su cabeza: “Tienes la mejor mujer del mundo y la tratas peor que a una basura”. Aquello se lo dijo una vez Clarita. Siempre se lo tomó como parte de su enfado, pero ahora su hija también se lo había dicho. ¿Sería así? ¿En realidad trataba tan mal a su mujer? Pero si él se lo daba todo, no le faltaba de nada. Tenía ropa, calzado; tenían para comer y cuando ella quería iba a la peluquería, a tomar café con Tere o se compraba algún que otro capricho. ¿Qué más necesitaba si todo lo tenía?

—Se me ocurre que igual un poco de amor, comprensión, cariño... — la voz sonó muy cerca. Un celador entró.

—¡Joder que susto! ¿Y a usted que le importa?

—Usted ha formulado la pregunta, yo sólo le he respondido; simplemente le he dado mi opinión.

—¿Y quién le ha dado vela en este entierro?

—Usted mismo.

—¿Yo?

—Claro. Toqué la puerta, entré y me dice que lo tiene todo, ¡que que más necesita!... Yo no quería ser descortés.

—Pensaba en alto —le dijo Manolo.

—La madre que me parió —rió.

—Están todos locos

—Bueno, yo me marchó, vi que su hija se fue y sé que la señora Clara no ha llegado aún. Sólo quería comprobar que se encontraba bien. Hasta luego Manolo.

—Ande, váyase a trabajar, que para eso se le paga, no para cotillear lo que hacemos los enfermos —. Justo en ese momento entró Clara a la habitación, la cara de enfado que traía, lo decía todo.

## Capítulo 12

Comenzó a llover. Estaban preparados para empezar la segunda prueba de descenso. Quien pensara que sólo el agua del mar podía ser brava, estaba muy equivocado. El río era lo que tenía. Paco, María e Ian se sujetaban con fuerza a las cuerdas de seguridad de la balsa. El agua estaba teñida de marrón oscuro debido a la tierra que había arrastrado la lluvia.

Dieron la salida, el primer salto lo hicieron sin mayor dificultad. Sin ellos percatarse, la mayoría de los rivales se guiaban por cómo lo hacía ellos. No era lo que querían cuando se dieron cuenta, pero no podían hacer nada. A partir de ese momento tomarían decisiones sobre la marcha, además parecía que de poco valía lo que habían planeado. Las condiciones meteorológicas tampoco ayudaban mucho.

La organización sopesaba la idea de suspender los descensos en cuanto terminara aquella etapa. No querían correr riesgos innecesarios, eso es lo que pensaban. Esa que ya habían empezado, la terminarían.

Los muchachos pasaron el siguiente salto con más problemas. La corriente era mayor y la visibilidad era cada vez más escasa por la lluvia. Una de las balsas bajaba completamente descontrolada y desequilibrada. Sus ocupantes, zarandeándose de un lado al otro para no caerse iban sujetos.

El nivel del cauce del río estaba subiendo a pasos agigantados y eso era muy peligroso; ya no estaba como al principio de la prueba. Ian sólo había visto una vez algo así en su vida, y era la mitad de peligroso de lo que estaba tornando ahora. Una balsa que era arrastrada por el lodo, ramas y un sinfín de maleza chocó contra la de ellos haciéndolos volcar a todos con el impacto. El remolino que se formó los llevó hacia el fondo. Nadie veía nada, a Ian se le



salió el casco de protección, ¿qué estaba ocurriendo? no sabía cómo, quedó atrapado debajo de la balsa; quería salir a la superficie, pero no podía. Algo le arrastraba hacia adentro. La corriente se volvió más profunda, María y Paco tragaban agua y tosían mientras intentaban salir también a flote. En cuanto conseguían salir a la superficie, la misma corriente los volvía a llevar de nuevo al fondo. Los chalecos salvavidas no estaban haciendo bien su trabajo. Ian daba vueltas o al menos eso le parecía, se golpeaba la cabeza contra la balsa en su vano intento por soltarse de donde fuera que estuviese enganchado. Apenas podía respirar. Ninguno sabía a ciencia cierta, cuántos metros llevaban río abajo. La lluvia era torrencial. De pronto una tromba de agua terminó de soltar a Ian de su agarre y salió despedido golpeándose fuertemente contra una roca.

Paco y María no le veían desde que volcaron. Cada uno luchaba para mantenerse con vida. María quedó encajada entre dos rocas que habían quedado condenadas al paso del agua, las ramas y troncos habían formado un pequeño tapón e impedían su paso. La joven se agarró donde pudo como a un clavo ardiendo. Paco seguía río abajo, intentaba sujetarse a cualquier cosa que lo mantuviese con la cabeza fuera del agua. De los otros dos, nada sabían. Ahora cada uno tenía que mirar por sí mismo, ya no se trataba de trabajo en equipo y tenían sus dudas de si seguirían vivos o perecían ya sin remedio.

Aquello era un desastre. La lluvia no cesaba más bien todo lo contrario, cada vez llovía más intensamente, había corrimientos de tierra que arrastraban todo a su paso llevándolo hacia al río.

Ian era una marioneta a merced del agua. Se golpeaba sin poder evitarlo. Se llevó un tremendo golpe no sabía con qué; la cabeza le dolía todo horrores, al igual que el resto de su magullado y herido cuerpo. Estaba siendo totalmente consciente de todo, del agua que tragaba, de las volteretas y de los golpes. Luchaba por salir a flote, él quería vivir y contarlo pero ya no tenía ni

fuerzas ni energías, no sabía dónde se encontraba ni cuánto tiempo había pasado desde que volcaron. El dolor era insoportable, se encontraba medio mareado por la intensidad del dolor y no sabía qué más podía hacer. Su cuerpo no respondía a las órdenes del cerebro, los brazos y piernas le fallaban. Quería que todo acabara y dejar de sufrir. La espalda le dolía demasiado, se sentía entumecido debido al frío del agua. ¿Por qué no acababa ya tanta agonía? Ahora comprendía aquello de que se veía pasar la vida de uno en un segundo, porque el mismo la estaba viendo la suya. Vio a sus padres cuando se despidió de ellos aquellas vacaciones, a Samu y Scarlet... Cada intento era una oportunidad menos de salir de allí con vida porque ya no lo soportaba más. No podía seguir luchando contra su destino, siempre pensó que el día que muriera sería porque alguna de las cuerdas que utilizaban para hacer puenting se rompiera en uno de sus muchos saltos, no ahogado en aquel remoto lugar. Un último suspiro. Todo se volvió negro.

María y Paco fueron rescatados heridos horas después. El aviso de suspensión de la prueba por parte de la organización llegó tarde. Se encontraban en shock pero vivos; sus heridas sanarían. La otra pareja también tuvo suerte. Miraban hacia todos lados esperando que Ian apareciese de la nada. Pero eso no ocurría. Las horas pasaban y la situación se complicaba, Ian tenía que aparecer.

El río estaba completamente desbordado y las inundaciones arrasaban con todo. Cada vez era más difícil pensar que Ian había tenido la misma suerte que ellos, que alguna persona lo hubiera ayudado.

Les dieron aviso de que les iban a evacuar a un lugar más seguro. María no se quería ir de allí, no hasta saber que Ian estaba a salvo en algún recóndito lugar. Paco tuvo que agarrarla y arrastrarla hasta el jeep.

—¡No podemos irnos! —Se lamentaba— ¡Es nuestro compañero!

—No podemos hacer nada. Estamos heridos y tenemos que ir al

hospital

—Él no nos abandonaría si fuéramos uno de nosotros.

—Eso no lo sabes. Tenemos que irnos.

—Por Dios, es como condenarlo a una muerte segura...

—¿Y qué te hace pensar que no esté muerto ya? —María lloraba de impotencia. Sabía que Paco tenía razón, pero si había una mínima esperanza ella quería estar ahí— Tenemos que irnos. Sólo nos queda rezar por él.

Subieron al jeep y se alejaron dejando allí la ilusión por algo que comenzó siendo un concurso y terminó en catástrofe de la madre naturaleza.



—Nenas, ¿habéis visto las noticias? —Escribió Pilar — ¿Sabéis algo de Scarlet?

—Hola, bonita, yo no —respondió Cyn.

—Tiene que estar hecha polvo.

—Yo la he llamado al móvil, pero no contesta. Menuda papeleta.

—Ya te digo —entró Angy—. Si no tenía bastante con lo del padre...

—Hola, ¿de qué habláis? —preguntó Marian.

—¿No te has enterado? —Le respondió Rous— Al padre de Scarlet le dio un infarto y ahora se trata de su amigo Samuel, está ingresado muy grave.

—¡A perro flaco todo son pulgas!

—Según dicen, las riadas han arrasado con todo y hay muchos desaparecidos. Van a mandar ayuda humanitaria para los damnificados.

—¿Ian se encuentra entre los desaparecidos, es eso?

—No se sabe, no han dicho nada todavía. No han dado información sobre si a los del Reality Xtrem les ha perjudicado en algo. Pero yo he visto unas imágenes en la tele, y de verdad es dantesco —relataba Rous.

—*Vaya mierda* —dijo Angy—. *Me tengo que ir a trabajar, si sabéis algo más, dejadlo escrito. Besitos...*

—*Hasta otro rato, muñeca* —se despidieron.

Scarlet llegó a casa antes de que su madre se marchara. Le contó lo que había visto en las noticias y que estaba desesperada. Encendió la televisión, necesitaba saber más cosas.

Lo que se encontró la terminó de dejar muerta. Parecía como si los astros se hubieran alineado para provocar aquella catástrofe.

—*Los heridos se cuentan por cientos y los desaparecidos más de lo mismo...*

Su corazón se saltó un latido. Contenía la respiración. Por más que se empeñara en que lo tenía más que superado, su alma se rompía por momentos. Ian fue, era y sería siempre el hombre de su vida. El tiempo que estuvieron juntos fueron muy felices, pero Scarlet ya no podía soportar la idea que tener que compartirlo con Marga. Él nunca se separaría de ella, siempre se lo dejó muy claro. Sentía una culpa tremenda por el accidente, y ella ahora se arrepentía de haber roto con él. Los últimos meses no habían sido muy buenos en cuestión de amores: echaba de menos a Ian, aunque a las chicas no se lo dijera. Ellas habían estado a su lado en esos momentos tan difíciles. No podía imaginarse cómo estaría Marga, ella era su mujer.

A Clara no le hizo falta mucho para entender a su hija.

—Scarlet hija, ya verás que está bien. Y su amigo también se va a recuperar.

—Ama, voy a ir a su casa.

—Por Dios, hija, no lo hagas.

—Tengo que saber que está bien. A ella le habrán dicho algo.

—Espera hasta mañana. Igual dicen algo más en las noticias.

—Esto, esto tiene que ser una broma del destino.

—A esto se le llama vida, hija.

—¿Pero por qué ellos? Si Ian está entre los desaparecidos, ¿qué voy a hacer?

—No pienses en eso, nena. Ya verás que Dios no va a dejar que les pase nada malo.

—¿Dios? ¿En serio, mamá? Si Dios consiente estas desgracias, qué nos queda...

—Scarlet, no sé qué más decirte hija. Se me parte el corazón viéndote así. Encima está tu padre...

—Mamá, vete, si no dentro de un rato te va a llamar. Ve, por favor, estaré bien.

—Scarlet, —le llamó.

—Tranquila, no voy a hacer ninguna tontería. Me quedaré y esperaré. Hablamos. “Agur, ama”.

—Hasta luego, cariño, Si necesitas algo no dudes en llamarme.

Clara salió hacia el hospital. No dejaba en un buen momento a su hija. Esperaba que no fuera una desgracia más, Scarlet sufrió muchísimos cuando se separó de él. Se iba con el corazón en un puño.

Scarlet cogió el móvil y volvió a intentar llamar a Ian. Igual se encontraba bien y a raíz de las inundaciones lo había conectado para avisar que se encontraba bien. Nada, apagado. Marcó el de Samuel, quizás en ese alguien contestara. Daba señal.

—¿Sí, quién es? —preguntó la otra voz.

—Hola, ¿me oye?

—Sí, ¿dígame?

—Disculpe, le llamo desde España, soy Scarlet, amiga de Samuel — Ya sabía quién era, Samu le habló de ella.

—Hola Scarlet, no puedo hablar mucho.

—¿Qué tal está? Sólo quiero saber eso, nada más. Acabo de enterarme en las noticias.

—No muy bien, la verdad. Los médicos hacen todo lo que pueden, pero... —la angustia era evidente en el tono de su voz.

—¿Pero qué ha pasado, un accidente en el reality?

—No, no, qué va. Se enfermó y lo trajeron al hospital. Tiene una infección muy grave, pero reacciona bien a los fármacos. En cuanto esté mejor, que al menos eso es lo que esperan, le mandaran a planta y en cuanto pueda, quieren trasladarlo a casa.

—Muchas gracias. Ojalá se recupere pronto.

—Yo no quería que vinieran, pero era una gran oportunidad para ellos.

—Lo supongo—. Respondió Scarlet.

—Esperemos que Ian también aparezca y todo quede en una mala experiencia.

—¿Cómo dices? ¿Qué Ian qué?

—Le estoy llamando y no responde al móvil.

—Ah, es que no tenían permitido usarlo mientras estuviesen en el concurso, sólo en los traslados.

—Ah vale, no lo sabía. De todas maneras, con las inundaciones y todo lo que está pasando, alguien debería dar noticias, creo yo...

—Scarlet, aquí vendrá alguien de la organización, todos los días viene uno, en cuanto llegue le pregunto. Con lo que me digan, te mando mensaje. ¿Te parece bien?

—Te lo agradecería muchísimo. Ya sé que no tengo ningún derecho, que no es ni mi novio ni mi marido, pero...

—No te preocupes. Estoy al corriente de lo vuestro, Samu me lo contó. En cuanto sepa algo, te digo. Ahora tengo que dejarte, voy a entrar a la UCI.

—Gracias de corazón. Y háblale a Samu, dile que como tenga que ir a

buscarlo lo voy a traer de vuelta agarrado de los huevos.

—Lo haré. Ya no sabe qué hacer para tenernos a todos pendiente de él —le siguió la broma—. Scarlet, un placer. Adiós.

—Igualmente, mucho ánimo. Y si en algún momento me necesitas, búscame, aunque sea solo para hablar. Adiós.

Por un lado, estaba más tranquila; por otro, no sabía qué hacer, si esperar o ir a casa de Marga. Definitivamente, esperaría.

Las horas pasaban lentamente, ya no le quedaban uñas para morderse. El silencio era ensordecedor. Paseaba de un lado a otro de la casa. Volvió a sentarse en el sofá, cogió el mando de la televisión y puso el canal de las noticias. Política, asesinatos, atentados, violaciones; siempre lo mismo, pero diferentes lugares y personas. El mundo estaba corrompido y destruido, y lo estábamos destruyendo nosotros mismos.

El presentador dio paso al corresponsal en Perú. Las noticias no eran muy halagüeñas que digamos. Los afectados se refugiaban donde podían. La ayuda humanitaria llegaba desde los países vecinos. Pero lo que ella tanto necesitaba escuchar, no llegaba. Ninguna noticia sobre los participantes del Reality Xtrem. Se tumbó a lo largo del sofá, el sueño y el cansancio la vencían, en no saber qué había pasado con Ian, la tenían en un estado de nerviosismo total; Morfeo la acogió en sus dulces brazos, cayó rendida. Poco después se despertó e golpe, tuvo una pesadilla.

## Capítulo 13

Las inundaciones habían causado estragos. En cuanto la organización del reality tuvo constancia de que Ian era el único participante que faltaba, puso en marcha un dispositivo de búsqueda. El nivel del río se mantenía, pero ya no llovía: al contrario, lucía un espléndido sol que acentuaba más si cabe el desastre. Algunos participantes se encontraban bien; otros, como María y Paco, malheridos, y la pareja que propició el choque involuntario, heridos leves. De Ian no había ni rastro.

Por fin los informativos se hacían eco de las últimas noticias.

*—Después de unas horas interminables de lluvias torrenciales, el sol hace acto de presencia. A mis espaldas pueden comprobar el estado en el que quedó el lugar donde nos encontramos, uno de los más afectados por las inundaciones. El pronóstico meteorológico para las próximas horas es que seguirán los cielos poco cubiertos y ascenso de las temperaturas. El paisaje es desolador como pueden ver, casas devastadas, cientos de afectados que lo han perdido todo, desaparecidos... Ha trascendido el rumor que uno de los desaparecidos es de origen español, pero de momento no tenemos confirmación de ello ni la identidad de esa persona. En cuanto a las noticias sobre la última prueba del Reality Xtrem son que Samuel, el concursante ingresado en el hospital Santa Rosa evoluciona favorablemente y que reacciona bien a los fármacos que se le están administrando.*

Scarlet escuchaba atentamente. Su corazón galopaba a mil por hora; tenía una angustia en el pecho que se lo oprimía impidiéndole respirar con normalidad. Algo en su interior le decía que ya no volvería a ver los ojos de



su gran amor, que el español desaparecido era él. Nunca había tenido un sentimiento como en ese momento, ni siquiera cuando entró en el ascensor el día que rompió con él. Era una sensación tan profunda como real. Su alma se rompió por completo en miles de trozos. Se encogió en el sofá y se abrazó a sí misma, como si con eso el dolor que sentía hiciera que dejara de perforarla por dentro.

—*Hola, chicas* —apareció Angy—. *¿Hay alguien?*

—*Hola, cielo* —Cyn respondió.

—*¿Has escuchado las nuevas noticias? Dicen que hay un español desaparecido. Estoy llamando a Scarlet pero no responde.*

—*Sí, las vi. Quiero pensar que no sea él. No puede ser que el destino desgracie la vida de estos muchachos.*

—*Hola, chicas* —Rous se unió a la conversación—. *Pues a mí me da en el morro que puede ser...y no quiero ser pájaro de mal agüero.*

—*¿En serio lo crees? Ojalá que te equivoques, porque si no, no sé qué va a ser de nuestra amiga* —en ese momento Scarlet apareció en línea.

—*Hola, chicas*— *el chat se silenció de pronto*—, *sólo entro para decirles que me voy a Perú, Voy a buscarle.*

—*¿Cómo estás?* —pregunto Angy.

—*Destrozada. Siento que lo he perdido, que Ian no va a regresar. Saber que no está conmigo me duele, pero saber que...*

—*Mi niña* —escribió Cyn—. *Si podemos hacer algo...*

—*Gracias, pero ni yo misma sé qué tengo que hacer. Sólo sé que tengo que ir, unirme a las labores de búsqueda y agotar hasta el último suspiro que me quede antes de perder a Ian para siempre. Si hay una mínima esperanza, quiero agotarla.*

—*Cariño, ¿pero cómo vas a hacer?*

—*No lo sé. Pero si tengo que hipotecar mi vida para ir, pasaré el*

*resto de mi existencia pagándolo: total, ya estaré muerta en vida. Samu va mejor por lo que han dicho pero Ian...Ian...*

*—Nena, ¿y qué pasa con tu padre? —le preguntó Angy.*

*—Él también va mejor, y tiene a mi madre.*

*—Ian a su mujer —sentenció Pilar que entró en ese momento.*

*—Lo sé, pero ya me da igual. Ella puede ir también si quiere. Ian siempre me dijo que ellos ya no tenían nada en común salvo la firma del juzgado.*

*—Pero...*

*—Pero nada. Voy a hablar con mis padres y vuelvo a Málaga. Organizaré todo y en cuanto pueda me voy. No os preocupéis, que iré avisando. Adiós, chicas, y gracias por estar ahí.*

Salió del chat, se fue al baño y se lavó la cara, se arregló un poco y se fue al hospital.

—Manolo, ¿qué pasó con Scarlet para que te mandara a la mierda? — su cara estaba colorada por el enfado.

—Salió al pasillo. Cruzamos unas cuantas palabras sí, ya sabes, por el fulano ése con el que se lió, pero...

—¿Por qué cojones no dejas ese tema?

—En las noticias salió, su amigo está ingresado en un hospital muy grave.

—Me importa una mierda su amigo, es mi hija quién me preocupa.

—Fue a ver si podía hablar con él, y cuando regresó estaba blanca como la cal y le pregunté. Una cosa llevó a la otra, nada más.

—¡Tú eres tonto, hombre! No sólo pierdes a tu hija por idiota que eres, sino que yo ya estoy también hasta el moño de tus tonterías. Ya no te aguanto más. Hasta aquí hemos llegado. Tienes una opción, o cambias o ahí te quedas.

En ese momento se abrió la puerta. Una Scarlet desencajada y con ojos

llorosos corrió a los brazos de su madre.

—Mi niña, ¿qué pasó?

—Hay un desaparecido.

—¿Y qué con eso?

—Mamá, algo me dice que es él —lloraba desconsoladamente, no sabía cómo hacer para mitigarle el dolor que en ese momento estaba sufriendo. Si pudiera, se cambiaría por ella.

—Pero hija, no pienses eso.

—Me voy.

—¿Pero como que te vas? Hija, si prácticamente acabas de llegar...

—Regreso a Málaga. Voy a preparar todo lo necesario y voy a ir a buscarle. Venderé la casa si es necesario, pediré un crédito, lo que haga falta para reunir dinero, pero me voy. Si él no vuelve, no tiene sentido seguir viviendo.

—Por Dios Scarlet, me asustas.

—Mientras haya esperanza... Tengo que ir mamá. Papá ya está mejor, mañana o pasado vuelve a casa y no tienes que preocuparte. Agotaré todos mis recursos antes de darme por vencida.

—De acuerdo, haz lo que tengas que hacer y ojalá ese muchacho aparezca sano y salvo.

—Hasta pronto “ama” —se giró hacia su padre, se le acercó y le besó en la frente—. Adiós, “aita”, pórtate bien con mamá.

Volvió al coche, ya había metido lo que había llevado días atrás y del mismo modo que fue a San Sebastián puso rumbo a Málaga.

Manolo no se imaginó lo afectada que estaba Scarlet. A pesar de todo, de la oposición de él en la relación con Ian, el haber recorrido España para estar con ellos y el estado de salud de su amigo, su amor por Ian parecía inmenso. Ella se separó pero no dejó de amarlo. Pocos amores así había

conocido él. Ahora lo veía claro. Ver a su hija así de destrozada, desconsolada, como perdida, le había dado una severa lección de humanidad. En su fuero interno estaba destrozado, su hija era su niña y siempre lo sería por muy adulta que fuese. Después de todo lo que le dijo, antes de irse le dio un beso. Sabía que se había ganado sus desplantes e incluso el mandar a la mierda, y sabía que igual ya era tarde para él, pero tenía que hacer algo, no sabía el qué, era su hija y debía ayudarla. Así se lo hizo saber a Clara, pero le pidió que no le dijera nada a su hija, ella lo podría interpretar de manera errónea. Cuando estuviesen en casa, verían como proceder.

En cuanto Scarlet entró en su casa avisó a su madre de su llegada. También se conectó al chat y avisó a sus amigas.

—*Estoy en Málaga. Me voy a acostar y luego os cuento.*

—*¡Coño! Eso, ni la visita del médico* —se quejó Marian.

—*Relájate, luego nos contará todo lo que tiene pensado hacer* —le recriminó Angy. Ésta, por otro lado, creó un grupo provisional en el cual Scarlet no se encontraba. Ella tenía pensado hacer algo y lo quería comentar con el resto.

La búsqueda de Ian se había programado para que comenzara poco después de saberse su falta. La organización del Reality Xtrem, pidió ayuda tanto al gobierno peruano como al español. Mandarían militares con perros adiestrados, víveres y un avión con ayuda humanitaria.

Los informativos poco decían, no se pronunciaban; no querían crear alarmas innecesarias hasta no saber a ciencia cierta que Ian no aparecía por ningún lado.

Samuel se recuperaba poco a poco. Si seguía así pronto le mandarían a planta, y cuando pudiera viajar lo mandarían a casa a seguir allí su recuperación.

Militares, bomberos, sanitarios y todo aquél que pudiera colaborar en

la búsqueda de supervivientes era bienvenido. Ayudar a reconstruir aquel paraje natural iba a resultar una tarea laboriosa y muy dura.

A pesar del desastre, sus gentes no flaqueaban, colaboraban con alimentos, ropa, medicinas, utensilios de higiene y un largo etcétera. Una vez más se volcaban con el prójimo para ayudar, eran un ejemplo a seguir por otros muchos países.

Los grupos se dividían para así abarcar más terreno. No podían perder más tiempo porque el reloj corría en su contra; cuantas más horas pasaran menos posibilidades había de encontrar supervivientes. Provistos de todo lo necesario, salieron en todas las direcciones.

Algunos de los compañeros del Reality Xtrem que estaban en condiciones se unieron a los equipos de rescate. Fueron bajando por la orilla del río, observando con detenimiento a un lado y al otro. No se podían permitir el lujo de pasar nada por alto, no mirar hasta los más recónditos lugares. Con largas varas iban levantando todo lo que podían y entre todos, lo que uno solo no podía. Pasaban las horas, minutos y segundos, ni rastro de Ian.

Scarlet se despertó agitada. El teléfono sonaba y no sabía dónde. Se encontraba desorientada.

—¿Sí?

—Scarlet, soy Lara, la hermana de Samuel.

—Ah, hola. Disculpa, me acabo de despertar.

—¡Dios mío, perdona! —se disculpó.

—No, no, nada de eso. ¿Está bien Samu? ¿Pasó algo?

—No, todo lo contrario, va mejor. Aunque sigue grave, los médicos están contentos con su evolución. En poco lo mandarán a planta y cuando pueda viajar, a casa me lo llevo.

—Eso es estupendo, me alegro mucho.

—Scarlet —su voz se puso seria.

—No me lo digas, no quiero escucharlo.

—Lo siento, aunque no lo han dicho públicamente, Ian está desaparecido.

—Por favor, no —sollozaba.

—Si hay alguna novedad, te prometo que serás la primera en saberlo.

—Pero está Marga...

—¡Esa! Menuda arpía que es. Me consta que se lo han dicho y le da igual. Estoy segura que ella, si no aparece, lo preferiría.

—¿Cómo puedes decir eso?, estará sufriendo.

—Tú estás sufriendo, estás desolada. No ella.

—He vuelto a casa. Voy a preparar todo y me voy para allá.

—¿Qué estás diciendo? ¿Vienes?

—Exacto. Sin Ian nada tiene sentido. Voy a agotar todo por buscarle.

—¡Por todos los Dioses del Olimpo! ¡Estás loca de remate!

—No, estoy muerta por dentro.

—Mientras haces todo eso, yo si sé algo más te digo. Cuando llegues llámame. Voy a buscarte y vemos qué hacer.

—Gracias, Lara, pero tú con Samuel ya tienes bastante. No le digas nada, si se entera querrá hacer lo imposible por ir a buscarle y él no debe.

—No puedo mentirle si pregunta.

—Pues no sé, dile que está suspendido o algo.

—Te dejo, cuando estés en Perú dímelo. Adiós.

—Sí, no te preocupes. Adiós, Lara, y gracias por todo.

Scarlet miró vuelos por internet para comparar precios. Cuando lo tuvo todo claro y organizado llamó a su madre para decírselo y para saber cómo seguía su padre; por suerte, Manolo ya estaba en casa, Le habían dado el alta al día siguiente de irse ella. Allí estaba más tranquilo, e incluso ayudó a Clara a hacer las gestiones para ir a Madrid. Por supuesto, con el

consentimiento del médico y acompañados por Tere, la amiga de su madre.

A continuación hizo lo propio con las chicas, y finalmente reservó vuelo para cuatro días después. Disponía de días suficientes para preparar las maletas y reunir dinero y, cómo no, poner al corriente su pasaporte. Era fundamental tener la documentación en regla.

La decisión estaba tomada, iría a buscar a Ian con la única esperanza de encontrarlo e invertiría todo el tiempo que pudiera.

## Capítulo 14

Scarlet, equipaje en mano y con la ayuda inestimable de Jesús, fue hasta el aeropuerto, se plantó allí tan nerviosa que le temblaba todo el cuerpo. Cogería un vuelo hasta Madrid, donde haría trasbordo; en ese momento era la mejor opción

Recuperó una de las fotos de Ian; no las había tirado, simplemente las guardó en el fondo del armario. Eran la constancia de que estuvieron juntos, y eso eran bonitos recuerdos.

—Gracias, Jesús —le dijo abrazándole—. No sé cómo voy a poder pagarte todo esto.

—Tranquila, niña. Ve, encuentra lo que buscas si es posible y regresa, que aquí te estaremos esperando —le respondió. Metió la mano dentro del bolsillo de su chaqueta, sacó un sobre y se lo tendió—. Toma, no es mucho pero te puede ayudar.

—No, Jesús, no puedo aceptarlo.

—Claro que sí puedes. Además, a Lola le darás un disgusto si no lo coges; por no añadir que yo duerma los próximos meses en un mugriento sofá....

—Bastante haces con guardarme mi puesto en el pub.

—Hablando del pub, hace unos días vino un joven preguntando por ti...

—Ni idea, cualquier cosa

Jesús le metió el sobre en el bolsillo de la cazadora.

—Te lo devolveré —le dijo.

—No me preocupa eso, lo sabes. Si no lo haces no me importa, con



que regreses será suficiente.

—Pero a mí sí. Si él no aparece tendré vida suficiente para devolvértelo, creo.

—No pienses eso, hay que ser positiva.

La llamada para embarcar se oía de fondo. Scarlet se abrazó a Jesús como si fuera la última vez que fuese a verle. Este la estrecho fuertemente. Aunque no era mucho mayor que ella, sentía un cariño casi paternal por aquella chica.

—Vamos, te esperan.

—Gracias. Y trasmítele a Lola mi agradecimiento... No sé cuando volveré.

—Cuando sea. Cuídate mucho, mi niña. Te quiero de vuelta con tus locuras raras y tus historias para no dormir.

—Claro, el bufón Scarlet ya regresó a palacio —sonrió—. Hasta pronto.

—Adiós.

La vio desaparecer por la puerta de embarque.

El avión salió del aeropuerto de Málaga Costa del Sol, y aproximadamente hora y media después tomaba tierra en el Adolfo Suarez Madrid Barajas. Allí harían transbordo hacia el aeropuerto Internacional Padre Aldama, lo más cercano a la región de Tambopata. Una vez allí se movería en jeep. Ya lo tenía todo preparado.

Bajó del aparato y se dirigió a la puerta de embarque en la terminal T3. Iba sumida en sus pensamientos y no reparó en un pequeño grupo de chicas que probablemente iban de vacaciones juntas. De pronto todas guardaron silencio y se colocaron en fila. Scarlet no reparaba en nada que no fueran sus tristes pensamientos; según se iba acercando al curioso grupo, que le miraban como si de pronto le hubieran crecido dos cabezas. Miraba a unas y a otras;

observaba sus rostros, le eran caras familiares pero no terminaba de saber por qué. ¡Por la virgen Santa! No podía creer lo que sus ojos veían... Angy, Rous, Cyn, Ari, Marisol, Marian y Pilar, sus amigas virtuales, habían dejado todo para ir a despedirla al aeropuerto.

—Pero niñas, ¿os habéis vuelto locas?

—Me encantan las sorpresas —dijo Angy—. Hola, preciosa, encantada de conocerte por fin.

—Mi Angy, loquita mía —miró a Rous—. Pero por favor, venir aquí todas, Pilar, Marisol, bonitas todas. Ari, Cyn... Marian, reina, tú cómo has venido... —se abrazaron, lágrimas de emoción acompañaban ese momento tan especial— ¿Pero como habéis venido?

—No podíamos dejarte sola. Todas para una, y una para todas, ¿recuerdas? —le dijo Rous

—Sí, pero tenéis vuestras cosas, tú estás aún recuperándote, y bueno...

—Estamos todas bien y por eso hemos venido.

—Scarlet, hija —su madre y su padre se encontraban detrás de ella.

—¡"Ama, aita"! ¿Qué hacéis aquí? —Preguntó sorprendida— Y tú ¿no deberías estar descansando? Ay, madre mía, qué paciencia.

—Hija, no seas maleducada —le dijo su padre.

—¿Perdona? —lo miró extrañada.

—No nos has presentado. Disculpad los modales de mi hija, os aseguro que esa educación yo no sé la di. Soy Manolo, el padre de la criatura —les dijo mirando a las chicas—. Y ella es Clara, la madre.

—Nosotras somos Angy, Pilar, Rous, Marian, Cyn, Marisol y Ari. Sus amigas —le plantó dos sonoros besos en las mejillas que lo hizo sonrojar. Clara se reía, Manolo no estaba acostumbrado a tales muestras de afecto.

—Mami, ¿pero qué hacéis aquí, se puede saber? ¿Cómo habéis venido?

—Tere nos ha traído. Está aparcando el coche, esto es un infierno, todo está ocupado. Ojalá le dé tiempo de despedirse. Tu padre no me ha contado mucho de lo que os pasó; cuando llegué al hospital estaba como abatido, triste...No te voy a preguntar a ti tampoco, sólo te diré que está diferente.

—¿Diferente cómo?

—Lo que oyes; es más, ha sido él el que ha dicho de venir.

—¿En serio?

—Sí, cariño. Y yo, como puedes ver, no le he dicho que no.

—Gracias mamá, vuestro apoyo es muy importante en estos momentos. Ven para que conozcas a las chicas.

—Parece que se divierten con papá.

Éstas rodeaban a Manolo, se habían sentado en unos asientos y charlaban animadamente. Y él estaba encantado, parecía un jeque rodeado de su harén.

Justo en ese momento llegaba Tere corriendo. El aviso del embarque también era anunciado por los altavoces.

—¡Tita! Gracias por traerlos —le dijo abrazándola.

—No me las des, cariño mío. Me lo gano en salud, ya lo sabes. Prefiero traer a tu padre a Madrid que aguantarle el resto de su vida echándomelo en cara.

—Como sea, gracias —la abrazó.

—Ten mucho cuidado, mi niña.

—Lo tendré.

Se dio la vuelta y fue hasta su padre. Este, al verla, se levantó y la apartó un poco del resto.

—Scarlet.

—No digas nada.

—Pero necesito hacerlo...

—De verdad que no hace falta, estas aquí y eso es lo importante. Lo demás ya no importa.

—Toma —le tendió un sobre—. Lo teníamos guardado por aquello de si algún día pasa algo.

—“Aita”, no puedo cogerlo. Es el esfuerzo de muchos años de trabajo.

—Ahora pasa ese algo. Así que cógelo y dame un abrazo.

—Claro que sí, papi.

—Hija, sabes que yo no soy de demostrar mis sentimientos, pero quiero que sepas que te quiero mucho al igual que a tu madre.

—Lo sé papá, lo sé. Yo también te quiero. Gracias. Tengo que irme.

—Sí, hija. Ten mucho cuidado y ojalá que tengas mucha suerte.

—Lo haré papá, cuídate y cuida de mamá. Nos vemos a la vuelta.

—Así lo haré,” agur maitia”.

Volvió junto a las chicas y se despidió de su madre, que lloraba abrazada a Tere. Luego se dirigió a sus amigas y una a una les fue agradeciendo el esfuerzo de ir a despedirla.

—Gracias, no puedo deciros nada más. Estoy súper orgullosa de teneros conmigo, a mi lado; es una bendición que seáis mis amigas. Y aunque haya sido en estas circunstancias, os lo agradezco con toda mi alma, y que sepáis, este día, pase lo que pase en Perú, es mío para siempre —las lágrimas casi no la dejaban hablar—. Os quiero chicas.

—Y nosotras a ti —respondieron a la vez

—Adiós.

—Adiós, que tengas buen viaje —le dijo Rous.

Scarlet comenzó a andar hacia la puerta de embarque, pasó el scanner y sin mirar atrás siguió su camino. El nudo de su garganta no la dejaba respirar. Tenía los nervios a flor de piel; por un lado la pena que la llevaba a Perú, y por otro lado la satisfacción de haber podido conocer a sus amigas, de

haberlas abrazado y sentido su cariño. Por fin las conocía.

—¡Scarlet! —la llamaron. Ésta se volvió y les dijo adiós con la mano — ¡Loca, nos vamos contigo! —echaron a correr hacia ella.

—No es posible, que alguien me pellizque. No sé qué he hecho para merecerme todo esto.

—Claro que lo es. No vamos a venir aquí para dejarte sola allí. Estaremos contigo hasta el último minuto —, le dijo Angy.

Así, todas juntas se subieron al avión. Tendrían tiempo más que de sobra para conocerse y estrechar lazos de amistad porque todas ellas tenían el mismo concepto de lo que ello significaba.

La gente se comportó muy amablemente con ellas cediéndoles sus asientos para que pudieran estar todas juntas. Tenían unas cuantas horas por delante. Se pusieron al día, se rieron muchísimo haciéndole a Scarlet la existencia más fácil, pero lo más importante era que estaban juntas.

Todas ellas habían demostrado que eran amigas de verdad. La amistad tenía nombre propio y era compuesto: locas del moño.

Se turnaban entre ellas para así poder estar con todas, era una auténtica revolución. A los demás pasajeros, lejos de molestarles, los divertían con sus chistes y anécdotas. Aunque fuese el peor momento en la vida de Scarlet, la compañía de sus amigas la animaba mucho. Conseguían sacarle la sonrisa con sus cosas. Comieron algo, bebieron también; tanta emoción las tenía agotadas. Cogidas de la mano, se quedaron dormidas.

El capitán las despertó con el anuncio de que sufrirían algunas turbulencias debido a que atravesaban una tormenta y pidió a los pasajeros que se abrocharan los cinturones y siguieran las indicaciones de las azafatas.

Cuando ya hubo pasado el pequeño susto, volvieron a sus chismorreos. Ya poco las separaba de un país desconocido para ellas.

Scarlet no sabía qué se iba a encontrar, pero tenía a sus amigas con

ella y eso le daba la fuerza suficiente para continuar. Podía presumir de estar rodeada de gente buena que no había dudado en dejar su vida para acompañarla en aquellos delicados momentos y eso jamás lo olvidaría, el cariño y gratitud por aquello, no se podían pagar con nada. La amistad era lo que tenía.

## Capítulo 15

Tomaron tierra en el aeropuerto Padre Aldamiz. Scarlet avisó a Lara justo antes de apagar el móvil. En el mensaje le puso que no viajaba sola, y que iba con unas amigas. Ésta se lo notificó a la organización diciéndoles que venían desde España para colaborar en la búsqueda de Ian, y enviaron una camioneta para recogerlas, cualquier ayuda era bienvenida. Jairo fue el encargado de ir a buscarlas.

Recogieron el equipaje de la cintra transportadora y fueron hacia la salida. A medio camino las interceptó un joven que llevaba un letrero en el que se leía, “Scarlet —Samu —Lara.”

—Creo que han venido a recogernos —dijo Scarlet. Se acercaron a él —Hola, soy Scarlet —le dijo—. Ellas son el escuadrón suicida —se descojonaban con sus ocurrencias.

—Bienvenidas. No podemos quedarnos aquí.

—¿Qué ocurre? —Pregunto Marian— Por cierto, soy Marian.

—Mucho gusto, señoritas. Yo soy Jairo —respondió—. La cosa es que están llegando un montón de reporteros y fotógrafos desde todo el mundo a la caza de la primicia sobre todo lo que está relacionado con el reality. De momento no ha trascendido que Ian está desaparecido.

El cuerpo de Scarlet se encogió de golpe. Las chicas la tomaron de la mano y tiraron de ella para salir de allí cuanto antes.

—Pues entonces vamos, dejemos las presentaciones para cuando estemos en un lugar más tranquilo —dijo Marisol contundente.

Salieron a toda prisa. Una vez en la camioneta pusieron pies en polvorosa.

Llevaban unos cuantos kilómetros ya, cuando Jairo apartó el vehículo hacia la cuneta y lo paró. Se dirigió a ellas:

—Bueno, vamos a ver; yo he tenido conocimiento de ustedes —las señaló a todas— hace escasas horas. Mi trabajo era recoger a Scarlet y llevarla al hospital primero. Así que eso haremos con vuestro permiso.

—Por supuesto —le respondieron—. Para nosotras también ha sido una sorpresa, veníamos preparadas con tiendas de campaña.

—No se preocupen por eso, la organización lo tiene todo dispuesto. La señorita Lara les pidió ayuda

—¿Todo esto ha solicitado Lara? —preguntó Scarlet.

—Por supuesto, menuda fiera es.

—Ja, ja, ja. Ya tengo ganas de verla. Chicas, os gustará.

—¡Jairo, llévanos al hospital!

—¡A sus órdenes! —le respondió éste haciendo un cómico saludo militar.

—Vale señoritas, vayan presentándose si son tan amables —las miraba por el retrovisor mientras ponía en marcha la camioneta.

—Yo soy Marian, la de antes, ella es Pilar, cuidado no la hagas enfadar que es como una bomba de relojería, pero de buenas es la más mejor —prosiguió con las presentaciones—. Ésta es Rous, nuestro osito de peluche, Marisol es la que nos pone los pies en la tierra cuando se nos va la pelota. Cyn, nuestra enfermera, Ari es la benjamín del grupo, pero muy simpática, y ella, la del pelo rosa es Angy, la borde, pero también una de las mejores personas que hay en el mundo.

—Pues yo soy Jairo, para servir las. Lo que necesiten, me avisan y yo con mucho gusto las colaboro.

—Jairo —le llamó Scarlet—, ¿qué puedes decirnos de Samuel? ¿Cómo fue que se enfermó?



—Lo cierto es que menudo follón se lió, señorita Scarlet.

—Ay, qué mono... —se oyó desde la parte trasera de la camioneta—  
Yo quiero uno para llevármelo a casa.

—Era de madrugada cuando Ian vino solicitando asistencia médica. Según él, Samuel vomitaba y tenía mucha temperatura. En lo que tardé en dar aviso al médico, Samuel empeoró de tal manera que cuando llegaron los médicos lo evacuaron urgentemente en helicóptero.

—¿Pero qué me estas contando? —le respondió Scarlet sorprendida.

—Así mismo como se lo cuento señorita Scarlet.

—¿Y de Ian? —Jairo ahí sí que no podía contarle mucho, sólo lo relatado por María y Paco.

—Lo único que se sabe con seguridad es lo que ocurrió. Paco y María nos comentaron lo terrible del suceso. Ya después el temporal de lluvia hizo el resto. Nadie esperaba este desenlace.

—¿Puedes contarnos lo que pasó? —le preguntó Rous.

—Por supuesto, señorita...

—Rous, ese es mi nombre.

—Gracias, señorita Rous.

—Te escuchamos —dijo Ari.

—Era la segunda prueba de descenso. Esa prueba se realizaría en varias etapas. Poco después de comenzar, una de las balsas perdió el control y chocó contra la de ellos.

—¡Santo Cristo de Lezo! —dijo Scarlet llevándose la mano a la boca.

—Volcaron las dos balsas, María y Paco luchaban cada uno por mantenerse a flote; supongo que Ian estaría a lo mismo. No lo volvieron a ver. Después, la tromba de agua se ocupó del resto.

—Tranquila, pequeña —Angy la abrazó—. Seguro que está bien.

La pena que llevaba Scarlet era tan profunda, que hasta el hecho de

respirar se había vuelto agotador...

—Hemos llegado al hospital —les dijo aparcando la camioneta. Ari y Rous miraban el triste paisaje.

Todo estaba desolado; la gente iba descalza, con las miradas perdidas. Viendo todo aquello se dieron cuenta de lo poco que valoraban las pequeñas cosas.

Pilar, Marisol y Marian discutían de política, echaban la culpa al gobierno de esos desastres. Cyn ponía el punto y final a la discusión.

—Allí se encuentra la señorita Lara —les señaló a la joven que se encontraba en la puerta. Bajaron y fueron a su encuentro.

—Jairo —le saludó—. Veo que ya has traído a mis amigas.

—Por supuesto, señorita Lara. Aquí se las dejo, tengo que volver al campamento. Llámeme si me necesita. Adiós señoritas.

—Gracias, nos veremos, seguro. Adiós.

Cuando se quedaron a solas Lara se volvió a Scarlet y la abrazó.

—Gracias por todo.

—No me las des. Vamos, todo tiene que salir bien. Hola, chicas, soy Lara. Un placer.

—Para nosotras también es un placer. Y gracias por todo lo que has hecho por nosotras.

Entraron al interior del hospital, la imagen era terrible, se veía que no daban abasto: camillas con heridos en mitad de los pasillos... estaba todo colapsado.

Cyn se alejó del grupo. Nada más entrar, ya supo lo que tenía que hacer. Desde hacía un tiempo, ejercía de enfermera, y en momentos como ese toda la ayuda era bien recibida. Se giró a las chicas y no le hizo falta más. Tenía el apoyo de todas.

—¿Ella no viene?

—Creo que acaba de decidir cómo ayudar. Es enfermera —dijo Ari.

—Oh, eso es muy amable por su parte —respondió Lara.

—Todas hemos venido a ayudar de una forma u otra, para eso estamos aquí. Y por supuesto, cómo no, a apoyar a nuestra amiga.

—Me gustáis —le dijo guiñándole un ojo—. Vamos a la UCI, creo que te dejarán pasar un rato —dijo señalando a Scarlet.

Mientras ésta pasaba al interior de la habitación, el resto esperaba en la salita. Uno de los responsables del reality les trajo unos cafés y unos sándwiches, que tomaron con ganas.

—Hola, Samu —le susurró al oído—. Sé que puedes oírme, no te hagas el sordo.

Le agarró la mano y se la presionó levemente. Estaba conectado a un respirador y tenía una vía cogida.

—Si lo que querías era llamar la atención, podías haberlo hecho de otra manera, vamos, como la gente normal —ellos siempre se habían llevado muy bien a pesar de todo. Samuel apoyó en todo momento la relación de ella con Ian—. ¿Te parece normal que haya tenido que atravesar el charco para venir a verte? Conste que yo lo hago encantada, pero chico, había otras maneras... —Scarlet sintió un pequeño apretón a modo de respuesta—. Llegados a este punto, ya puedes ponerte bueno pronto porque voy a necesitar un guía turístico —Samuel era consciente de quién era la persona que le hablaba, aunque no era la persona que él hubiera querido—. Escucha, yo ahora tengo que salir, Lara también quiere estar contigo, así que te portas bien. Yo en cuanto pueda, vuelvo, ¿Hay trato? —Otro apretón de mano. Scarlet se acercó más a él y le besó en la frente—. Hasta otro rato, bombón.

Salió muy impresionada, el físico de Samuel estaba bastante deteriorado.

Las chicas hablaban animadamente con el hombre de la organización;

se unió a ellos.

Después de las presentaciones fueron al campamento base para unirse al dispositivo de búsqueda. Todas a excepción de Cyn, que prefirió quedarse en el hospital; allí sería de más ayuda, en el campamento habría gente colaborando y ella sería más útil allí.

## Capítulo 16

Cuando llegaron al campamento no se hubieran imaginado encontrar, primero tanta gente, y segundo, semejante dispositivo. Había una tienda hospital; no es que fuera muy grande pero tenía lo básico. También habían acondicionado un área para los más pequeños. Aquello sí que fue alucinante. Hasta ese lugar fueron Pilar y Rous. Las caritas de los niños les habían robado los corazones. Marian miró a Scarlet, ésta afirmó con la cabeza. ¿Le estaba pidiendo permiso? Marian había sido intervenida quirúrgicamente y todavía no se había recuperado del todo, así que aquel rincón, sería perfecto para ella. Podría llevar a cabo su propósito de ayudar. Angy, Marisol, Ari y Scarlet, fueron a la tienda principal. No faltaba de nada: ordenadores de última generación, radares y todo lo que se pueda imaginar. Parecía que de pronto se hubieran metido en una película.

Los militares hablaban por teléfonos satélite, mapas del lugar con un montón de chinchetas rojas señalando distintos lugares... Allí se encontraba Jairo que al verlas se acercó a ellas.

—Bienvenidas, señoritas —las saludó—. ¿Dónde se encuentra el resto de los ángeles de Charlie?

—Escuadrón suicida —le corrigió Ari riéndose.

—Disculpe, ya sabía yo que eran como las súper nenas...Ja, ja, ja.

—Nos hemos repartido. Cyn se quedó en el hospital, Pilar, Rous y Marian se acaban de ir con los pequeños.

—Ay, pobres niños. No sabemos si habrá familiares buscándolos, así que de momento los mantendremos aquí hasta terminar de organizar todo esto. Algunos fueron llevados al hospital.

—Por Dios, esto debería estar prohibido —dijo Marisol.

—Así es, señorita. El Señor no debería permitir estas cosas. Vengan, les presentaré al Mayor, él está al mando. ¡Señor! —Saludó— Le presento a las muchachas que han venido desde España para colaborar.

—¿En serio, Jairo? Esto debe ser una broma.

—Disculpe —saltó Angy—, ¿qué problema tiene?

—¿Problema? Todos, ¿usted qué se cree, que está en la ciudad? Jairo —dijo dirigiéndose a él—, por el amor de Dios y la virgen de Guadalupe...

—Mire, señor —Angy estaba enfadada—, esta urbanita está más que acostumbrada a este tipo de situaciones, esta entrenada para estas circunstancias, o ¿qué se cree, que me tiro todo el día haciendo la colada? — las chicas estaban con la boca abierta. De sobra sabían a lo que se dedicaba, y para nada era lo que insinuaba.

—Pero si sólo hay que verlas... Ella —se giró hacia Scarlet—, está más para que la vea un médico que para ir por la selva rodeada de todo tipo de peligros. Y la joven... vamos, señorita, no insulte mi inteligencia, por no mencionar a ella... —miró a Marisol. Ahí sí que terminó de ofenderlas.

—¡Es usted un rematado gilipollas! —Dijo Ari—. Le voy a decir cuatro cositas.

—Adelante, la escucho —respondió.

—Cuatro cositas —le dijo toda seria. Scarlet, Angy y el mismo Jairo rompieron a reír, acababa de mofarse del militar en su propia cara.

Marisol ya había desaparecido en el mismo momento que vio todo lo que allí había. Todo lo relacionado con la tecnología, la volvía loca.

—Jairo, acompaña a las señoritas a la salida.

—De eso nada —dijo Scarlet de pronto—. Usted puede ser el mayor gilipollas de todo el campamento, pero no hemos atravesado medio mundo para que ahora nos trate de esta manera. Yo puede que tenga cara de enferma

como usted sugiere, pero tengo tanta mala leche que usted, con todo ese cuerpo estilo armario empotrado, podría terminar muy mal parado si me hace enfadar. Porque mujer y patosa como la que más, le pongo las pilas. ¿Me ha escuchado? Así que no me toque las pelotas y pongámonos al lio, no tengo tiempo que perder. Mi amigo no aparece y a eso vinimos, a buscarle y a ayudar en lo que necesiten.

—¡Por Dios que carácter! —le respondió.

—Después de las presentaciones, díganos cómo proceder.

—Estos españoles tiene una manera muy extraña de presentarse, ¿no le parece, Jairo?

—Le estoy escuchando. Mi nombre es Angy, la de la mala leche es Scarlet y ella es Ari.

—Y eso que todavía no ha conocido... ¿Cómo es que era su nombre, señorita?

—Pilar.

—Eso Pilar. Prepárese, Mayor, creo que le van a dar guerra. Ahora entiendo lo de escuadrón suicida.

—¡Ay, la Virgen! Esto es un campamento militar, no un salón de té.

—La madre que lo parió. Usted es tonto, pero para siempre. Se está ganando una hostia con la mano abierta.

—¡Jesús! Cuánta mala baba en un cuerpo tan pequeño... —siguió su camino riéndose.

Angy echaba humo. Si la hacía enfadar aún más era capaz de arrancarle la cabeza de un sopapo.

El Mayor Rodríguez, a pesar de ser un prepotente y egocéntrico, resultó ser un militar en toda regla. Sabía cómo distribuir a sus hombres, dar órdenes era lo suyo. A Scarlet, Angy y Ari las incluyó en su brigada, a Jairo también. Sólo le faltaba ir a por uno y perder a cuatro...Eso no sería bueno

para su carrera militar. Estas tres tenían más peligro ellas solas que una manada de leones hambrientos

—Muy bien, señoritas, lo que haremos a continuación será mostrarles cómo está cubierta la zona —les mostró un mapa e iba señalando con un bolígrafo todo lo que les decía—. Esta área ya ha sido rastreada sin éxito. Ésta otra —dijo señalando al lado opuesto— está siendo evaluada por nuestros expertos. Hay que analizar las condiciones del terreno para estar seguros de que se puede acceder.

—¿Y esa otra área? —preguntó Angy señalando una pequeña porción del terreno libre de chinchetas e indicaciones.

—Ese lugar esta maldito —le dijo seriamente Jairo.

—El rio lo atraviesa. ¿Y si el cuerpo de Ian fue arrastrado hasta allí y alguien le ayudó? —respondió Scarlet.

—Verá, señorita... ese lugar es inaccesible. Además está a contracorriente: el río baja, no sube. Por otro lado, hasta la fecha, todos los que han intentado ir se dieron la vuelta y regresaron antes de llegar al final.

—Vaya historias os gastáis. Ahora es cuando me dices que allí hay un templo sagrado como el de Paititi, y que no quieren que sea profanado por la humanidad...

—Parece que a usted las leyendas, sean de donde sean, no le importan.

—No, no, en absoluto. Nosotros tenemos a las brujas de Zugarramurdi, ya ve, sólo que si el río pasa por allí...

—Parece que no quiere entender. En esa zona no hay nadie. No hay nada. Por eso está maldita.

—Yo quiero ir. Y lo haré sola o con su ayuda.

—Señorita Scarlet —le dijo Jairo—, escúcheme, por favor, haga caso al Mayor. Yo he nacido aquí y créame, aquello está maldito.

—¿Pero qué es lo que nos vamos a encontrar, calaveras colgadas de



los arboles, cuerpos descuartizados...? —la cara de horror del Mayor y de Jairo lo decía todo.

—Nena, quizás tengamos que pensarlo detenidamente. Mira, seguiremos el protocolo que dicte el Mayor. Si después de agotar todas las opciones Ian no aparece, yo me voy contigo a ese maldito lugar. ¿Te parece bien?

—Y yo me voy con vosotras, —añadió Ari.

—Están ustedes locas. Mientras estén en mi territorio y bajo mi mando, haré hasta lo imposible por evitarlo, así las tenga que cargar al hombro como si fueran niñas y encerrarlas en una celda.

—Hala, pero qué drástico —le respondió Angy—. Bueno, ya veremos cómo hacer. Ahora sigamos. Si esa área no se puede explorar, ¿qué nos queda?

—Han llegado dos brigadas de unos sesenta hombres desde otros países, se unirán a nosotros en el punto de partida. Volveremos a rastrear la zona A, pero además, como el caudal del río está bajando, quizás podamos hacerlo en lancha. Eso ya lo decidiremos in situ.

—Joder, Scarlet, qué guay —rió Angy.

—Cariño, estás como una regadera y lo sabes.

—¿Como una regadera? ¿Eso no es para echarle agua a las plantas? — El Mayor no entendía el lenguaje que utilizaban las españolas. Qué paciencia iba a necesitar para no dejarlas en el primer rincón que encontrara y les costara volver al campamento.

—Exacto. Así utilizada, significa que está loca —señaló Ari riéndose.

—No creo que tenga que recordarte que hace apenas unos días hubo un accidente aparte del desastre natural posterior —le tuvo que decir Scarlet—. Y que no hemos venido de vacaciones, tampoco.

—Lo sé, cielo. Si estoy cagada de miedo, los nervios hacen que diga tonterías —respondió Angy a modo de disculpa.

—Tranquila, mujer, yo me ocuparé de ti, de vosotras —respondió el Mayor agarrando a Angy del hombro.

—¡Oye, quita! ¿Por qué tocas? —Ari y Scarlet se reían. Angy era como un cortafuego. Si no fuera por esos momentos con las chicas, no sabría como continuar. Angy era mucho de ese tipo de reacciones.

—Que el señor se apiade de usted, Mayor —le dijo Jairo. Este ya había entendido el carácter y el humor de este extravagante grupo. Le iban a dar muchos dolores de cabeza, y eso le hacía gracia.

El Mayor estaba considerado como un hombre serio, respetable y todo un sargento. Le gustaba tener el control de todo y de todos. Nadie le llevaba la contraria ni le replicaba, y mucho menos desobedecía sus órdenes. Este joven grupo de españolas le daría una lección de humildad en toda regla, y lo mejor de todo es que él, Jairo, estaría allí para verlo y dar fe cuando el Mayor se arrodillara a los pies de las chicas. Iban a hacer de él una marioneta.

El grupo ya estaba preparado para salir, el resto de voluntarios esperaban fuera. Se acercaron hasta los vehículos.

## Capítulo 17

Aunque ellas comenzaban en ese momento los trabajos de búsqueda, el resto de dispositivos llevaban unos días ya funcionando. Cada vez eran menos las posibilidades de encontrar a Ian y a cualquier otro desaparecido, porque al final los buscaban a todos ya fueran vivos o muertos, sus familias tenían derecho a enterrar a sus seres queridos. Había que ver a los campesinos: todo aquél que podía, colaboraba.

Las chicas improvisaron un circo, pintaban a los niños con sus barras labiales, ¿Quién en su sano juicio se va a la selva equipada con barra de labios y lápiz de ojos? Ellas. Ver sonreír a los pequeños era como un soplo de aire fresco; ellos tendrían más problemas, algunos se quedarían huérfanos, otros, con suerte, tendrían familiares que darían aviso de su falta.

Rous, Pilar y Marian reían con ellos; cantaban canciones infantiles mientras se inventaban una coreografía para acompañarlas y que los niños las imitaran. ¡Por Dios, El corro de la patata! La madre que las parió. Aquello era de cuando ellas eran niñas, algo más moderno tampoco estaría mal. Al final lo que importaba era que esas pobres criaturas se olvidaran un poco de todo ese horror que los rodeaba.

Las estaciones meteorológicas determinaron que las lluvias torrenciales fueron debidas al paso de los restos del huracán Mai. Gracias a Dios que pasó con poca fuerza de lo contrario, el desastre habría sido mucho peor.

El Mayor ya se estaba arrepintiéndose de haber incluido a estas mujeres en su grupo. En cuanto salieron de la tienda, se fueron corriendo cogidas de la mano hacia sus amigas.

—¡Mayor! —Le llamó Jairo tronchándose de la risa. — Le presento al resto de las súper nenas.

El Mayor ahora sí que ya había perdido la autoridad que tanto le distinguía.

—Jairo, pellízqueme, creo que esto es una pesadilla.

—Pero mírelas, son tan tiernas... terminarán gustándole. Se hacen querer.

—No me tome el pelo, hombre. Voy a ser el hazmerreír del cuartel. De ser el Mayor voy a pasar a ser la niñera. Dios, ¿qué le he hecho yo para que me castigue de esta manera?

—No se preocupe Mayor, verá que no es tan malo como parece. Están un pelín locas, si, pero nada con lo que usted no haya lidiado ya.

—¿Pero usted las está viendo? ¿Qué diablos están haciendo? —preguntó sorprendido.

—Uhm, creo que bailando. Quizás a usted le apetezca unirse también...

—Déjese de tonterías. Jairo, coja a esas descerebradas antes de que cambie de opinión y las deje aquí.

—¡Chicas!, tenemos que irnos —las llamó.

Éstas se despidieron de sus amigas, se abrazaron dándose ánimos las unas a las otras.

—Nena, mucha suerte —le dijo Rous—. Por cierto, ¿dónde está Marisol?

—Anda trasteando con los ordenadores. Ayudar no sé si lo hará, pero disfrutar, un rato.

—¿Y ése quién es? —Pilar miró con recelo en la dirección que señalaba Rous.

—¿Ése? Ése es el Mayor gilipollas del mundo—, respondió Angy.

—Ah, vale entonces.

—Un capullo de los grandes —añadió Scarlet.

—Señoritas, o vienen o me voy sin ustedes —les gritó.

—¿Lo ves? Ojalá que cayera una avalancha de mierda y le cogiera bostezando ene ese mismo instante.

—Madre mía, qué bruta. Adiós, bonitas. Tened mucho cuidado, por favor, pero sobre todo no hagáis enfadar al Mayor. No parece muy contento con nuestra presencia.

—Mi yaya diría que hoy no ha cagado —dijo Angy mientras subían.

La camioneta se puso en marcha. El calor y la humedad hacían que se les pegaran las camisetas marcando sus cuerpos, haciendo que los hombres se fijaran en ellos. A Ari, que se percató de ello, poco le hizo falta para liarla parda.

—Amores —se dirigió a sus amigas—, se os marcan los pechos sobremanera.

La reacción de Scarlet fue echar las manos para taparse. Angy hizo lo mismo, echó mano a los pechos de Scarlet.

A Jairo le gustaba la espontaneidad de aquellas jóvenes. El Mayor no estaba acostumbrado a ese tipo de actitudes. Ellas siempre estaban de bromas, incluso Scarlet, que era la que más sufría, se involucraba. No era por sí, sino por sus amigas, que sabían cómo llevarla a su terreno. El saber que su amor podría estar muerto debía ser una agonía constante que sobrellevaba gracias a las chicas que la acompañaban.

—Ja, ja, ja —rió Ari—. A ti también se te marcan.

—A ti no, no te jode la otra...

—Señorita —la llamó el Mayor—, ¿podría usted expresarse de otra manera? —dijo mirándola fijamente a los ojos.

—Podría, claro que podría, pero no quiero.

—Sería usted mucho más femenina.

—¿Quiere saber dónde tengo yo la feminidad? —le respondió intentando ponerse de pie. En ese momento la camioneta dio un frenazo e hizo que Angy cayera encima del Mayor— ¿Se puede saber dónde le dieron el carnet de conducir? ¿En el puesto de las carreras de camellos? —le gritó al conductor.

—Señorita, por favor, siéntese —le dijo el Mayor sujetándola del brazo. Vio la cara con la que le miró y la soltó de inmediato—. Sí, lo sé, ¿por qué tocas, no? —se respondió a sí mismo poniendo los ojos en blanco, con lo que provocó la risa de Scarlet y Ari.

—Nena, venga, compórtate —dijo Scarlet aguantando la risa—. ¿No querrás lastimarte?

—No, la verdad. ¿Queda mucho para llegar?

—No, enseguida llegamos. Aquello que ven allá eran las tiendas de los muchachos, y eso es lo que quedó —Miraron el solar vacío de lo que se suponía un campamento, en su lugar había tierra amontonada, ramas, y todo lo que había arrastrado la riada.

—¿Por qué la organización no suspendió las pruebas? —pregunto Scarlet.

—Lo hizo, pero para cuando llegó la notificación fue tarde.

—Vaya —Scarlet contuvo las lágrimas que pugnaban por salir—. Si Ian no aparece...

—No pienses en eso ahora —dijo Angy. Ella se había convertido en algo más que una amiga: sabía en qué momento animarla, hacerla reír e incluso regañarla, si se daba el caso, con sólo mirarla a los ojos. Tan expresivos que eran y ahora estaban apagados por la pena. Últimamente sólo lloraban por el dolor que sentía en el corazón; y a cada minuto que pasaba sin haber ninguna noticia de Ian, su esperanza mermaba a pasos agigantados. No comprendía la

actitud de Marga, ella era la esposa e hizo oídos sordos al tema. ¿Qué clase de persona era alguien a quien no le importaba un pimiento la vida de otra? La rabia se apoderaba de ella. Qué injusta la vida, ella enamorada de Ian y éste atado de por vida a una mujer a la que no quería y a la que le era totalmente indiferente si él vivía o moría; Scarlet había cruzado el charco para ir a buscarlo y, en el caso de que apareciera, ella, la egoísta de Marga, que ni siquiera había sido capaz de preguntarle a Lara como estaban las cosas, se beneficiaría. Llegado ese momento Scarlet le diría lo que nadie se atrevió a decirle. Total ella ya no podía perder más, así que al menos se daría el gusto de ponerla en su sitio.

Ari, desde su asiento, observaba las expresiones de su cara. Cambiaban constantemente. ¿En qué estaría pensando esa cabecita loca?

—Espero que no sea a ninguno de nosotros a quien le quieras arrancar la cabeza —le dijo.

—¿Perdona, qué dijiste?

—Que digo...

—Ya, te oí.

—¿En quién estabas pensando?

—¿Pero por qué me lo preguntas?

—Has silenciado a todo el mundo.

—¿La verdad?

—Siempre —le dijo Angy.

—En Marga.

—¿Cómo? ¿Y qué pinta ese mamarracho ahora?

—Nada, ése es el problema.

—¿Entonces? No entiendo...

—Pues que la muy asquerosa... ella es su mujer y no se ha molestado en nada...

—¿Y qué? No me digas que te arrepientes de haber venido.

—No, eso jamás. Pero si Ian aparece, ella es la que se quedará con él. Ya sabes.

—Cuando ese momento llegue ya veremos cómo la dejamos calva. Ahora es tontería pensar en eso. En cualquier caso Ian sabrá lo que tú hiciste, eso como que me llamo Angy.

—Dejemos las peleas de gatas para otro momento señoritas, hemos llegado —la voz del Mayor se hizo notable—. Vamos, nos esperan.

—Terminará usted aprendiendo, Mayor. El tiempo que pasemos juntos le juro que le voy a dar clases de educación, y además gratis. Verá que se puede ser hasta Capitán General y educado al mismo tiempo —Angy levantó el puño y simuló una escena de una famosa película—. A Dios pongo por testigo que no me rendiré hasta conseguir hacer del Mayor un hombre educado —Esto consiguió hacer reír hasta el conductor. Todos menos el Mayor reían.

—Pero qué teatrera es usted, señorita Angy —le decía Jairo secándose las lágrimas.

—Teatrera o no, yo no dejo este mundo sin bajarle los humos a este hombretón.

—Ja ja, si terminas la frase diciendo que no quieres dejar este mundo sin comer pipas Facundo, me vuelvo a España. Por favor, hija, me meo toda contigo —decía Ari.

—¡Venga, todo el mundo abajo!

—Dios, dame paciencia porque si me das fuerza...

Allí ya estaba todo preparado para su llegada. Improvisaron un pequeño embarcadero, y las lanchas también estaban amarradas en hilera. Scarlet reconoció una cara entre todos los presentes y se acercó al grupo, tenía que saber de quién se trataba y de que le sonaba. Se separó del grupo y se acercó.



## Capítulo 18

Aquel joven se le hacía conocido. Se separó de sus amigas y se acercó a él.

—Disculpe —le habló directamente al chico. Este se giró abriendo los ojos como platos.

—¿Pero qué hace usted aquí? —le preguntó.

—Deduzco que nos conocemos, lo que no recuerdo es de qué.

—Ains, Scarlet. Hace unos días la paramos en la autovía por llevar...

—Calle, perdone que no me diera cuenta antes. La madre que me parió, ¿qué hace usted aquí?

—Supongo que lo mismo que usted. Esta pobre gente necesita de todos nosotros, ¿y usted?

—Algo parecido, yo he venido a buscar a un amigo, pero si puedo colaborar con algo más...

—¿Qué tal su padre? Recuerdo que se encontraba enfermo.

—Mejor gracias, afortunadamente ya está en casa.

—Me alegro. ¿En qué equipo está?

—¿Equipo, que coño de equipo?

—Sí, debe haber dos brigadas.

—Ah, pues ni idea. Sólo sé que el jefe es aquél, el de la cara vinagre —le dijo señalando al Mayor—. Es medio gilipollas, pero mi amiga lo va a poner en vereda. Perdona, no recuerdo, su nombre era...

—Luis. Mucho gusto —le estrechó la mano.

—Venga, le presentare al resto del equipo A.

—Ja ja, es usted una guasona.

—De tú; ya nos conocemos, tutéame.

—De acuerdo, vamos, Scarlet —fueron hasta el grupo, que terminaba de descargar el resto del equipo.

—Chicos, os presento a Luis. Ellas son Angy y Ari; él es Jairo, os llevareis muy bien. Y él —señaló al Mayor, que ya daba órdenes—, él es el Mayor gilipollas, digo el Mayor.

—Ja ja, muchacha, estás desatada.

—Qué va, hasta los huevos nos tiene y eso que llevamos poco tiempo con él.

—Encantado, señoritas, señor —les estrechó la mano.

—¿Y vosotros de que os conocéis? —preguntó Angy.

—Luis es guardia civil; cuando fui a Donostia por lo de mi padre, fue muy amable conmigo.

—¿Amable? ¿Cómo de amable?

—Mucho, bonita de cara —Scarlet la vio venir.

—Vaya con el tricornito —dijo—. Ups, disculpe, no quise ser maleducada.

—Por supuesto que no, no se preocupe. Creo que ese tal Mayor también va a ser mi jefe, o sea que yo también voy a pertenecer al equipo A.

—Ay, virgencita —saltó Jairo—, entre las súper nenas, Los Ángeles de Charlie, el escuadrón suicida y el equipo A, estamos apañados con tantos súper personajes. A ver si no necesitamos a ninguno más, que nos van a hacer falta más lanchas.

—Pero qué bobo eres —le dijo Ari guiñándole un ojo.

—Señorita Ari, no me haga ojitos, que no respondo.

—La madre que te parió, serás... —le dijo poniendo los ojos en blanco.

—Vamos, que como a Shrek le dé por ponerse pelma la liamos.

—Ja ja, señorita Angy, usted se está sentenciando a una muerte segura con esos comentarios.

—A éste lo voy a poner firme, ya verás.

—Niñitas, se acabó el recreo —lo oyeron gritar.

—¡Ya vamos! —le respondió Angy.

Cuando llegaron a la altura del Mayor, éste ya estaba explicando el protocolo a seguir. Lo primero era localizar víctimas; una vez localizada una, el siguiente paso era llegar hasta ella utilizando el medio que mejor se adaptase al terreno donde se encontrara, ya fuese andando, escalando, etc. El tercer paso era estabilizar a la víctima proporcionándole los primeros auxilios y garantizándole comodidad y la integridad física para cuando fuese trasladada si así lo requería, y ya por último, y así concluía el Mayor, era evacuarla.

—¿Alguien tiene alguna duda? —preguntó dirigiéndose al resto del grupo. Nadie decía nada, todos estaban preparados para esas situaciones, bueno, menos las muchachas; tampoco era un inconveniente para que colaboraran—. Ustedes tres se vienen con Jairo, conmigo y con el guapo ése, parece que se conocen.

—Luis, se llama Luis.

—Señor, un placer servir con usted —dijo éste cuadrándose, dejando flipadas a las chicas.

—Descanse —le respondió.

Aquella situación y las formas del Mayor le encantaban a Angy, aunque nunca lo reconocería, ella lo sabía.

El resto del equipo se fue repartiendo en las otras lanchas. Les proporcionaron chalecos salvavidas y cascos protectores. Se subieron primero los hombres y ayudaron a las mujeres.

—Tranquilo, Mayor —le dijo Scarlet rechazando su ayuda—. De pequeña acostumbraba a pasar de barca en barca para ir a pescar con mi

padre, sé lo que me hago.

—Como usted quiera. Se me sujetan bien, no tengo ganas de llevarlas heridas de vuelta al campamento. Sería lo último que necesitaría.

—Lo entendemos Mayor —respondió Ari—. No vamos a hundirle la carrera.

—Si creen que yo sólo pienso en mi carrera, están muy equivocadas. Lo suyo es que no sufran ningún daño, no, estando conmigo.

Todos sabían a lo que habían ido, pero podían pasar tranquilamente por un grupo de amigos haciendo uno de los circuitos que era frecuente ver por allí. El Mayor iba guiando a todas las lanchas, se hablaban por intercomunicadores, así río abajo observaban cada rincón; la misión era encontrar a Ian y a otros supervivientes.

El Mayor Rodríguez le dijo a Scarlet que sólo estarían unos días. Eran los días permitidos para encontrarle. Si no aparecía, le darían definitivamente por desaparecido o por muerto. Ésta lo entendía, pero no lo asimilaba. Su Ian no podía estar desaparecido y mucho menos muerto, él no.

A su vez, Samuel se recuperaba de sus picaduras, hasta ese momento no sabía que tenía alergia a las picaduras de insectos, la infección resultó ser por Dengue, una enfermedad tropical que causa una afectación general tan intensa que se le conoce más por fiebre rompe huesos. Pronto le mandarían a casa. Ella también quería irse, porque a cada hora que pasaba las probabilidades de reencontrarse con Ian, disminuían y no podía enfrentarse a eso.

Bajaban río abajo, el agua no era transparente del todo pero sí lo suficiente para distinguir las rocas. Poco a poco iban descendiendo los saltos, llevaban todos los sentidos alerta.

Una de las brigadas localizó un cadáver, los ánimos los tenían por los suelos. Ari al verlo se derrumbó: imaginó la tristeza de sus familiares, se puso

en su lugar... Ella no estaba hecha para aquello, lo sabía, pero aun así seguiría adelante hasta el final.

Las chicas del campamento pusieron su toque de color. El Mayor protestaría, pero a ellas les daban igual. Allí todos estaban encantados, y no digamos los pequeños.

El equipo finalizó el día sin éxito. Scarlet se alejó de todos. Necesitaba estar sola, sacar lo que le aprisionaba el pecho, sacarse los malos sentimientos, la rabia. El dolor que sentía la estaba matando. Luis quiso ir tras ella pero Angy se lo impidió.

—Luis, no, déjala ir. Necesita su espacio.

—Pero igual se extravía...

—No te preocupes, no se alejará mucho. Esto para ella es mucho más doloroso que para cualquiera de nosotros.

—¿Por qué lo dices? Igual si me lo explicas pueda entenderlo.

—Ella vino con un objetivo en concreto, encontrar a la persona que ama. Cada momento, hora, segundo que pasa sin que aparezca, ella se va muriendo por dentro. Veo cómo la miras, y egoístamente te voy a pedir que no la abandones.

—No lo haré. Me gusta desde el momento que la vi, fui al pub pero ella no regresó.

—Gracias —le dijo acariciándole el brazo—. Ahora nos tiene a nosotras, pero cuando todo termine, porque yo creo que no va a aparecer, sólo te tendrá a ti. Vivís en la misma ciudad, Ari y yo vivimos relativamente cerca... no la presiones, dale la paz que va a necesitar, no lo soportará — terminó de decirle esto con los ojos llorosos. Acaban de conocerse personalmente, pero los años previos a través del móvil, se habían encariñado mucho. Habían pasado muchas horas conversando a través de mensajes. Se querían.

Los noticieros daban las últimas novedades, Manolo y Clara sufrían por su hija. Ya se había filtrado la noticia de que el español desaparecido era Ian. Además de dar el nombre, también se filtraron datos que ni siquiera la dirección del reality había confirmado. Dieron por hecho que Ian estaba fallecido; ni siquiera esperaron a dejar el tiempo prudencial que tenían que dar.

Después de varios días la esperanza era mínima, los ánimos estaban por el suelo y la frustración e impotencia los llenaba de rabia. Samuel ya se encontraba en una habitación en planta. Cyn pasaba a verle siempre que podía, ésa era la excusa perfecta para ver a Lara. Entre las dos creyeron, que ocultarle el máximo tiempo posible a Samu el tema de Ian era lo mejor para él. En el momento que se enterase se levantaría de la cama y, aunque fuese a rastras, saldría a buscarle. Lara había convenido con la organización trasladarle a España antes de que fuera inevitable el que lo supiera. Así, pasaría un par de días más allí, y después rumbo a casa. Él estaba encantado porque por fin podría verla. La había echado tanto de menos...

Después de caminar largo rato, Scarlet lloraba. No podía parar, hipaba y se masajaba el pecho; como si ese gesto mitigara el dolor. Sacó la foto que había llevado y le hablaba, esperaba que por obra de algún milagro él se le acercara y le hablara, *tranquila, mi vida, ya estoy aquí contigo, ya pasó todo...* que le mandara alguna señal, algo a lo que aferrarse, que no le hiciera perder la poca ilusión que le quedaba de todo, a la misma vida. Una cosa era saberlo con otra mujer, y otra muy distinta saberlo muerto. Cayó de rodillas gritándole al cielo, maldiciendo al reality, culpando al mundo entero de su pérdida.

Cuando lloró lo que ya no estaba escrito, regresó. Ari la vio acercarse y se fue hacia ella, la abrazó con fuerza dándole el calor que en ese momento no tenía y que Scarlet tanto necesitaba.

—Ari, no va aparecer, me duele el alma, el corazón...

—Sshhhhh, ya, mi niña —la acunaba—. Seguiremos buscándolo.

—¿Por qué tengo que sufrir este calvario? ¿Por qué yo? —Las lágrimas corrían por sus pálidas mejillas— ¿Qué mal he hecho yo para merecerme esto? ¿Sólo por enamorarme del hombre equivocado? —Salió corriendo en dirección a la tienda y se tiró encima de la cama. Nadie podía consolarla.

Ari fue en busca de las chicas, estaban en el comedor ayudando en la tarea de la cena. Ella también tenía los ojos vidriosos por las lágrimas. Todo el tiempo que llevaban conociéndose por el teléfono les había bastado para encariñarse, la impotencia que sentía en ese momento sólo la sabía ella. No había manera humana de animarla ya.

Terminaron de servir las cenas, y cuando recogieron todo salieron y fueron a la tienda, entraron, cada una arrastró un catre y los juntaron contra el de Scarlet rodeándola. Se colocaron de tal manera que todas se vieran entre sí, y arroparon a su amiga. Nadie hablaba, sobraban las palabras; en ese momento eran innecesarias. Sólo el susurro de Scarlet cuando las sintió cerca.

—Me quiero morir—. Esas fueron las últimas palabras que le escucharon susurrar antes de acurrucarse y abrazarse a sí misma en el camastro de la tienda, sólo se escuchaban sus sollozos.

## Capítulo 19

Los días pasaban lentos, ningún superviviente, ninguna señal ni de Ian ni de nadie más. Scarlet cada vez estaba más desolada, poco podía hacer ya salvo llorar y morir en vida. La ruptura fue dolorosa, pero esto, esto no se lo deseaba ni a su peor enemigo. Todos, sin ninguna excepción se portaban de maravilla con ella.

Angy y el Mayor seguían con su peculiar batalla y habían provocado más de una risa en el grupo. En apenas unos días se habían convertido en una gran familia.

La coordinación del Mayor, aunque sin éxito, era formidable. Este hombre valía y mucho. Una pena que le faltase ese pequeño toque de educación que Angy tanto buscaba.

Sólo faltaba un día para que terminara el plazo límite antes de dar por finalizada la búsqueda; agotadas, frustradas y totalmente desanimadas, se fueron a la tienda. La única noticia buena en todos esos días fue que Samuel volaba a casa. A duras penas habían conseguido evitar que se uniera al grupo de búsqueda. Lo tuvieron que llevar a rastras al aeropuerto. Él, aunque ya se encontraba mejor, no estaba al cien por ciento, como para salir a buscarlo...

Como cada tarde al regresar al campamento base, Scarlet se alejaba, había encontrado un lugar donde descargar la rabia y frustración y lloraba, dejaba allí todo lo recogido ese día y volvía un poco más vacía. Era como un fantasma andante.

—¡Marisol! —la llamó cuando regresaron.

—Dime, reina.

—Tú que andas por la tienda de logística como Pedro por su casa...



—Scarlet, cariño, no creo que sea buena idea —Angy la cazó al vuelo.

—No lo es, lo sé. Por eso lo voy a hacer yo sola. Vosotras, mañana cuando se termine el plazo, os volvéis a casa.

—¡Y una mierda! —Respondió Ari—. Yo me quedo.

—Y yo —dijo Marian—. Aquí todavía hay tarea además yo pedí mis vacaciones, así que no tengo que regresar todavía.

—El Mayor se va a poner furioso, lo sabes —por primera vez era Angy la que tenía que ponerles los pies en la tierra al resto.

—¿Te crees que me importa algo? Es una persona desagradable, egocéntrica y un largo etcétera. Además, no tiene por qué enterarse.

—Ya, claro, como si aquí hiciéramos algo sin tener mil ojos observando para decirle nuestros movimientos. Este sabrá hasta cuántas veces nos pasamos la esponja por el cuerpo cada vez que nos duchamos.

—¿En serio? —Dijo Rous, poniéndose en plan dramático— Qué cabrón —les dijo guiñándoles un ojo.

—En cualquier caso, me da igual ya todo. Marisol, ¿tú me puedes hacer un dibujo o algo del mapa que hay en la sala principal?

—¿Y para qué lo quieres? ¿Y qué coño nos hemos perdido? ¿Qué es lo que no sabemos?

—Hay un área por la cual pasa el cauce del río y nadie la ha revisado.

—¿Por qué? —preguntó Pilar.

—Porque dicen que está maldita la zona y no sé que más chorradas de historias ancestrales.

—Huy, la virgen. Ahora vamos a ser Dora la exploradora... —saltó Marian.

—Ja, ja, ja, si te oye Jairo...

—Os lo repito, voy a ir sola.

—Y yo te repito que voy contigo. Recuerda; todos a una, como

Fuenteovejuna.

—De acuerdo, yo llevaré las Tena lady —dijo Angy—. Ya de perdidos, al río.

—¡Fantástica tu frase, bonita! —replicó Rous dándole una colleja.

—Si vamos todas, el Mayor se va a dar cuenta.

—Si nos vamos solas las tres, también.

—De acuerdo, te hago una foto del mapa y te la envío. Veré si puedo agenciarme algo más.

—¿Estás hablando de...?

—No exactamente robar. Robar, robar, lo que se dice robar, no...lo tomaré prestado.

—No quiero ni pensar en la que se va a liar. Nos van abrir un consejo de guerra —dijo Angy.

—Que drástica eres, chica.

—Pongámonos al lío. Mañana en cuanto regresemos organizamos todo.

—¡A sus órdenes, señora!

Al día siguiente, como era de esperar, tampoco encontraron nada. Ya todo estaba hecho. Habían recorrido la mitad de la selva tanto por agua como por tierra y el resultado había sido siempre el mismo; la diferencia con los días anteriores era que ya no volverían a salir. Dieron la búsqueda por finalizada: Ian pasó a ser oficialmente un desaparecido más de aquel desastroso huracán. El gobierno emitió un comunicado expresando su pesar a la familia y allegados. Todo se había acabado. Ian oficialmente estaba muerto y, con él, también ella.

Como había presagiado Angy, el Mayor se puso furioso en el mismo instante en que cayó en la cuenta de lo que ocurría con las tres jóvenes. La otra persona aparte de las chicas que sabía algo era Luis, pero nada de lo que le dijeron se correspondía con la realidad. Scarlet había sido muy cauta a la hora

de decirle sus planes omitiendo lo más importante. Se la había jugado pero bien.

Marisol, aparte de la foto del mapa, también se hizo con linternas, walky talkies y un par de machetes, algo que hizo descojonarse a unas y asustarse a otras. Equipadas con sus mochilas y algo de comida y agua, partieron al alba para que nadie las interceptara. Parecían amantes saliendo a hurtadillas de las alcobas de sus amadas. Cuando acusaron su falta, al no decir nadie nada, el Mayor se llevó las manos a la cabeza. Se imaginó enseguida a dónde podrían haber ido las jóvenes.

Reunió un par de hombres, llamó a Jairo y al mismo Luis, que palideció de golpe cuando supo realmente hacia dónde se dirigían las mujeres. Estaba muy enfadado con Scarlet, una cosa era que estuviese enfadada con la vida y con todo el mundo en general por la pérdida de su hombre y otra muy distinta era arrastrar a sus amigas a un suicidio colectivo. Habían perdido la cabeza las tres, y el resto de sus amigas también por no haber parado aquella locura. Escuadrón suicida en todo su esplendor.

Las mujeres no encontraron mucho sentido a lo de los machetes hasta que los necesitaron. Se encontraban en la selva donde la maleza era tan espesa que casi les impedía avanzar, pero ¿qué esperaban? En menudo berenjenal se habían metido.

Como era de esperar, el Mayor las encontró poco después de salir. Aparte de ir en la camioneta, conocía mejor el terreno. Ellas fueron andando, y para cuando las encontraron no habían decidido hacia dónde tirar.

—¿Pero ustedes se han vuelto locas? —del alarido que les dio casi se mean encima.

—¡Me cago en la puta, usted sí que está loco! Menos mal que traje las tena lady, sabía que las necesitaríamos —dijo Angy. La cara de Scarlet se transformó en cuanto vio a Luis.

—¿En serio? —, se dirigió éste a las tres—. Os creía más inteligentes. Esto no es como perderse dentro de La Alhambra o salir corriendo de la parte vieja de tu ciudad cuando hay manifestación —les recriminó. Miro a Ari—. Creía que de las tres tú eras la más formal, pero ya veo que estaba equivocado con todas —la cara de decepción que tenía era sólo comparable a la cara de pena de Scarlet.

—Venga, todo el mundo a la camioneta. Y ustedes tres, conmigo. Del campamento al aeropuerto y de allí cada una a su casa. No las quiero aquí ni un día más.

—Pero hombre, no se ponga así... —le dijo Angy.

—He dicho todo el mundo a la camioneta. Me encargaré de asegurarme de que llegan a España —cogió a Scarlet del brazo y la apartó hacia un lado mientras el resto se dirigía al vehículo.

—Señorita Scarlet —le dijo bajando el tono de voz—, de verdad que siento mucho todo esto. Créame cuando le digo que sé lo que se siente al perder un ser querido —Scarlet quiso interrumpirle pero éste lo impidió—. Yo también perdí gente a lo largo de mi vida, gente importante, pero esto que pretendían hacer sólo haría que cayera sobre su conciencia la pérdida también de sus amigas, y eso sin contar su vida propia. Y el dolor que les provocaría a sus padres, ¿es que no ha pensado en ellos? —Scarlet a cada palabra de Mayor se derrumbaba más—. El dolor poco a poco irá desapareciendo. Aprenderá a vivir con esto. De todo se sale, yo sé lo que le digo...

—Duele... es como si... Ahora no me sirven de nada sus palabras, quizás algún día sepa valorarlas. Muchas gracias por todo, por su paciencia y su perseverancia con nosotras, pero sobre todo gracias por no dejarnos morir en este lugar ni en esta locura a la que arrastré a mis amigas.

—De nada, sólo he hecho mi trabajo. Vamos, se preguntarán dónde nos metimos.

Regresaron a la camioneta, Scarlet estaba completamente hundida. Ya no podían hacer nada más, Ian había muerto, eso ya era un hecho. Tocaba lidiar con el día a día.

¿Cómo lo iba a hacer, si ni siquiera ya se mantenía en pie? Las fuerzas le fallaban y el pecho lo tenía como aprisionado y le impedía respirar bien. No sabía qué hacer con su vida. En ese momento estaba arropada por las chicas, pero después se quedaría sola. No tenía ganas de pensarlo en ese momento, ya lo haría cuando estuviese en casa. Lo que sí tenía claro era que no quería volver a Donostia, su casa la tenía en Málaga, su trabajo también y Jesús se había portado muy bien con ella y en cierto modo se lo debía.

Para cuando quiso darse cuenta ya estaban de vuelta en el campamento. Marian, Pilar, Rous, Marisol y junto a ellas Cyn, las esperaban. Habían estado recogiendo sus cosas para el día siguiente partir al aeropuerto, el Mayor, ya se había encargado de que absolutamente ninguna se quedara cómo era el propósito de alguna.

Angy, Ari y Scarlet bajaron de la camioneta. El guardia civil también. Antes de que se fuera, Scarlet le paró:

—Si te lo hubiera dicho jamás nos hubieras dejado hacerlo.

—Igual si me hubieras dicho la verdad hubiera ido con vosotras. Me he sentido utilizado, pero a pesar de todo no te culpo, seguramente hubiera hecho lo mismo en tu lugar.

—Lo siento mucho, no quería hacerte sentir así.

—Si lo llegas a hacer a propósito no sé cómo hubiera terminado esto.

—Era el último cartucho que me quedaba.

—Si eso lo entiendo, pero muchas veces ganas más diciendo la verdad. Tengo que irme, mañana también vuelvo a España.

—Gracias. Sé que no me he portado bien contigo y te pido perdón.

—No hace falta. Nos veremos por allí. Adiós, Scarlet.

—Adiós, Luis —. Se dio la vuelta y se fue con sus amigas.

Al día siguiente, acompañadas por el Mayor y Jairo, fueron al aeropuerto. Éstos se quedaron hasta que el avión despegó.

—Cuídense mucho señoritas —les dijo Jairo—. Para mí ha sido un placer haberlas conocido.

—Ay. Jairo, te vamos a echar de menos. Si alguna vez decides visitar España, ya sabes dónde encontrarnos —respondió Ari abrazándolo.

—Mayor —llamó Angy—. Venga, deme un abrazo de despedida, ande, que no le voy a morder. A pesar de su actitud y su escasa educación, quiero decirle que es usted un buen hombre. Le pido mil disculpas por mi manera de tratarle —el Mayor no se movía del sitio.

Hasta él fue Angy y lo abrazó. En ese momento el Mayor le dijo:

—¡Oiga! ¿Pero por qué toca? —Todos se giraron en su dirección y vieron la escena. Angy se quedó cortada. No se esperaba una reacción así por parte de él. Este empezó a reír al verle la cara—. Era broma, mujer.

—Aprende usted muy rápido —rió Jairo.

—Señoritas, de verdad que aunque a veces las hubiera matado con mis propias manos, les digo que ha sido un auténtico placer encontrarme con gente como ustedes —fue abrazando una a una. Cuando llegó a Scarlet, alargó el abrazo y le susurró al oído.

—Viva, señorita. Siga adelante y guarde en su corazón los momentos vividos junto a él. Es lo mejor que le queda.

—Gracias, Mayor. Le prometo al menos intentarlo, y si algún día lo consigo se lo haré saber. Adiós, Mayor.

—Adiós, señoritas, que tengan un buen viaje.

El vuelo de regreso nada tuvo que ver con el de ida, ya no había risas ni bromas. Sabían que aquello también significaba la despedida entre ellas. Estaban tomadas de las manos, unidas.

—Chicas —dijo Scarlet con lágrimas en los ojos—. Quiero que sepáis que, aunque este viaje no ha resultado lo que quería, os estaré eternamente agradecida, no sólo sois mis amigas, sois mis hermanas. Después de Ian sois lo mejor que me ha pasado en la vida, siempre os llevaré en mi corazón y siempre podréis contar conmigo para lo que sea. Os quiero con toda mi alma.

Aterrizaron en Madrid y allí terminaron de despedirse; cada una tenía que ir a la terminal que le correspondía para coger el siguiente vuelo hacia sus ciudades. Quedaron en avisarse según llegaran a sus hogares.

Cuando Scarlet se quedó sola llamó a sus padres, pero nadie contestó a la llamada y saltó el contestador. Dejó un mensaje:

—Mami, ya he regresado. Ian no apareció, “ama” ven, te necesito.

## Capítulo 20

Scarlet sobrevivía como mejor podía. Al día siguiente de volver de Perú, Clara y Manolo se presentaron en compañía de Tere; la llamada de Scarlet les dejó muy preocupados, y no dudaron en hacer las maletas e irse a Málaga. Fueron probablemente los peores días de sus vidas.

Scarlet no dejaba de llorar desconsolada, no comía, no pisaba la calle e incluso se salió del grupo. Manolo intentaba animarla pero nada daba resultado. Jesús y Lola también fueron a visitarla.

Estaba en un estado de melancolía absoluta. Había perdido mucho peso y ni siquiera el saber que Samuel se había recuperado totalmente aliviaba su pena. Este se quedó muy mal después de todo. Dejó el nuevo proyecto que tenían entre manos para después del reality y se refugió en Marga. Ellos habían perdido a una persona muy importante en sus vidas. Samuel siempre estuvo a su lado desde que sufriera aquel accidente.

Scarlet se pasó las primeras semanas sin saber ni quién era. Un día Manolo, cansado de aquella situación y de ver a su hija en ese estado, se plantó en su cuarto, levantó la persiana hasta arriba, abrió las ventanas de par en par, tiró de la colcha y descubrió la cama entera.

—Papá, ¿qué haces? —protestó.

—¿Cómo que qué hago? Pues verás, hija; hace un tiempo me dijiste lo que nadie me había dicho nunca respecto a cómo trataba a tu madre. Hoy voy a decirte cómo está la situación: tu madre y yo podemos quedarnos contigo toda la eternidad, pero ¿sabes qué? Yo no quiero. Quiero que te levantes de esa maldita cama y que te vistas para ir a trabajar, porque la vida, tanto con Ian como sin él, continúa. Estoy cansado de ver cómo te vas consumiendo día a



día y no haces nada por cambiarlo. Tere viene mañana a recogernos.

—¿Pero cómo, os vais?

—Sí, porque yo no voy a contribuir a esta autodestrucción a la que te has entregado. Si no pones nada de tu parte, los demás no te podemos ayudar, así que... hija mía, ahí te quedas.

—Pero “aita”, no podéis hacerme eso...

—Claro que sí. Estás matando de pena a tu madre.

—Pero papá, es que no puedo, no tengo fuerzas.

—Te ayudaremos, pero tienes que salir de ese agujero en el que te has metido, cariño. Nosotros estamos contigo, no eres ni la primera ni la última persona a la que le ocurre una desgracia así...

Habían pasado varios meses desde aquel día. Scarlet comenzó a ir al trabajo, a contestar a sus amigas y a cuidarse. También Luis ayudó mucho. Un día cuando fue al pub y la vio allí, empezó a ir siempre que su trabajo se lo permitía. No hubo reproches por parte de él. Poco a poco iba sacando a Scarlet de su rutina. La acompañaba a la playa a caminar, o se sentaban en la arena horas y horas en silencio, mirando y escuchando el sonido del mar. Un fin de semana fueron a visitar a Angy y Ari y volvieron a revivir la experiencia de Perú, rieron recordando al Mayor más gilipollas del mundo. Decidieron visitar al resto de las chicas según les fuera surgiendo la ocasión y volver a sentirse unidas como antes. Así fueron pasando los meses y la amistad entre Luis y Scarlet se iba afianzando. Él ansiaba algo más, pero nunca se sobrepasó ni la presionó, todo lo contrario. El joven no perdía la esperanza de que algún día ella terminara por corresponderle. Pero la puerta del corazón de Scarlet permanecía cerrada.

Sin ella saberlo, Manolo y Clara habían estado guardando una serie de cartas que había estado recibiendo Scarlet en su encierro. No las abrieron y Scarlet no daba cuenta a nada así que se las guardaron hasta el olvido.

Uno de esos días apareció Samuel por sorpresa y hablaron, ambos se dijeron muchas cosas y Samu le agradeció todo lo que hizo tanto por él como por Ian. Le contó cómo Marga superó la pérdida; aunque no se lo dijera directamente, le dio a entender que tenían algo. La pregunta era si no lo tenían ya de antes. Samuel no respondió, no pensó en ningún momento que traicionara a su amigo. Tampoco tenía motivos para ello. Él estaba con Marga e Ian estuvo con ella. Asunto arreglado y cerrado. Después de aquello no sabían si se volverían a ver, cada uno debía seguir con su vida.

El tiempo fue pasando y el dolor parecía que también. Echó la vista atrás y se dio cuenta que habían transcurrido casi tres años ya desde aquel día en que regresó de Perú con el corazón hecho pedazos; hoy estaban pegados con dosis de cariño y paciencia por parte de Luis.

Poco tiempo después de regresar al pub, volvió la sensación de sentirse observada. Ya ni se acordaba de aquello.

—Joder, que mierda —le dijo a Lore.

—¿Qué ocurre, bonita?

—Nada, creo que estoy paranoica.

—¿Por qué lo dices?

—Porque desde que volví al trabajo me da la sensación de que alguien me observa. Yo que sé.

—¿Cómo que te observan? ¿Quién?

—Hombre, si lo supiera no estaría tan paranoica. Lo curioso es que antes de irme a Donostia también me pasó. Y cuando estuve allí en el hospital con mi padre, ¿a quién crees que me encontré?

—¿A quién? —preguntó extrañada.

— A David.

—¿David, qué David? ¿Nuestro dientes?

—El mismo que viste y calza.

—Qué tío más asqueroso, por Dios.

—¿Te puedo contar una cosa?

—Huy, Lore, agárrate que vienen curvas...

—¿Te acuerdas aquel día que me di el golpe en la cabeza? —Lore empezó a pensar...

—¿El día que estuviste hablando con aquel tío bueno?

—Aquel tío bueno era Ian —su cara se entristeció al recordarlo.

—Perdona, no sabía...

—Pues sí, ese día. Cuando me desperté, David estaba sentado en el suelo de mi salón en calzoncillos. Dijo que nos habíamos acostado.

—Sí, claro. Ojalá se convirtiera en playmobil y le picara el culo durante seis meses.

—La cuestión es que yo no lo creo, hay que ser muy capullo para hacer algo así.

—Capullo es poco.

—Creo que es él quien me vigila.

—Podrías decirle al guapo del tricornio...

—¿A Luis? ¿Y qué le digo? Que estoy como una puta cabra...

—Eso es. Cuéntale tus sospechas. Igual tienes razón.

—¿Razón en qué?

—En que estás como una cabra, ja, ja. Te podría decir mejor qué hacer en estos casos.

—Lo pensaré.

—Oye, por cierto...

—Dime.

—¿Es bueno en la cama David? —le dijo tirándole la bayeta a la cara.

—Calla, solo de pensarlo se me revuelve todo.

Ésa era su única vida: trabajo, trabajo y más trabajo, y cuando le

quedaba algo de tiempo libre salía acompañada de Luis. Iban al cine, en alguna ocasión cenaron juntos, otra veces ella le iba a buscar al cuartelillo, y así comenzaron a salir casi a diario. Egoístamente, Scarlet lo hacía para no sentir esa soledad y ese vacío que la acompañaba, la agobiaba y la llenaba de rabia. Le daba por pensar y pensar.

Una tarde, años después de la tragedia, se sentó en la hamaca de la terraza. Cogió bolígrafo y papel y se concentró en lo que escribía.

*Estimado Mayor Rodríguez:*

*Una vez me dijo que la vida continuaba, que el dolor con el tiempo mitigaba y que con ganas se podía salir. Han pasado casi tres años; tres años en los que creí morirme unas veces y otras que ya estaba muerta. Años de amargura, de resentimiento y casi tres años, para poder escribirle.*

*Hoy puedo darle las gracias por aquellas sabias palabras. Nunca voy a olvidar ni lo que viví ni todo lo que sufrí, incluso si tuviera que volver a hacerlo lo haría, hasta conocerle a usted de nuevo. Aunque no lo crea, me enseñó algo muy importante en esta vida: que querer es poder. Por fin puedo apreciar sus palabras y le estoy muy agradecida.*

*No soy feliz ni me he vuelto a enamorar, si eso es lo que se está preguntando. No, ni mucho menos. Creo que mi cuerpo y mi corazón pertenecerán siempre a Ian. Simplemente, aprendí a vivir con ello. Espero que usted haya tenido más suerte que yo en ese sentido. Se merece una mujer que lo ame y le haga feliz. Si algún día lo consigue, hágamelo saber, quizás entonces, crea que tengo otra oportunidad y que todavía estoy a tiempo.*

*Me despido de usted, cuídese mucho, y si alguna vez viene a España, no dude en avisarme, el escuadrón suicida estará encantado de hacerle de guía turístico. Haremos que nunca olvide su estancia aquí. Mándele muchos recuerdos al bueno de Jairo.*

***Reciba un cordial saludo,  
Scarlet.***

Tomó un sobre y metió bien doblada la carta. En el frontal del sobre el nombre del Mayor y la dirección; en el reverso solo puso Scarlet. Salió hacia la oficina de correos. A medio camino se encontró con Maru, que iba a su trabajo. Poco después llegó a la oficina. La administrativa le puso un sello y depositó la carta en una bandeja para enviarla.

De regreso a casa le sonó el móvil, era un mensaje. Lo que no reconocía era el número.

—*Sabrás de mí.*

—*Creo que se ha confundido, no sé quién es usted* —le dio a enviar a modo de respuesta.

—*Scarlet, Scarlet.*

Comenzó a caminar más deprisa, miraba a un lado y al otro intentando ver algo inusual. Llamó a Luis asustada, y quedó en pasar por su casa al salir del trabajo.

—*¿Quién eres y qué quieres?*

—*Todo a su debido momento muñeca* —, ése fue el último mensaje que recibió. Habló con Clara sobre el tema para pedirle consejo. Una cosa llevó a otra y salieron a colación las cartas que estuvo recibiendo y que no había hecho ni caso. Cuando colgó el teléfono, abrió el cajón dónde se encontraban y cogió una al azar. Eran notas amenazantes hacia su persona, tan chapuceras, que parecían más bien hechas por un niño. Notas hechas a base de recortes de revistas. Si no fuera por los mensajes que había recibido, y lo asustada que se encontraba en ese momento, se habría reído de tal tontería.

A media tarde Luis pasó a recogerla. De camino al pub le iba explicando lo ocurrido, y aprovechó también para contarle lo de David, igual estaba todo relacionado.

—¿Pero por qué no me lo habías dicho antes? ¿Cuánto tiempo llevas así?— la regañó.

—No me pareció importante, pero hoy me asusté, hace tiempo que voy recibiendo mensajes, hubo una temporada que no, pero otra vez volvió —. Luis le dijo que se haría cargo de todo, y que lo investigaría. No permitiría que nadie le hiciese daño.

—¿Desde cuándo?—, le volvió a preguntar.

—Buf, no lo recuerdo bien, pero al menos desde antes de lo de mi padre.

—¡Pero Scarlet, eso es mucho!...

—Ya te digo que no le di importancia hasta hoy.

Días después, por mediación de los mensajes y porque pusieron a un hombre a seguir a David, descubrieron que estaba completamente obsesionado con Scarlet. Encontraron en su casa fotografías, videos y hasta recortes de periódico con información sobre Ian. No parecía ser el típico psicópata, solamente quería asustar a Scarlet por haberse sentido rechazado, como supieron después. Lo llevaron al cuartelillo a interrogarle y allí comprobaron que era un pobre hombre más bien inofensivo. Pero hasta entonces, Scarlet temblaba. Tenía problemas psicológicos. Scarlet no se molestó en reclamarle nada, no merecía la pena. David estaba en tratamiento y al verse rechazado dejó la medicación y se le fue de las manos. Al final Scarlet lo dejó pasar. Un asunto menos por el que preocuparse.

Con su vida más o menos encarrilada, el sol cada día brillaba más. Scarlet se iba convirtiendo en la mujer que era. Con el corazón roto, pero al menos vivía.

Para el siguiente fin de semana Luis la invitó a la boda de unos amigos, y en principio declinó la idea; pero habló con las chicas y éstas la convencieron de que fuera, que disfrutara, así que llamó a Luis para decírselo.

Pidió a Lore que la acompañara a comprar un vestido para la ocasión.

La víspera, cuando volvieron del pub, Luis la acompañó hasta la puerta de la casa. Bendita paciencia la de este hombre.

Se despidieron hasta el día siguiente para ir a la ceremonia. Scarlet cerró la puerta. Minutos después sonó el timbre.

“A saber qué se le habrá olvidado ahora...” —pensó para sí. Abrió la puerta.

—Hola.

—¿Tú? ¿Pero qué leches hace aquí?— Sorprendida, era decir poco, se podría haber imaginado a cualquiera menos a él.

## Capítulo 21

—¡Mayor! Válgame por las monjas Clarisas —le dijo, dándole un abrazo—. Pero pase, no se quede ahí como un pasmarote.

—No quisiera molestarla.

—A buenas horas viene a pensar en eso, ya me despertó.

—Será embustera, si acabo de verla llegar acompañada de su amigo, ja, ja.

—¿Tan mal le fue después en su trabajo que ahora se dedica a espiar a parejas? Ja, ja, ja.

—Señorita, deje la guasa.

—Ande, pase, que mis vecinas ya estarán cotilleando por la mirilla y a saber qué pensarán de mí ahora...

—Podemos ir a otro lugar si lo prefiere. ¿Le apetece un café?

—Tire para adentro, vivo en un ático, aquí no tengo vecinos, sólo en los pisos inferiores. Además, a estas alturas, ¿usted cree que me importe algo lo que opinen o piensen? ¿Le apetece un café?

—Pensé que iba a tener que rogárselo. Sí, por favor.

—Siéntese. Espero que su visita sea porque esté de vacaciones.

—Recibí su carta.

—¿En serio? ¿Ha venido hasta aquí para comprobar lo que le puse?

—De verdad que no sé cómo la aguantan sus amigas. Déjelo, claro que lo sé —le dijo llevándose la mano a la cabeza.

—¿Entonces?

—Entonces, le respondí —la cara de Scarlet lo decía todo—. ¿No recibió nada?



—No. ¿Pero por qué se iba a molestar en responderme de vuelta? ¿Acaso usted encontró una buena mujer que le aguanta su seriedad y vino expresamente a decírmelo?

—Scarlet —le dijo en tono serio—. ¿Cree que si fuera eso vendría hasta aquí?

—Mayor, ¿qué ocurre? —preguntó extrañada.

—Ocurre, que se abrió una investigación por la mala gestión de la organización.

—No entiendo.

—Creemos que la organización tuvo tiempo de sobra de sacar a los participantes del reality antes de las inundaciones, entre otras cosas.

—¿Y eso qué significa?

—Pues eso quiere decir, que si encontramos pruebas fehacientes de que eso es cierto, como diría su amiga la del pelo rosa, le vamos a meter un puro que se van a cagar. Si los concursantes no hubieran salido ese día, cabe la posibilidad de que nadie hubiera sufrido daño alguno.

—Ian...a lo mejor hoy estaría vivo.

—No se ponga triste.

—Pero cabría esa posibilidad. ¿Y qué es lo que le ha traído a España exactamente, Mayor? ¿No debería estar allí investigando?

—Necesitamos encontrar a Samuel.

—A él, ¿por qué si se enfermó?

—Porque igual él sabe algo que nosotros no sepamos. Según Jairo, después de una de las pruebas los oyó discutir sobre el estado del río y que no podían salir bajo esas condiciones, independientemente de lo que los organizadores creyeran. Pensamos que en cierto modo alguien les presionó para salir.

—Entiendo; pero aun así, Samuel ya no se encontraba en el

campamento cuando eso sucedió.

—Cierto, y eso a la organización del reality les vino de perlas. Claro que eso lo supimos después.

—Samuel no vive en esta ciudad. Hace tiempo vino a verme y hablamos. Tengo un número de teléfono, pero no sé si seguirá siendo el mismo o lo habrá cambiado.

—Gracias.

—Mayor, ¿tiene dónde alojarse?

—Todavía no. Nada más llegar al aeropuerto alquilé un coche y me vine directo.

—Pues quédese. Está en su casa.

—Ni hablar, no puedo abusar de su confianza.

—Claro que puede. Mañana Luis y yo vamos de boda, usted entre y salga como mejor vea, le dejaré un juego de llaves.

—Scarlet, ¿usted como se encuentra?

—Bien. Tirando, que no es poco. Luis tiene mucha paciencia conmigo.

—¿Y su corazón cerrado a cal y canto todavía?

—Pues verá, no sabría responderle a eso.

—¿Cómo es eso? —le preguntó, dándole un sorbo al café.

—Pues eso, tengo sentimientos contradictorios. Unos días creo que Ian sigue siendo mi amor eterno y otros sólo es un recuerdo. Y Luis... bueno, es Luis. Nos llevamos bien, nos reímos mucho juntos y a veces me sorpendo mirándole diferente. No sé si me entiende...

—Perfectamente. Creo que lo que tiene es miedo.

—¿Miedo?, ¿por qué? —le respondió sorprendida.

—Miedo a volver a sentir, a sufrir aunque sea de forma diferente. Deje que pase el tiempo, pero no cierre la puerta. No es malo volver a enamorarse.

—Lo sé, pero es que no sé si estoy enamorada.

—Cuando lo esté, lo sabrá. No espere que sea igual que con Ian, cada persona, edad y circunstancia es diferente.

—¿Me está llamando vieja?

—Por el amor de Dios señorita, ¿cómo cree? —le respondió riéndose —. En realidad sí. La veo algo mayor para según qué cosas...

—Y de usted, ¿qué me dice? —le preguntó.

—Yo, con mucho trabajo.

—Mayor...

—Vale, sí; conocí a una mujer y...

—¡Enhorabuena, me alegro mucho! —le dijo.

—Y, cosas de la vida, no pudo ser.

— ¿Por qué no?

—Porque no vivimos en el mismo lugar, ni siquiera en el mismo país.

—Vaya, hábleme de ella por favor —le pidió.

—Es una mujer terca, maleducada, insoportable y está loca de remate, pero se le ve que tiene un corazón muy noble. No la llegué a tratar mucho pero lo que la conocí parecía muy buena persona.

—Vaya, Mayor, escuchándole, casi está describiendo a mi Angy — éste, al oír su nombre, se sonrojó—. Por el amor de Dios, ¿en serio? La madre que lo parió.

—Qué manía gastan ustedes de nombrar a la madre de uno...

—¿Se lo va a decir?

—¿Cómo cree? Se lo digo a usted, y punto. Yo no estoy hecho para eso. La primera novia que tuve me engañó.

—No me lo puedo creer.

—La amaba mucho, ¿sabe? Después de estar unos años solo y de haber superado aquello, viene una tarada desde el otro lado del charco rompiendo toda mi calma, mi paciencia y por qué no reconocerlo, desbaratando mi

existencia en unos pocos días. Y ni siquiera se lo pude decir porque no se iba a quedar... ¿Entiende que el amor y yo no somos compatibles?

—Ay, Mayor, es todo tan bonito... Me sorprende. Yo le creía como una roca, indestructible, y me encuentro con un hombre que en el fondo es todo corazón.

—Déjese de milongas. Es muy tarde y mañana tiene jaleo. ¡A la cama!  
—le dijo—. Buenas noches y gracias por su cordialidad.

—Hay que joderse, a tu casa vendrán y de ella te echarán... —le dijo mientras se iba hacia su cuarto—. Es un placer tenerle aquí. Quédese el tiempo que quiera. Iremos a visitar a mi amiga, si a esa, la del pelo rosa, se lo prometo. Buenas noches.

—Buenas noches.

Scarlet ya en su cuarto, agarró el móvil y abrió un chat sólo con Angy.

—*Hola, locuela.*

—*Hola, preciosa, ¿qué te pasa?*

—*Mañana voy de boda con Luis.*

—*Al final no te has rajado, ole tú.*

—*Sí, por qué no. Me he comprado hasta un vestido...*

—*Bueno, eso sí que es una sorpresa. Tú de compras...*

—*¡Cállate! Me acompañó Lore, y creo que ya no lo volverá a hacer nunca más, ja, ja. Por cierto, pronto te veo.*

—*¿Ah, sí? Vaya lujo. ¿De dónde te has caído?*

—*Pero qué perrilla eres, si voy a verte siempre que puedo.*

—*Nunca es suficiente...*

—*Entonces, que dirá el resto... Bueno, que me voy a dormir, que ya es hora. Hasta otro rato preciosa.*

—*Chao, loca de la pradera, pásatelo muy bien mañana. Déjale que te meta un poco de mano, ja, ja. Besotes y ya me contarás...*

Scarlet apagó la luz de la mesita de noche. Al día siguiente Luis se sorprendió de ver allí al Mayor. Scarlet no le había dicho que iría.

—Señor, ¿qué hace usted aquí?

—Hola, Luis, un gusto verlo. Pues ya ve, de visita.

—¿Así de simple? No se lo cree ni usted.

—Vayan al evento ése que tienen, y cuando pueda hablaremos. Y no pregunte más.

—No, señor.

—Tenga —le tendió una servilleta de papel—. La va a necesitar.

—¿Y para qué? —nada más terminar la pregunta, apareció Scarlet enfundada en un bonito vestido de gasa en tono rosa palo con mucho vuelo que le llegaba hasta la rodilla, se sujetaba en un sólo hombro con un precioso broche. Una fina pulsera con dos mariposas azules adornaba su muñeca. El cabello, ahora con una largura considerable, en bucles, sujeto con horquillas en el lado opuesto al broche. Sus pies iban calzados con unas sandalias de tacón en el mismo tono que el vestido. Estaba realmente hermosa.

—Wow, estás preciosa —el Mayor tenía razón al ofrecerle la servilleta.

—Gracias, tu también estás muy elegante.

Luis llevaba el clásico traje pantalón y americana. Camisa blanca y una corbata en color rosa, casi del mismo tono del vestido.

—Cierre la boca, hombre, no vaya a ser que le entre una mosca, ja, ja, ja. Vayan y diviértanse.

—Gracias —respondieron al unísono.

—Por cierto, hacen una linda pareja.

—Hasta luego, Mayor, queda en su casa.

—No es cierto, me quedo en la suya...

—Será payaso, aprende rápido. Adiós.

—Adiós.

Scarlet y Luis fueron una pareja más en aquella boda. Luis le fue presentando a todos los amigos y compañeros del cuerpo que allí se encontraban, y también a los recién casados. Comieron, bebieron y bailaron. Se lo pasaron en grande.

Llegó la noche y la fiesta se trasladó a un local de moda, que cerró sus puertas al público para acoger sólo a los invitados a la boda. Hacía mucho tiempo que Scarlet no se divertía tanto. Sacó miles de fotos para luego enseñárselas a las chicas; sus amigas habían sido testigos de sus peores momentos, y quería compartir con ellas también lo bueno.

—Muchas gracias —le dijo de pronto a Luis.

—¿Por qué?

—Por todo. Por ser mi amigo, por no haberme reprochado nunca nada, por haberme acompañado en el camino, por traerme y hacerme ver que la vida sigue. Podría seguir dándote las gracias toda la noche y aun así no terminaría.

—No tienes nada que agradecerme. Gracias a ti por haber venido, si no lo llegas a hacer habría sido el hazmerreír de mis colegas...

—¿Y eso por qué?

—Les dije que vendría con la chica más bonita del mundo... así que gracias por no haberme fallado.

—¡Pero serás capullo! Ja, ja, ja. Vamos a bailar, la noche es joven.

Pasaron una bonita velada, hasta Scarlet se animó a regalarle algún que otro beso. No sabía muy bien a qué era debida esa actitud, si era fruto del agradecimiento o del champán consumido, pero en ese momento poco le importaba, estaba disfrutando mucho y quería alargar aquella noche lo más que se pudiera, hacía mucho que no disfrutaba tanto de un evento así.

## Capítulo 22

Dos días después de la boda, Luis fue a casa de Scarlet para hablar con el Mayor. No había tenido oportunidad de hacerlo antes. Estaba extrañado con su visita.

—Buenos días —saludó.

—Buen día, Luis —respondió el Mayor.

—Hola, ¿un café? —le ofreció Scarlet.

—Sí, gracias. Buen provecho, os pillo desayunando.

—Ánimo, sírvase usted mismo. Vea lo que trajo ésta loca, ni que fuera a desayunar el edificio entero, por Dios.

—Y bueno, ¿me va a contar de qué va todo esto, Mayor?

—Le voy a contar todo, no se impaciente. He de decirle que he hablado con su superior...

—¿Y eso por qué?

—Tranquilo, necesito ayuda y quién mejor que usted.

—Ah, vale. ¿En qué le puedo ser útil?

—Verá, es una investigación sobre la gestión de la organización del reality.

—¿Ahora? ¿No es un poco raro?

—No es de ahora, sólo que la investigación me ha traído a España. De ahí su ayuda.

—Pues si mi superior no ha puesto ninguna pega, ¿cuándo comenzamos?

—Tenemos que volver a su cuartel. Allí tenemos instrucciones.

—De acuerdo, terminemos el desayuno y vayamos. Tengo curiosidad

por saber qué tiene que contarme.

—Mayor, cuénteles algo, que si no va a reventar, y hace poco pinté las paredes, ja, ja, ja.

—Venga, despídase, nos vamos.

—¿Pero a dónde vamos?

—Al cuartel y al norte. Tenemos que localizar a Samuel.

—Hasta pronto, Scarlet. A la vuelta tenemos que hablar —ésta sabía por qué se lo decía, la noche de la boda se habían estado besando; lo que no tenía claro era qué le iba a responder. ¿Quería o no comenzar una relación con él?

—Venga, iros. Avisadme cuando lleguéis.

—Sí, mamá —respondió el Mayor.

—Se lo estoy diciendo en serio.

—Y yo —le respondió sonriendo.

Salieron en dirección al cuartel, allí les esperaba el inspector; él no les acompañaría, pero tenía que darles instrucciones de cómo proceder. Habían localizado a Samuel y hacia allí saldrían más tarde.

Cuando terminaron de hablar con el inspector cogieron uno de los coches y pusieron rumbo a San Sebastián. Por el camino el Mayor le iría poniendo al corriente de todos los detalles de la investigación, de cómo comenzaron con ella y algunas cosas más.

Se iban turnando en llevar el coche cada cierto tiempo.

Hablaron de los detalles de la investigación, también de Scarlet y de cómo había pasado los dos últimos años. Las intenciones de Luis para con ella eran buenas; ese hombre amaba a la muchacha. Era muy joven para quedarse sola esperando por algo que tristemente no ocurriría. Tenía que darse una nueva oportunidad. La vida regala sorpresas a veces buenas y otras no tan buenas. Una de cal y otra de arena.



Para cuando quisieron darse cuenta ya estaban en tierras vascas.

Scarlet recogió todo lo del desayuno. Cogió el móvil y chateó con las chicas un rato. Seguían siendo sus adorables y locas amigas de siempre.

—*Hola, niñas* —saludó.

—*Vaya, dichosos los ojo* —respondió Angy.

—*¿En serio?*

—*Hija mía, hay que quejarse por todo, ya tu sabes... y tú, pronto andas por aquí.*

—*Ya, vino Luis a desayunar y a despedirse; fíjate, va a San Sebastián a hacer una investigación y no sé cuándo regresará.*

—*¿Os habéis liado o todavía no?* —preguntó para picarla.

—*Dios, que paciencia* —le respondió. Angy, no la podía ver, pero se la imaginaba subiendo los ojos a modo de desesperación—. *Bueno, que sólo pasé a saludar. Me voy a hacer la compra, que tengo la nevera que si entra un ratón se despeña...*

—*Últimamente pasa mucho tiempo Luis en tu casa, hay que mantener ese cuerpo, y no me refiero al de la guardia civil precisamente, ja, ja, ja.*

—*Huy, si yo te contara... Adiós bonita, nos hablamos.*

—*Adiós, estrecha. Te quiero.*

—*Si yo también, pero con almorranas en el culo.*

Scarlet se cambió de ropa y salió al súper, hizo la compra y regresó a casa. Tenía libre ese día y quería salir a pasear, acercarse a la playa. Ese lugar la relajaba aun estando abarrotada de gente. Se quitó las zapatillas y bajó hasta la orilla, el agua mojaba sus pies. Le recordaba a su tierra. Sumida en sus pensamientos, en cómo habían pasado ya dos años de la desaparición de Ian; del vacío que tenía y de cómo poco a poco había ido llenando ese vacío con otras cosas, otros recuerdos que antes la sumían en la desesperación y ahora los veía con añoranza. ¿A eso se refería el Mayor con sus palabras?

Las chicas, bueno, lo que hicieron por ella no lo hacía cualquiera. Pronto se volverían a reunir todas. Pilar había tomado la decisión de pasar por el altar, llevaba tiempo con su pareja y al final daban el paso. Recordó el día que lo dijo en el chat, las risas que se echaron. Empezaron a meterse con ella con chorradas del estilo, ¿sabes dónde te metes? Una vez que entras en el gremio de los casados ya no sales, y esto y lo otro... Qué cabronas, ninguna estaba casada. Qué sabrían... Pilar sería el referente futuro.

El Mayor y Luis llegaron a San Sebastián. Scarlet no les mintió cuando les habló de su tierra, una estampa bien diferente a la que Luis estaba acostumbrado. El Mayor quedó fascinado; todo estaba en armonía como si los astros se hubieran alineado en su favor, buena temperatura, buena gastronomía como pudieron comprobar más tarde, y una gente de lo más amable. Nada era como se lo había imaginado. Tenían un concepto bastante erróneo de los vascos.

—Hola, preciosa, ya hemos llegado.

—Buenas, ¿qué tiempo hace?

—Te llamo para decirte que hemos llegado y a ti sólo se te ocurre preguntar por el tiempo.

—Perdona, ¿qué tal el viaje? —preguntó.

—Bien, el Mayor es un camicace conduciendo. Creo que por un par de veces sobrepasó el límite de velocidad.

—¿En serio?

—Menos mal que ni había un sólo radar ni nos ha pillado la guardia civil —se mofó de la ocurrencia.

—Ja ja, que guasa, tú eres la guardia civil. Deberías haberle multado.

—Ah, no, ¿y qué te crees, que él no lo sabe? Ha querido ponerme en un aprieto.

—Vaya dos patas para un banco. Si puedes ir a ver a mis padres no

dejes de hacerlo, estarán encantados de recibirlos. El Mayor y mi padre harán buenas migas.

—Mmm, migas, que ricas.

—Qué bobo eres —rió—. Terminad lo que tengáis que hacer allí y volved.

—No tenemos fecha de regreso. También tienes que saber que ya no te podré decir nada más sobre esto.

— Lo supongo, no te preocupes.

—Te volveré a llamar. Adiós, Scarlet.

—Adiós, Luis, vigila al Mayor, que éste es capaz de cambiarle el uniforme a la mismísima ertzaintza. Salúdalo de mi parte.

Luis y el Mayor llevaban en una carpeta toda la documentación recopilada sobre la investigación. Si era cierto que la organización había obligado a los participantes a salir, era para encerrarlos de por vida.

Samuel vivía en las afueras de la ciudad, en una casona de piedra y madera de las llamadas caseríos. La entrada de piedra adoquinada, a la derecha de la casa un cobertizo, madera apilada cuidadosamente para hacer frente a los fríos inviernos... por fuera daba la sensación de ser una vieja casa. Llegaron a la puerta de entrada. ¿Dónde se encontraba el timbre? Por más que buscaban no lo veían. Luis se fijó bien en la puerta y vio una antigua aldaba de latón incrustada en el portalón. No se hubiera imaginado que algo así seguiría en uso. Levantó e aldabón y tocó la puerta. Un repiqueteo sonó desde el interior, algo parecido al taconeo desacompañado de unos finos tacones. Una mujer abrió la puerta. Debía ser Marga; Scarlet se la describió y por eso lo sabía.

—Hola buenas noches, ¿en qué puedo ayudarles? —preguntó.

—Buenas noches, disculpe las horas —dijo el Mayor. Marga enseguida supo que aquel hombre no era español.

—Estamos buscando a Samuel Ayala.

—Sí, claro, ¿y ustedes quiénes son?

—Perdone, soy el Mayor Rodríguez de la policía peruana, y él es el agente Luis Peláez de la guardia civil española.

—¿Ocurre algo? —preguntó nerviosa.

—¿Podríamos hablar con Samuel, por favor?

—Sí, sí, pasen, perdonen mis malos modales. Samuel, te buscan.

Poco después apareció Samu por la puerta de la bodega secándose las manos con un paño.

—Hola, buenas noches, ¿en qué puedo serles de ayuda?

—Mi amor, son el Mayor Rodríguez y el agente Luis. ¿Qué has hecho ya?

—¿Yo? Nada, ¿o sí? —preguntó dirigiéndose a ellos.

—No se preocupe. Nada tiene que ver con lo que crea que es.

—¿Entonces? Pasen al salón. ¿Se les ofrece algo de tomar?

—Un vaso de agua estaría bien, si no es mucha molestia —dijo Luis.

—En absoluto, ¿usted gusta de algo? —le preguntó al Mayor antes de salir hacia la cocina.

—No, así estoy bien, gracias —le agradeció el Mayor—. Como se habrán imaginado, soy extranjero. De Perú, para ser más exactos.

—¿De Perú?

—Sí. Yo dirigí las labores de búsqueda y rescate tanto de Ian como de otras muchas personas.

Oír el nombre de Ian, tanto tiempo después hizo estremecer tanto a Marga como a Samuel.

—Mi marido fue dado por desaparecido. No entiendo el interés ahora dos años después —dijo Marga.

—Se abrió una investigación unos meses después.

—¿Una investigación? —preguntó Samuel.

—Verá —fue Luis quién tomó la palabra—, para que entiendan mejor la situación y abreviando, uno de los retenes que acompañaba al Mayor descubrió que algunas de las balsas que se utilizaron estaban en mal estado. Además, Jairo —Samuel lo recordaba—, en su momento no le dio importancia a una discusión entre usted e Ian días antes —Marga y Samuel se miraron extrañados. No sabían a qué se refería con eso ni cómo interpretarlo.

—¡Perdone! ¿Está insinuando que yo manipulé las balsas para propiciarle un mal a mi amigo? —Marga puso cara de horror.

—No lo sé, dígame usted. Viendo que ahora usted y su mujer están juntos podría ser una posibilidad. Mayor, anote, tenemos otra línea de investigación.

—¿Pero se ha vuelto loco? —Le gritó Marga—. Ellos eran como hermanos.

—Más a mi favor, señora. ¿Qué mejor manera de quitárselo de en medio y seguir con su bonita historia de amor?

—Espero que tenga pruebas para acusarme de todo eso —le dijo Samuel ofendido.

—No, no las tengo, pero quede claro que si usted tuvo algo que ver en su desaparición, le caerá todo el peso de la ley.

—Y si yo no tengo nada que ver, me deberá una gran disculpa como poco. Si no tiene nada más que decirme, les acompaño hasta la puerta. Buenas noches —los despidió sin darles tiempo a protesta alguna.

—Nos volveremos a ver. Señora, buenas noches... —El Mayor estaba un poco decepcionado con la intervención de Luis. Ya después lo comentarían. Él no creía que Samuel tuviera nada que ver. Ya lo intentarían en otro momento. Era hora de cenar y de descansar.

Durante la cena estudiarían opciones para poder volver a hablar con

Samuel.

Se fueron caminando lentamente hasta el coche. Era hora de regresar al hostel. Daba pereza volver, las vistas eran impresionantes. Merecía la pena pararse a mirar el tranquilo romper de las olas en aquella famosa playa, ambos estaban maravillados.

## Capítulo 23

Scarlet habló con Angy por teléfono. Ésta disponía de unos días de descanso bien ganados, y la convenció para que se acercara hasta Málaga. Pasarían unos días juntas; se llevaría una grata sorpresa. A ver cómo se manejaba en su casa con el Mayor. Le constaba de primera mano que a ella también le gustó cuando estuvieron en Perú. Ya habían pasado dos años de aquello, pero Angy seguía recordándolo como el Mayor gilipollas. Sonrió al recordarlo, anda que no se habían reído entre ellas por eso. No sabía en qué lo de esos dos, pero se lo pasarían bien los cuatro juntos. Les organizaría una encerrona.

*—Hola, petarda. ¿Qué haces?*

*—Hola, guapa, pues aquí ando, recogiendo un poco la leonera. ¿Y tú?*

*—Nada, acabo de hablar con Luis. Que estaba pensando yo...*

*—¿Tú pensando? —Le preguntó riéndose— Angy, agárrate que vienen curvas.*

*—Qué boba eres.*

*—Chica, qué facilidad de insultar tienes. Yo de mayor quiero ser como tú.*

*—Dios, que paciencia...*

*—Ya, te jodes, ja, ja, ja.*

*—Venga, ¿cuándo tienes algún día libre?*

*—Ainsss, vacaciones es lo que tengo.*

*—¿Tienes vacaciones? —aquello se ponía interesante.*

*—Sí, querida.*

— *¡Qué perra! ¿Y qué vas a hacer?*

— *Tocarme el...*

— *Vale, vale, relájate. Si no tienes plan, ¿por qué no te acercas hasta aquí?*

— *Joe, qué pereza.*

— *Asco de amiga.*

— *Yo también te quiero.*

— *Anda, tía, vente, que siempre estamos yendo nosotros, Porfa, porfa, porfa...*

— *Que sí, que voy.*

— *Gracias, gracias.*

— *Deja que me organice y te digo cuándo voy. Dile a ese jefe tuyo que te dé algún día libre.*

— *Le diré cuando sepa el día que vienes.*

— *Obvio, guapa. Menos mal que nos entendemos.*

— *Entonces, avísame. Chao, bonita.*

— *Adiós, flor. Besitos.*

Scarlet siguió recogiendo. Se había puesto un chándal para estar más cómoda. Dio un vistazo al ático y, aunque no tenía muchas ganas, terminó de limpiarlo. No sabía si echaba de menos a Luis o su compañía. Tendría tiempo para analizar todo esos sentimientos; pero de algo sí estaba segura, había pasado tanto tiempo en compañía de él que ahora se sentía vacía. Un extraño agobio empezó a apoderarse de ella. Se fue al baño, se duchó y se cambió de ropa. Tenía que salir de allí.

Decidió bajarse hasta la playa. El sonido del mar la relajaba, era como una especie de deja vú. Allí, sentada en la arena, observaba a la gente que paseaba por la orilla, a los niños jugando a hacer castillos con sus cubos, palas y rastrillos... Recordó una vez cuando era niña, convenció a su tía Tere,



que era como las lagartijas (donde había sol, allí estaba) para que ese día la llevara, equipada con su juego nuevo de playa; estaba dispuesta a pasar una buena tarde. Cuando llegaron la marea estaba alta y aquello significaba que no había arena, menudo enfado se agarró después de llevar todo y no poderlo usar. Se apelotonaron todos en la cuesta y escaleras de acceso. Era algo de lo más normal aquella situación. Del rebote que cogió le dio tal tarde a Tere que fue la última vez que la llevó a esa playa.

Hoy no quedaba casi nada de lo que fue, aunque la habían ampliado seguía siendo igual de peligrosa o quizá más. Lo único bueno que tenía era que siempre encontrabas un hueco donde extender la toalla. Y los socorristas, sobre todo eso.

Aquellos años de tontería terminaron el día que conoció a Ian, desde entonces su vida fue como una montaña rusa. Cierto es que ella así lo decidió. Ahora todas esas etapas se le antojaban como si hubieran sido hace siglos y no unos pocos años. Añoraba muchas cosas que ya no podrían ser. Ya no, porque Ian no estaba. Pensar en él le dolería toda la vida, estaría en su corazón eternamente, pero de otra forma: en forma de recuerdos, éstos que les pertenecían sólo a ellos dos. Si algún día rehacía su vida con Luis o con cualquier otro, ése sería su legado.

Miró el reloj: era hora de volver, tenía que ir al pub a trabajar. Era fin de semana y prometía haber mucho trabajo. Jesús quería darse a conocer a nivel nacional, y ahora también organizaba bolos con algún que otro famoso de la prensa rosa. Lo que fuera por atraer más clientela. Ella y Lore se encargaban de la barra y de la sala Vip. Lola resulto ser una excelente relaciones públicas, y con ayuda de Jesús todo iba viento en popa. Ellos eran su familia malagueña y Clara y Manolo, junto a Tere, su familia. Ellos viajaban a menudo a Málaga para verla. Desde que ocurrió lo de Ian, padre e hija eran eso, un padre y una hija. Le daban gracias al cielo por haberle puesto

a Luis en su camino y estarían encantados de que terminaran juntos. En una ocasión se lo insinuaron y Scarlet estalló como una bomba; se dieron cuenta que no eligieron el mejor momento. Lo de Ian estaba muy reciente. No se lo volvieron a mencionar. Cuando su hija estuviese preparada, ella se encargaría de decírselo.

El Mayor y Luis se fueron a cenar. Scarlet les recomendó su lugar favorito, allí tendrían para elegir variedad de pinchos, raciones, bocatas... Comentaron el fallo de Luis con Samuel, éste se disculpó y le prometió pedirle perdón. El Mayor estaba convencido de que Samuel no tuvo nada que ver; es más, si no fuese porque enfermó, a saber cómo hubiera terminado él también. Al día siguiente volverían para hablar con él y con Marga. No le interesaba lo más mínimo su relación, sólo la conversación que tuvieron ambos el día que se disputó la prueba de puenting.

—¿En qué piensa, Mayor? —preguntó Luis.

—En que creo firmemente que Samuel no tuvo nada que ver en el sabotaje.

—¿Qué le lleva a ese punto? Dígame.

—Según lo que me relató Jairo, cuando los vio discutir no era una discusión como para llegar a ese extremo. En la primera prueba, que era la de ascenso, tenían que subir por una montaña rocosa; Ian patinó, y si no llega a ser por su compañero que lo sujetó, no sé yo... Así que no tiene sentido que Samuel haya tenido algo que ver.

—¿Y si ha contratado a alguien?

—Debería dejar de ver tanta serie de policías —le dijo burlándose de él.

—¿En serio? ¿Scarlet se lo ha dicho?

—¿Decirme el qué? Ja, ja, ja, lo acaba de hacer usted.

—Es usted muy listo, Mayor.

—Años de experiencia nada más.

Cuando terminaron de cenar fueron caminando por todo el paseo de la playa hasta el pequeño hostel donde pasarían la noche. Se tomaron una última cerveza antes de acostarse.

Scarlet y Lore disfrutaban mucho cuando Jesús organizaba ese tipo de eventos, por no hablar del dineral que sacaban en propinas. Las guardaban en un bote, y al final de la noche las repartían entre ellas y los otros dos camareros.

Terminaron agotadas. Jesús las acercó hasta sus casas. Cuando había bolos, dada la concentración de gente, prefería llevarlas él asegurándose que cada una llegaba sana y salva. A no ser que lo hiciera Luis.

—Hasta mañana —se despidió Lore.

—Descansa, mañana hablamos —respondió Scarlet.

—Sí, vosotros también, Adiós, Jesús.

—Adiós, niña.

Jesús siguió conduciendo hasta la casa de Scarlet. Se bajó del coche y entró al portal con ella y luego esperó fuera hasta ver luz en el ático. Después se marchó a la suya.

Al día siguiente, después de desayunar, los chicos volvieron a la casa de Samuel. En cuanto éste los vio aparecer, torció el gesto.

—Buenos días —saludó el Mayor.

—Creo que ayer quedó bien claro que no los quería volver a ver, ¿o no captaron la indirecta?

—Relájese, hombre. Hemos venido a disculparnos, ¿o no es así, Luis? Necesitamos hablar con usted.

—Sí, discúlpeme si ayer mi comentario fue inapropiado.

—No sé si inapropiado sea la palabra correcta, pero bueno, pasen, está abierto.

—Después de usted —le pidió el Mayor.

—¿Han desayunado? —les preguntó.

—Sí, gracias, lo hicimos antes de venir.

—¿Y bien? Usted dirá —se dirigió al Mayor. Luís pasó a un segundo plano.

—Verá, señor; tiempo después del desastre se recuperaron un par de balsas de las que supuestamente se utilizaron para la prueba de descenso.

—Siga, por favor.

—La cuestión es que tenían desperfectos.

—Lógicamente, destrozadas deberían haber acabado dado el desastre que hubo.

—Cierto, pero esas balsas no llegaron a tocar el agua. Estaban guardadas de reserva.

—¿Cómo dice? —preguntó Samuel.

—Exacto. Por eso creemos que a pesar de las inundaciones, alguien sabotó las balsas.

—¡Por Dios Santo! Ésa es una acusación muy seria.

—Lo es, de ahí que se haya abierto una investigación. Se analizaron las balsas y encontraron esos desperfectos; en un primer momento se pensó que fue por las riadas y luego supimos que esas eran las de reserva.

—¿Y qué tengo yo que ver en todo eso?

—Jairo, ¿lo recuerda? —preguntó Luis.

—Sí, claro. El joven que nos fue a buscar al aeropuerto. Nos ayudaba también con los equipos.

—El mismo. Nos relató que después de la prueba de puenting los vio discutir a usted y a su compañero.

—Déjeme que recuerde.

—Todo lo que nos pueda decir, cualquier detalle, lo que sea...

—Después de realizar aquella prueba, un hombre se acercó a nosotros en nombre de la realización del reality. Nos dijo que la siguiente prueba debía llevarse a cabo sí o sí. Yo le dije a Ian que si no mejoraba el aspecto del río, podía ser peligroso. El me dijo que a la organización no le interesaba ponernos en peligro y que tampoco pareciera estar tan mal como para no salir, que él en alguna ocasión lo había hecho en peores circunstancias. Discutimos, sí, pero después hablamos y lo solucionamos. Luego ya me enfermé y no supe nada de lo sucedido hasta que llegué a España.

—¿Dónde se encuentra la señora Marga?

—Trabajando. Aunque no lo parezca, aquí también se trabaja.

—¿Desde cuándo mantiene una relación con ella?

—No creo que eso sea importante para la investigación —a Samuel no le caía bien Luis.

—No, ni mucho menos, pero teniendo en cuenta que es su marido el que desapareció y ni siquiera se molestó en ir a buscarlo... No como Scarlet...

—Ellos eran un matrimonio de conveniencia. Ninguno de los dos se quería separar, pero tampoco se amaban.

—Sin embargo con usted...

—Si no tienen más preguntas...

—¿Recuerda al hombre de la organización? ¿Cómo era, no sé, algo?

—No recuerdo, fue hace más dos años —empezaba a sentir dolor de cabeza.

—Haga un pequeño esfuerzo, es importante.

—Varón, estatura media, no sé, lo siento.

—Tranquilo. Le vamos a dejar nuestro número de contacto, si recordase algo más le agradeceríamos nos informara —le dijo el Mayor levantándose del sofá. Le agradecieron su ayuda y se despidieron, no sin antes

volver a pedirle disculpas.

Ya en el hostel, recogieron sus cosas, fueron a casa de los padres de Scarlet a hacerles una pequeña visita y volvieron a la carretera; regresaban a Málaga. No es que consiguieran mucho de Samuel, pero tenían esperanzas de que una forma u otra, algo les ayudara.

## Capítulo 24

El Mayor cambió de residencia pocos días después; se fue a la casa de Luis, situada allí mismo en el recinto del cuartelillo. Era lo mejor para él, pero también para Scarlet, no quería causarle ningún trastorno; además tenía más cerca al inspector; desde allí llevaban la investigación sincronizada con sus compañeros de Perú. Si conseguían suficientes pruebas para acusar a la organización, la denuncia sería desde España. Las condenas se endurecerían más que en Perú, ya que los componentes de la dirección del reality eran ejecutivos y directivos españoles, por no hablar de la productora. Las lluvias y posteriores riadas les vinieron muy bien para esconder todas las desavenencias. Sólo tenían que encontrar a alguien que lo demostrara.

Víctor Hugo, que resultó ser el nombre de pila del Mayor, no tenía ninguna prisa por volver. Sus compañeros estaban haciendo un buen trabajo. Le gustaba trabajar con Luis; quitando, claro está, el inapropiado comentario a Samuel, en todo lo demás hacían buena pareja laboralmente hablando.

La investigación seguía su curso ajena a Scarlet. Ella se dedicaba a su vida y trabajo. Sí era cierto que echaba de menos a Luis, ya no estaban juntos como antes de llegar el Mayor, y eso la hacía sentirse triste. No se entendía ni ella misma.

Entre una cosa y otra pasaron tres días. Fueron directamente al cuartelillo, le dieron la información al comisario y se marcharon a casa de Scarlet, que les esperaba ansiosa. No sólo regresaban ellos, sino que su amiga de pelo rosa también estaba por llegar. Vaya sorpresa se llevarían ambos.

—Hola, bienvenidos —les recibió con una gran sonrisa—. ¿Qué tal el viaje?

—Bien, el Mayor en su otra vida debió conducir para la Ferrari... — le dijo bromeando.

—Usted, que es un miedica —respondió el aludido—. Hola, señorita, tenga, esto le manda su madre. Por cierto, un encanto de señora.

—Mayor, muchas gracias —dijo, cogiendo el paquete.

—Su padre le manda muchos besos y abrazos.

—Ja, qué raro, gracias. ¿Qué os pareció la ciudad?

—Muy bonita, ciertamente. Un lugar con mucho encanto. Y la gente, maravillosa.

—Luis, y tú qué, ¿no dices nada?

—Sí, sí, muy bonita. Lo malo, esa forma de hablar que tienen, ese chirri chirri... Por Dios, que complicado.

—Bueno, cada lugar tiene lo suyo, mira Rous, habla gallego...

—Sí, pero algo se les entiende, vosotros os hacéis nudos con la lengua... parece que tenéis la boca llena de chinchetas.

—Ja ja, qué exagerado eres, —le respondió.

—Efectivamente señorita, es exagerado, pero ahí le voy a dar la razón. Yo sólo he cazado el ¡epa! ¡Qué saludo es ese, por la virgencita!

—Venga, "sartu barrura" —les dijo dejándolos perplejos—. ¿Os vais a quedar todo el día en la puerta? Tirad para adentro.

Pasaron a la pequeña cocina, Scarlet estaba terminando de desmoldar un bizcocho y preparando café cuando sonó el timbre.

Alguien había dejado la puerta del portal abierta en un descuido, y Angy se coló sin necesidad de llamar por el interfono. El Mayor se levantó de la silla y fue a abrir.

—Ya va —decía mientras se acercaba—. Qué insistencia, por Dios. ¿Se le ha quedado el dedo pegado en el timbre? —preguntó nada más abrir. Enmudeció de golpe.



—¡Hostia, Mayor! ¿Qué hace usted aquí? —le dijo Angy, que tampoco sabía cómo actuar.

—Usted y su forma tan peculiar de hablar. No tiene remedio —no sabía cómo reaccionar. Angy se había quedado estática, no sabía si entrar o seguir allí parada. Lo que menos se imaginaba era encontrarse con aquel hombre que tantas horas de sueño le había robado—. Pero mujer venga, deme un abrazo —Angy se dejó hacer. Sentirse rodeada de aquellos musculosos brazos la hizo estremecer.

—¿Vais a entrar, u os vais a quedar ahí para siempre? —les gritó Scarlet desde la cocina desternillándose de la risa.

—¿Tú sabías que venía? —le preguntó Luis.

—Claro, me costó lo mío convencerla... —le respondió mientras cortaba el bizcocho.

—Eres una bruja, y lo sabes.

—En euskera se dice, “sorgiña”.

—¿Lo ves? Chinchetas en la boca, ja, ja.

—Calla y ve a traer a esos dos, que seguro se quedaron como las estatuas. Entrad y cerrad la puerta, hombre...

—Coño, reina, ni asomar el morro al pasillo, ¿así es como recibes a las visitas?

—¿Qué pasa, no te fueron a recibir? —le dijo dándole dos besos.

—No es eso, joder, qué manera de liarla. Hola, Luis.

—Hola pelito rosa, ¿todo bien?

—Sí gracias, anda que...

—Nunca estás contenta con nada, coño. Qué cruz, ja, ja.

—Que sí, que me ha gustado mucho encontrarme al Mayor gilipollas en la puerta —soltó sin pensar ni lo que decía. Scarlet y Luis rompieron en una carcajada—. Discúlpeme, Mayor, ya sabe usted que cuando me pongo

nerviosa digo muchas tonterías.

—Sí, ya. Algún día me explicará eso.

—No creo que haga falta.

—Ya lo creo yo que sí. Venga, pase —dijo serio, fingiendo estar ofendido.

—Ande, Mayor, por favor perdone —le suplicó.

—Igual cuando me cuente el por qué, a lo mejor la perdono.

—No me haga eso, por Dios, si es que ni me acuerdo lo que lo motivó —le sujetó del brazo para girarlo y ponerlo frente a ella.

—¿Por qué toca? —le dijo de repente.

—Es usted un rematado gilipollas —aquella expresión hizo que todos rompieran a reír, incluida ella misma—. Eres un capullo.

—Y encima me tutea...

Pasaron una buena tarde. Decidieron ir a cenar a un restaurante cerca de casa; así no haría falta coger el coche después.

El móvil de Scarlet vibró en el interior de su bolso.

—*Hija fruta, malaje.*

—*Yo también te quiero.*

—*¿Por qué no me lo dijiste?*

—*No hubieras venido.*

—*¿El lo sabía?*

—*No, tampoco.*

—*Ya. Igual.*

—*Ninguno lo sabíais. Al Mayor le dije que algún día te visitaríamos.*

*Le gustas.*

—*Anda, deja de fumar porros a escondidas.*

—*Me lo ha dicho.*

—*¿Serían tan amables de prestarnos un poco de atención? El camarero*

está anotando la comanda —les riñó el Mayor.

Guardaron los teléfonos, pidieron la cena y entre risas pasaron las horas casi sin darse cuenta. De allí fueron a tomar una copa a un pub de moda. Bailaron y disfrutaron mucho los cuatro. Descubrieron la faceta más hogareña del Mayor, resultó ser mucho más humilde, divertido y campechano de lo que parecía. Por unas horas fueron simplemente un grupo de amigos.

Era de madrugada cuando llegaron al ático. Cogieron unos botellines de cerveza, pusieron música suave de fondo y salieron a la terraza, la temperatura era tan suave que apetecía estar allí. Ninguno quería acostarse, no sabían cómo lo harían por el reducido espacio, pero algo ya saldría. Echaron unas mantas por el suelo y allí se quedarían los hombres. Mientras, Angy y Scarlet iban a la habitación de ésta última.

Al día siguiente, decidieron hacer ruta turística por Málaga. Luis sería su guía. Tenían que aprovechar al máximo la estancia tanto del Mayor como de Angy. Fue muy fácil llevarse bien entre esos dos, no discutían se reían de las cosas del otro e inconscientemente, se hacían algún que otro arrumaco.

No saben en qué momento se quedaron solos, Scarlet y Luis desaparecieron, ahí se arreglaran como pudieran. Les dieron esa intimidad que necesitaban. Mientras, ellos harían la compra para preparar la cena de esa noche. Angy sólo podía quedarse un par de días más y le organizarían algo especial.

La investigación se quedó un poco estancada. Sólo con la declaración de Samuel, no podían hacer nada. Si al menos recordara algo más acerca de aquel hombre... Samuel les prometió que si se acordaba de algo más se lo diría.

Desde Perú, llegaron nuevas noticias; por lo visto alguien había declarado algo más acerca de las riadas y de cómo se encontraban las balsas. También llegó una notificación de un bufete de abogados, del mejor bufete de

abogados de España. La organización se había puesto en contacto con ellos para el caso de que fueran denunciados. Aquello pilló por sorpresa al Mayor y a Luis. No facilitaron ninguna otra información adicional. Lo único positivo de todo ese proceso era que el Mayor tenía que permanecer en España indefinidamente, podían ser días o meses. Él era el enlace entre los dos países.

El resto de días que se quedó Angy, supusieron un antes y un después en la vida de ellos dos. No lo dijeron, pero fue especial. Angy ya tenía la excusa perfecta para dejarse caer más a menudo por Málaga y, cómo no, los otros a Granada. Cuando el Mayor se fuera ya pensaría que hacer con su vida, ahora sólo quería disfrutar de su compañía.

Ésa empezó a ser la rutina del Mayor, de ir y venir de Granada, también de trabajar duro. El bufete dejó claro que iría a por todas. El teléfono del pequeño despacho del Mayor sonó.

—¿Sí, dígame? —respondió el Mayor.

—¿Mayor Rodríguez? —preguntaron desde el otro lado de la línea.

—Al habla.

—Hola, soy Samuel.

—Hola, Samuel, un gusto escucharlo. ¿En qué puedo ayudarlo?

—Verá, no sé si será importante pero...

—Cualquier cosa puede serlo —le cortó—. Disculpe, pero dígame.

—Desde su visita he andado intentando recordar cosas de aquellos días y bueno, no es más que un detalle, pero quizás sirva.

—Déjeme que coja mi libreta, un segundo. Ya. Cuénteme por favor —mientras, movía la mano para llamar la atención de Luis, que en ese momento se encontraba comentando otros casos con unos compañeros.

—¿Qué ocurre? —preguntó extrañado.

—Tengo a Samuel al teléfono —le dijo tapando el auricular.

—¿Novedades?

—Eso parece. ¿Samuel? —Preguntó de nuevo—. Ya estoy, cuénteme.

—Mire, el tipo del que le hablé, el que nos dijo que teníamos que salir sí o sí...

—Muy bien, dígame lo que recordó.

—No sé si era una marca o un extraño tatuaje.

—¿Recuerda cómo era?

—Era como la forma de dos hachas y un símbolo en medio...

—Ahora es cuando me dice que dicho tatuaje, porque es un tatuaje, se encontraba en la parte trasera de la oreja...

—¿Cómo lo sabe? ¿Usted lo había visto antes?

—Sí, así es. Será difícil. Ese tatuaje es muy común, pertenece a una de las tribus más importantes de Perú...

—O sea, que no sirve de nada.

—Tampoco es eso. Según el lugar de procedencia, llevan un símbolo u otro. Los tatuajes pueden ser iguales entre los mismos miembros de la tribu, pero distintos de una tribu a otra, no sé si me expliqué bien.

—Sí, le entendí perfectamente. ¿Y qué es lo que les diferencia? —preguntó Samuel.

—El símbolo que lleven entre las hachas. Pediré a mis compañeros de Perú que me envíen fotografías. ¿Podría trasladarse hasta Málaga para pasar por el cuartel y echar un vistazo?

—Sí, claro, déjeme preparar todo y me escapo un par de días. Lo que sea por ayudar a aclarar todo esto y saber si sabotearon las balsas...

—De acuerdo, avísenos cuando pueda pasarse por el cuartel. Hasta pronto.

—Descuide, intentaré que sea mañana mismo. Adiós.

Cortaron la comunicación y el Mayor llamó vía Skype a sus

compañeros para solicitar las fotografías. La investigación empezaba a ser un poco pesada, sólo le hacía feliz el estar con los chicos y con Angy. El día que tuviera que regresar se les partiría el corazón a los cuatro sin remedio. Eran muy felices saliendo los cuatro juntos cuando el trabajo se lo permitía, cuando no, Angy y Scarlet aprovechaban para estar más juntas ya de lo que estaban.

## Capítulo 25

### *Perú.*

Inka se presentó en el cuartel donde el Mayor ocupaba un buen puesto. Él era quién se encargaba prácticamente de todo en la ciudad de Tambopata. Acompañado de su hijo y futuro jefe de la tribu, fue a dar notificación del hombre blanco. No podía consentir que alguien ajeno a la tribu cambiara las tradiciones que les habían acompañado durante siglos. Lo sentía por Khuyana, pero eran así sus costumbres. La sorpresa se la llevó cuando supo que el Mayor no se encontraba allí; había salido de viaje a propósito de un caso. Inka no quiso hacer cargo a nadie del hombre blanco, volvería otro día. No confiaba en nadie más. Regresaron a la aldea del mismo modo que se fueron de ella. El hombre blanco recordó un par de cosas sin importancia. Apenas dos palabras.

### *Málaga.*

—Póngame con el primero al mando —dijo al otro lado de la pantalla. El Mayor se comunicaba vía Skype con sus compañeros.

—Es el cabo José Fernando —respondió.

—Lo sé, tanto mejor. Comuníqueme con él. Rápido.

—A sus órdenes, Mayor —en ese momento entraba Luis.

—Los tiene acojonados, Mayor, ja, ja, ja.

—Siéntese, Luis, José Fernando es mi hombre de confianza. Él está al tanto de todo. Lo dejé a cargo de esto. Le gustará, ya lo verá.

—Mayor, pensé que le había quedado claro que me gustan las mujeres...

—No sea menso. Es el mejor de mis hombres —Apareció un joven garboso en pantalla.

—A sus órdenes, Mayor.

—Descanse, José, discúlpeme si lo molesto.

—No se preocupe. ¿Alguna novedad?

—No sé si servirá para algo; necesito que busque en los ficheros a todos los componentes de la tribu que lleven el tatuaje de las hachas cruzadas.

—Señor, ese tatuaje lo lleva medio Perú.

—Puede ser. Lo importante son los originales. Dos hachas con un símbolo en medio. Algo con lo que partir.

—Mayor, antes de que se me olvide, tengo que comentarle algo.

—Ahora no puede ser, cuando regrese.

—Mayor, el jefe Inka vino buscándolo. Al no encontrarlo, se fue.

—De acuerdo. Veré cómo hago para que usted mismo pueda hacerse cargo. El jefe no iría a buscarme si no fuera algo extremadamente importante.

—Seguro que volverá pronto, parecía como preocupado.

—Bien, cuando regrese llámeme sea la hora que sea. Procure hacerlo desde mi despacho y sin que nadie sepa nada. Ya sabe que la tribu del Jefe Inka es una de las pocas originarias de Perú.

—A sus órdenes. En breve le mando lo que encuentre. Que Dios le bendiga

—Gracias. Espero sus noticias. Adiós —cortó la comunicación.

—¿Quién es el jefe Inka? —preguntó Luis curioso.

—Es el jefe de una de las pocas tribus nativas que todavía quedan en mi país. Algo ocurrió para haberme venido a buscar.

—¿Algo como qué? —cada vez le sorprendía, quería saber de aquellas personas.

—No sé; generalmente suelen ser periodistas que quieren hacer



reportajes sobre ellos. Hay alguna tribu más, pero la del jefe Inka, es la más importante de la región. Se podría decir que ellos fueron los primeros...

—Entiendo. Hay que salvaguardarlos.

—Así mismo, Luis. He visto cómo otras han sido destrozadas y corrompidas por la modernidad. Nosotros hemos evolucionado con el tiempo, ellos prefirieron mantener vivas sus costumbres, su cultura y todo lo que ello conlleva.

—Me parece totalmente respetable. Si no han conocido otra forma de vida, es admirable. Al fin y al cabo, son nuestras raíces.

Un rato después sonó la entrada de un mensaje. Era un mail que había mandado José Fernando con toda la documentación que había solicitado el Mayor.

Le envió unas gracias como respuesta, y Luis y él procedieron a revisarla. Comenzaba una ardua tarea de identificación, ojalá tuvieran suerte. Sólo faltaba que Samuel llegara a lo largo del día.

Scarlet fue a caminar por la playa. Últimamente pasaba muchas horas a solas; entendía que los chicos estaban centrados en la investigación. Se preguntó cómo hubiera sido su vida si Ian siguiera vivo. ¿Su vida seguiría igual qué como cuando terminaron? ¿Igualmente hubiera conocido a Luis, a las chicas? Quizás no. Podría haber sido mejor o peor, pero seguiría amando a un ser que...

—Hola, Scarlet —alguien la saludó desde detrás. Se giró.

—Samuel, ¿pero qué haces tú aquí?

—Tengo que ir al cuartel de la guardia civil, pero quería verte antes.

—¿Y eso?

—La anterior vez que hablamos no es que te respondiera bien que digamos. Me dijiste cosas muy fuertes pero...

—Te dije la verdad. Ésa que no te dijo nadie nunca, la que no gusta.

—Lo sé, nadie me había hablado así y no lo encajé muy bien...

—Si hubieras admitido que Marga y tú, o se lo hubierais dicho a él, quizás...

—Sabes igual que yo que jamás la hubiera dejado.

—Pero a lo mejor estaría vivo.

—Puede ser, pero ambos sabemos que, de ser así, seguiría con Marga salvo que fuese ella quién decidiera separarse.

—Cosa que tampoco hizo a pesar de estar liada contigo —aquella afirmación dolió demasiado en el corazón de Samuel—. Fuiste su segundo plato, y ahora porque Ian no está, si no seguirías siéndolo. Tú y yo no somos tan distintos. La diferencia es que yo le eché huevos y terminé con aquella relación y tú ahora no tienes ningún rival. Siento ser yo quien te lo diga.

—¿Qué me dices de ti?

—¿De mí? Le quise con toda mi alma, tú bien lo sabes. Me morí el día que regresé de Perú sin tener la más mínima esperanza de volver a vivir y ser una persona normal. Mis heridas cicatrizaron con el tiempo. Ian siempre será el amor de mi vida por muchos años que pasen, pero tengo que seguir adelante, sólo es un recuerdo que permanecerá en mí eternamente.

—Y yo que me alegro.

—¿Qué crees que pensaría si supiera que su mejor amigo, su hermano, se acostaba con su mujer?

—No podría decir nada. Él se acostaba contigo. En su fuero interno, pienso que de alguna manera lo sabía.

—Ya. ¿Qué clase de amigo te consideras? Yo lo hice mal, lo sé, pero Marga y tú no os quedasteis atrás.

—Bueno, en cualquier caso eso ya no importa, Ian ya no está.

—Es un alivio para vosotros. ¿A qué has venido? —le preguntó de nuevo.

—Tengo que estar con el Mayor y ese compañero bocazas que tiene

para ver unas fotografías... A ver si reconozco al tipo que nos habló a Ian y a mí después de la prueba de puenting.

—¿Recordaste algo? No me han contado nada.

—Ayer les hablé. Pero antes quería disculparme contigo.

—Pues ya lo has hecho, puedes dormir tranquilo si eso era lo que perturbaba tu sueño. Adiós, Samuel, que te vaya muy bien en la vida.

—“Agur”, Scarlet, igualmente te deseo lo mejor.

Así tal cual, cada uno siguió su camino. Samuel con una sensación de fracaso y Scarlet de rabia. Quizás la vida hubiera terminado en ese mismo punto, pero también cabría la posibilidad de que no. Ya no tenía caso pensar en ello.

Cogió el móvil del bolsillo y abrió el chat de las locas.

—*Hola, nenas, ¿cómo estáis?*

—*Hola, desaparecida* —respondió Pilar—. *¿Todo bien?*

—*Reinas, ¿qué os pasa?* —Cyn preguntó.

—*Nada, yo ultimando cositas del bodorrio.*

—*Ains, qué poquito queda ya...* —dijo Rous.

—*Pilar, ¿podría hablar contigo?*

—*¡Nena no me jodas!*

—*Scarlet, ni se te ocurra dejarnos tiradas. No tienes excusa.*

*¡¡Chicas!!*

—*¿Pero cuál es el escándalo?* —Preguntó Angy— *¡Serás capulla! Te voy a buscar en patinete si hace falta.*

—*Nena, te veo capaz de eso, incluso de venir de rodillas e ir diciéndole a todo el mundo que es una promesa del camino de Santiago. Ja, ja, ja. Que no es nada de eso. ¿No puedo hablar con ella en privado o qué?*

—*Ah, bueno, siendo así me piro, que estoy haciendo un postre. Chao* —se despidió Angy. Pilar ya había abierto un chat aparte.

—¿Qué ocurre cielo?

—Verás, ya sé que no soy quién para pedírtelo, pero...

—¡Habla mujer, que dramática eres!

—No os podía decir nada de él porque está aquí haciendo una investigación. Hasta que no cierren el caso, se quedará en España.

—Muy bien, entiendo. ¿De quién coño me hablas?

—¡Agárrate que vienen curvas!

—Joder, Scarlet, si algún día te falla el curro en el pub intenta escribir una novela de suspense, se te daría bien. La virgen, la de vueltas que das...

—El Mayor.

—...

—¿Pilar?

—El Mayor, vale. Hablaré con las chicas de que te estás drogando. No te preocupes, buscaremos una buena clínica de desintoxicación, cariño, yo me encargo.

—Pilar, estoy hablando en serio.

—¿El Mayor gilipollas está ahí?

—Sí, lleva unas cuantas semanas ya. Cuando estemos juntas ya os contaré.

—La madre que me parió. ¿Tú estás bien?

—Sí.

—Dispara. Creo que sé lo que me vas a pedir y la respuesta es que sí.

—Pero si no te he preguntado nada.

—Que sí, mujer, que venga. Será divertido.

—Creo que me voy me arrepentir. Pobre Mayor.

—Verás que no. Hará buenas migas con papá. Todos juntos como...

—No te preocupes, será divertido volver a reunirnos todas con él después de todo. La vida hay que vivirla.

—Eso es, bonita. No diré nada.

—No, que sea sorpresa. Y muchas gracias.

—De nada cielo. Si me pidieras pasta, te diría que no, estoy tiesa, ja, ja. No sabes tú el dineral que supone una boda.

—No, pero lo tomaré en cuenta.

—Bueno, reina, si hay algo más en lo que pueda ayudarte...

—No, nada más. Volvamos al grupo. Vï a Samu.

—¡Joder! Muchas novedades en tan poco tiempo.

—Ya te digo —Volvieron al otro chat —A ver, locas, os tengo un chisme.

—¿Tú? Vaya novedad —dijo Angy.

—¿Tú no estabas haciendo un postre?

—Ya terminé.

—Alcahueta, eso es lo que eres.

—Qué cansina. Ya, pero igualmente me quieres.

—Y qué remedio. He visto a Samuel.

—¿Y sigue estando igual de bueno? —preguntó Cyn.

—¿A ti qué más te da? Queda claro que no os veis a menudo...

—Ni a menudo ni nada, era por preguntar.

—Le vi bien. Quiso disculparse por lo de la otra vez, y porque tenía que ver a Luis.

—¿Y para qué?

—Es largo de contar, así que como este fin de semana nos vamos a ver, os lo explico. No sé nada más, bueno sí, sólo que... Pilar, ponte tirantes en las bragas porque vas a flipar.

—¡¡Sí!! ¡¡Fiesta!! —respondieron las demás.

—*Chicas, nos vemos en unos días. Os dejo, que tengo lio. Besitos.*

La despedida de soltera de Pilar fue una autentica locura. Las chicas le organizaron una cena, y después contrataron a un boy que hizo que se volvieran locas. Se meaban de la risa. Luego se subieron en un toro mecánico, y mil locuras más; reírse, aquella noche, fue poco. Chupitos por aquí, copas por allá. Menudo fin de semana. Hablaron de los años que llevaban juntas, le regalaron a Pilar un juguete sexual femenino junto con un salto de cama... Darío se volvería loco al verla. Una vez más, se hicieron con el mundo. Lo del escuadrón suicida empezaba a quedárseles pequeño. No habían coincidido en muchas ocasiones todas juntas, pero cuando lo hacían, eran de tener en el buen sentido de la palabra, las risas estaban aseguradas, incluso cuando fueron a Perú, le hicieron a Scarlet la existencia más llevadera.

## Capítulo 26

Pasó la despedida, en pocos días sería la boda y a Scarlet no se le ocurría modo alguno de cómo engañar al Mayor para que la acompañara a comprarle un traje. Un día estaban sentados en una terraza tomando un aperitivo cuando le preguntó.

—Oiga, Mayor.

—Dígame, señorita.

—¿Usted recuerda a mi padre, verdad?

—Claro que sí. No hace tanto que fuimos a su casa... Una gran persona, sí señor. Y la señora Clara, una santa —le respondió.

—¿Usted podría ayudarme en una cosa?

—Cómo no, señorita. Ni falta hacía que preguntara. ¿En qué puedo serle útil?

—Bueno, como usted y mi padre son así grandotes, ¿me ayudará con un traje para él? Se acerca su cumpleaños y poco después el aniversario de bodas, mi tía Tere está preparándoles una sorpresa...

—¿Quiere que elija un traje para su padre?

—Más bien probárselo a ver cómo le quedaría.

—Eso es un pase de modelos.

—De alta costura además. ¿Me ayudará?

—Cómo voy a decirle que no después de toda su hospitalidad...

—Gracias, Mayor.

—No hay de qué, es lo menos que puedo hacer. Hablando un poco de esto y un poco de aquello; le he comentado a Luis de pagarle la mitad de los gastos. No sé por cuánto tiempo más me quedaré, pero con la tontería ya llevo

varias semanas.

—Ah, pues a mí no me cuente sus penas, arréglense ustedes dos. Ya casi pasan más tiempo juntos que conmigo...

—No se me vaya a poner celosa.

—¿Yo? Qué va, le estoy tomando el pelo. Sé que me aprecia mucho, pero más a una señorita de pelo rosa...

—Calle, calle. Qué mujer —le dijo en un susurró—. Es maravillosa.

—Lo sé. Ya le dije que al principio puede asustar, pero luego es como los osos amorosos.

—¿Como quién?

—Ay, Mayor, ¿usted no ha tenido infancia?

—Ja ja, le estaba tomando el pelo. Mazinger Z, puños fuera...

—¡Mayor! —Empezaron a reírse— Me va a dar mucha pena cuando se marche —le dijo con tristeza.

—Ya, a mí también. Mire que es usted insoportable, pero le he tomado mucho cariño, leñe. No sé si quiero irme —soltó de golpe.

—¿Por qué?

—No sabría decirle a ciencia cierta. Allá tampoco es que tenga mucho aparte de mi trabajo y algún que otro amigo.

—Ya tiene más que aquí, ¿no?

—Aquí estoy a gusto, la comida es fabulosa, el tiempo es espectacular; en el cuartelillo me tratan como uno más, son muy amables y me siento como en casa. Además están usted, Luis y...

—Y Angy.

—Sí, y Angy. Me volvió loco volver a verla, y los días que vino... no le agradecí aquello.

—No tiene que hacerlo, fue un placer.

—Por ella me quedaba el resto de la vida aquí.



—Adelante, hágalo.

—No es tan fácil.

—¿Sabe qué tiene que hacer?

—¿El qué?

—Disfrute el tiempo que le dé la investigación, dígame a Angy de la posibilidad de quedarse si ella acepta, y según vaya viendo decide que hacer.

—Mire, la teoría parece fácil, la práctica ya...

—Sea como sea, a Perú tiene que volver. Cuando llegue el momento sabrá si quiere quedarse allí o volver con mi amiga Pumuki.

—Es usted única. Pumuki... no quiero saber quién es.

—Usted se lo pierde. Era muy mono, ja, ja. Este tenía el pelo naranja en vez de rosa. Y no se preocupe, sé que luego le preguntará al primo G por él.

—¿Al primo G? Guadalupe, deme paciencia...

—Al google Mayor, al google.

—Los vascos sois muy complicados —dijo, llevándose las manos a la cara.

—Si quiere quedarse, entre todos le ayudaremos, lo sabe, ¿no?

—Gracias, eso es un punto a favor. Pero tengo que estar seguro de que aquí voy a tener el futuro que me gustaría. Usted sabe a qué me refiero.

—Y usted sabe que en lo que necesite, aquí estaremos. Una vez me salvó de cometer la mayor locura de mi vida y de poner en riesgo la vida de mis amigas. No se lo podré pagar nunca.

—No hace falta. Ya he sido recompensado por aquello. Además estaba haciendo mi trabajo, cumpliendo con mi deber.

—Es usted un gran hombre Mayor.

—Bonita manera de decirme que cogí peso.

—Ja ja. ¡Cómo cree! A Angy no le importa lo más mínimo si fuese ese el caso. Vamos, se hace tarde y tengo que trabajar. Luego va con Luis al pub,

hoy hay fiesta, diviértase un poco.

—Veré si puedo. Estoy esperando una llamadas de mis compañeros y no sé si será hoy.

—De acuerdo. Si va, nos vemos; si no, mañana me acompaña a mirar el traje.

—Muy bien, señorita. La acompaño hasta el portal.

—Gracias.

Una vez allí se despidieron.

El Mayor se fue al cuartel. Scarlet subió al ático, se duchó se y preparó para irse al pub.

De madrugada aparecieron por la puerta Luis y el Mayor, por lo visto la llamada que esperaba ya se había producido. Se sentaron en unos taburetes cerca de la barra y pidieron un par de cervezas. Se quedaron hasta que Scarlet terminó, y la llevaron a casa.

Al día siguiente fueron a una tienda en el centro comercial donde había una gran variedad de trajes muy asequibles de precio gracias a las rebajas. El Mayor estaba muy elegante con cada uno de los trajes que se probó, Angy se moriría al verlo tan apuesto. Al final eligieron un traje azul marino de dos piezas y una camisa blanca.

—¿Corbata o pajarita? —preguntó él.

—Elija usted Mayor, confío en su buen criterio.

—¿De qué color irá vestida la señora Clara?

—Gris perla. El vestido es de gasa gris perla.

—Bonito color. Entonces, una corbata en ese tono le irá muy bien. Será el detalle que lleven en común.

—Muy acertado, Mayor.

—Pues si ya hemos acabado vayámonos, que yo no soy de estas cosas.

—Cualquiera lo diría. Incluso creo que lo ha disfrutado.

En ese momento sonó el teléfono de Scarlet.

—Hola, Luis, ¿qué pasa?

—Hola, bonita, ¿está el Mayor contigo?

—Sí, aquí está. Me ha acompañado a comprar el traje de mi padre.

—¿El traje? ¿Qué traje?

—Huy, cómo estás, si te lo dije ayer... —necesitaba cortar la comunicación cuanto antes— No te preocupes, ¿a qué hora me vienes a buscar mañana?

—A las siete.

—De acuerdo, pues luego hablamos.

—Hasta luego, preciosa. Un beso.

—Otro para ti, ahora te mando al Mayor. Adiós —se dirigió a éste—.

Mayor, mañana venga a las siete. Nos vamos de excursión.

Scarlet colocó con cuidado la bolsa de la ropa encima de la cama, abrió el armario y sacó su vestido de dama de honor y los complementos que lo adornarían. Ella, junto al resto de las chicas, lo sería en la boda de Pilar. Todas irían vestidas iguales, así lo acordaron el mismo día en que Pilar las invitó a la boda.

Ese mes se le había ido un poco de presupuesto. Entre el vestido, el regalo y ahora el traje del Mayor se tendría que apretar un poco el cinturón, pero merecía la pena sólo por ver las caras de felicidad que se les quedarían a Angy y a él. Por no mencionar la sorpresa que se llevarían el resto. Merecía la pena, sí, totalmente.

Al día siguiente, a las siete menos diez de la mañana, se presentó el Mayor vestido como un auténtico montañero. Scarlet, cuando le vio empezó a reírse.

—Mayor, ¿a dónde va así vestido?

—¿No me dijo que íbamos de excursión? —preguntó extrañado.

—Sí, eso le dije, pero parece que vaya a subir al Teide. Con ropa cómoda hubiera bastado, hombre.

—Pues ya no me da tiempo a ir a cambiarme —se lamentó.

—No se preocupe, algo ya haremos. Bajemos. Jesús me dejó su coche y en cuanto llegue Luis sacamos uno y metemos el otro.

—Buena forma de guardar el aparcamiento.

—Claro. Así, a la vuelta hacemos lo mismo. Luis en el cuartel no tiene ese problema.

La víspera, Scarlet ya había guardado toda la ropa bien puesta para que no se arrugase. Luis llegó y se sorprendió de ver al Mayor.

—Buenos días. Pero Mayor ¿a dónde va con esas pintas?

—Con ustedes de excursión.

—¿Ah, sí? ¿Vamos de excursión? Yo creía...

—Sí, Luis, de excursión —le cortó Scarlet antes de que dijera a dónde se dirigían realmente.

—Yupi, nos vamos de excursión. Ahora entiendo su vestimenta Mayor.

—Creo que me he pasado.

—Tranquilícese. Eso tiene arreglo, cuando lleguemos a nuestro destino, ya se cambiará, de eso, estoy seguro—, le dijo llevándose las manos a la cabeza.

—Pues si ya estamos todos, marchando, que es gerundio.

—Señorita, usted y sus frases hechas...

—Huy, Mayor, y lo que le queda.

Pilar, aunque vivía en el norte, decidió celebrar la boda en el pueblo de su padre. Tenían una finca magnífica, su familia se había dedicado a la cría de toros de lidia. Eran muy importantes en aquella zona, y el cortijo era tan grande que más bien parecía un palacete, lo suficientemente grande como para alojar a sus invitados de honor y a algunos familiares. Sería una boda muy

íntima. Todo estaba preparado para cuando llegaran.

Sólo dos horas y media separaban la casa de Scarlet del cortijo. Poco a poco irían llegando el resto de las chicas, si no lo habían hecho el día anterior.

Cuando llegaron a la entrada de la finca, un guardia de seguridad situado dentro de una garita les pidió la identificación. Una vez comprobada, abrió las grandes puertas y les dejó pasar.

En la entrada de la casa, se encontraba Pilar acompañada del que iba a convertirse en su marido.

—¡Mi niña! —salió corriendo a su encuentro. La abrazó con lágrimas en los ojos.

—Pilar, ¿pero por qué lloras?

—No me hagas caso, es la emoción —vio a Luis y después al Mayor.

—Pero hombre de Dios, ¿a dónde va usted así vestido? —le dijo acercándose a él.

—Huy, la madre que me parió, usted es la de la bomba de relojería.

—Venga, hombre, deme un abrazo, me alegra que esté aquí —Luis y Scarlet no podían aguantar la risa—. Bienvenido a mi casa. Él es Darío, mi prometido.

—Un placer —dijo, estrechándole la mano—. ¿Ustedes también vienen a la excursión?

—¿Excursión? ¿Qué excursión ni que niño muerto? Ay, Mayor, creo que se la han metido doblada. Luís, encantada de volver a verte. Ya os vale —les dijo, mirando a Scarlet—. Tirad para adentro, que sois los últimos, hay que ver, qué manera de liarla.

—Señorita, ¿qué significa esto?

—Es la boda de Pilar. Se casa esta tarde noche. Venga, le tenemos una sorpresa.

—Miedo me da. Muchas gracias por permitirme asistir a tan bonito evento —les dijo a Pilar y Darío.

—Será agradable.

Pasaron al interior de la casa, en el comedor se encontraban todas las chicas, Angy, Marisol, Rous, Cyn, Ari y Marian. El escuadrón suicida al completo. Ellas tampoco sabían que él asistiría.

—Me cago en todo lo que se menea. ¿Pero a donde va con esas pintas? Mayor, que alegría —dijo Marian.

—Es largo de contar... Señoritas, ay, lo que me acuerdo de ustedes... Es un placer volver a verlas —una a una les fue dando dos besos. Cuando llegó a Angy, ésta se dejó besar. Aunque hubiera querido hacer una de sus gracias, no se le ocurría nada. Se quedó bloqueada. Su cara de sorpresa lo decía todo. Scarlet le había llevado a la única persona que la hacía feliz en ese momento y a Pilar no le había importado colaborar en eso.

La agarró de una mano y a Pilar de otra, y las sacó afuera. Las abrazó con fuerza y les dio las gracias. Volvieron a entrar. La comida pasó entre risas y confidencias. Recordaron los días que pasaron en Perú con cariño, Darío se reía con las anécdotas y travesuras de las chicas. Ahora entendían más que nunca la paciencia del Mayor con ellas. Las horas pasaban, todo era armonía, felicidad y risas. El Mayor alzó su copa y habló.

—Lo primero que quiero decirles es que gracias por permitirme pasar estas horas con ustedes. No se que he hecho para merecer esto. Quiero hacer un brindis por esta pareja: Pilar y Darío, que seáis muy felices y que Dios os guíe en vuestro nuevo camino. Ha sido un placer volver a verlas a todas, fueron días muy duros pero los volvería a pasar sólo por llegar hasta aquí. ¡Por los novios!

Todos alzaron sus copas y repitieron, ¡Por los novios!

Pasaron una buena tarde, cuando quisieron darse cuenta, ya tenían que

cambiarse de ropa, el tiempo se les echó encima. Como era de esperar, todos estaban muy guapos y elegantes; el Mayor imponía con su cuerpo ataviado con aquel traje. Cuando vio a Scarlet, éste se rió.

—Como me ha engañado, señorita.

—Está usted muy guapo Mayor, a mi amiga se le van a caer las bragas —. Le dijo—Espere a ver a la del pelo rosa.

—Pero que ordinaria, señor—, respondió alguien desde atrás de ellos. Dijo Ari riéndose.

—Muchas gracias por todo. No sé cómo podré pagárselo.

—No hace falta, disfrute del día. No podía dejarle allá solo en un día cómo este. Es usted ya de la familia.

—Así es como me han hecho sentir. Gracias de corazón. Ahora voy a hablar con Pilar, debo agradecerle todo a ella también.

—Vaya. Enseguida nos vemos todos. Hasta luego.

—Hasta ahora.

La boda transcurrió con muchas risas, mucha felicidad. Los novios estuvieron pendientes de todos sus invitados. Las chicas captaron la complicidad del Mayor y Angy, dedujeron que ya se habían visto antes pero ninguna le reprochó nada. Les gustaba verla en esa faceta de loca enamorada. El Mayor se sintió uno más de aquella extraña familia compuesta por un grupo de amigas que se conocieron a través de las redes sociales y habían forjado una amistad tal que ninguna de ellas dudó ni un segundo en cruzar medio mundo para acompañar a otra y estar con ella en el peor momento de su vida. Una vez más comprobaba, que si en algún lado existía el concepto de amistad verdadera, era en ellas. Su nombre era “el escuadrón suicida”. Aquella reflexión le hizo sonreír.

La boda continuó hasta altas horas de la madrugada. Ese día se lo llevaría siempre allá donde el destino le guiara, además de todas las fotos que

se hicieron de recuerdo. Nunca imaginó el cambio tan radical que había dado su vida. Ahora más que nunca quería que se parase el reloj en ese preciso momento. Eran todos felices.



## Capítulo 27

Samuel revisó con cuidado y atención cada fotografía que le iban mostrando. Todos los hombres que veía le parecían iguales. Ningún resultado. Los volvió a revisar de nuevo fijándose más en los tatuajes. Eran similares, o al menos eso le parecía a él. Estaba molesto consigo mismo, no daba con el tipo en cuestión. Se encontraba mareado y frustrado. ¿En serio no podía recordarlo? Salió a la calle y respiró hondo varias veces hasta casi tranquilizarse. Regresó y comenzó de nuevo. Una foto y después otra, y otra... un pequeño detalle en uno de los tatuajes fue lo que captó su atención. Entre las dos hachas cruzadas, dos símbolos del infinito entrelazados. El rostro del hombre no le era del todo desconocido, sólo le despistó que en dos años había envejecido y mucho. El Mayor le apretó el hombro en señal de agradecimiento por el esfuerzo. A priori puede parecer algo sencillo, pero no lo es. Después de dos años, creía que sería imposible.

—Muchas gracias Samuel. Ha hecho un gran trabajo.

—No me agradezca nada, es mi deber colaborar. A pesar de todo, Ian era como un hermano para mí. Ojalá se esclarezca todo.

—Si ese hombre es el nexa con la organización, vamos por buen camino.

—Si puede, manténgame informado sobre la investigación, y si puedo ayudar en algo más no dude en decírmelo.

—Lo haré. Gracias por su colaboración. Ahora si me disculpa, tengo que hacer gestiones con los compañeros de mi país. Un placer haberle visto, y otra vez gracias.

—Igualmente, Mayor, gracias. Adiós.

—Adiós.

Mientras el Mayor preparaba la video llamada apareció otra de su compañero.

—Mayor, ¿está ocupado? —le preguntó.

—Iba a comunicarme con usted en estos instantes. Necesito que me localice a esta persona.

—Enseguida le mando a un compañero. Ha vuelto el jefe Inka.

—Pues ya sabe lo que tiene que hacer. No se demore. Ambas cosas tienen urgencia.

El hombre salió a toda prisa y pidió a un compañero que hiciera la búsqueda del individuo para poder interrogarle más tarde. Volvió al despacho del Mayor acompañado del jefe. Este estaba desconfiado y sorprendido a la vez de José Fernando. Aun sabiéndolo compañero y amigo del Mayor, no terminaba de confiar en él. Cerró la puerta y corrió la cortina, se situó frente al ordenador y pidió al jefe con un gesto que tomara asiento

—Sé que no entiende muy bien mi lengua, el Mayor hablará con usted, ¿me comprende? —Inka asintió con la cabeza. José Fernando estaba al tanto de la amistad de aquellos dos hombres; el Mayor le contó de las peripecias de una revista que quiso filmar y entrevistar al pueblo de Inka y sus costumbres, y de cómo el Mayor evitó aquel desastre.

—¿Está preparado? —el jefe asintió. Volvió a comunicarse con su compañero.

—Hola otra vez, Mayor.

—Hola, ¿está el jefe Inka con usted?

—Sí, ahora mismo volteo la pantalla —cuando Inka vio al Mayor, se retiró hacia atrás. José Fernando le tocó el hombro tranquilizándole.

—Jefe Inka, amigo mío. No se asuste.

— ¿Mayor? ¿Cómo es posible?

—Tecnología. Mire, una cosa le tengo que decir antes que nada: José Fernando no es sólo mi compañero, es mi amigo también. Dejaría mi vida en sus manos si fuera necesario. Puede confiar en él como si fuera yo mismo. Está al tanto de nuestra amistad y de todo lo relacionado con la tribu. Yo no me encuentro en el país, y puede acudir a él para cualquier cosa que necesite.

—Si usted confía en él...

—Ciegamente, jefe Inka.

—¿Recuerda las riadas?

—Sí, las últimas que tuvimos. Por eso mismo estoy fuera haciendo una investigación. Siga por favor.

—Estando recogiendo agua y provisiones poco antes de la gran crecida del río, el agua arrastró a un hombre.

—¿Cómo dice? —preguntó sobresaltado.

—Un hombre blanco muy mal herido.

—¿Y por qué no dio conocimiento de él antes, jefe Inka?

—No lleva mucho tiempo entre nosotros, Mayor.

—¿Cómo qué no? Si lleva más dos años.

—Mayor, el hombre blanco ha estado muchas lunas, más de las que cualquier ser humano aguantara, al otro lado del abismo.

—Explíquese, que cada vez entiendo menos.

—Su cuerpo estaba en el lado terrenal, su espíritu ha estado vagando por el lado de los muertos, ¿entiende?

—Ha estado como en coma...

—Cuando despertó, no sabía quién era.

—¿Y ahora si lo sabe? ¿Ha podido comunicarse con usted?

—Sobre él, nada. No recuerda nada.

—Vaya, vaya —El Mayor hablaba para sí, ¿y si se tratara por un casual de Ian? La investigación daría un giro de 180°, siempre y cuando

recobrar la memoria. Tenían que averiguar de quién se trataba. Hubo muchos desaparecidos, pero no podían descartar nada; era casi imposible que se tratara de él—. Inka, cuénteme todo lo que sabe de ese hombre.

—Es blanco, tenía casi la mitad de los huesos rotos y una herida abierta en la espalda —así empezó a relatarle la llegada del hombre a su tribu. El Mayor lo escuchaba con atención y tomaba notas procurando no interrumpirle.

—¿Y cómo se comunica con usted?

—Khuyana le enseñó nuestra lengua, aprende rápido.

—¿Por qué da conocimiento de él ahora?

—Porque parece ser que se han enamorado. Mi hija tiene obligación de cuidar de nosotros cuando seamos mayores, usted sabe de sobra nuestras costumbres y tradiciones.

—Entiendo, hasta ahora no veía ningún problema con él pero eso ha cambiado.

—Exacto. Él, aun sabiendo eso, está dispuesto a quedarse y a ayudar a Khuyana si fuera necesario.

—¿Entonces, cuál es el problema?

—El chamán le vio partir hacia tierras muy lejanas. No quiero que mi hija sufra más de lo debido. Bastante duro es para ella saber que nunca se casará salvo que nosotros vayamos al lado de los espíritus y ella sea joven todavía.

—¿Usted cree que si sale de la aldea, eso pasará?

—No lo sé, pero no puedo permitir que nadie venga a cambiar nuestras costumbres.

—De acuerdo. ¿Cómo se encuentra él ahora?

—Quitando que todavía no recuerda nada, sus heridas sanaron, pero necesitas moverse con ayuda de...

—¿Muletas? —preguntó el Mayor.

—¿Muletas, qué son muletas?

—Bastones. Palos alargados para apoyarse.

—Sí, sí, eso.

—Vale, José Fernando irá con usted, no se preocupe. Traerá al hombre blanco. Nosotros nos hacemos cargo.

—Tendremos que llevarle hasta el claro. Cuando fue la subida del río buscamos otro lugar donde asentarnos. Allí nadie debe ir.

—Como quiera. José Fernando se encargará.

—Pero...

—Jefe Inka, puede confiar en él. Yo tengo que retirarme, tengo trabajo. Hasta otro rato.

Así cortó la comunicación. La pantalla se apagó. El Mayor se levantó de la silla y salió a la calle, tenía que procesar mentalmente la conversación con Inka. Esperaría hasta una nueva comunicación con José Fernando. No le dio instrucciones de qué hacer, a él ya se le ocurriría algo. Nadie debía tener conocimiento de este hombre, no hasta saber de quién se trataba. Ni Luis tendría conocimiento de él. Ya le diría cuando supieran su identidad.

Cuanto más avanzaba con la investigación, menos ganas tenía de regresar a Perú. Intuía que poco faltaba para tener que volverse a su país. Repasó lo que tenía sobre la investigación; siempre llevaba encima una libreta donde anotaba todo.

\*La investigación comenzó unos meses después del desastre.

\*Dos de las balsas que no llegaron a utilizarse en el reality aparecieron con signos de sabotaje. Las utilizadas en la prueba de descenso quedaron inservibles.

\*Jairo, uno de los ayudantes, comentó que un día, después de finalizar una de las pruebas, vio cómo dos concursantes discutían acaloradamente. No

sabía si era importante aquella información, pero lo mencionó.

\*Uno de los concursantes de aquella discusión desapareció y fue dado por fallecido.

\*Ya en España, se localizó al otro participante; interrogado, lo único que recordaba era la conversación con un nativo que llevaba un tatuaje, dos hachas cruzadas con dos símbolos del infinito entrelazados.

\*Reconocimiento fotográfico del tatuaje por parte del testigo.

\*Notificación de un prestigioso bufete de abogados anunciando la defensa de la organización en caso necesario.

\*Conocimiento de un varón blanco desaparecido en las riadas, nada que ver, pero a tener en cuenta.

Eso era todo lo que llevaban averiguado. Faltaba saber qué papel jugó el individuo del tatuaje, para quién trabajaba, por qué presionó a estos dos participantes y qué beneficio sacaba él de eso. Muchas preguntas aún sin respuesta.

Era un hombre que se guiaba mucho por su intuición; su jefe le decía que a veces no daba resultado, pero hasta el momento a él nunca le había fallado; por eso era el que más casos habían resuelto en su cuartel, y le había llevado muy alto. Ser el Mayor en su ciudad era como ser, casi, el alcalde. Tenía un carisma y un saber trabajar sin igual.

Se quedó allí apoyado contra la pared, recibiendo los rayos del sol en su cara, repasando mentalmente una y otra vez sus anotaciones.

## *Perú*

José Fernando localizó al hombre en uno de los barrios más necesitados de la ciudad. El nativo no opuso resistencia alguna y le acompañó al cuartel. Una vez allí fue interrogado. Su declaración fue bastante concreta: le contrató un intermediario que se puso en contacto con él por teléfono, debía

presionar únicamente a ellos dos porque eran la pareja que más juego daba en el reality. Después de varios días de espera a que mejoraran las condiciones, la audiencia estaba bajando y acusaban pérdidas económicas, y no podían continuar así. Le pagaron y ya está. Ése fue el único contacto que tuvo con el intermediario.

No era mucho, tenían que encontrar de una forma u otra a esa persona... Más difícil que encontrar la aguja en el pajar. Era la pieza que faltaba. Cuando hablara con el Mayor, le pediría consejo.

De momento tenía tarea pendiente: esperar al jefe Inka para que le entregara al hombre blanco; sabía dónde se encontraba el claro en el que lo recogería. Era la manera de salvaguardar a su gente y sus costumbres del resto de la humanidad.

## Capítulo 28

José Fernando fue hasta el claro acompañado del jefe Inka. El hombre iba vestido de forma similar a la gente que lo acompañaba. Todos menos el jefe Inka iban parecidos. Intercambiaron algunas palabras.

—Jefe, ¿qué significa esto? —preguntó Qhari.

—Hijo —le respondió—, este señor es policía de la ciudad. Tienes que ir con él.

—¿Por qué? ¿He hecho algo mal?

—Puede que haya alguien buscándote. Ya casi estás restablecido del todo.

—¿Todo esto es por lo que le dije de Khuyana?

—Por todo, Qhari —dijo contundente—. No puedo dejar que mi hija sufra.

—Pero yo no me quiero ir.

—¡Señor! Acompáñeme —se le acercó José Fernando—. Tiene que venir conmigo.

—Qhari, debes ir.

—Sabe que si voy con él, ya no volveré.

—Si los dioses así lo quieren es porque eso tiene que ser; pero si por lo contrario consideran que debes regresar con nosotros, ellos te guiarán mostrándote el camino. Si vuelves, es porque eres considerado uno de los nuestros y quizás ellos consientan cambiar nuestras costumbres.

—¿Si regreso, podré casarme con su hija? —le preguntó.

—Ya te dije lo que vio el chamán.

—Sí, pero lo que no me dijo fue que no me vio regresar.



—Esas visiones no son exactas a veces, lo sabes.

—Iré con ese señor. No le voy a llevar la contraria y no sé cómo lo haré, pero volveré. Ya no concibo mi vida fuera de la aldea —se acercó hasta su amigo Intiawki y se abrazaron—. Gracias, hermano.

—Si lo que realmente quieres está aquí, vuelve. No dejes nada suelto y ven. Hasta pronto, hermano.

Se despidió de todos los que allí se encontraban y fue junto al policía, dejando atrás a los que hasta ese momento consideraba su familia. Desde que se despertó sólo había estado con ellos, había aprendido su idioma y se sentía uno más de la tribu.

A lo lejos había un vehículo. José Fernando le abrió la portezuela y le ayudó a subir, rodeó el todoterreno y se sentó en el asiento del conductor, arrancó y puso rumbo al cuartel. El Mayor estaba al corriente de que se estaba llevando a cabo la recogida de Qhari.

Cuando llegaron tenían que entrar discretamente para no llamar mucho la atención, al jefe Inka ya estaban acostumbrados a verle por allí, aunque no iba mucho, pero Qhari era otra historia. Lo primero que harían sería comunicarse con el Mayor, y después ya decidirían cómo proceder. Un médico tendría que revisarle, eso estaba claro. Tenía tremenda curiosidad por conocer la identidad de ese hombre.

—¡Hola, José Fernando!

—Hola, Mayor, ¿cómo le va?

—Bien, gracias. Mire lo que le voy a decir.

—¿Ocurre algo?

—No, sólo que el muchacho en cuestión no habla nada nuestro idioma, así que sólo usted se puede comunicar con él.

—¿Cómo se encuentra?

—Bien, un poco descolocado como es lógico, pero se le ve bien

cuidado.

—De acuerdo, vamos a lo que nos interesa. Intente tranquilizar a nuestro amigo. Y ya sabe, discreción absoluta.

Nada debía de saberse sobre ese hombre. Nadie podía saber de él hasta que no hubiese hablado primero con el Mayor.

—No se preocupe, todo se hizo como usted ordenó. Recogí al chico en el claro y lo traje.

—Muy bien, José Fernando, llegará usted muy lejos.

—Gracias, Mayor, un honor escuchar eso de usted.

—Vayamos a lo nuestro. Muéstrole al joven la pantalla —el cabo giró el monitor, y en cuanto Qhari vio al Mayor se echó hacia atrás.

—Hola —le saludó éste en su idioma.

—¿Por qué? ¿Usted habla mi idioma?

—Sí, no se preocupe ni se asuste. Estoy, estamos aquí para ayudarle.

—¿Ayudarme? ¿A mí, por qué? ¿Qué he hecho?— Estaba muy extrañado. Le habían sacado de la aldea, de lo que conocía. La gente vestía con indumentaria rara, no entendía nada.

—Mire, amigo, intentaré explicarle de forma rápida y sencilla. Si en algún momento hay algo que no entienda, puede interrumpirme. Haga todas las preguntas que necesite.

—¿Pero por qué? Señor, yo no he hecho nada.

—Lo sé, no se preocupe. El jefe Inka me habló de usted.

—¿Conoce al jefe?

—Sí, somos amigos. Confíe. Le cuento, y a ver qué sacamos de esto.

—Usted no está aquí. ¿Cómo puedo verlo?

—Ja ja, esto es la modernidad, seguro que usted la conoció, pero no lo recuerda. Su memoria está bloqueada en estos momentos, desgraciadamente.

—¿A qué se refiere?

—Tranquílcese. Algo le sonará de haberle contado el jefe —así comenzó a explicarle. Tras un largo rato escuchando, Qhari cada vez entendía menos. Ahí se animó a interrumpirle:

—Todo eso que me cuenta ya me lo contó el jefe, cómo me encontró, me llevó con ellos... pero lo que no entiendo es qué tengo yo que ver con que usted me esté hablando.

—Se lo explico ahora mismo —le dijo el Mayor.

—Adelante —le pidió, haciéndole un gesto con la mano.

—Creemos que usted puede ser una persona que desapareció hace dos años. Supuestamente usted participaba en un reality junto a otras personas. El día de la crecida del río hubo un desastre que no sólo perjudicó al concurso, hubo muchos fallecidos y desaparecidos...

—Lo siento, pero sigo sin entender.

—Puede ser que usted sea uno de esos desaparecidos. Hay una investigación que se lleva a cabo entre España y Perú en la que quizás usted nos pueda ser de ayuda si es usted el superviviente que creemos.

—Dígame algo. ¿Cómo sabrán si soy esa persona?

—José Fernando le llevará a un hospital, le harán unas pruebas rutinarias para comprobar su estado de salud, y como antes de comenzar el reality les hicieron todo tipo de pruebas, comprobaremos el ADN —Qhari se quedó pensativo—. ¿Le suena de algo el nombre de Samuel Ayala?

—No, ¿debería? No creo que tenga que decirle que no recuerdo nada...

—Cierto, discúlpeme la torpeza.

—¿Quién es?

—Pues si usted resulta ser la persona que buscamos, Samuel es su amigo.

—Lo siento pero no puedo ayudarle.

—¿En todo este tiempo no recordó nada? No sé, algún detalle, un nombre, algo...

—Sólo una cosa, y nadie ha podido decirme que significa ni nada...

—¿Qué es lo que recordó? Puede ser importante.

—Ian.

—¡Válgame Dios y los apóstoles!

—Eso quiere decir...

—Exacto joven, puedo decir que es usted sin lugar a dudas el hombre que creíamos que era, pero aun así tenemos que asegurarnos. José Fernando, ya sabe a dónde debe llevar a nuestro amigo. Qhari —se dirigió a él—, vaya con mi compañero, le llevará a una doctora. Confíe en él. Volveremos a hablar. No se preocupe de nada que yo me hago cargo. José Fernando, llévele a la doctora Awen, ella está al corriente de todo. Proporciónele ropa adecuada, así pasará más desapercibido —el Mayor tenía dudas de que Qhari le hubiera contado todo, había algo en él que no terminaba de gustarle—. Mi compañero le dará algo de ropa más apropiada.

—Gracias, pero ¿qué tiene de malo la mía?

—Nada, pero es para pasar más discreto. Como habrá podido comprobar, nadie fuera de la aldea va así vestido.

—Vale, como quiera. Adiós.

—Hasta otro rato.

El Mayor desconectó el ordenador. Se quedó un rato pensando. Aquello daba un cambio radical a la investigación; eso suponía un problema. ¿Debía contarle a Luis las últimas novedades? No sabía hasta qué punto sería bueno que Scarlet supiera la posible aparición de Ian y tampoco podía correr el riesgo hasta no saber seguro de que se trataba de él. No le sabía bien no decírselo, pero habían sido muchos meses de trabajo como para que ahora se fuera al traste por su debilidad ante unos ojos bonitos... definitivamente no le

diría nada. Tampoco tenían claro que el juicio fuera a seguir adelante, los abogados tenían pruebas para demostrar que la organización no tuvo nada que ver.

¿Qué pintaba entonces el hombre que mencionó Samuel? ¿Quién le contrató y para qué?

El Mayor veía su pronto regreso con cierta amargura. España le encantaba. Alguien tocó a la puerta.

—Adelante, Luis, pase.

—Hola, Mayor, ¿qué hace usted ahí solo?

—Hablar con José Fernando.

—¿Alguna novedad?

—No, ninguna. El hombre del tatuaje dice que lo interceptó un intermediario.

—¿Le cree? —preguntó.

—No lo sé. Puede que esté diciendo la verdad, en aquella zona hay mucha pobreza y necesidades...

—Sí, lo pude comprobar cuando estuve allí.

—Quizás viera manera fácil de conseguirse algo de plata; lo malo que con lo de la riada todo se fue al garete. De ser así podrían acusarle de homicidio. Allá en Perú, según entre a prisión, como no tenga buenos contactos lo va a pasar bastante mal.

—Si se celebra en España el juicio, ¿le traerán aquí?

—Tenga por seguro que el juicio se haga aquí. No creo que le traigan, hoy en día se pueden celebrar juicios por videoconferencia.

—¿Sabe una cosa? Me va a dar mucha pena cuando usted se vaya —le dijo.

—Ay, Luis, no me diga esas cosas...

—Oiga, no se equivoque conmigo, ya sabe que estoy loco por Scarlet.

—¿Y cómo va ese tema? ¿La señorita se anima o no a iniciar una relación con usted?

—Yo creo que es tanto el miedo a volver a sufrir, que ella misma se niega cualquier intento de nada.

—Lleva más de dos años esperando por ella.

—Y esperaré los que hagan falta. Si no la tengo como pareja, la tendré como amiga.

—Entiendo, ojalá algún día se anime. Sólo por su paciencia, tiene ganada a esa hembra.

—¿Y usted, qué me dice de Angy? —le preguntó pícaramente.

—Ains, esa mujer me tiene robado hasta el aire para respirar. Es mucha mujer para mí, pero es lo que tiene el rosa, me encanta —respondió riéndose.

—Ande, vamos, que ya por hoy hemos terminado.

—Le invito a una cerveza.

—A una sólo, que mañana Scarlet nos tiene lio preparado

—Miedo me da.

—Relájese, iremos al campo, comeremos allí y pasaremos un bonito día, Vamos. Además, le alegrara vendrá su chica también.

—Mi chica, dice.

—¿Acaso no la considera así o qué? Más quisiera yo llegar a eso con Scarlet—, le dijo—. Vámonos antes de que el comisario nos encasquete algún caso, le gusta su manera de trabaja

—A mi no me importa.

—Ni a mí, pero también hay que descansar. Ya mañana será.

## Capítulo 29

Scarlet había heredado de Clara la capacidad de coger la cesta del monte con todo lo necesario para pasar un bonito día fuera de casa y preparar una rica comida. Era sábado, y ya lo tenía todo listo, sólo faltaba una persona por llegar que, para variar, siempre llegaba tarde a todos los sitios... bueno, a casi todos, porque a la boda de Pilar llegó con tiempo de sobra a la finca, ya sólo faltaba que llegara ella más tarde que la novia. Calamidad de mujer, con sus defectos y virtudes la quería mucho.

Cuando estaban los cuatro juntos se lo pasaban en grande. Angy animaba mucho a Scarlet para que le diera una oportunidad a Luis y se la diera a sí misma. Ésta siempre le decía que sí, que lo intentaba, pero ambas sabían que no era así. Luis era un pilar muy importante en su vida, pero estaba siendo egoísta con él. No podía tenerlo sólo por la compañía, el bienestar o la serenidad que le proporcionaba. Luis era un tonto enamorado que por no perderla sería capaz de convertirse en sus zapatillas para estar siempre con ella.

Angy y el Mayor habían encontrado su punto intermedio y se llevaban a las mil maravillas dentro y fuera de la cama.

Todo iba bien hasta que Angy, harta de la situación, se plantó delante de su amiga y, dirigiéndose a Luis, le dijo:

—Mira, Luis, esta zoqueta es mi amiga, como mi hermana, y la quiero como a tal, pero ¿sabes qué te digo?

—Dime, soy todo oídos.

—Yo soy tú, y la mando a freír espárragos a Alicante. No sé cómo después de tanto tiempo sigues aquí. Y conste que a mí no me molestas, te

aprecio un montón.

—¡Angy! —Scarlet se quedó sorprendida.

—Ni Angy, ni leches. Estoy harta. ¡Tú! —Se dirigió al Mayor—. No se te ocurra interceder a favor de la niña —el aludido hizo un gesto de cerrarse la boca con una cremallera.

—Tía, ¡pero de qué vas!

—Voy de que ya tiene huevos que tú me hagas de Celestina a mí, y tengas un hombre maravilloso a tu lado que está perdiendo años y oportunidades de conocer a alguien sólo por estar contigo. Pasa que no puedes ser tan egoísta y tienes que quitarte esa venda que tú misma te has puesto y empezar a vivir otra vez la vida y disfrutar del amor y del sexo, mi chica.

—¡Angy, por Dios! —Luis estaba escandalizado. En su fuero interno sabía que Angy tenía razón pero él también estaba en una posición muy cómoda.

—En serio, soy tú y le daban té con pastas. Miradnos a nosotros —ambos miraron a uno y a la otra—. Sabemos que esto no será eterno, y no por eso vamos a dejar de disfrutar cada minuto que tengamos porque él se irá. ¡No señor! —sentenció.

Scarlet estaba al borde de las lágrimas, sabía que algún día recibiría ese reproche por parte de su amiga pero no de esa manera, y menos estando el Mayor delante. Estaba muy dolida con ella. Aunque sabía de sobra que tenía razón, no por eso, dolía menos.

Se levantó y se apartó del grupo. Luis hizo ademán de ir tras ella, pero Angy se lo impidió.

—No vayas, Luis, tiene que asumirlo. Y tú también.

—Ya, pero eso tendremos que decidirlo nosotros, ¿no crees?

—Por supuesto, pero eso que lo hubiera pensado en el mismo instante en que decidió actuar por nosotros —dijo moviendo la mano de ella al Mayor



—.Creo que alguien tiene que decirle las cosas claras, y creo que ese alguien no eres tú.

—Angy, por favor... —le pidió Luis.

—Nada; si le parece mal, dos trabajos tiene.

—Angelito mío —empezó a decirle.

—Víctor Hugo, usted no diga nada —el hombre calló—. No digáis nada ninguno, porque los dos pensáis igual que yo, y es que además ella sabe que tengo razón.

—¡Angy! —La llamó Scarlet — ¿Puedes venir?

—Huy, niña. Te aviso de que me importa tres pimientos lo que me vayas a decir.

—¡Qué vengas, coño! —ésta se fue acercando a ella.

— ¿Qué quieres?

—Cómo te has pasado, tía.

—Lo sé. Me da igual, ya te vale, niña.

—Es mi vida, déjame que la gestione como yo quiera.

—Claro, como dejaste que yo gestionara la mía. Deja que Luis...

—Yo no le obligo a estar así y menos a estar conmigo, puede salir con quien quiera.

—Eso debería de hacer, darte una patada en ese trasero que tienes, quizás así te des cuenta de lo que tienes.

—Yo sé lo que tengo.

—No, querida, no tienes ni la menor idea. No quiero discutir contigo, eres mi amiga y te quiero la vida, pero deberías quedarte sola.

—¡Vaya! ¿Eso es lo que piensas?

—No, pero a veces tienen que pasar cosas para que uno espabile. Así que ya sabes, piénsalo porque la vida continúa sin él.

Volvieron al grupo, recogieron todo en silencio y regresaron al ático.

El Mayor y Luis se fueron al cuartel

La doctora Awen era una mujer joven. Qhari se sentía disfrazado con aquella ropa, unos pantalones vaqueros y una camiseta. Unas deportivas vestían sus pies. Se sentaron en la sala de espera, y en cuanto la doctora los vio les hizo pasar. Se presentó a los dos hombres. José Fernando le explicó que Qhari no hablaba su idioma pero sabía que le iban a revisar. El Mayor ya le había puesto sobre aviso.

—De acuerdo —dijo Awen—. Túmbese en la camilla. Le vamos a realizar unas pruebas rutinarias —la voz de Awen era tranquilizadora.

Qhari se dejó ayudar. Le tomaron muestras de sangre, la tensión, la temperatura y le auscultaron. Todo parecía correcto. Awen avisó para que fuera un celador con una silla de ruedas. Era un caso como poco curioso, y estaba encantada de tratarlo ella personalmente. Mientras procedía, le iba comentando a José Fernando las pruebas. Después éste le comentaría al Mayor, independientemente de que Awen le haría un informe detallado.

—Lo más importante ahora es descartar que haya un coágulo o daños en las estructuras craneales. Le van a hacer un TAC.

—Y después de dos años... —le preguntó José Fernando.

—Bueno, así a simple vista se le ve sano. Creo que la amnesia es de otro tipo.

—¿A qué se refiere?

—Para que me entienda, es un tipo de amnesia en la cual irá recobrando poco a poco la memoria.

—O sea, que en cualquier momento puede recordarlo todo, ¿es eso? Interesante el cerebro humano.

Qhari miraba a uno y a otro con cara rara. Observaba los gestos y las expresiones, aquello le daba información de si lo que hablaban era bueno o malo. Era como si con los gestos les entendiera.

—Después de hacerle el TAC le llevarán a la sala de rayos X.

—¿Radiografías?

—Sí, he solicitado que le hagan de tórax, otra cervical y, ya puestos, mira, dorsal, lumbar y sacra. Así ya le revisamos de arriba abajo.

—¡Vaya! ¿Cuando termine podré llevármelo, o el Mayor le dijo algo?

—No, se quedará aquí en observación. Le llevaremos a una área restringida, dada la importancia del caso nadie debe saber que está aquí.

—De acuerdo, si el Mayor así lo decidió no se hable más.

—Váyase a tomar un café si quiere. Esto tardará un buen rato y no hay necesidad de que este aquí con él.

José Fernando le hizo un gesto a Qhari para que entendiese que salía. Este le miró, asintiendo con la cabeza. Se quedaron solos Awen él.

La doctora le hablaba como si Qhari entendiese lo que le decía. Sentada en su silla lo observaba mientras le hablaba. Había algo en él que la desconcertaba; no sabía qué era, pero lo descubriría.

Qhari ponía caras raras; en aquel momento Awen agradeció los cursos de expresión corporal que hizo antes de decidirse por la carrera de medicina. Anotaba en una libreta todos los movimientos que Qhari iba haciendo mientras esperaban a que le llevaran a hacer el TAC.

—¡Qhari! —le llamó. Gesticulando con las manos, le pidió calma. Él sonrió como respuesta. Sería una tarde muy larga, y ese joven le llamaba mucho la atención.

Cuando salieron hacia la sala del TAC, Qhari iba farfullando; nada estaba saliendo como él esperaba. Qué ingenuo había sido, creía que sería coser y cantar y que más pronto que tarde estaría de regreso en la aldea. Nada ni nadie le importaba ya. Cómo había cambiado todo en los últimos años. Desde que despertó y vio aquellos ojos negros y oyó su dulce voz, todo dejó de existir... el cariño y ternura que le demostraba cuando lo estaba cuidando,

¿qué eran sino amor?

Por fin llegaron, le hicieron el tac y le llevaron de vuelta a la consulta de Awen; ya se encontraba allí José Fernando también con dos vasos de humeante café. Uno para él y otro se lo ofreció a Qhari.

—Café —le dijo. Qhari se le quedó mirando.

—Café —repitió por segunda vez.

—Sí, café —levantó su vaso y bebió. Qhari le imitó

Awen seguía la conversación desde su escritorio y volvía a anotar cosas en la libreta.

—Y dígame, José Fernando —le llamó para captar su atención—. Usted dice que el Mayor se comunicó con Qhari en el idioma de la tribu.

—Exacto, señorita, en idioma quechua —respondió.

—¿Qué más puede decirme de él? ¿O qué más sabemos de él?

—En estos momentos, el Mayor ha solicitado las pocas grabaciones del reality de las que se dispone. Habrá algunas imágenes de Ian participando —la doctora, muy astuta, miró de reojo a Qhari, quería ver sus reacciones a esos comentarios—. Aparte del informe médico previo al concurso, será la confirmación definitiva de que Qhari e Ian son la misma persona.

Qhari se revolvía en la camilla.

—Tranquilo, enseguida vendrán a buscarlo —le dijo Awen. Poco después apareció el mismo hombre que le llevó a hacer el TAC—. Juan, que le hagan ya todas las placas. Cuando terminen, le trae de vuelta y que me envíen los resultados sin demora, me urgen.

—Sí, doctora, como guste. Yo me encargo —el celador volvió a llevarse a Qhari.

—En cuanto regresen le llevaremos a una habitación—. Le dijo a José Fernando—. ¿Usted se quedará con él?

—Sí, sí. El Mayor me dijo que no me separara de él. Lo mismo se

escapa para volver a la aldea.

—No sé qué tendrá allí, pero fíjese que lo veo capaz. ¿No le extraña que una persona que ha conocido todo esto, es decir, la modernidad de la tecnología, etc., no quiera volver a casa, con su familia y amigos...?

—Recuerde, doctora, qué él olvidó todo lo anterior a despertarse en aquella aldea...

La cara de la doctora era indescifrable, José Fernando quiso preguntarle pero fueron interrumpidos por otro doctor

Salió para que pudieran hablar tranquilamente y aprovechó para llamar al Mayor. Este ya se encontraba en el cuartel, el día que comenzó con un grupo de amigos pasando una jornada en el campo, casi había terminado como el rosario de la aurora con Scarlet y Angy medio enfadas; ya hablarían ellas después, siempre terminaban solucionando sus diferencias, así eran ambas, se enfadaban y al rato se les pasaba, así de fácil.

## Capítulo 30

Scarlet, más que enfadada con su amiga, lo estaba consigo misma. Sabía que tenía razón y Luis también. Nunca se lo reprochó, pero si ella sabía seguro que no quería tener una relación con él, ¿por qué no se lo había dicho ya? ¿A qué tenía miedo?

Angy no quería regresar sin solucionar aquello; ambas tenían la capacidad de enfadarse y hablar como personas civilizadas que eran y arreglarlo. A veces se tirarían de los pelos, pero al final terminaban riéndose la una de la otra. En general eso ocurría con todas las chicas menos con Pilar, ella era más rencorosa pero terminaba recapacitando y aceptando sus errores. Desde la boda no habían vuelto a coincidir.

Los días pasaban, Angy volvió a Granada, Luis y el Mayor seguían con su trabajo y ella en el pub. Casi no se veían, y el Mayor tenía los días contados en España. En el momento en que se cerrara la investigación, el caso ya era cosa del juzgado.

Qhari seguía haciéndose las pruebas que la doctora Awen pidió. Los resultados que iba obteniendo cada día la sorprendían más porque todo estaba correcto. Quedaba descartado que la amnesia tuviese origen orgánico. Metió los resultados en una carpeta; cuando hablara con el Mayor le pediría fotografías y cosas que pudieran ayudar a Qhari. Tenía claro que se trataba de una amnesia retrógrada, y aquello podría servirle, o al menos así lo pensaba. Debía encargarse ella exclusivamente, pasarían muchas horas juntos e incluso harían terapia. Se le escapaba algo con Qhari.

Scarlet y Luis quedaron en una cafetería, tenían que hablar sobre lo ocurrido días atrás. Ella no quería condicionar la vida de Luis; no podía ni

quería ser tan egoísta. Le dejaría marchar.

No sabía si eso era lo que quería, se había acostumbrado a estar con él. Se divertían juntos y tenían mucho en común, pero le faltaba lo más importante, saber si lo amaba, porque quererle le quería mucho.

Luis no se sorprendió de aquello; es más, después de lo ocurrido hasta se lo esperaba. Entendía que debían darse un tiempo, le dolía en el alma pero tenían que hacerlo. Por él y por Scarlet. Ella era la que no estaba segura de sus sentimientos, él lo tenía muy claro. En su fuero interno también creía que Scarlet estaba enamorada de él. Ese bloqueo mental, ese muro que había levantado no cuando se dio definitivamente por muerto a Ian, sino mucho antes, parecían infranqueables. Tenía miedo de sufrir, de volver a sentirse engañada y decepcionada. Llevaba puesta una coraza difícil de traspasar. Por eso mismo él siempre estuvo junto a ella; al principio porque tuviera algo a lo que aferrarse en la vida, y después porque esperaba que en algún momento eso cambiaría. Angy lo único que hizo fue darle el empujón que necesitaba, quizás separarse era lo mejor, igual se daría cuenta de aquella forma. Cuando saliera por la puerta de la cafetería, tomaría muchas decisiones. Le daría el espacio y tiempo para que se aclarara.

En el despacho del comisario, el Mayor y él comentaban los avances de la investigación. El hombre del tatuaje repetía una y otra vez que trabajó para un intermediario, así que su declaración final sería esa. Le llamaron por teléfono, hizo el trabajo y se le pagó por ello. Fin.

Por otro lado, los abogados de la defensa presentaron informes y pruebas suficientes demostrando que ellos no habían tenido nada que ver. Incluso la posible declaración de Ian de poco les serviría.

El Mayor le pidió al comisario que no le dijera nada a Luis de la aparición de Ian, podría ser un problema si le comentaba algo a Scarlet. Luis era muy emocional y no estaba seguro de hasta qué punto sería capaz de

guardar el secreto, dada la relación que ambos tuvieron. Debían mantenerlo escondido hasta el final... eso, si recobraba la memoria o parte de ella. De otra manera no valdría de nada. En ese aspecto contaban con la ayuda de Awen, ella ayudaría en lo que estuviera en su mano. No podía filtrarse por ningún medio la aparición de un superviviente, y menos tratándose del desaparecido Ian.

El Mayor y Awen se comunicaban muy a menudo, ella le ponía al tanto de los avances y progresos de Ian, que eran bien pocos. La parte emocional era lo que fallaba, la parte que más le interesaba ahora. Qhari tenía un lado oscuro, sólo había que averiguar, cuál o por qué.

El Mayor, aprovechando la ausencia de Scarlet del ático y dado que todavía tenía las llaves que en su día le prestó ella, se coló en el interior. Si las circunstancias fueran otras ella nunca le hubiera negado cualquier cosa que le pidiese. Se sentía un intruso y que le estaba faltando al respeto sobremanera, pero no podía hacerlo de otra forma. Rebuscó por la casa, sacaba fotos con el móvil de fotografías en las que apareciera ella; una caja que en su día Scarlet mencionó y que él le aconsejó guardar para cuando llegase el momento de ver todos aquellos recuerdos sin que se sintiera morir por dentro. Aquella caja podría ser un punto importante en la recuperación de Ian. Tenía que ser cauto y dejarlo todo como lo había encontrado.

De la misma forma que entró, salió.

Los días iban pasando, el grupo de chat cada día estaba más silencioso, ninguna hablaba ni comentaba nada. La distancia era lo que tenía. No estaban enfadadas, sólo que cada una también tenía su vida, su trabajo... Eso sí, cuando una ponía algo se revolucionaba el gallinero. Ésa era su esencia. El no estar todo el día no quería decir, ni mucho menos, que hubiesen dejado de ser amigas. Ellas tenían un lazo que no se podía romper con nada.

El Mayor y Luis también colaboraban en la resolución de otros casos.



El comisario estaba encantado de tenerle trabajando con él; le recordaba a él mismo cuando era joven, trabajaba muy fino y no se le escapaba ningún detalle.

Scarlet por su lado, aun asumiendo que fue ella quien puso punto y aparte en la relación de amistad con Luis, le echaba mucho de menos. Este, antes de marcharse, le dijo que le buscara si le necesitaba, pero Scarlet simplemente le dio las gracias por estar siempre ahí. Tenía que aclararse, no quería hacerle daño por no tener claros sus sentimientos hacia él.

Comenzó una vida de rutina, incluso se apuntó al gimnasio dejándolo días después. Necesitaba ocupar cuantas más horas al día, así no notaba tanto la ausencia de Luis.

Víctor Hugo estaba al corriente de todo, abogaba por uno y por el otro; sus ratos libres los repartía entre ellos dos y, cómo no, en estar con Angy. Esos ratos eran lo mejor del mundo.

—Pelo rosa, ¿estás bien? —le preguntó esa tarde.

—Sí, ¿por qué lo preguntas? —le respondió un poco seca.

—Te noto como triste —le dijo retirándole un mechón de cabello de la cara—. Venga para acá y cuénteme que le ocurre —tiró de su mano y la rodeó abrazándola. Angy tembló.

—Vamos a sufrir mucho, ¿lo sabes, no? —le dijo al borde del llanto.

—Lo sé, pero los dos así lo quisimos, nos la jugamos y es lo que nos va a tocar después. ¿Recuerdas lo que hablamos la primera noche que pasamos juntos? Los dos estuvimos de acuerdo en disfrutar el tiempo que yo estuviera aquí.

—Sí, pero va a ser insoportable, los dos lo sabemos. Siento cómo que ya pronto te irás.

—Hasta que el comisario no dé por finalizada la investigación, aquí estaré.

—¿Y cuánto queda para eso?

—Qué más da. No vamos a pensar en los días, las horas y minutos que nos quedan, vamos a disfrutarlas al máximo.

—¿Sabes? —le dijo poniéndole ojitos.

—¿Qué?

—A pesar de todo, usted siempre será mi Mayor gilipollas.

Los días hasta su fin, estaban contados.

Awen recibió un mail del Mayor día después. Como archivo adjunto, unas fotografías de Scarlet, de Ian y de ambos juntos. En otra carpeta, otras de ellos junto a Samuel. Las fotos de Marga, que había sido una odisea encontrarlas, y en otra carpeta las de los padres de Ian. También adjuntó algún vídeo de la retransmisión del reality donde se le podía ver haciendo alguna de las pruebas. Quizás le hicieran recordar. Tenía que tener mucha paciencia.

En una ocasión en que Awen se conectó para hablar con el Mayor, le mostró el monitor a Qhari para que aquél le explicara lo que iban a hacer.

—Hola, Qhari, ¿cómo se encuentra? —le preguntó.

—Mayor, que alegría poder hablar con usted.

—¿Le cuidan bien?

—Sí, la doctora es muy amable conmigo, pero...

—¿Ocurre algo?

—No, sólo que... ¿cuándo voy a poder regresar a la aldea?

—No lo sé muchacho. Quizás pase mucho tiempo, no le voy a mentir

—Qhari asintió—. La doctora se llama Awen.

—Awen —dijo mirándola.

—Mire qué le voy a decir —Awen, desde donde se encontraba, observaba a Qhari. Tenía que prestar mucha atención a sus expresiones—. Le he enviado unas imágenes a la doctora, ella cree que le vendrán bien como ayuda en la terapia.

—¿Terapia? ¿Imágenes? ¿Eso qué es?

—La doctora cree que viendo imágenes tanto de su familia como de sus amigos, su cerebro puede estimularse y eso le ayude a recordar —aquella declaración le pilló por sorpresa. Awen anotó en una libreta las reacciones de Qhari mientras conversaba con el Mayor. Nerviosismo, sorpresa, decepción eran alguna de aquellas reacciones.

—¿Mi familia? ¿Tengo una familia?

—Por supuesto. Pero será mejor que lo vea.

—De acuerdo.

—Mayor —le llamó la doctora. Ésta se puso detrás de Qhari para que la viera—, dígame, por favor, que esté tranquilo, que se tome su tiempo y que si no reconoce a nadie no se desespere. Le dejaré una copia de las fotos para que las tenga y las mire cuando quiera.

—Por supuesto, doctora. Gracias, Awen.

—No hay de qué. Es un caso muy curioso. Ojalá que este hombre recupere pronto la memoria y pueda regresar con su familia, seguro que vivieron un infierno con su desaparición. Dele el mensaje a Qhari para poder continuar.

Awen se volvió a apartar y se sentó cerca dispuesta a seguir anotando más cosas.

—Qhari, amigo —llamó su atención.

—Sí, Mayor.

—La doctora me ha pedido que le diga que no se preocupe si al ver las fotografías no hay nada que le llame la atención. Le dará una copia de las fotos para que usted pueda verlas cada vez que quiera —Qhari miró a Awen y asintió con la cabeza. Ella captó el mensaje.

Un rato después cortó la comunicación. Pronto tendría un abanico de expresiones, aptitudes y reacciones por parte de Qhari que le servirían de gran

ayuda para entender qué pasaba por la cabeza de éste. Comenzaba la fase final de su seguimiento neurológico. A ver cuánto tiempo le llevaba y qué descubriría.

## Capítulo 31

Awen y Qhari comenzaban una nueva sesión de terapia.

—Qhari —le llamó la doctora. Le tendió un sobre, en el que se encontraban las fotografías. Este alargó el brazo, y con mano temblorosa lo cogió—. Calma —le susurró, haciéndole un gesto. Le acarició el hombro insuflándole tranquilidad.

Poco a poco sacó el grupo de imágenes. Awen las había ordenado para ver su reacción. El Mayor le explicó en una nota quién era cada persona y el papel de cada una de ellas en la vida de Ian.

La primera foto era un recorte de un periódico con una triste noticia: los padres de Ian, un matrimonio muy influyente en su ciudad, fallecían en un accidente de tráfico cuando regresaban a casa de unas vacaciones. Aquel suceso había sumido a Ian en una tristeza absoluta. Eran su única familia. Gracias a Samuel, consiguió salir adelante. Él fue como otro hijo para el matrimonio.

La cara de Qhari palideció. Awen sabía por qué colocó las fotos en ese orden.

—Qhari —lo llamó. No se movía, ni pestañeaba. Pasó a la siguiente foto: Samuel e Ian en la puerta de su negocio. Qhari recordó ese día. Miró a la doctora, que se encontraba apoyada contra la pared y le observaba muy atentamente. Qhari negó con la cabeza. Awen se acercó a él y se sentó a su lado. Casi podía oír su corazón desde donde se encontraba. Notaba como la carótida palpitaba con el ir y venir del flujo sanguíneo—. ¿Por qué lo hace? —le preguntó cerca del oído. El aludido no entendía a qué se estaba refiriendo. Se hizo el tonto, no podía permitirse el lujo ni de mover una sola

ceja.

La siguiente foto, una de Marga. Ella hacía mucho tiempo que no le importaba lo más mínimo. La dejó tal cual. Cogió la siguiente. Awen retrocedió y volvió a apoyarse en la pared, así tendría más ángulo de visión de la cara de Ian. Era una fotografía de Scarlet. La sacó con cuidado, respirando profundamente. Conocía cada centímetro de aquel cabello. Cerró los ojos y recordó el olor del champú que utilizaba normalmente. Los volvió a abrir. Los profundos ojos de Scarlet aparecieron; parecía como si le mirara a través de la foto. Su pequeña naricilla que él siempre besaba. Su cuerpo se estremeció a pesar de querer evitarlo. Awen lo notó.

Otra foto de Scarlet también, sólo que esta era bien diferente. Su rostro estaba pálido, las ojeras eran más que visibles, su mirada estaba perdida y vacía y su cuerpo extremadamente delgado. No era ni la sombra de la mujer que él conoció. Su cara se entristeció, miró a Awen y le hizo un gesto para que se acercara. La doctora tomó la foto, la joven que vio tenía cara de sufrimiento a pesar de que sonreía. Era una sonrisa fingida. ¿En qué momento se hizo aquella foto?

Awen habló en voz alta, no para Qhari, sino que ni siquiera ella se dio cuenta de que lo hacía.

—¿Qué le habrá pasado? ¿De cuándo será esta fotografía? —la miró con detenimiento; había un grupo de jóvenes y algún chico. Cayó en la cuenta que uno de los hombres era el Mayor—. Qhari, este es el Mayor —le dijo mostrándole la foto. Este miró donde le señalaba—. Es el Mayor.

—Mayor —repitió él. Awen asintió. Tomó la otra foto de Scarlet y las puso las dos juntas.

—Ella es Scarlet —Qhari frunció el ceño—. Qué pena que no me entienda lo que le digo. Le contaría de esta foto. Antes no supe, pero al ver al Mayor, creo entender que pasó —volvió al escritorio y encendió el ordenador.

Llamó al Mayor por Skype.

—Hola, doctora —saludó.

—Hola, Mayor, ¿tiene un momento para nosotros?

—Claro, ¿ocurrió algo?

—No, no tranquilo. Estábamos mirando las fotografías...

—¿Ha reconocido a alguien?

—No, pero tomó dos fotos que estuvo observando bastante tiempo.

Scarlet sola, y la otra con un grupo de jóvenes. Usted sale en ésa. Igual le puede explicar a Qhari en qué circunstancias se realizó dicha foto. Creo que le extraña el cambio físico de la muchacha. Se quedó como triste.

—Por supuesto —Awen giró el monitor para que le viera—. Hola, Qhari.

—Hola, Mayor. La mujer... —le dijo señalando a Scarlet— ¿Qué le pasa? Usted está ahí también.

—¿La recuerda?

—No, pero ésta y ésta, es la misma hembra.

—Sí que es. Le cuento. La fotografía de ella sola no sé cuándo se la tomó. La otra, la que está con un grupo de jóvenes, ésa se tomó uno de los días en los que se inició el dispositivo de búsqueda tanto de ti como de otros desaparecidos. Ella y las chicas fueron desde España a Perú para colaborar en las labores de búsqueda. Son amigas.

—¿Ella quién es para mí?

—Scarlet y usted tuvieron una relación amorosa. A pesar de estar usted casado. La mujer de la otra foto es su esposa. El joven es Samuel, su amigo y compañero. Le voy a contar un poco lo que pasó después de su desaparición, ¿quiere saberlo?

—Mayor, por favor cuénteme, me crea curiosidad.

—Scarlet y las chicas viajaron a Perú, fue allí dónde nos conocimos.

Ellas vinieron como muchos otros a ayudar en las labores de rescate de supervivientes aparte de a encontrarte a ti. Durante días salimos a buscarte. Ella vino destrozada y volvió muerta en vida. Si alguna mujer le amó de verdad, ésa fue ella. Hubo un tiempo en que prefirió morir a vivir sin usted.

—Pobre chica —murmuró Awen. Miró a Qhari, y sus ojos estaban apagados.

—La otra hembra, mi esposa, ¿también vino a buscarme?

—No, ella no vino. No sé cuáles fueron sus motivos, pero no, no vino —Qhari asintió—. ¿Hay algo más que pueda hacer por ti?

—No, gracias Mayor, ha sido muy amable.

—Pues si eso es todo, les dejo. Tengo trabajo. Adiós, Qhari, doctora.

—Adiós, Mayor.

Awen cortó la comunicación. Qhari volvió a coger las fotos. Tomó la de Scarlet sonriente, pasó la yema del dedo por encima de su rostro, como acariciándolo. Sentía una culpa y una gratitud inmensa hacía ella. Lo que no había sido capaz de hacer su mujer, lo había hecho ella aun estando separados.

—Mire, le voy a decir una cosa. Creo rotundamente que usted esconde algo. No sé el qué ni los motivos que le lleven a hacerlo.

Qhari ni se inmutaba. Sólo miraba la cara de Scarlet, la agonía en sus ojos; sentía un dolor indescriptible. Aunque él no había tenido nada que ver en su desaparición, se había portado muy mal con ella. Nunca quiso separarse de Marga por pena, no se merecía nada de él. Sin embargo Scarlet, igual con ella hubiera sido feliz, igual no. Ella le había dado todo, su cuerpo, su alma toda, y él había sido un egoísta. ¿Qué iba a hacer ahora?

—No se haga el tonto conmigo. Hasta podría decir sin miedo a equivocarme que entiende perfectamente todo lo que le digo.

Qhari seguía sumido en sus pensamientos.

—¿Sabe?, tiene razón —le dijo de pronto.



—¿Joder, qué susto! Disculpe. ¿Por qué?

—¿Por qué, qué?

—Eso, ¿por qué finge? Usted sabe que su familia le estuvo buscando.

—¿Mi familia? Yo no tengo familia —le dijo bajando la voz.

—Le escucho.

—¿Qué quiere que le diga? Tampoco recuerdo mucho.

—Pero sí lo suficiente. ¿Por qué no quiere que nadie sepa que recobró algo de memoria?

—Porque no sé si quiero volver, porque creo que me enamoré de ella...

—¿Qué ha sentido cuando vio las fotos?

—Cuando vi la noticia del accidente de mis padres reviví los momentos más duros de mi vida. Eso es algo que hubiera preferido olvidar después de todo—, la tristeza era palpable.

—Ya, pero está ahí, en su corazón. Ellos eran sus padres y jamás debería olvidarse de eso. Es duro. Lo siento de veras. Ahora dígame qué sintió cuando vio a su esposa.

—Indiferencia. Ni yo la amo ni ella a mí.

—¿Por qué no se separó de ella?

—Porque llegó un momento en que fue lo más cómodo para los dos.

—¿Y qué me dice de su amigo?

—Samu es más que un amigo. Aunque él nunca me lo dijo y yo a él tampoco, creo que se acostaba con Marga. No me siento traicionado, si es eso lo que me va a preguntar.

—De acuerdo. Tomemos un descanso. ¿Le apetece un café o algo, Ian?

—Que se dirigiera a él por su nombre lo dejó fuera de juego.

—Sí, gracias.

—Enseguida vuelvo.

—Doctora —la llamó —¿Le puedo pedir un favor?

—Claro.

—No me descubra todavía. No hace mucho que empecé a recordar y no estoy preparado para enfrentarme a nadie.

—La doctora soy yo. Yo decido cuándo —le guiño un ojo—. Pero una cosa si le diré, si no lo hace usted mismo seré su mayor pesadilla, y tenga claro que esto no es una amenaza sino una advertencia. Igual usted prefiere tener su mente en blanco y quedarse aquí, pero ellos tienen derecho a saber que usted está vivo.

—Entiendo.

—Ella sobre todo —le dijo, señalando la foto de Scarlet

—No sé cómo hacerlo ni si quiero regresar, creo que Khuyana es todo lo que necesito ahora mismo.

—Cuando regrese hablaremos de muchas cosas.

—Vale, como usted crea conveniente.

—En seguida vengo, no se vaya.

—No lo haré, se lo prometo. Si alguien me puede ayudar, es usted.

—En todo lo que necesite, es mi trabajo, pero recuerde que no se puede alargar mucho, debe regresar a su país y afrontar lo que venga. Encontraremos la mejor manera de hacerlo.

Salió de la consulta. Ian volvió a mirar las fotografías, muchos sentimientos pugnaban por salir. Su corazón, desde que vio por primera vez a Khuyana, sólo suspiraba por ella, o eso creía. Ahora tenía sentimientos contradictorios, Scarlet le hacía sentir mucho más de lo que quería reconocer. Amor, obsesión ¿o era otra vez, sentimiento de culpa? Estaba hecho un lío.

Poco después apareció Awen con dos tazas de humeante café. Olía bien rico.

—Dígame, ¿qué le supone quedarse con Khuyana?

—Ella es dulzura, calidez, es frágil, me da paz, sosiego, tranquilidad...

—Comprendo, ¿y Scarlet? —Ian se quedó pensativo.

—Scarlet es todo lo contrario —le dijo sonriendo—. Es salvaje, es pasión, lujuria, es como un tornado. Por donde pasa, lo arrasa todo. Pero también es tierna, sensible, una de las mejores personas que he tenido el privilegio de conocer. Tiene un corazón tan grande, que no le cabe en el pecho.

—Muy bien, empecemos por Khuyana, cuando habló de ella, lo hizo con cariño.

—¿Y qué pasa con eso?

—Pasa que de ella habla con ternura y de la otra, aparte de sonreír cuando la menciona, habla de ella con añoranza... ¿Qué hay de la aldea? Cuénteme cosas —le pidió.

—Allí la gente no sabe de ordenadores ni teléfonos móviles, se levantan al alba, los hombres salen de caza y las mujeres se dedican al ganado, los niños, los quehaceres de la casa...

—Y usted, que ha conocido las dos formas de vida, ¿con cuál se quedaría?

—Con la que más felicidad me proporcione.

—Entonces tengo que plantear la pregunta de otra manera, ¿Dónde es usted más feliz?

Ian no respondió. Hasta ese momento creyó que en la aldea era feliz pero después de saber y ver a sus seres queridos, lo dudaba. Tenía muchas cosas que pensar. Ver la imagen de Scarlet destrozada le hizo dudar de todo. ¿Se quería ir o no?

## Capítulo 32

El comisario dio por finalizada la investigación, ahora era turno de los jueces. No tenían gran cosa, la defensa había hecho bien los deberes. Desde Perú solicitaron hacer las declaraciones por Skype, así el testigo no tendría que trasladarse a España. La acusación sólo tenía a Samuel como testigo. Así que sería rápido y favorable para la organización

Unos días después sería el juicio. A la sala acudirían también el resto de participantes del reality, Luis, Samuel y Marga.

En Perú, el hombre del tatuaje sería el único acusado directamente, salvo que encontrasen a la persona que le pagó. Lo declararían culpable de intento de homicidio.

Scarlet se encontraba tendiendo ropa cuando sonó el timbre de la puerta.

—Buenas tardes, señorita.

—Buenas tardes, Víctor Hugo.

—No me llame así, por Dios.

—Ja ja. ¿Qué ocurre, Mayor?

—Vengo a decirle que en unos días será el juicio.

—Eso quiere decir que dentro de poco se marchará, ¿no? —le dijo entristecida.

—Bueno, más o menos.

—¿Angy lo sabe?

—No, voy a ir esta tarde a verla y le diré.

—Entiendo, no puede quedarse.

—En principio no. Tengo que terminar allí la investigación.

—¿Pero no lo está ya?

—Aquí sí pero, esto en petit comité, un testigo esta allá y tengo que hacerme yo cargo.

—Claro, es usted el encargado de todo.

—Así es. Con lo cual, después de eso, veremos qué ocurre.

—¿Qué cree que pasará en el juicio?

—No tengo la menor idea, el hombre que pagó al nativo nadie sabe quién es, por ende, casi seguro le declaren culpable.

—Vaya, en el fondo me da pena.

—En fin, señorita, que vine a avisarle. En un rato me voy a ver a Angy y el lunes parto para mi país.

—¿Tan pronto? —le dijo sorprendida.

—El tiempo suficiente para recoger mis cosas.

—Le acompañaremos al aeropuerto.

—No es necesario, de veras.

—Quiero acompañarlo, usted también lo hizo.

—Era otra situación.

—Ya, quiso asegurarse que volábamos a España, ja, ja, ja.

—Pero qué rencorosa... —le dijo bromeando— De acuerdo. Adiós señorita. Ha sido un auténtico placer volver a verla.

—Venga, deme un abrazo.

Alargaron el contacto todo lo que pudieron. Se separaron y el Mayor se marchó. Scarlet se quedó parada en la puerta viendo cómo el Mayor entraba en el ascensor. Otro trocito de su corazón se resquebrajó con su partida.

Ian y la doctora pasaron los siguientes días hablando sobre todo lo que vivió después de despertarse. Cómo fue aprendiendo el idioma quechua, cómo se adaptó a aquel modo de vida y cómo y cuándo comenzó a recordar. Awen entendía su miedo a volver a la vida cotidiana después de más de dos

años en los que todo el mundo le creía muerto.

Le ayudó con sesiones para darle más confianza en sí mismo. Tenía que estar preparado psicológicamente para dar ese paso. Parecía algo fácil, pero no lo era, debía prepararse para el juicio también. Poco recordaba de su paso por el concurso, sin embargo la agonía vivida durante la riada, ésa la tenía muy presente. Todo lo anterior eran lagunas.

El Mayor ya se había comunicado con Awen para decirle del juicio, para saber cómo iba Ian evolucionando y si había recordado algo. Qhari se encargó de decirle personalmente lo que recordó. El Mayor se quedó petrificado cuando le escuchó hablar. A él también le pidió tiempo para hacerse a la idea. El Mayor aceptó. Awen se quedó más tranquila en ese sentido. No tendría que presionarle. El juicio estaba a la vuelta de la esquina y no les quedaba mucho tiempo.

—Hola, guapa.

—Vaya. Mayor, qué sorpresa.

—Pero si ya sabias que venía...

—Ah, sí, es verdad. Por tu cara no es bueno lo que vas a decirme. ¿Me equivoco?

—No, así están las cosas. He venido a despedirme.

—¿Ya? ¿Así de rápido? —dijo abrazándolo.

—Lo sé. El comisario me lo ha notificado esta mañana. El lunes cojo un vuelo a Perú, allí queda algo pendiente.

—Pero eso es...

—Lo sé, es ya. No te pongas así —Angy lloraba desconsolada. Sabía que ese momento llegaría y creía estar preparada para ello. Víctor Hugo tampoco lo estaba—. Así es como debe ser. Será duro, pero hay que seguir.

—¡Quédate! —le suplicó.

—No puedo. No me hagas esto, por favor.

—Te puedes quedar aquí conmigo o con Luis. Ya encontraremos una solución...

—Aunque así fuera, tengo que regresar. No puedo dejar todo aquello pendiente. La investigación se cierra aquí, en Perú tengo que hacerlo yo, entiende.

—Victor Hugo... —su voz era suave.

—Preciosa: voy, arreglo todo que lo que tengo allí, y luego ¿qué? No tengo casa ni trabajo ni nada... No es tan fácil.

—Nos tienes a nosotros.

—¿Y con eso se vive?

—Podrías hablar con Luis, quizás él te pueda ayudar, eres un buen policía.

—Es lo mismo que si yo te pidiera que lo dejaras todo y te vinieras conmigo.

—Lo sé, pero es que no te has marchado y ya te echo de menos —estaban abrazados. Esa noche se quedaría con ella.

—Mira lo que vamos a hacer. Si hay la más mínima oportunidad de que pueda volver y quedarme, ten por seguro que no la desaprovecharé. Será lo que Dios quiera.

—¿Y si ése no quiere?

—Si no quiere es porque te espera alguien mejor que yo.

—Yo no quiero a nadie que no seas tú, y menos, que ése decida mi vida. Vete, haz lo que tengas que hacer allí y regresa si puedes, Yo te voy a esperar lo que haga falta —se besaron apasionadamente.

El aeropuerto estaba tranquilo, eran las cinco de la madrugada. El avión hacia Madrid saldría a la hora prevista. Dando vueltas de un lado para otro se encontraba un nervioso Víctor Hugo. Scarlet y Luis llegaron por separado y fueron a saludar al Mayor.

—Pero muchachos, ¿qué hacen acá?

—Yo le dije que le acompañaría —respondió Scarlet.

—Yo lo mismo —dijo Luis, encogiéndose de hombros.

—Gracias a los dos. ¿Vinieron juntos?

—No —respondieron al unísono.

—¡Víctor Hugo! —aquella voz se le hacía demasiado familiar.

—Por la Virgen santa, ¿te volviste loca? —le dijo abrazándola.

—Qué sería de mí si no hago estas tonterías.

—En ese sentido ella tiene razón, Mayor. Y mire que yo tenía esperanzas de que usted le corrigiera esa manera de ser tipo cabra loca.

Habían pasado unos cuantos meses desde que el Mayor llegara a España, se había adaptado bien a la ciudad, a la gente y al trabajo.

La llamada por el megáfono del vuelo hacia Perú con escala en Madrid los sacó del momento que estaban viviendo.

—Mayor, avisan del embarque —le dijo Luis. Este se encontraba abrazado a Angy.

A duras penas se separó de ella. No le dijo nada, sólo la miró a los ojos. Con esa mirada se lo dijo todo. Él se marchaba con el corazón roto. Se acercó a Scarlet y la abrazó también.

—Señorita, cuídemela —le pidió—. Ahora ella es quien la necesita a usted.

—Descuide, Mayor, no hace falta que me lo pida. Yo me encargo. Usted vea todo lo que tenga que mirar y hacer. Aquí tiene su casa y su familia.

—Gracias, Scarlet. No dude que lo voy a mirar todo con lupa, y si tengo oportunidad volveré —se acercó a Luis y le estrechó la mano.

—Ha sido un auténtico lujo trabajar a su lado, Luis.

—Lo mismo le digo, Mayor. Sabe que puede volver cuando quiera, ya saldremos adelante entre todos



—Gracias, muchacho.

—Adiós, Mayor —éste se despidió con un ademán y comenzó a caminar hacia la pasarela de embarque.

Scarlet le tomó la mano a Angy, ésta estaba aguantando para no romperse en pedazos. Apretó la mano de su amiga, ahora entendía mejor a Scarlet cuando regresaron de Perú

—¡Mayor, espere! Casi se me olvida —dijo Luis sacando un sobre del bolsillo.

—¿Qué ocurre?

—El comisario le manda esto.

—¿De qué se trata?

—No tengo ni idea, el sobre está cerrado. Supongo que será un agradecimiento personal por su ayuda, no sé.

—Muchas gracias. Nos hablamos.

—Claro que sí, Mayor, que tenga un buen vuelo. Adiós.

—Hasta pronto, Luis, y no desespere.

—No lo haré.

El Mayor se perdió por el pasillo de acceso al avión. La pena inundaba el corazón de todos ellos. Scarlet seguía tomada de la mano de su amiga mientras salían hacia el aparcamiento.

—¿Te quieres venir a casa? —le preguntó mientras le secaba las lágrimas.

—No, gracias. Luego tengo que trabajar. Sólo cambié de turno para poder venir.

—¿Estás segura?

—Sí, tranquila, es lo mejor. Necesito tener la cabeza ocupada.

—De acuerdo, si en algún momento me necesitas llámame sea la hora que sea e iré a Granada si hace falta.

—Estaré bien —Scarlet la miró a los ojos.

—No, no lo vas a estar. Te conozco como si te hubiera parido, así que me llamas.

—¡Cansina que eres! Te ailo vi, loca —le dijo, dándole un beso de despedida.

—Y yo a ti.

—Luis, cuida de esta petarda.

—Ah, no, ella sabe cuidarse sola... —respondió guiñándole el ojo —  
Llámanos si nos necesitas.

—¡Otro! Que sí —se subió al coche, bajó la ventanilla y se despidió —. Adiós, chicos, nos vemos.

—Adiós, bonita.

—Adiós, pelo rosa.

La marcha del Mayor dejó un gran vacío en la vida de los tres, sobre todo en la de Angy. Esperaba que regresara.

Ya en su asiento, el Mayor sacó el sobre que le dio Luis y sacó la nota que tenía en su interior.

**«Estimado señor Víctor Hugo:**

**Quisiera agradecerle su colaboración en la resolución de algunos de nuestros casos más complicados. Tenga en cuenta, que si alguna vez decidiera regresar a España, no dude en pasar a verme. Esto no es una misiva de recomendación ni mucho menos, usted y su impecable forma de trabajar no lo necesitan, es un agradecimiento personal por toda la ayuda prestada. No dude que si en algún momento necesita de mi o de mi gobierno, estaremos encantados de colaborarle en lo que sea. Gracias otra vez por su ayuda.**

**Reciba un cordial saludo,**

**El comisario.»»**

Aquello sí que no se lo esperaba para nada. Una carta de agradecimiento personal del comisario. Quién sabe si en algún día podría volver a España. Nada le gustaría más que asentarse allí y comenzar una nueva vida junto a Angy y sus amigos. Claro que eso no estaba en su mano. Si en algún momento necesitaba, sabía a dónde ir y con quién hablar si se veía en la necesidad de ello.

## Capítulo 33

—Bueno, Ian —le dijo Awen — El Mayor ya se encuentra en la ciudad, cuando venga ya sabes qué tienes que hacer.

—Lo sé, y creo que estoy preparado para ello.

—Ya sabes que en cuanto llegues a tu país tendrás que testificar.

—Sí, comprendo.

—Probablemente allá te encuentres con tu familia.

—¿Ellos no saben nada?

—No, el Mayor y el comisario decidieron que así sería mejor. No quieren que se filtre la noticia a los medios de comunicación de momento. Será un gran impacto para ellos al igual que para ti. Esperan que el detenido llegue a reconocer la voz de la persona que le pagó; entre eso y tu declaración quizás algo se pueda hacer. En cuanto pueda el Mayor se pasará por aquí y te dirá directamente cómo proceder a partir de ahora. En lo que a mí respecta, estás más que preparado para eso y para enfrentarte al mundo.

—Gracias por su ayuda, sin usted no lo hubiera hecho.

—Claro que sí, pero seguramente de otra manera. El camino lo tenías hecho, yo sólo te dije cómo seguir.

—Doctora, ¿cómo lo supo? —le preguntó.

—Lo supe casi desde el mismo instante que te vi.

—¿Pero cómo?

—Muy fácil. Antes de estudiar la carrera de medicina hice cursos de expresión corporal. Tus movimientos, gestos, reacciones, etc.... me dediqué a observarte mientras hablabas con el Mayor cuando no te dabas cuenta.

—Vaya, doctora, es una caja de sorpresas.

—Y eso me lo dices tú, que finges una amnesia, ja, ja, ja. Por cierto, ¿has ordenado tus sentimientos ya?

—La verdad es que no, estoy muy confuso.

—No te preocupes, quizás cuando estés en tu hogar veas las cosas de forma diferente.

—No lo sé, pero asusta la posibilidad de equivocarme de nuevo. No quiero hacerle daño a ninguna de las dos, sobre todo a Scarlet. Ella no se lo merece. No por segunda vez.

—Totalmente de acuerdo. ¿Qué vas a hacer?

—En cuanto pueda me iré a algún lugar tranquilo, en mi tierra. Me tomaré el tiempo que necesite para aclararme. Lo que decida, será para siempre.

—Me parece lo correcto. ¿Y si decides volver?

—Entonces, le pediré ayuda al Mayor. Si alguien me puede ayudar ése es él, sé que aprecia mucho a Inka.

—También es cierto. Ojalá pronto se solucione todo —el móvil de Awen comenzó a vibrar en el bolsillo de su impoluta bata blanca.

—¿Si, dígame?

—Doctora Awen, soy el Mayor.

—Hola, Mayor, un gusto escucharlo, ¿en serio ya está aquí?

—Efectivamente doctora. ¿Puedo pasar en un rato por el hospital?

—Sí, claro, lo estamos esperando. Qhari estará encantado de conocerlo personalmente.

—Sí, yo también tengo ganas. Hasta dentro de un rato.

—De acuerdo. Mientras viene iré preparando todos los informes que Qhari debe llevarse a España.

—Vale. Hasta ahora

La doctora miró a Ian.

—Lo escuché, viene hacia aquí.

—Tienes la oportunidad de empezar de nuevo.

—Doctora, gracias por todo.

—No me agradezcas nada, sólo hice mi trabajo.

—Aunque no lo crea, todas las charlas con usted me sirvieron de mucho. Gracias por devolverme un poco de la confianza en mí mismo.

—Así es como funciona la terapia. Gracias a ti por compartir conmigo lo no estrictamente profesional.

Unos toques en la puerta interrumpieron la conversación.

—Adelante —la puerta se abrió y entró el Mayor.

—Hola, doctora —se giró hacia Qhari—. Hola, Qhari, un placer conocerle en persona —dijo, estrechándole la mano.

—Mayor, bienvenido. Les dejaré solos.

—Gracias, Awen, un placer volver a verla. Esta salió cerrando la puerta tras de sí.

—¿Preparado para volver al mundo real?

—Creo que sí.

—Gracias por confiar en mí y contarme que entendía todo lo que hablábamos. Fue una sorpresa. ¿Recordó algo más?

—Más o menos —respondió —Primero quiero disculparme con usted y con José Fernando.

—¿Y eso por qué? —preguntó extrañado.

—Porque aunque no recuerdo todo, sí podía haberme comunicado con ustedes en castellano.

—¿Por qué no lo hizo?

—La verdad es que temía...

—¿A qué le teme?

—No quería salir de la aldea, no quería irme de aquí.

—¿Ha cambiado de idea?

—No estoy seguro del todo —dijo dudando.

—De acuerdo. ¿Por qué no empezamos por el principio?

—¿Qué quiere saber?

—Todo lo que pueda decirme.

—Mayor —sacó la fotografía de él junto a Scarlet y las chicas. Se la mostró—, ¿usted sabe de Scarlet?

—Le voy a decir algo, Ian, lo que le dije el otro día sólo fue un pequeño resumen. Quizás lo que le cuente ahora le haga pensar y mucho. Sí le diré que si alguna vez alguien le ha querido, ha sido ella. La odisea que vivió aquí tratando de encontrarle... —tomó aire y continuó— Arriesgó su vida y la de dos de sus amigas queriendo ir a una zona que quedaba fuera del área de búsqueda. El día que se tomó esa fotografía fue cuando se dieron por finalizadas las tareas de búsqueda. El caso más parecido a morir de amor, fue ella,

—¿Ella ahora está bien?

—Puedo decirle que ahora vive. Yo he pasado unos meses en Málaga y he estado mucho con ella, es feliz a su manera. Samuel y su esposa, ellos también están bien, por si le interesa.

—Gracias, dígame una cosa cambiando de tema. Si Samuel le dijo del hombre que nos presionó para salir y ese hombre no vio a la persona que le pagó, ¿cómo harán para descubrirlo?

—Eso déjeselo a la policía, no se preocupe. Cuénteme lo que recuerde desde el accidente hasta que despertó.

—De acuerdo, veamos como empiezo...

Comenzó a relatarle. El Mayor escuchaba con atención sin interrumpirle ni una sola vez; anotaba datos en su libreta. Nunca se hubiera imaginado que pasara por todo aquello y siguiera vivo. Sólo escucharle daba

sensación de ahogo.

“Las rocas me golpeaban cada centímetro del cuerpo y sólo pensaba en Scarlet, cada segundo de mi vida era por y para ella, todo lo que habíamos vivido pasó en una fracción de segundo. Todos los esfuerzos por mantenerme con vida, me tenían agotado. Cada vez que el impulso del agua me llevaba a la superficie, apuraba al máximo para poder llenar los pulmones de aire porque no sabía si tendría otra oportunidad para hacerlo. Llegó un momento que me sentía tan débil, que ya sólo quería morirme para que terminara cuanto antes”.

—Pero usted estaba entrenado para este tipo de deporte...

—Sí, pero no para luchar a vida o muerte contra la naturaleza. No sabía qué había sido de mis compañeros, me golpeaba constantemente... —le miró.

—Todos sus compañeros del reality volvieron a casa. Los verá en el juicio.

—Gracias a Dios, me alegro mucho

—Por favor, continúe.

—Fue una agonía. Sólo quería morirme ya y acabar con aquello. Todos mis esfuerzos por aferrarme a la vida eran inútiles y el dolor se tornó insoportable. Cuando volví a abrir los ojos no sabía quién era ni dónde me encontraba, y tampoco sé con exactitud cuánto tiempo estuve inconsciente.

—¡La Virgen, muchacho! Está usted vivo de puro milagro. Si la señorita supiera todo esto... Siento mucho por todo lo que ha pasado, afortunadamente el Señor ha querido que usted continúe con nosotros. ¿Y de la aldea, qué puede contarme? ¿Cómo vivió desde que despertó?

—Cuando abrí los ojos me encontraba en un sitio en penumbra. Como le dije antes, no reconocía el lugar ni los ojos que me miraban curiosos. El olor de la estancia era intenso, no sabría definirlo pero no me era desagradable. Quise moverme, pero un fuerte dolor me lo impidió, llegando a



marearme incluso. Volví a perder el conocimiento; así estuve mucho tiempo. Khuyana, su madre y el sanador me cuidaron. Cuando pude levantarme y valerme por mi mismo intentaba ayudar en todo lo que podía, que era más bien poco porque mis movimientos eran limitados por tener que usar bastones. A cada día que pasaba, más me enamoraba de Khuyana, o eso creo.

—¿Puede decir ahora que realmente la ama?

—No lo sé. Desde que vi las fotos de Scarlet tengo muchas dudas.

—Comprendo. Le voy a dar un consejo: piense muy bien lo que quiere hacer a partir de ahora con su vida, pero no las haga sufrir a ninguna de las dos, no se lo merecen. Tómese el tiempo que necesite y haga lo correcto. Todo el tiempo que ha pasado en la aldea no ha sido decisión suya, pero lo que decida de ahora en adelante sí lo será.

—La doctora me dijo que nadie sabe de mí.

—Es cierto. El hecho de que usted haya aparecido justo en este momento, así lo requiere. Ni siquiera se lo mencioné a Luis

—¿Quién es Luis?

—Mi compañero allá en España. También está en esa foto con nosotros. Es un muy buen amigo. Tendré que pedirle disculpas por no contarle de usted.

—¿Y por qué no se lo dijo siendo tan buen compañero?

—Porque tengo la certeza de que terminaría diciéndoselo a la señorita y no podía correr el riesgo. Nadie debe saber de usted hasta que su señoría le llame para declarar. Luis está enamorado de Scarlet —oír aquello hizo que se le encogiera el estómago. Un pellizco de celos...

—Tengo ganas de volver a España.

—¿Ahora le entran las prisas?

—Quiero terminar cuanto antes con todo esto.

—¿Ha decidido qué hará con su mujer?

—Sí, me divorciaré de ella. De eso no tengo la menor duda. Después del juicio me iré a casa y haré eso. Pensaré qué hacer con mi vida, con Khuyana, Scarlet... Mayor, ¿si quiero volver para estar con ella, me ayudará a regresar a la aldea? Usted es la única persona que puede hacerlo.

—Si ése es su deseo, cuente conmigo. Pero debe estar seguro al cien por ciento, porque una vez allí no habrá regreso.

—Así será. En relación a Scarlet...

—Ahí no me pida ayuda. Ella sabe lo que quiere, creo. Además, Luis es mi amigo.

—Comprendo su situación. Gracias por todo. ¿Cuándo voy a España?

—En cuanto tengamos toda la documentación en regla. Los gobiernos de ambos países están trabajando para que sea cuanto antes.

—Muy bien. En cualquier caso, estoy preparado. La doctora Awen me ha ayudado muchísimo.

—Se quedará aquí hasta que podamos llevarle de vuelta a casa.

—Mayor, ¿me puede contar cosas de ella? ¿Qué fue lo que hizo para poner en peligro su vida...?

—¿Usted conoce a sus amigas?

—No las conocí personalmente, pero recuerdo a Scarlet mencionarlas alguna vez.

—Pues verá, son un grupo muy peculiar. Si no las conoce y se encuentra con ellas, como me pasó a mí, tenga por seguro que preferiría ser comido por una manada de hienas, ja, ja, ja, pero en el fondo son de las mejores personas que he conocido nunca. Lo dejaron todo para acompañar a Scarlet cuando se vino a Perú a buscarle.

—Vaya cuadrilla de taradas —dijo riéndose.

—No lo sabe usted bien. Escuadrón suicida, ningún otro nombre les va mejor, créame.

—¿Qué fue lo que hicieron?

—Verá, cuando dieron por finalizada la búsqueda ella y otras dos, Angy y Ari, se adentraron machete en mano en la selva, directas a la zona que quedó fuera de la búsqueda, Menos mal que las interceptamos antes de que se extraviaran o algo peor.

—¿Por qué quedó fuera aquella zona?

—Porque iba hacia las montañas, por lógica la corriente llevaba todo rio abajo. Además, es una zona que según las leyendas está maldita.

—¿Arriba de las montañas?

—¿Si qué pasa?

—Ahí arriba es dónde está asentada la aldea.

—¿Cómo dice?

—No sé cómo llegar, cuando desperté y salí de la choza lo que vi fue espectacular.

—Ya hablaremos sobre eso. Le sigo contando. Como le dije, todos los lugareños lo temen, las leyendas es lo que tienen: serán ciertas o no, pero... Ellas no escuchaban lo que les decíamos, no tenían miedo alguno. Las tres Marías, tercas como ellas, ninguna. En cuanto pude me aseguré de que estaban subidas en el avión de vuelta a España. Después he podido conocerlas mejor y le digo que son todas maravillosas personas, locas pero muy buena gente. Ojalá que algún día pueda conocerlas. Aunque Scarlet está bien, me consta que fue muy duro para ella y su familia. Va a sufrir cuando le vea, de eso puede estar seguro. Ella también estará en la sala del juicio.

—Lo tendré en cuenta, Mayor. Estoy cansado, demasiadas emociones en un mismo día. ¿Podríamos continuar mañana?

—Por supuesto. Tenemos mucho de qué hablar, mañana nos vemos.

—Gracias, Mayor, por contarme cosas. No sé si tenga derecho, pero gracias.

—No se merecen. No tendremos mucho tiempo, pero seguiremos hablando.

Se despidieron hasta el día siguiente. Ian ya estaba deseando que llegara para que el Mayor le siguiera contando cosas.

## Capítulo 34

Scarlet llamaba todos los días a Angy; no quería que estuviera sola pero, terca como era su amiga, terminó por aceptar sólo llamarla. Angy lo prefería así. En unos pocos días se realizaría el juicio y tenía pensado ir para acompañar a Scarlet. Tenía curiosidad por ver cómo terminaba todo aquello.

Marga acompañaría a Samuel. El resto de participantes también estarían. La desaparición de Ian no sólo había tenido que ver con las riadas, aunque ése fue el factor principal.

El tema con Luis era otra historia: hablaban por teléfono, pero no se veían. Este la iba informando de lo que podía, pero en lo referente a su relación no le decía ni mu. Si ella quería, tendría que dar el primer paso, él mientras esperaría.

—Bueno, Ian —le dijo Awen esa mañana—. Llegó el momento de despedirnos.

—Sí, ha sido un placer conocerla. No hace falta que le diga que si yo no regreso y alguna vez va a España, será usted bienvenida a mi casa.

—Si coincide, ten por seguro que así lo haré. Y si se da el caso de que vuelves, ven a verme antes.

—Si Dios así lo quiere, lo verá usted misma con sus ojos. Adiós doctora.

—Adiós Ian, cuídate mucho y que tengas mucha suerte.

—Gracias —le respondió, estrechándole la mano.

El Mayor esperaba en el coche para llevarle al aeropuerto. Ian pensaba que le llevaría y se marcharía de vuelta a la comisaría, cuál fue su sorpresa al ver que embarcaban juntos.

—¿Usted también viene?

—Sí, tengo que ir.

—Vaya, creí que me dejaba y se iba a trabajar.

—No, durante estos días no sólo he preparado su documentación sino cosas personales. Me voy con usted a España.

—Eso lo veo claro, Mayor.

—Voy para quedarme.

—¿En serio?, ¿Usted tiene algo allí, familia o algo?

—Puede.

—Pero si se queda y yo decidiera volver...

—Estese tranquilo, porque también me encargué de eso. Si regresa, José Fernando tiene todo lo necesario para que pueda llegar hasta allí.

—¿Usted cree que me llevará a pesar de las leyendas?

—Las leyendas es lo que tienen, amigo mío: que son eso, leyendas. Según lo que me contó, si es tierra fértil y rica de la naturaleza... por muchas leyendas, qué quiere que le diga... La he localizado por satélite, nadie más salvo José Fernando sabe la ubicación del lugar.

—¿Eso es lo que ha estado haciendo estos días?

—Efectivamente. Cuando regresaba hacia aquí, el comisario con el que trabajé me mando por Luis una nota diciéndome que estaría encantando si algún día quería trabajar con él. Mientras los gobiernos tramitaban su traslado también hacían gestiones para que yo pueda trabajar en España, así que allá que me voy. La fortuna se puso de mi parte por una vez en la vida

—Tiene que ser muy importante lo que tenga allá para dejarlo todo.

—Una mujer maravillosa con el cabello rosa.

—Vaya, creo haber visto en algún sitio una dama con tal característica... —dijo pensativo.

—Efectivamente, una amiga de Scarlet. Cuando la conocí la hubiera

matado con mis propias manos. Qué mujer más insolente y malhablada —dijo llevándose la mano a la cabeza.

—Algo tendrá para que usted lo deje todo por ella, hombre.

—Pues ya le he dicho, insoportable, borde, etc.... ja, ja, ja.

—Me alegro por usted. La mujer española... qué le voy a contar yo.

—Gracias, joven. Verá la cara que se le queda cuando me vea.

—¿No le ha dicho nada?

—Ni tiempo he tenido. Venga, vamos, que nuestro vuelo sale en breve.

El viaje fue tranquilo. Ian no recordaba el placer que le suponía eso. Le encantaba volar en avión.

El Mayor le pareció un gran hombre. Le explicó cómo procedería él en su situación. Le quedó muy claro el profundo cariño que sentía hacia Scarlet, que de todo lo que le hablaba de ella hacía que la añorase. Necesitaba verla y abrazarla; darle las gracias por haberle ido a buscar y pedirle perdón por todo el daño que le hizo en el pasado. Los nervios se apoderaron de su cuerpo, sabía que posiblemente en pocas horas los vería a ella, a Marga y a Samuel. También a él le supondría un shock. Estaba vivo y todo el mundo le creía muerto.

Con tantas emociones, Khuyana quedó en un segundo plano.

—Cuénteme más cosas de su paso por la aldea. No me contó mucho el otro día —Khuyana y la tribu volvieron de golpe.

—Cuando tuve consciencia de nuevo allí estaba ella, mirándome curiosa. Hablaba con alguien a quien yo no podía ver. Paseaba la vista en derredor, me sentía intranquilo y me faltaba el aire. Entonces apareció Inka. Khuyana se fue y regresó con el sanador y el chamán. Buena gente es poco decir de ellos.

—¿Cómo curaron sus heridas?

—No sabría decirle a ciencia cierta, pero Khuyana y su madre me

ponían cataplasmas en las heridas e Inka me dijo que tuve más huesos rotos de los que podía contar. La herida de la espalda sí les costó que cicatrizara, gracias a los ungüentos que preparaba el sanador y todos sus cuidados, lo pude superar. Poco a poco me iba recuperando, y mientras Khuyana me enseñaba su idioma y sus costumbres yo más me enamoraba de ella. Todo se torció cuando ella también se enamoró de mí. Usted sabe que Intiawki, aunque es el hijo menor de los dos...

—Sí lo sé, Inka me contó esa costumbre de la tribu. Él será el próximo jefe, y Khuyana deberá cuidar de sus padres.

—Eso es, Inka vio peligrar esa costumbre, y lo demás usted ya lo sabe. Heme aquí con usted.

—Y dígame, ¿Khuyana supo que recobró la memoria?

—No, nadie. La doctora, usted y, obviamente, yo.

—¿Sabe cómo llegaron al lugar donde se asentaron?

—Khuyana me contó que a consecuencia de la crecida del río se vieron obligados a dejar la aldea. Se aventuraron a una parte de la selva donde el acceso era casi imposible. Decidieron ir a contracorriente y subir lo más alto que la montaña les permitiera, y así llegaron a un lugar donde la tierra se veía fértil, los árboles resplandecían de vida, el río les proporcionaba el agua necesaria para sus cosechas y para ellos mismos. Aparte de estar rodeados de aquellas maravillosas ruinas, Inka supo que allí nadie les encontraría y podrían seguir viviendo a su modo.

—Creo que esa zona es la misma por la que Scarlet quiso ir en su búsqueda. Cuando lo vi por el satélite, lo confirmé.

—Inka no quería ir, pero el chamán le dijo que tuvo una visión en la que los espíritus les mostraron aquellas tierras, aunque prohibida para unos, libre para asentarse ellos.

El lugar está rodeado por la maleza más espesa, pero en su interior



alberga las mil maravillas jamás vistas por la humanidad. Encontraron las ruinas de una antigua civilización, o eso era lo que Inka creía; rodeada de vasta vegetación, cascadas de agua cristalina, donde el olor que imperaba era el de tierra, vida, tierra de prosperidad, paz y armonía. Inka dijo que allí se quedarían para siempre.

—¿Cómo es que no recuerda cómo salió de allí?

—El día que Inka me dijo que no podía casarme con Khuyana y que tenía que acompañarlo a la ciudad, me fui con mi bastón a un lugar y me caí. No me rompí nada, pero tuve dolor. El sanador me dio un brebaje para ello. El día que salimos de la aldea, y esto ya es suposición mía, él metió algo dentro del brebaje, porque me empecé a encontrar como mareado y aturdido. Cuando el efecto se pasó ya nos encontrábamos en el claro.

—Abróchese el cinturón, vamos a tomar tierra.

—Estoy nervioso.

—Es normal. Después de algo más de dos años verse en estas circunstancias... Es lógico. Yo le acompañaré en todo momento. Nos alojaremos en una pequeña pensión y saldremos sólo para ir al juzgado. Después nuestros caminos se separarán, pero si quiere podremos mantener el contacto. Su tierra es muy bonita y me gustaría llevar alguna vez a mi chica.

—Será un placer. Primero déjeme que arregle el desastre de mi vida, después decidiré qué quiero hacer.

—Me parece lo correcto. Ya hemos aterrizado. Aunque suene cómico, y más siendo yo quien se lo diga, bienvenido a casa.

—Sí, suena gracioso que el panchito me dé la bienvenida, ja, ja, ja.

—¿Panchito? —preguntó sorprendido.

—Discúlpeme, Mayor, así es como les decimos aquí a ustedes los peruanos.

—Tiene un sentido del humor un poco raro. Pero no se preocupe,

aquella cuadrilla de señoritas me llamaron de todas las formas posibles, así que panchito es lo más cariñoso que me han dicho hasta ahora, ja, ja, ja.

—No me atrevo a preguntar, pero estando Scarlet por medio me puedo esperar cualquier cosa.

Iban saliendo hacia la salida del aeropuerto, tomaron un taxi y el Mayor le proporcionó la dirección al taxista.

—El Mayor gilipollas.

—Ja, ja, ja. ¿En serio?

—Totalmente. Así me dijeron una vez y así fue que me quedé. Afortunadamente ya no me lo dicen, pero ni se imagina usted, me volvieron loco.

—Le creo, Scarlet tiene un sentido del humor bastante extraño. Muchas veces no sabía si me hablaba en serio o me gastaba alguna broma.

—Y eso siendo usted del norte también. A mí me han confundido hasta con expresiones que utilizan ustedes de diario.

—Le han tomado el pelo como han querido.

—Sí señor, eso me temo. Ahora somos muy buenos amigos. Hemos llegado.

Bajaron del taxi y entraron en la pensión. El comisario ya se había encargado de registrarlos. Tenían dos días para preparar la declaración. Ian tendría que contar lo mismo que contó Samuel, no porque quisiera sino porque así fue como ocurrió. Vería a la directiva del reality al completo. Cuando Samuel enfermó él se reunió con todos ellos para saber si podría o no seguir en la competición.

—Mayor, ¿puedo hacerle una pregunta?

—Claro que sí hombre.

—Si Scarlet no sabe de mí, todas las fotos que le mandó a la doctora, ¿de dónde las sacó?

—Tendré que darle una buena explicación. Un día me contó que guardaba muchas cosas tuyas, de su relación. Cuando llegué para la investigación ella me ofreció su casa y me prestó un juego de llaves...

—Prepárese, Mayor, le va a caer la del pulpo.

—No quiero preguntar, pero cuando acabe esto se lo explicaré. Tengo que salir, voy a comprar comida. Sobra decir...

—No se preocupe, no me moveré de aquí. Estoy cansado del viaje. Me voy a duchar y a tumbarme en la cama. Quizás vea algo de televisión.

—Estaría bien, no sé cómo se encontraba su país antes de irse, pero ahora está bastante mal. Sólo hablan de política.

—Entonces no creo que haya cambiado mucho.

—No lo sé, mire a ver.

—Prefiero descansar. Gracias.

—Enseguida vuelvo. Hasta luego.

—Hasta luego Mayor.

Ian tenía ganas de encontrarse cara a cara con todos. Que pasara el juicio, que pudiera pensar, relajarse y decidir lo que hacer.

Los dos días en la pensión se hicieron eternos a pesar de la buena compañía. Se reía mucho con el Mayor. Le contaba cosas de las chicas, de cuando fue la boda de Pilar y Scarlet lo engañó para llevarle sin que sospechara nada. A su vez, Ian le contó como conoció a Scarlet, de algunas salidas que hicieron e incluso le contó de la ruptura. ¿Qué pasaría después de aquello? ¿Seguiría ella enamorada de él? ¿Cómo reaccionaría al verle? Todas esas preguntas que se hacía tendrían respuesta más pronto que tarde.

Se vistió con un traje de dos piezas, se anudó la corbata y junto al Mayor, salieron dirección a los juzgados. Allí les esperaban, aunque todavía nadie lo sabía. Como poco, sería impactante.

## Capítulo 35

Scarlet se encontraba esperando a Angy en la escalinata de acceso a los juzgados, el edificio era bien parecido al de su ciudad. La vio acercarse. Estuvieron un rato hablando antes de entrar, lo hicieron acompañadas de Luis y el comisario que llegaron en ese mismo momento. Pasaron a la sala en la cual se llevaría a cabo el juicio. A un lado se encontraba la directiva del reality, al otro, el resto de participantes, Samuel y junto a él, Marga. Este se levantó y se acercó a ella.

—Hola —saludó.

—Hola, Samuel, ¿qué tal?

—Bien, gracias, ¿y tú?

—También. Un poco nerviosa. Siento que hoy será un día extraño, no se...

—Todo estará bien.

—Al menos espero que quien haya boicoteado las balsas sea condenado por lo que hizo. Pudo haber sido peor.

—Eso es cierto. Bueno, me voy a mi sitio. Me ha alegrado verte. Adiós.

—Adiós.

Scarlet se sentó, se sentía arropada por su amiga. Ella ni siquiera debía estar allí, pero en su fuero interno creyó que era como representar a la única persona que no podría estar. Ni Marga ni Samuel: ella representaba a Ian.

Luis se sentó a su lado:

—¿Te importa que me siente aquí? —le preguntó.

—No, qué va.

—Gracias.

—¿No tienes que estar con tu jefe?

—De momento, no. Vinimos juntos porque coincidimos en el cuartel. Yo tengo el día libre; él, al ser el comisario y encargado, no sé muy bien por qué, tenía que venir.

—Ah, vale. A ver si termina ya esto, porque después de tanto tiempo no creo que sea agradable para nadie.

—No, y eso que ellos no saben lo que tú.

—Soy una privilegiada.

La sala enmudeció. Su señoría pidió silencio. Comenzaba el juicio contra la organización del reality...

Uno a uno iba subiendo al estrado y respondían a las preguntas que les formulaban tanto su abogado como el fiscal y el abogado de la acusación.

Scarlet no entendía muy bien cómo funcionaba todo aquello, pero los gestos y comentarios que hacía Luis la iban guiando. Hicieron un descanso y retomaron de nuevo la sesión. Esta vez declararon los participantes del reality. Salvo Samuel, ninguno declaró haber sido presionado por nadie.

Mientras Samuel declaraba conectaron con Perú vía Skype para proceder a la identificación del hombre que supuestamente los presionó a él y a Ian. Así mismo dicho hombre fue interrogado. La declaración fue la misma que cuando lo detuvieron. Se le solicitó que escuchara las voces de los ejecutivos allí presentes por si la reconocía, pero después de dos años no estaba seguro.

—Creo que esto ya está más que acabado —dijo Luis.

—Yo no entiendo mucho, pero pienso que tienes razón. Angy, no creo que estemos mucho tiempo más aquí.

—Sí, no sé qué me da, nena, que se va a comer él todo el pastel.

—Ese hombre lo va a pasar muy mal —respondió Luis—. El Mayor me contó que las cárceles allí... bueno, no están bien que digamos.

—No le exculpo de lo que hizo, pero me da pena.

—El jurado se retirará a deliberar en breve.

—Niña, vamos a tomar un café. ¿Vienes? —le preguntó a Luis dirigiéndose a él.

—Pero ¿qué ocurre?

—¿Por qué tanta alarma? —preguntó Scarlet extrañada.

—El comisario se ha acercado para hablar con el abogado de la acusación —el murmullo en la sala cada vez subía más de tono.

—¡Silencio en la sala! —ordenó el juez.

—Su señoría, ¿podría acercarme al estrado? —preguntó el señor Guzmán.

—Por supuesto, acérquese.

—Gracias, señoría —Guzmán se acercó y trasladó las palabras exactas que le había dicho a él el comisario.

—De acuerdo, vuelva a su sitio.

Todos estaban expectantes. ¿Qué ocurría que la sala estaba alborotada?

—Orden en la sala —repitió—. Si no se callan ordenaré su abandono inmediato. El señor Guzmán ha solicitado permiso para tomar declaración a un nuevo testigo. Si están todos conformes, procederemos a su llamamiento —Su señoría miró al fiscal y al abogado de la defensa, que no objetaron nada. Nadie podría cambiar ya el posible veredicto del jurado—. El señor Guzmán llama a declarar a Ian Expósito.

—¡Hostia puta! Ian...—el rostro de Scarlet palideció. Miró a Luis pidiéndole explicaciones con la mirada, pero éste estaba tan sorprendido como ella.

—Scarlet, yo...

—¿Cómo has podido hacerme esto?

—Pero...

—¡Vete, por favor, no quiero verte!

Lágrimas caían por sus mejillas. Angy abrazó su amiga, que temblaba. La gente allí congregada enmudeció. Marga y Samuel estaban que no se lo creían: si aquello era una broma, era de muy mal gusto.

La puerta se abrió y apareció Ian acompañado del Mayor. Este miró a toda la gente, Luis se cruzó con él y le lanzó una mirada acusadora. Según iban andando, la gente se levantaba de sus asientos. Marga y Samuel también se pusieron en pie. Ian la buscaba a ella. Miró a Marga y enseguida pasó a Samuel. Angy miró al joven, era mucho más guapo que en fotografías, miró a Víctor Hugo que le pedía tranquilidad con los ojos. La sala se convirtió en una plaza de mercado. Comentarios y murmullos por todos los lados.

—¡Orden en la sala! ¡Orden! —Su señoría golpeaba con su mazo para llamar la atención de los allí presentes. Scarlet estaba en shock.

—Nena, respira —le decía Angy—. Te va a dar un parraque, mujer. Cariño, tranquila, seguro que hay una explicación para esto.

—Pero... —su voz apenas era audible. Lo que llevaba años esperando se hacía realidad, y no sabía cómo encajarlo.

Sus ojos se cruzaron con los de Ian, que la miraba fijamente. Un simple gesto que nadie salvo ella percibió le daba la tranquilidad que en esos momentos necesitaba.

—Señor Expósito, ¿jura decir la verdad...?

—Lo juro —dijo, ya en el estrado.

—Por favor, comencemos —el Mayor se colocó al lado del comisario e intercambiaron alguna confidencia.

—No se preocupe, después hablaremos con él. Lo que no tengo claro es cómo haremos con ella.

—De ella me encargo yo, comisario. Tengo cosas que explicarle aparte de esto. Creo que con Luis va a ser más difícil.

Ian respondía a todas las preguntas que le iban formulando.

—Entonces, ¿afirma que el acusado fue la persona que les presionó a usted y su compañero?

—Sí, señor.

—¿Qué fue lo que les dijo?

—Exactamente no recuerdo muy bien, pero fue algo así como que teníamos que realizar la prueba de descenso sí o sí. Que aunque parecía que las condiciones del río no eran muy favorables, era sólo apariencia. Yo en alguna ocasión he salido en peores circunstancias; también es cierto que conocía el terreno donde me movía.

—Señor Expósito, ¿dónde ha estado hasta ahora? —preguntó el abogado de la defensa.

—¡Protesto, señoría! Creo que esa cuestión es irrelevante.

—Admitida. Cíñase estrictamente al tema que nos ha traído aquí.

—¿Por qué decidieron salir y no denunciarlo a la organización?

—Porque aunque no conocíamos la zona nos dijeron que las condiciones mejorarían, cosa que luego no fue así. No íbamos a desconfiar de la organización. A ellos menos que a nadie les interesaba ponernos en peligro.

—¿Usted cree que la organización está involucrada en este accidente?

—Lo que yo crea me lo reservo para mí. Me encontré con esto sin yo buscarlo. No tengo claro todavía qué hago aquí. De todas formas, ni siquiera está aquí la ejecutiva al completo.

—¿Cómo dice, señor Expósito? —el abogado de la defensa se removió en su silla.

—Falta una persona. Perdí la memoria, pero recuerdo perfectamente a los miembros.



—¡Protesto, señoría! —dijo el abogado defensor.

—Denegada.

El juez ordenó un receso de dos horas. Aquello se demoraría mucho.

Ian se fue con el Mayor a otra sala, permanecería aislado para que nadie lo agobiase. Marga y Samuel quisieron verlo, pero el alguacil se lo impidió.

En la calle, el comisario hablaba con Luis. Este confiaba ciegamente en el Mayor, y se sentía traicionado por él; creía que le daba toda la información de la que disponían, y ahora quedaba claro que no había sido así. El comisario intercedió hasta hacerle entender que había sido él quién impidió que terminara diciéndoselo.

—¿Por qué, comisario?

—Porque no podía transcender la aparición de Ian. Él no recordaba nada.

—Ya, pero si yo no estuviese al tanto de la investigación...

— Luis —apoyó la mano en su hombro—, eres uno de mis mejores hombres; decidí que fueras tú y no otro su compañero porque ya le conocías y porque realmente era un caso excepcional. La idea era decírtelo una vez confirmada su identidad, pero luego mis superiores nos prohibieron decir nada a nadie. El gobierno se hizo cargo, yo hice como que cerré el caso y de ahí que Víctor regresara tan precipitadamente.

—Ahora Ian recobró la memoria, por lo que se ve.

—No al cien por ciento, pero sí lo suficiente para declarar en el juicio. He de decirle que el Mayor se encontró con la sorpresa al llegar a Perú.

—¿Y usted? —preguntó.

—Yo, hace dos días cuando volvió con él para el juicio.

—¿Cree que servirá de algo?

—No, si no descubrimos quién fue el que llamó al hombre.

—Entonces, ¿qué caso tiene traerle?

—Es un ciudadano español dado por desaparecido durante más de dos años. Él no eligió esto. Entiende que debía regresar.

—Por supuesto. Su familia tenía derecho a saber que estaba vivo. ¿Qué pasará con él a partir de ahora?

—No tengo ni idea. Supongo que retomará su vida, o quién sabe. Dependerá de él. Tiene que seguir en terapia una temporada, y aquí será mucho más fácil que termine de recuperar la memoria. Debemos regresar a la sala.

—De acuerdo, le acompaño.

La sala volvía a ser un gallinero. Todos hablaban y comentaban la aparición de Ian como si de un milagro se tratase. Scarlet seguía en shock. No se movió de su sitio. Angy trataba de animarla, pero ella se había quedado paralizada, sus pies no respondían a las órdenes que su cerebro les mandaba. No hablaba, sólo observaba, fijó la vista en la puerta. Esperaba que volviera a entrar, que no se tratara de un sueño, pesadilla en este caso. El destino no podía cebarse con ella de esa manera.

Todos se pusieron en pie, su señoría volvió. Ian y el Mayor también lo hicieron.

—Retomemos donde lo dejamos —dijo el juez—. ¿Se encuentra bien?  
—le preguntó a Ian.

—Un poco aturdido por la situación, pero no se preocupe.

—De acuerdo, tiene la palabra el señor Guzmán.

—Antes mencionó que no se encuentran en la sala todos los ejecutivos, ¿no es así?

—¡Protesto! La directiva quedó libre de acusación con sus declaraciones previas.

—Denegada —dijo el Juez—. Aquí nadie queda libre hasta que se

aclare este asunto. Continúe. Responda a la pregunta.

—Efectivamente, falta un miembro.

—¿Puede decirnos en qué situación conoció a los ejecutivos?

—¡Protesto señoría, es irrelevante!

—Denegada —La directiva comenzaba a ponerse nerviosa. No contaban con eso. Tampoco entendían qué conflicto les podía traer esa cuestión.

—Cuando mi compañero enfermó, una de las condiciones del concurso era que no podía participar una sola persona, independientemente de por qué faltase el compañero. La directiva se reunió para decidir entre todos si yo podía continuar o no en el reality. Cuando lo decidieron me llamaron para darme respuesta, así fue cómo conocí a la ejecutiva. Y de todas las personas que estaban allí aquel día, aquí hoy falta una. Espero que no haya fallecido, de ser así lo siento.

—Tomemos un descanso. Esta información no estaba prevista. Se pospone la sesión hasta dentro de dos días —golpeó con su mazo para dar por terminada la vista.

Los asistentes poco a poco fueron abandonando la sala. Ian y el Mayor por un lado, el comisario y Luis por otro y Scarlet y Angy por otro. Scarlet necesitaba hablar con Ian, pero debía esperar hasta que el juicio finalizase. Salieron y se fueron a casa.

## Capítulo 36

El juez ordenó al comisario que buscara a la persona que había mencionado Ian. El no tenía constancia de que faltara ningún miembro y eso había que tenerlo en cuenta. Quizás el señor Guzmán, abogado de la acusación, tuviera razón y él fuera la pieza que faltaba y quién pagó a Romualdo. Necesitaban pruebas. Una vez localizado, le tomarían declaración.

El juicio seguía su curso y la búsqueda del hombre, también. Tenían una pista de dónde se podría encontrar; el comisario, Luis y el Mayor, junto algún otro compañero se dirigieron hacia allí. El lugar no era el más apropiado para un ejecutivo de su altura pero ya nada podía sorprender al comisario. Había visto muchas cosas raras e inverisímiles en toda su carrera como policía. El chivatazo, les llevó a un barrio donde la economía brillaba por su ausencia. Los rellanos entre los pisos, estaban abarrotados de basura, allí no se limpiaba pero hacía muchos años y se encontraban totalmente desiertos. ¿Qué le habría ocurrido a aquel hombre, para terminar en un lugar como ese? Supuestamente abundaba en dinero. Sólo había que ver al resto de la directiva...

Tocaron la puerta pero nadie abrió.

—¡Policía, abra la puerta!—Gritó el comisario. Silencio absoluto. Ni siquiera los vecinos asomaban por la puerta de sus casas.

El comisario dio órdenes de derribar la puerta. No hizo falta mucho esfuerzo; la madera estaba podrida como todo lo que se encontraba en el interior. El hedor que emanaba, era insoportable. Botellas vacías de alcohol barato tiradas por todos los rincones, restos de comida se hacinaba encima de la mesa. En el mugriento sofá, encontraron completamente borracho y

semidesnudo al hombre en cuestión. Llamaron a los sanitarios y le trasladaron al hospital. Después de comprobar que salvo la borrachera que llevaba, el hombre se encontraba bien, le dejaron toda la noche allí. Al día siguiente el comisario le fue a recoger para trasladarlo a la comisaria para tomarle declaración.

—¿Nos puede decir porqué ya no pertenece a la organización del Reality Xtrem?—Le preguntó el comisario.

—La verdad, no tengo ni idea. ¿Tengo que buscarme un abogado?—. El hombre se mostraba en actitud soberbia.

—¿Usted cree que deba? Sólo quiero que me responda a unas preguntas.

—¿Estoy detenido u obligado a responder?

—Ni lo uno ni lo otro, puede acogerse a su derecho a no responder. Pero si no tiene nada que esconder...

—En absoluto, simplemente que después de la reunión en la que se decidió si Ian seguía o no, decidieron apartarme. Fin de la historia.

— ¿Así sin más? ¿No le parece extraño?

—La directiva es lo que tiene. Si alguien les sobra, hacen votación y lo mandan fuera.

—¿Por qué cree que le echaron?—preguntó el comisario.

—Porque fui yo quien más interesado estaba en que Ian siguiera en el concurso.

—¿Por qué?

—Él y su compañero daban mucho juego al programa. Las demás parejas competían, pero sin ellos dos el programa hubiera sido un fracaso. Sabían competir, se ganaban al público, y eso era dinero. Después ocurrió la desgracia.

—Vaya, vaya, o sea que mientras el concurso fue bien usted estaba allí

con ellos, y después... Muchas gracias, señor. Tendrá que testificar en el juicio. Ian afirmó que faltaba uno de los ejecutivos, así que será llamado a declarar.

—Si no hay más remedio, así será. Adiós comisario.

El comisario fue a buscar a Luis. Algo le rondaba por la cabeza.

—¡Señor!

—¿Ha escuchado lo que ha dicho?

—Sí.

—¿Y qué le parece?

—La verdad, que no es trigo limpio.

—Estoy de acuerdo contigo. Hay algo que no me gusta.

—¿Qué vamos a hacer?

—Estoy pensando, cuando esté prestando declaración...

—¿Usted cree?

—Lo veo capaz de eso y de mucho más. Ojalá me equivoque. Ya sabe que todo el mundo es inocente hasta que se demuestre lo contrario. Si es él, Romualdo lo reconocerá.

—¿Sabe, comisario? Este caso ya me está cansando.

—La verdad es que parecía algo rápido.

—Se complicó un poco, sí señor.

—¿Solucionó sus problemas con el Mayor?

—Bueno, eso parece, hablamos y solucionamos las cosas.

—Tanto mejor así. He de decirle que, si usted quiere, será su nuevo compañero de trabajo.

—¡Pero cómo! ¿No va a regresar a Perú?

—No, si no trabaja contigo de compañero le destinaré a otro cuartel. Tú tienes la última palabra.

—No me ha comentado nada.

—Le pedí que no lo hiciera, quería ser yo mismo quien se lo dijera. El Mayor la única condición que puso fue que si era aquí, sería contigo.

—Yo estaré encantado, es mi amigo. Gracias, comisario.

—De nada. Ahora sigamos, en unas horas tenemos que estar en el juzgado.

Scarlet daba paseos de un lado para otro del salón. Habían pasado dos días desde que Ian apareciera en el juzgado con el Mayor y no pudo hablar con él ni durante ni después de la vista. Su corazón se saltó dos latidos en el mismo momento en que sus ojos se cruzaron. Había algo en su mirada pero no supo que era. Quería hablar con él, pero también necesitaba a Luis. Estaba dolida con él por haberle ocultado lo de Ian. Entendía que no pudiera por la investigación, pero él sabía lo mal que lo había pasado por Ian.

La gente comenzaba a entrar en la sala. No podía esperar más. Quizás Ian ya estuviese dentro.

—Todo el mundo en pie.

—Que pase el testigo y comencemos —la vista seguía su curso. La directiva ocupaba los mismos bancos que la vez anterior, el comisario se sentó detrás del abogado de la acusación y el Mayor, por primera vez desde que llegó, se acercó ella.

—Hola, señorita.

—Hola, Mayor

—Antes de que diga nada, tengo la obligación de exculpar a Luis.

—No hace falta.

—Sí, sí que lo hace. Él no sabía nada.

—Víctor Hugo, no le justifique.

—No lo hago. Es la verdad, él no sabía nada.

—¿Pero entonces...?

—Le debes una disculpa.

El juicio seguía, Ian respondía a todas las preguntas que le hacían, se sentía cansado.

—Díganos si se encuentra en esta sala, el hombre que mencionó el otro día —Ian paseó la mirada, caras conocidas que le miraban a su vez, gente extraña para él, Scarlet junto al Mayor...

—Sí, se encuentra en la sala.

—¿Está usted seguro?

—Completamente.

Desde Perú también llevaban cuenta del juicio, Romualdo iba a ser acusado de intento de homicidio. Por lo que a él también le interesaba que apareciera el hombre. En su declaración pidió perdón por lo que hizo. Eso no le restaría años de prisión, pero al menos su conciencia estaría tranquila.

—¿Puede señalar dónde se encuentra? —le preguntó Guzmán.

—Está sentado en la última fila, el caballero del traje azul —Todos se giraron hacia aquella dirección... El señor se puso en pie.

—Por favor, acérquese al estrado —le dijo el juez. El hombre fue andando bajo la atenta mirada de los allí presentes—. Si no hay más preguntas... Señor Expósito, puede retirarse, gracias.

Ian salió incluso de la sala. El Mayor ya le esperaba en el pasillo.

—¿Y ahora qué? —le preguntó.

—Bueno, terminarán las preguntas, los abogados expondrán sus alegatos y el jurado deliberará. Una vez tengan el veredicto, se lo dirán a su señoría y determinarán al culpable o culpables y se impondrá una condena o lo que sea. Usted ya ha terminado, si es eso lo que quiere saber.

—¿Pero tengo que quedarme aquí?

—Puede irse a casa.

—¿A casa? No sé si tengo casa, mi mujer está liada con mi amigo, no tengo dinero ni tarjetas de crédito...



—No se preocupe por eso, está todo solucionado. Bueno, lo de la casa no sé. ¿Su casa es un caserón grande allá por donde Cristo perdió las alpargatas?

—Ja, ja, ja, veo que todo se termina contagiando, hasta el humor —le dijo Ian riéndose—. No, esa es la casa familiar de Samuel. A Marga siempre le gustó, así que no me extraña que ella se haya ido allí. Yo soy más de ciudad.

—Ahora que sabe eso, ¿qué va a hacer?

—Necesito explicarle...

—Lo sé, pero ¿sabe? Creo que primero tiene otras cosas que solucionar. Ella lo entenderá.

—Hablaré con Marga, le diré que no quiero seguir con ella. Me iré a mi casa, a mi tierra, y ella puede hacer lo que le plazca. No les guardo ningún rencor a ninguno de los dos, y después hablaré con Scarlet, se merece una explicación. Cuanto termine con eso me iré; necesito solucionar mi vida.

—Hace usted bien. Si quiere, le digo a su esposa que puede pasar y hablar con usted. Yo he de volver a la sala.

—Sí, gracias. Ya me contará cómo termina este lío. El hombre de la directiva creo que guarda algo, no sé.

—¿A qué se refiere? —le preguntó el Mayor extrañado.

—Sólo lo que vi en aquella reunión, era el más interesado en que yo siguiera en el reality. No me dio buena sensación. También cabe la posibilidad de que yo esté equivocado, no sé si me explico.

—Perfectamente, a mi me pasa igual.

—Gracias por todo, Mayor, ha sido un placer haberle conocido. Ya sabe dónde encontrarme.

—Igualmente Ian. Si alguna vez me necesita, no dude en llamarme. Por favor, decida lo que decida, hágalo sin dañar a nadie.

—Lo intentaré. Además, en todo esto ella tendrá la última palabra y yo

se la respetaré. Se lo prometo.

—Le creo, tiene mucho en qué pensar y que decidir. Ahora me voy. Adiós.

—Hasta otro rato, Mayor, y gracias.

El Mayor regresó a la sala. Se acercó a Marga y le indicó dónde se encontraba Ian. Ésta se levantó y se fue acompañada de Samuel.

Scarlet entendió lo que ocurría, pero no hizo nada.

—Entonces, ¿qué fue lo que ocurrió para que el resto de la ejecutiva decidiera prescindir de usted?

—La verdad es que no tengo ni idea.

—¿A qué se refiere con eso?

—Todos querían seguir con el reality, entre ellos murmuraban que la audiencia se había quedado estancada. Yo lo único que hice fue decirles lo que querían oír.

—¿Qué pasó después?

—Nada, les convencí de que tener a Ian era audiencia asegurada, que podíamos intentar modificar las normas para que así fuera. Les expuse que si alguna de las otras parejas accedía a integrarlo en su grupo, esa solución podría ser viable.

En Perú, desde la sala donde se encontraba Romualdo, seguían la vista vía Skype. El acusado era el único que había escuchado la voz de la persona que le pagó. José Fernando, ahora encargado del caso tras la marcha del Mayor, escuchaba atentamente las respuestas que el hombre daba. Romualdo, al escucharlo, titubeó; no estaba seguro de que fuera él, pero esa voz se le hacía familiar. Así se lo comunicó a José Fernando.

—¿Cuándo fue que le expulsaron definitivamente del consejo directivo?

—El mismo día en que se decidió por unanimidad hacer la prueba de

descenso.

—¿Cuánto tiempo pasó desde que se lo comunican hasta que abandonó definitivamente el campamento?

—Un día aproximadamente.

Romualdo seguía escuchando la voz atentamente. Le parecía, pero por teléfono sonaba como más distorsionada. Se giró a José Fernando.

—Se parece, pero no lo puedo asegurar.

—Podría haberla distorsionado de alguna manera. Se me ocurre, por ejemplo, tapando el teléfono con algo... Avisaré al Mayor. Usted siga con atención, ahora vuelvo.

—¿Y después que hizo?

—Llamé a un amigo, y al día siguiente terminé de recoger mis pertenencias y me fui. Eso fue todo hasta hoy.

—¿Y qué habló con su amigo?

—Eso ya es algo personal, ¿no le parece?

El Mayor se acercó a Guzmán. Le mostró el mensaje que había recibido; no sabía si su señoría accedería pero nada tenían que perder por intentarlo.

—Señoría, ¿puedo acercarme al estrado? Solicito permiso para realizar una pequeña prueba in situ, cabe la posibilidad de que sea una nueva prueba.

—¡Protesto!

—Denegada. Si puede contribuir a la resolución del caso, se llevará a cabo. Por favor acérquese.

El Mayor le dio un papel con algo escrito, supuestamente, lo que le dijo el hombre a Romualdo cuando lo llamó.

—Señoría, solicito que el testigo lea esta nota, puede resultar una prueba concluyente.

—De acuerdo, adelante señor.

Mientras en la sala seguían el juicio, en otra ya se encontraba Ian con Marga y Samuel.

—¡Joder Ian, amigo mío! —le dijo Samu dándole un abrazo. Marga no sabía cómo actuar.

—Samuel, hola. Margarita...

—Hola, querido —le respondió al saludo—. ¿Por qué no diste aviso que estabas bien? Hubiéramos ido a buscarte.

—Sí, claro, igualito que cuando vinieron los otros. Vamos, no me jodas, Marga.

—Pero...

—Ni pero ni leches. Escúchame bien.

—Ian, amigo... —intercedió Samuel.

—No, Samu, no te metas en esto. No quiero saber más de ti —le dijo a Marga—. Cuando regrese a casa, nos divorciamos. Esto lo teníamos que haber hecho hace mucho tiempo.

—¿Qué bien, no? Así podrás irte con tu zorrita, ya vi que vino, no sé a qué. ¿Eso es lo que siempre has querido, no?

—¡Marga! —le gritó Samuel, se sentía ofendido.

—Es lo que siempre quiso y nunca dijo en voz alta —Samuel a cada minuto que pasaba estaba más ofendido. ¿Cómo podía sentir celos después de todo lo que habían vivido juntos?

—¿Sabes qué te digo? Deberías quedarte sola. Ni este mendrugo de amigo mío tendría que tenerte en cuenta después de todo. Ni estando Samuel delante, le tienes en consideración. Eres una egoísta. ¡Vete! Vete y no vuelvas. Mi abogado se pondrá en contacto contigo. Samu, no te mereces esta mujer, tú vales mucho más, creo que siempre supe lo vuestro y no me importó, pero amigo mío, no te conviene esta mujer.

La sala volvió a revolucionarse. Romualdo reconoció la voz. Ya no tenía duda alguna. El hombre, después de admitir que le pagó a Romualdo, fue imputado y el juicio quedó visto para sentencia. Pronto sabrían el veredicto y posterior condena. Aquel bochornoso capítulo había terminado. Todo el mundo abandonó la sala. Ya no tenía caso seguir allí. Es silencio hizo acto de presencia.

## Capítulo 37

Scarlet no sabía qué hacer, si quedarse o marcharse.

—Hola, señorita.

—Víctor Hugo, hola otra vez.

—No me diga así, señorita.

—Pues usted a mí tampoco señorita. Creo que ya las formalidades entre nosotros están de más hace mucho tiempo.

—Tiene usted razón, Scarlet.

—Así mucho mejor, Mayor. Tenemos que hablar.

—Lo sé. Deje que termine con esto y le explicaré todo.

—¿Por qué no me lo dijo?

—No podía. No estábamos seguros que fuera él. Hasta que no llegué de vuelta a Perú no sabía que había recobrado algo la memoria.

—Ha tenido que ser duro para él.

—¿Por qué no se lo pregunta usted misma?

—No sé si debo, ni tampoco si quiere verme.

—Y usted, ¿quiere o no quiere verle?

—La verdad es que estoy confusa, quiero y no quiero.

—Explíqueme sus dudas.

—Pues ni yo misma lo entiendo, ¿cómo se lo voy a explicar a usted?

—Dijo encogiéndose de hombros—. Siempre he tenido la esperanza de que algún día nos volviéramos a encontrar; hoy es ese día, y me da miedo enfrentarme a lo que pueda ocurrir. Porque está Luis de por medio... porque está su esposa... porque yo siempre seré la otra, porque ahora ya no sé ni lo que siento...

—Hable con él, no pierde nada. Quizás así descubra de una vez qué es lo que realmente quiere.

—Ya no será lo que yo quiera. Ha pasado mucho tiempo y sus sentimientos hacia mi pueden ser otros.

—¡O no! —Respondió el Mayor— Si no habla con él nunca lo sabrá.

—Gracias, Mayor. Ahora no quiero ser una intrusa, está con su familia. Me voy.

—¿Cómo que se va? ¿No entendió todo lo que le dije?

—Perfectamente Víctor Hugo.

—¡Señorita!

—Si él quiere, sabrá encontrarme. Si lo hizo una vez lo volverá a hacer. Si no, le preguntaré a usted, ¿no cree? Y usted, haga el favor de hablar con mi amiga. Está muy desanimada. Espero que haya vuelto para quedarse.

—Ésa es la idea. Me ofrecieron trabajo aquí, y todo dependerá de Luis. En cualquier caso, sí, me quedo.

—Me alegro. No se preocupe, entre todos le ayudaremos. Sabía que volvería. Hasta luego, Mayor.

—Adiós, Scarlet, vamos hablando.

Esta se fue cabizbaja, tenía una sensación agrisada en su interior. Por un lado, se alegraba mucho de que Ian estuviera vivo y bien y por otro, ¿qué pasaría a partir de entonces? Luis no se merecía sufrir por sus malas decisiones, no después de todo lo que había hecho por ella. No sabía qué hacer, la cabeza le iba a explotar. En dos días su vida había dado un giro inesperado con la aparición del que fue el amor de su vida. El único impedimento que hubo para continuar con aquella relación siempre fue el mismo, Marga. Después de más de dos años, volvía a estar en el punto de partida.

Ian había regresado de sabe Dios qué lugar, pero seguía casado con

ella. Todo eran preguntas sin respuesta. ¿Todavía quería a Ian? ¿Amaba a Luis? Sin lugar a dudas, tenía mucho en que pensar. Una vez tomó la decisión de dejarlo; esta vez no sabía ni si quería volver a intentarlo. Aparte de que ahora ya no eran Ian y Scarlet, ahora estaba Luis también.

Se fue a la playa. Cómo hacía siempre, se descalzó y bajó hasta la orilla. Le gustaba sentir la arena en sus pies descalzos. El agua acariciaba sus pies mientras caminaba. Allí, eso lo hacía a menudo, el agua estaba más templada, en San Sebastián, se lo pensaba muy mucho. El agua estaba fría a rabiar.

—Hola, bonita.

—Hola, Luis. Oye, perdona.

—No pasa nada.

—Sí, sí que pasa, fui una bocazas.

—Un pelín sí —le dijo sonriendo. Le podía perdonar cualquier cosa.

—¿Un poco sólo? Me pasé cinco pueblos.

—Es lógico y normal dada la situación...

—¿Cómo sabías que estaría aquí?

—¿En qué otro lugar si no? En todo este tiempo he aprendido a saber cuándo estás bien o cuándo algo te preocupa; cuando hay algo, vienes a la playa. Este lugar te es sagrado, da igual dónde te encuentres, si hay mar allí estarás, no sé, te da paz, serenidad. Te da como vida estar aquí—. Aquel detalle de él, la hizo sonreír.

—Me relaja y tranquiliza, me ayuda a pensar con más facilidad. El sonido del mar me da sosiego. Todos deberíamos tener un lugar donde escapar para encontrarnos con nosotros mismos. Yo lo tengo, el mío es la playa. Me aporta lo que necesito en estos momentos...

—Bueno, siendo así, te dejo.

—Espera, ¿querías algo?



—No era nada importante. Ya hablaremos.

—¿Estás seguro? No creo que hayas venido hasta aquí sólo para verme pasear.

—Eres todo un espectáculo. ¿No te das cuenta de cómo te miran los hombres al pasar?

—Qué bobo eres a veces. Además, la playa está desierta.

—No te preocupes. Supongo que Ian lo cambia todo.

—No lo sé Luis. Ahora no sé nada, lo que sí tengo claro es que no te quiero hacer daño.

—Tranquila, tómate tu tiempo.

—Gracias por todo.

—No me lo agradezcas, yo te quiero. Lo volvería a hacer. Tomes la decisión que tomes, yo siempre estaré aquí.

—Eso es lo que no quiero.

—¿A qué te refieres?

—Tengo mucho en lo que pensar. No puedo permitir que siempre estés aquí sólo por el hecho de no querer estar sola, no puedo ser tan egoísta.

—Ya, comprendo. Bueno, hasta otro rato. Adiós, Scarlet.

—Adiós, Luis. Hablamos.

Scarlet siguió su camino hasta el final de la playa. Sentía un vacío extraño siempre que Luis se marchaba y soltaba sus manos del agarre al que tanto se había acostumbrado. Ese contacto la llenaba mucho. Le hacía sentir bien. Vaya lío mental que tenía. Cuando decidió romper con Ian se encontraba en este mismo estado de melancolía total pero aun así no hubo marcha atrás.

Parecía que habían pasado siglos en vez de unos pocos años. Si antes Ian no se separó de su mujer, ¿por qué lo iba a hacer ahora? ¿Qué iba a hacer? ¿Cómo solucionaría su vida en esos momentos? Ni siquiera el consejo de sus locas amigas podría ayudarla. Era algo que tenía que hacer ella sola.

Llamó a Jesús y le pidió unos días de fiesta. Sabía a donde quería ir: se iría a su tierra, visitaría a sus padres, pero no se quedaría con ellos. Había un lugar donde nadie la buscaría, donde la cobertura del móvil era más bien escasa y el lugar idóneo para pensar y descansar. Todos darían por hecho que iría a algún lugar donde hubiese palaya, así que sería el lugar perfecto. Se marchaba a casa.

Cuando lo tuvo todo preparado cerró el ático y subió al coche. Haría el mismo recorrido que hacía siempre. Le encantaba ver el castillo del Monte Igueldo. A partir de ese momento dejó de existir todo, el juicio poco o nada le importaba ya, le daba exactamente lo mismo cómo terminara, Marga, Samuel, Luis, Ian... Todo dejó de existir. No había nadie más que ella y esa sensación de volver a casa. Ya regresarían cuando fuera su momento. Antes de partir, supo que Ian había preguntado por ella. El Mayor le contó sus planes, así que cómo él también necesitaba tiempo lo dejó para otra ocasión. Había vuelto; no sabía si para quedarse o como ave de paso, pero estaba vivo y eso era lo más importante.

Ian necesitaba desconectar de todo y pensar. Si regresaba a Perú, antes tenía que pedirle perdón y darle las gracias por todo a Scarlet, ése, era su compromiso con ella. Se despidió del Mayor y volvió a su piso. Estaba tal y como lo recordaba, sólo que más vacío, Marga se había llevado muchas cosas a la casa de Samuel. Contrató un abogado y puso su divorcio en marcha.

Samuel y Marga decidieron darse un espacio de tiempo, hablaron y se dieron cuenta que no podían estar separados, se dieron una oportunidad después de lo ocurrido. Angy y el Mayor seguirían como estaban: en cuanto el Mayor estuviese un poco más asentado verían cómo hacer para estar juntos definitivamente. Luis no puso ningún impedimento a trabajar juntos como compañeros, más bien todo lo contrario.

Ian sabía a dónde ir. El lugar elegido no era otro que un hostel perdido

en el monte. Quitando el tiempo que había pasado en Perú, solía ir muy a menudo. El dueño ya le conocía, a base de ir, ya eran amigos y siempre le buscaba un hueco si se presentaba sin reserva. Podría hacer algo que le encantaba, deporte. Preparó lo necesario para varios días. No volvería hasta no tener claro qué hacer con su vida.

Scarlet llegó al lugar. Le había costado encontrarlo por internet; había reservado con antelación por si luego no había habitaciones libres. Dejó todo empantanado en el suelo y salió escaleras abajo. El aire olía a hierba recién cortada y a leña quemada. Esos olores daban vida.

Miró hacia arriba y vio la montaña que años atrás fue incapaz de coronar. Ella no estaba acostumbrada al monte, de hecho ni le gustaba. Ella era una urbanita. En esta ocasión decidió subirla; no es que fuese muy alta ni dificultosa, pero para alguien a quien no le gustara el montañismo ni nada de eso, podía ser bastante duro. Se calzó sus botas nuevas, cogió un impermeable y se dispuso a salir. Estaba todo bien indicado, así que no habría forma de perderse.

—Señorita, ¿va a salir? —le preguntó el recepcionista.

—Sí, quería dar un paseo, ¿por qué?

—La previsión para las próximas horas es de fuertes lluvias, viento y granizo.

—Ah, no se preocupe, andaré por aquí cerca, además conozco la zona. No iré muy lejos.

—Así y todo, no debería salir. La recomendación es que de momento nadie se aventure a la montaña.

—No iré allí de momento. Si llueve tengo chubasquero, no se preocupe. Voy bien preparada. Hasta una botella de agua llevo, no le digo más...

—Insisto, señorita.

—De verdad, no se preocupe. Estaré aquí al lado. Hasta luego —se despidió. Si le llega a insistir un poco más, la habría convencido.

Ella era del norte, sabía perfectamente los cambios climáticos que sufrían. Muchas veces anunciaban fuertes lluvias y ni gota caía. Ya se conocía la historia.

Caminó hasta el sendero que llevaba a la explanada de Larraitz. Los montañeros volvían de hacer sus rutas y paseos. El cielo cada vez se cerraba más, y la temperatura descendía poco a poco. Cogió aire y comenzó a subir. Miró en derredor y no vio a nadie, así mucho mejor. En algunos momentos le gustaba la soledad, y ése era uno de ellos. Menos mal que no iba a subir la montaña que si no... Cada poco tiempo se cruzaba con alguna persona que ya volvía de regreso. Una fina lluvia comenzó a caer. No subiría mucho más, sólo quería explorar un poco el terreno... No recordaba el ejercicio físico que conllevaba andar por el monte. Con una altitud de más de mil trescientos metros, estaba catalogado como uno de los montes más emblemáticos de Guipúzcoa.

La lluvia no arreciaba en absoluto. El chubasquero de poco le servía ya, y le dolían los pies. Sólo a ella se le ocurría estrenar las botas ese día.

Estaba oscureciendo. Se paró a recobrar el aliento. Era hora de dar la vuelta y regresar. Estaba empapada, la lluvia cada vez caía con más intensidad y rayos y truenos la obligaban a caminar con más rapidez. Al final tendría que darle la razón al recepcionista. Ahora sí que tenía que darse prisa. No sólo era bajar hasta la falda de la montaña, sino ir hasta el hostel.

—Buenas tardes, hombre de Dios. Cuánto tiempo.

—Hola, que alegría volver a verte. Vaya tiempo que se ha puesto, coño.

—¿Dónde has estado tío? ¿Has estado desaparecido o qué?

—Pero además, literalmente.

—¿Qué coño me dices?

—Ya te contaré, es muy largo. ¿Tienes algo para mí?

—Para ti siempre hay un hueco y lo sabes.

—Gracias. No sé cuánto tiempo me quedaré.

—No importa, el que quieras. Estás en tu casa. Dame un momento, que hay una joven que a pesar de las advertencias salió y todavía no ha regresado.

—Anda ve, estos extranjeros son así. No hacen caso de lo que se les dice.

—No, no, si dijo que conocía la zona.

—Ja, ja, ja, entonces no te preocupes que estará al llegar. Voy a saludar a Ernesto. Hasta luego.

—“Agur”, luego te veo, ya nos tomaremos unas cervezas cuando podamos. Voy a atender la recepción, esto no se cuida sólo.

## Capítulo 38

No sabía cuánto tiempo llevaba fuera. Bajaba por el mismo camino por el que subió, o al menos eso le parecía. Llegó un momento en que dudó. Si seguía bajando llegaría a la carretera, y de ahí al hostel. Vio luz a lo lejos. Por fin respiraba tranquila. Cuando traspasó el umbral de la puerta, el recepcionista le miró aliviado.

—¡La Virgen! ¡Menuda manera de llover, coño! —Bufó Scarlet— La madre que me parió, parezco novata.

—Madre mía, señorita —salió del mostrador para ayudarla a quitarse el impermeable—. Mire que se lo advertí, me tenía preocupado. ¿No me dijo que no andaría muy lejos?

—No me regañe, hombre, mire cómo estoy, lo siento —.Desde el bar, alguien la observada con una sonrisa en la boca.

—En verdad que estaba preocupado.

—Relájese, hombre de Dios, ya regresé.

—Sólo puede haber una mujer tan mal hablada, terca y presuntuosa en el mundo entero —aquella voz...—. Si me dicen que voy a encontrarme aquí contigo, jamás lo hubiese creído. Pero si encima eres tú quien ha salido a pesar de las advertencias, menos. ¿Dónde has dejado las precauciones? Hola Scarlet.

—¡Ian! Santo Cristo de Lezo —dijo acercándose a él—. ¿Qué haces tú aquí?

—Me alegro de verte. ¿Qué haces tú aquí? Esa es la pregunta.

—Veo que se os conocéis. Os dejo —el recepcionista se retiró discretamente.

—Buf, lo mío es de traca. Me alegro de verte. ¿Qué tal estás? Te veo bien.

—Bien, gracias. Yo también te veo...

—¿Mojada? ¿Te importa que me cambie?

—En absoluto. Ve, no vaya a ser que te enfermes. Eres de coger resfriados con mucha facilidad. Te espero. ¿Te apetece cenar conmigo?—Que se acordara de aquel detalle, a Scarlet la hizo sentir añoranza de tiempos pasados.

—Sí, claro. Tenemos cosas de que hablar, ¿o no?

—Bueno, ninguno está obligado, pero sí me gustaría hablar contigo.

—Gracias, ¿te quedarás muchos días?

—No lo sé. Los que sean necesarios. ¿Y tú?

—Lo mismo. Sólo que ya se me rompieron los esquemas —le dijo gesticulando con las manos.

—Anda, sube. Aquí estaré esperándote.

Recogió la llave y desapareció escaleras arriba. Se duchó, se cambió de ropa y volvió al bar. Ver a Ian sentado en el taburete de provocaba añoranza. Se acercó y pidió una cerveza.

—Sentémonos en una mesa —dijo él.

—Vale, así estaremos más cómodos. Y bueno, cuéntame cómo ha sido tu vida. Si quieres, claro.

—Lo primero, debo darte las gracias por todo lo que hiciste.

—No me agradezcas nada. No podía darme por vencida sin ni siquiera intentarlo. Tenía que agotar hasta el último aliento. Una cosa era no estar juntos, y otra muy distinta perderte para siempre.

—Aun así, gracias. Hiciste lo que no fue capaz de hacer Marga siendo mi esposa.

—Ella creo que tenía cosas mejores que hacer...

—El Mayor me lo contó todo. No sabes lo que me duele que hayas sufrido tanto. Ahora te veo bien.

—Bueno, después de creerte muerto aprendí a vivir con ello. He de decir que tuve gente a mi lado que no me dejó flaquear.

—Me alegro de verdad. Te mereces todo lo bueno que haya en esta extraña vida.

—¿Qué me dices de ti, Ian? ¿Qué pasó?

—El día de las riadas casi muero ahogado. Unos nativos de allí me rescataron y me curaron.

—Vaya, como en las películas.

—Parecido. Cuando recobré el conocimiento no recordaba nada. Ni quién era, ni dónde estaba ni quiénes eran aquellas personas. Me cuidaron y curaron como si fuese uno más de la tribu. Poco a poco aprendí sus costumbres y su idioma. ¿Sabes?

—¿Qué?

—Es una de las pocas tribus nativas que quedan. Me hubiera quedado allí con ellos sin problema.

—¿En serio? ¿Dónde se encuentra el Ian deportista al que le encantaba ver el baloncesto y beber cerveza?

—Ese hombre murió aquel día.

Pasaron las horas, cenaron, bebieron y rieron. Cada uno le contaba al otro cómo habían pasado todo aquel tiempo. Eran como dos amigos que se reencontraban después de un tiempo sin verse.

De madrugada se despidieron. Si mejoraba el tiempo, Ian se comprometió a acompañar a Scarlet a hacer el ascenso al monte Txindoki. En silencio, como compañero.

Ya en su habitación, Scarlet analizó todo lo ocurrido. Se encontraba con el hombre de su vida y no se le erizaba el vello como antaño. Le tenía



mucho cariño e incluso le quería mucho, pero no estaba enamorada de él, e intuía que a Ian le ocurría lo mismo.

Después de todo, no se sentía mal por ello. Disfrutaría de los días que pasaran juntos, y cuando se separaran, ella volvería a Málaga. Allí tenía su vida.

El ascenso al Txindoki fue muy duro para ella. Ian la ayudaba cuando había algún repecho difícil, pero prácticamente lo hizo ella sola.

—¿Ian, qué harás? —le preguntó, rompiendo el silencio.

—¿Qué haré de qué?

—Con tu vida, digo. ¿Te quedarás aquí, seguirás con Marga o qué?

—Me estoy divorciando de ella. Cuando tenga el divorcio, y sintiéndolo mucho...

—¿Sintiendo el qué?

—No sé qué voy a hacer todavía —, la tomó de la mano—. Cuando vi las fotos tuyas estando en el hospital, mi corazón se rompió. Verte así por mi causa me mató.

—Tú no tuviste la culpa de lo que ocurrió.

—De eso no, pero sí de todo el daño que te había hecho antes. Ahora, después de haberte visto, puedo decirte que te quiero y te querré toda la vida. Fuiste una parte muy importante y eso no va a cambiar, aunque no supiera valorarlo.

—Pero...

—Pero creo que a ti te pasa lo mismo. Sientes un gran cariño. No puedo ni quiero hacernos más daño.

—Tienes razón —le dijo con lágrimas en los ojos.

—No llores, naricilla.

—Siempre serás mi amigo, Ian.

Llegaron a la cima, se abrazaron como lo hacen los buenos

compañeros. Se sentaron a descansar, y al cabo de un rato fueron descendiendo poco a poco.

Scarlet no sólo se encontró a sí misma, sino que encontró a un buen amigo.

Estuvieron allí juntos una semana, pasearon, se contaron confidencias y pasaron ratos muy agradables. Ian le contó de Inka y la tribu, de Khuyana y del lugar donde vivían.

—Aquello es realmente bello, te gustaría. Tú viste la parte destruida...

Hablaban durante horas, las que ya no les quedaban para separarse.

—Ian, me he alegrado tanto de volver a verte. Saberte bien me deja más tranquila, estos días me los guardo como un tesoro. No sé qué pasará a partir de ahora, pero quiero que sepas que eres una gran persona. Lo nuestro nunca fue un error, ahora lo sé. Fue lo más grande que he tenido y tendré en mi vida.

—Gracias. Estos días también me han servido a mí. Ven aquí —la abrazó con fuerza—. Siempre estaré contigo. ¿Vas a casa de tus padres?

—No. Me voy a Málaga. Tengo cosas que solucionar allí y además, aunque mi tierra me encanta, no soporto esta humedad... Por Dios que asco. ¿Y tú?

—Me voy a mi casa. Mientras no tenga el divorcio no puedo hacer nada.

—Pero ir pensando, sí.

—No sé, ya veré—.Era momento de despedirse.

—Mucha suerte, Ian. En Málaga me encontrarás. Adiós, amigo.

—Adiós, naricilla.

El viaje de vuelta a casa transcurrió tranquilo. Como venía siendo costumbre en ella, no avisó a nadie, así no se preocuparían. Descansaría un rato. Por fin lo tenía todo claro. Mandó un mensaje privado a su amiga.

—*Hola, petarda, ¿cuándo puedes venir?*

—*Hombre, la desaparecida. Tengo un par de días*

—*¿Me ayudas a comprar un vestido?*

—*Me lo pensaré. Lore sufre trastornos síquicos desde que te acompañó, ja, ja. Pues claro.*

—*Vale, gracias. Por cierto, estoy en casa.*

—*No sé por qué lo suponía.*

—*Te quiero, nos vemos.*

—*Y yo. Adiós.*

Se volvió a acostar y se quedó dormida. Cuando despertó estaba desorientada y no sabía cuánto tiempo había pasado. Estaba tranquila, sabía lo que debía hacer. Se duchó, se vistió y se fue para el cuartel. Cuando llegó, Luis y el Mayor salían con prisas.

—*Hola, Scarlet, ¿qué haces aquí?*

—*Hola, Mayor, necesito hablar con Luis.*

—*Ahora imposible.*

—*Hola, bonita. Tenemos una emergencia.*

—*Tranquilo.*

—*Cuando termine te llamo, ¿vale?*

—*Sí claro. Por favor, tened cuidado —les dijo.*

—*Siempre lo tenemos —respondieron al unísono. Aquella respuesta dejó flipada a Scarlet.*

—*Ja, ja, ja. Ay, no, por Dios. ¿En serio Angy os hizo ver la película de vampiros y licántropos? ¡Para matarla! Y a vosotros también, ja, ja, ja.*

—*¿Vampiros? ¿Licántropos? ¡Qué dices tú de los Cullens ni nada de nada! —le respondió Luis desternillándose de la risa.*

—*¡En serio! Tened cuidado.*

—*Que sí, mujer. Adiós.*

—Hasta luego, par de dos.

—Par de dos, par de dos —iba murmurando el Mayor—. Qué ocurrencias tiene esta joven. Porque par de tres no hay, ¿no?

—Mayor, en España cualquier cosa es posible... Vamos.

Al cabo de unas horas, Luis apareció en el ático. Se había cambiado de ropa y se había puesto algo más cómodo, lo que viene siendo unos vaqueros y una camiseta que le favorecían mucho.

—Hola, bonita. ¿Qué era eso tan importante como para que te presentaras en el cuartel?

—Pues verá, señor agente, necesitaba hablar con usted unas cosillas.

—Vamos, escupe.

—Por dónde empezar... Verás, estos días que he pasado fuera, me encontré casualmente con Ian.

—Vaya, que casualidad.

—Luis, no es lo que parece. De verdad que fue coincidencia. Siéntate y te cuento...

Pasaron el resto de la tarde hablando. Cenaron comida china y bebieron vino, Scarlet necesitaba dejarlo todo claro respecto al tema de Ian.

Angy apareció ese fin de semana. Comprarían el vestido e irían a cenar los cuatro a un bonito restaurante. Angy y ella tenían unos gustos bien diferentes en cuestión de comprar ropa.

—¡Me cago en la leche, niña! Ahora entiendo por qué Lorena no quiere repetir contigo. Es para cortarse las venas —le dijo dentro del probador. Angy le había llevado un vestido azul celeste que le hacía una figura espectacular, pero Scarlet siempre encontraba alguna pega: que si era muy corto, que si le tiraba de la sisa... con ése era el quinto vestido que se probaba—. ¡Qué tía más rara, Dios!

—Vale, venga, me quedo con éste. Estiliza mi cuerpo.

—Pero si eres la radiografía de un suspiro —la dependienta se meaba de risa con ellas dos—. Te daba cuatro tortas, porque con dos no me iba a llegar. Tira, que te, que te... —ambas reían— ¿Pero además, para qué tanta tontería esto de comprar un vestido?

—Se que tú te has traído alguno bonito. Siempre que salimos vas de punta en blanco, y yo casi en vaqueros.

—Una que tiene glamur —respondió Angy poniendo los ojos en blanco.

—Ten amigas para esto. ¿Se da cuenta? —le dijo a la dependienta mientras le daba el vestido— Le pido auxilio para comprar un vestido porque parecemos la bella y la bestia, y así es como me ayuda.

—Ja ja, no se preocupe entonces, con éste lucirá muy bonita —Angy se desternillaba de la risa.

—Verá, la última vez que alguien la acompañó a comprar un vestido, terminó con tal trauma que una vez por semana la vamos a visitar a la clínica psiquiátrica.

La dependienta enmudeció.

—No le haga caso, que le está tomando el pelo. Ja, ja, ja.

—Muchas gracias por su compra. Que pasen un buen día y una bonita velada.

Cogieron la bolsa y salieron. Fueron a tomar una cerveza antes de ir a casa. Los chicos las esperarían en el restaurante.

Scarlet y Angy llamaban la atención allí por donde pasaban.

El restaurante al que se dirigían estaba situado en el paseo marítimo. Se bajaron del taxi e hicieron a pie el tramo que las separaba del restaurante. El paseo estaba abarrotado, la temperatura era agradable e invitaba a sentarse en una terracita con buena compañía y una copa de vino.

Llegaron, y el camarero les acompañó hasta el comedor donde los

hombres esperaban. Nada más verlas, se levantaron.

—¡Joder chicas, estáis preciosas! —dijo Luis.

—Victor Hugo, cierre la boca que le van a entrar moscas —le dijo Angy dándole un beso en la comisura de los labios—. Gracias, Luis. No sé qué se trae entre manos la loca esta.

—Gracias por venir, chicos. Cenemos, que tengo hambre.

Como siempre que se juntaban los cuatro, el tiempo pasaba volando. Estaban tomando el postre cuando el Mayor pidió una botella de cava para hacer un brindis. Desde que estaba con ellos, siempre era él quién los hacía. Levantó su copa y se dispuso a decir unas palabras.

—Mayor, si me permite quisiera decir algo.

—Claro, adelante —Angy comenzó a reírse.

—Por fin vamos a ver un brindis a la vasca. Será para grabarlo.

—¡Cállate y no me interrumpas! —Le respondió Scarlet— Probablemente sea la primera y última vez que seas testigo de algo así.

—¡Agárrense, que hay curvas! Vale, vale, ya me callo.

—Lo primero por lo que quisiera brindar es por vosotros. Por teneros aquí conmigo. A pesar de las circunstancias que nos unió, volvería a pasar por todo, sois maravillosos. Aunque hay mucha gente a la que quiero y aprecio, vosotros sois especiales. Gracias por existir. Y bueno, quiero aprovechar este momento en que Angy cerró su boca también, para decirte —miró a Luis, le tomó la mano que le quedaba libre y continuó hablando—. Luis, no tengo ni idea de cómo puede terminar esto y te aseguro que igualmente correré el riesgo —Luis no entendía nada. Miró a Angy, que estaba como él—. Sé que te sorprenderá, y esto es algo que tengo claro que quiero hacer. Eres un hombre excepcional y cualquier mujer estaría dispuesta a pasar el resto de su vida contigo. En este tiempo que hemos pasado distanciados te he echado mucho de menos... También sé, que lo normal no es que una mujer haga esto pero chico,

como has podido comprobar yo no soy una mujer normal —metió la mano en el bolso y sacó una cajita, la abrió y se la mostró. Angy no se lo podía creer, se le descolgó la boca cómo en los tebeos—. Igual ya es tarde, pero me gustaría ser la mujer que comparta su vida contigo. No hace falta que me respondas ahora si no quieres. ¿Luis, quieres casarte conmigo?

—¡Coño cómo se las gastan los vascos! —dijo Angy para romper el silencio. Luis no se esperaba que Scarlet se declarara y menos de aquella manera.

—¿Estás segura de esto?

—Tan segura como que me llamo Dolores y aquel negro es mi padre... —dijo bromeando.

—Si lo hacemos y será para siempre...

—Tú y yo tendremos que hablar después, bonita de cara... —le dijo a Angy mirándola de reajo—. Sí, hasta que la muerte nos separe. Cuánto daño te ha hecho estar con mi amiga, cariño mío —le dijo abrazándolo—. Luis, para siempre.

—Sí, me casaré contigo porque te amo como nunca he amado a nadie. Te quiero, bonita.

—Y yo a ti. Perdóname por haber tardado tanto tiempo en darme cuenta —Angy lloraba como una magdalena. El Mayor también estaba emocionado. La señorita por fin se había dado cuenta de sus sentimientos.

—¡Por los novios! —Dijo el Mayor levantando su copa— Algún día, pelito rosa, si tú quieres, haremos lo mismo. ¡Por los novios!

## Epílogo

Cuatro meses han pasado desde entonces. Habían iniciado los preparativos de la boda nada más comprometerse. Clara y Manolo se alegraron mucho por los dos jóvenes. Ellos tenían claro que terminarían juntos. Independientemente de la iniciativa de Scarlet, Luis, en la primera oportunidad que tuvo de estar con su futuro suegro, le pidió la mano formalmente bajo la atenta mirada de Scarlet que ponía los ojos en blanco, anticuado era decir poco.

—Déjame hacerlo. No seremos una pareja normal y corriente, pero eso sí que necesito hacerlo.

—Pero eso amor, ya lo sabías hace tiempo. Además, a mi padre ¿qué le va a importar más que su hija conserve las dos manos? Si le pides una y te la concede, me dejarás manca...

—No cambies, mi vida.

—Nunca —respondió dándole un beso. Llamaron a la puerta.

—¿Esperas a alguien?

—No, al menos no que yo sepa. Voy a abrir.

—Hola buenos días. Carta certificada para Scarlet.

—Soy yo.

—Por favor, firme aquí. Gracias —Scarlet firmó y el cartero se fue.

—No me digas que te han puesto una multa.

—No tengo ni idea, pero no lo parece. ¡Cielos, es una carta de Ian! Voy a abrirla.

—Te dejaré sola.

—No hace falta. No tengo nada que esconder. Es curioso.



—¿El qué?

—Que todavía haya alguien que escriba cartas de su puño y letra.

—Tienes razón, cariño. Hay gente para todo. Me voy al cuartel, después nos vemos.

—Vale, gracias, amor —Luis la besó en los labios. Era muy cariñoso con ella siempre.

—Hasta luego, bonita.

—Te quiero. Adiós.

«Mi querida naricilla:

Déjame decirte que me alegro muchísimo por ti. Enhorabuena a los dos. Estoy feliz de que hayas decidido dar ese paso tan importante. Luis se quedaría estupefacto con ese pedazo de declaración que le hiciste... Ésa es mi Scarlet. El hombre por fin podrá respirar tranquilo. Tú siempre rompiendo las reglas. Gracias por la invitación, es muy bonita y original. Así, ahorrando. No sabía yo que el papel de estraza daba tanto de sí. Es broma, y lo sabes. Ahora es cuando sonríes. Como si te estuviera viendo por un agujerito. Siempre fuiste muy mañosa con las manualidades, aun recuerdo la que liaste con la goma Eva...

He de decirte que no sé si llegaré a tiempo, no es que no quiera ir, sino que estoy preparando una expedición en solitario y ya sabes lo que conlleva eso: vacunas, papeleos administrativos, burocracia, etc. Creo que seguiré tu consejo. Me buscaré allí donde sea y seré feliz. Creo que después de todo, me lo he ganado. Eso por un lado.

Por otro, Marga y yo por fin ya estamos divorciados legalmente, Dios, que pesadilla de mujer; es algo que tenía que haber hecho hace mucho tiempo. No me justifico ni mucho menos, pero quizás nuestra vida habría sido otra, o no, quién sabe. El caso es que ya soy un hombre libre y no veas ahora qué cruz, tengo que quitarme a las mujeres de encima, es un acoso total, una

auténtica locura.

No esperes que vaya, si puedo allí estaré, te lo prometo.

Tengo que viajar y no sé el tiempo que me llevará hacer todas las gestiones. Sé que serás muy feliz, vaya o no vaya. Si no puedo ir, el Mayor te avisará.

Mi querida Scarlet, se feliz, te lo mereces.

Con cariño,

Ian.»

Scarlet contaba con aquella posibilidad, pero confiaba en que finalmente fuera. El, después de todo, no la dejaría sola un día como ése. Movería cielo y tierra para estar.

Los días que coincidieron en la casa rural, Scarlet pudo comprobar el cambio de Ian. Era más humilde y más humano. No es que antes no lo fuera, sólo que era más materialista, diferente. Aquel Ian murió el día de las inundaciones, como bien le dijo. El Ian que se encontró después distaba mucho del que conoció... Dobló la carta y la metió en la caja donde guardaba todos sus recuerdos del pasado... El Mayor le contó cómo tuvo que hacer para cogerla. Ni siquiera se enfadó con él. Lo entendió; si aquello era una forma de ayudar a Ian, en ese momento sobraban las disculpas. Colocó las fotos en orden, incluso las que se tomaron en el Txindoki unos meses atrás, y devolvió la caja a su sitio.

Tenía que terminar de organizar una boda, la suya.

El día prometía ser caluroso. Scarlet no durmió apenas debido a los nervios previos. Angy y Ari pasaron la noche en el ático con ella; Luis y el Mayor, en el piso de aquél. El resto de las chicas se quedaron en la finca de Pilar salvo Cyn, que viajaría directamente desde el norte, ya que había pedido traslado para poder estar más cerca de Lara, la hermana de Samuel. Ellas, iniciaron una relación amorosa cuando volvieron de Perú. Los padres de

Scarlet y Tere pasaron la noche en el mismo hotel donde se celebraría la ceremonia y posterior banquete. Así lo decidieron debido al estado de salud de Manolo. No había estado muy bien los últimos meses.

Jesús esperaba a Scarlet en la puerta. Él sería el encargado de llevarla hasta el hotel. Cuando la vio aparecer se emocionó, nunca había visto una novia más bonita.

El vestido era todo de encaje blanco con escote corazón y corte sirena. Le hacía una bonita figura. Era el mismo vestido con el que se había casado Clara. Scarlet siempre le dijo a su madre que si algún día ella se llegaba a casar lo haría con ese mismo vestido. Por eso Clara lo guardó cuidadosamente, por si llegaba ese día... le hicieron algunos arreglos para adaptarlo al cuerpo de Scarlet, y quedó muy bonito. También le prestó los pendientes y un fino collar de perlas que le había regalado Tere para ese día.

—Estás preciosa —le dijo tomándola de la mano para ayudarla—. Es un honor ser yo quien te lleve hasta tu padre.

—Gracias, no me digas esas cosas que me pongo a llorar y qué va a pensar la maquilladora si estropeo su trabajo...

—¿Estás preparada y segura de esto? —dijo cerrándole la portezuela del coche

—Jesús, voy a casarme, no a la guillotina...

—Entre una cosa y la otra, no sabría decirte...

—Ja ja, ya veo, y me lo dices tú, que te casaste una vez y ahora estas con Lola. La guillotina te dio más miedo.

—Ya ves, uno que no es perfecto. Vamos, que nos estarán esperando

—Sí, vamos, no vaya a ser encima que llegue más tarde que la novia. Ja, ja, ups, si soy yo. Ja, ja, ja.

Llegaron al hotel, los invitados ya se encontraban sentados en sus bancos. La familia de Luis, los amigos y algunos compañeros, el escuadrón

suicida por otro lado y Clara y Tere cerca de Manolo. Cuando éste supo que había llegado, se levantó y poco a poco salió a hasta la entrada para ir a buscarle.

—Hija... Dios mío, estás mucho más bonita que tu madre el día de nuestra boda —le dijo mientras la ayudaba a salir del coche.

—Papá, gracias. ¿Te encuentras bien? No tienes muy buena cara.

—Sí, hija, un poco cansado. Últimamente he tenido mucho trajín con esto de la boda.

—En el hotel hay un doctor; si en algún momento lo necesitas, dímelo.

—No te preocupes, eres mi hija y hoy es el día más importante de tu vida. Mañana, Dios dirá.

—Bueno, pero si en algún momento necesitas...

—Vale. Vamos, que tu madre está histérica.

—Qué raro —dijo, poniendo los ojos en blanco—. Papá, espera. Antes quería decirte una cosa.

—¿Qué cosa?

—Nunca te agradecí todo el apoyo tuyo y de mamá cuando estuve mal.

—Niña, somos tus padres. Si nosotros no estamos contigo, ¿quién va a estar?

—Yo sé cuáles eran tus ideas y tu forma de pensar, sé que fue duro para ti. Por eso te pido perdón.

—No tienes que hacerlo. Yo estaba equivocado también, lo importante no era con quién estabas, sino si eras feliz. Verte de aquella manera me hizo entender muchas cosas. Así que no hay nada que perdonar. Y ahora vamos, que tu madre me está lanzando cuchillos con los ojos.

—Pero si no está mirando...

—Los estoy sintiendo en la nuca. “Maite zaitut.”

—Y yo a ti también.

Las puertas se abrieron. La sala estaba en silencio. Rous se había esforzado en colocar las flores de los bancos con la ayuda de Ari y Marian. En el altar Luis, vestido con un impecable traje de tres piezas, acompañado de su madre, Doña Juana, que iba ataviada con un elegante vestido color azul turquesa.

Poco a poco se iban acercando. De fondo sonaba una suave melodía que reconoció al instante: era una canción que siempre escuchaba y que le gustaba mucho, pero que había dejado de oírla porque le recordaba los días de angustia en Perú. Luis quiso rescatarla para aquella ocasión, no para hacerle recordar esos tristes días, sino porque comenzaban una nueva vida juntos y tenía que estar presente ese día.

A su paso Scarlet miraba a un lado y a otro sonriendo, agradeciendo a los asistentes que los acompañaran en ese día.

Manolo cedió a Luis la mano de Scarlet.

—Muchacho, te llevas lo mejor de nosotros. Cuídala y quírela como ella se merece.

—Será un placer, señor Manolo. Descuide que la voy a tratar como lo que es, mi princesa. Estás preciosa, mi vida.

—Gracias, amor, tú también estás muy guapo.

Comenzó la ceremonia. El párroco ofició una misa muy bonita y emocionante. Los votos que se hicieron Scarlet y Luis nada tenían que ver con lo tradicional. Intercambiaron los anillos, regalo de Pilar y su marido. El cura los declaró, marido y mujer.

Los invitados salieron al jardín, donde estaba todo dispuesto para el cóctel de bienvenida que disfrutarían mientras los novios iban a hacerse el reportaje fotográfico. Dos horas después se reunieron con sus invitados, que comían y bebían.

La fiesta transcurría alegremente, vítores y hurras por los novios se

escuchaban desde todos los rincones del jardín.

Una pequeña punzada de tristeza se apoderó de Scarlet.

—Bonita, vendrá. Todavía está a tiempo—. Luis siempre tan pendiente de sus emociones.

—No importa, amor. Pero tenía la esperanza de verle y despedirme de él.

—¿Por qué despedirte?

—¿Te acuerdas de la carta que me escribió? —le dijo mientras bailaban.

—Sí, recuerdo que me mencionaste que estaba preparando una expedición o algo así.

—Eso es. Esa expedición... estoy segura de que se va para no volver. Por eso quería despedirme.

—¿Hay sitio para uno más? Me dijeron que una amiga daba un fiestón y decidí acercarme.

—¡Ian! Has venido, gracias —se giró a su recién estrenado marido—. Amor, él es Ian—. Le recordaba de cuando fue el juicio pero no se conocían personalmente.

—Luis, un placer conocerte. Enhorabuena a los dos.

—Igualmente. Os dejaré para que habléis.

—Espera un momento. Quiero darte las gracias no sólo por mí, sino por todas aquellas personas a las que ayudasteis cuando las inundaciones. En nombre de todas ellas, gracias. El Mayor y Scarlet me contaron que tú también fuiste a ayudar. Me alegra muchísimo que Scarlet haya encontrado un hombre como tú. Hazla feliz, por favor, se lo merece.

—Ése ha sido mi propósito desde el día que la conocí. Los amigos de mi mujer son bienvenidos a nuestra casa. Ahora sí, voy a dar una vueltecita, que veo que mi tía me está mirando raro. Me pidió un baile y ya no puedo

hacerme más de rogar, además las chicas se están desmelenando mucho. Hasta luego, amor. Un placer haberte podido conocer, Ian.

—Gracias —Ian tomó el puesto de Luis—. Te veo radiante y feliz.

—Lo soy. Gracias por venir. Necesitaba que estuvieras aquí hoy.

—¿Y eso por qué?

—Porque presiento que no te veré más. Quería despedirme —Ian la manejaba a su antojo. A pesar de la leve cojera que aún tenía, seguía siendo un buen bailarín. Los médicos esperaban que terminara de corregirse. Ya hacía un tiempo que no necesitaba los bastones.

—¿Qué te hizo pensar eso?

—Tu carta. Esa expedición es con billete solo de ida.

—¿Tan evidente fue?

—No, pero eso es algo que no ha cambiado de ti. Siempre había que leerte entre líneas. Aunque lo supe mucho antes, creo. Ve, busca tu gente y tu lugar si eso es lo que te hace feliz. Para volver siempre tendrás tiempo y aquí estaremos para cuando eso suceda, aunque sé que no lo harás. Por eso, éste es el mejor regalo que podías hacerme: darme la oportunidad de despedirme.

—Mañana me voy —lágrimas recorrían sus mejillas. Ian la abrazó—. Yo también prefería hacerlo así. Saberte bien y feliz era lo que más me importaba.

—Gracias por este regalo. Vive, porque la vida te dio otra oportunidad de hacerlo. Seguro que Khuyana te estará esperando en aquel alto desde donde veíais aquellos maravillosos atardeceres. Ains, Ian, ojalá que algún día seas tan feliz como lo soy yo ahora. Te quiero, amigo.

—Y yo a ti, naricilla. Venga, disfrutemos las horas que nos quedan. Tengo ganas de ver cómo son las componentes del famoso escuadrón suicida y de cómo se tiran de los pelos por coger el ramo de la novia...

Scarlet se unió a Luis, hablaban con los invitados, reían con las

ocurrencias de todos ellos. Estuvieron pendientes de todos en todo momento sin dejar de disfrutar ellos mismos.

En un momento determinado, la música paró. Luis buscaba a su mujer pero no la veía. Habría ido al lavabo. Las chicas habían desaparecido sin que nadie las echara en falta hasta ese momento. Uno de los componentes de la orquesta contratada tomó el micrófono e informó a los asistentes.

—Hola, sí, uno, dos. ¿Se me escucha bien? ¿Me pueden prestar un momento de atención, por favor? Gracias —todos miraron hacia el escenario—. La señora Scarlet, nos ha pedido un momento de descanso. Enseguida regresará con todos ustedes. Con su permiso vamos a hidratarnos un poco. Muchas gracias.

Luis buscaba a su mujer por el jardín. No había rastro de ella ni de las chicas.

—¡Ay, la Virgen de la Macarena, qué miedo me dan! —dijo Luis. A su lado ya se encontraban Ian y el Mayor, y después llegó Darío, el marido de Pilar.

—Luis, Mayor, prepárense, que de éstas cualquier cosa. Ja, ja, ja —dijo Darío.

—¿Qué me prepare para qué?

—Para lo peor —le respondió con cara de circunstancias—. ¿En serio creía que estas no liaran algo?

—No me asuste, hombre, que es el día de la boda de la señorita. ¿Qué puede haber de malo?

—¿Malo? —la música comenzó a sonar. No era la orquesta quien tocaba, sino música desde los altavoces— ¡Madre mía! —gritó Luis. Todos miraron hacia las puertas que daban acceso al jardín. A través del altavoz, se escuchó la voz de Scarlet.

—Esto es un pequeño homenaje a una persona muy especial que



apareció en nuestras vidas sin buscarlo y se quedó con nosotros para formar parte de esta familia. Por todos esos momentos en los que aguantó sin matarnos, por haber tenido una paciencia infinita y por salvarnos la vida... ¡Va por usted, Víctor Hugo!

Allí aparecieron todas ellas disfrazadas del escuadrón suicida, si en algún momento se creían que lo habían visto todo, aquello los dejó estupefactos. Salieron haciendo una pequeña coreografía para que los asistentes se les unieran. Podían haberse imaginado cualquier cosa viniendo de ellas, todo menos eso.

—¡La madre que las parió! —Dijeron el Mayor e Ian a la vez— Chaladas es poco. Tenían que hacer algo así en un día como éste. No podían estarse quietas, no...

—Lo peor no es eso...

—¿A qué se refiere, muchacho?

—Yo no sé a qué viene lo del escuadrón suicida, o sí, ahora creo entenderle, Mayor. Ja, ja. Créame que no lo va a olvidar nunca, ni usted ni nadie aquí presente. ¿Pero las habéis visto? ¿Sabéis una cosa? Adiós —dijo Ian uniéndose a las chicas. Él sólo fue el primero en seguirlas, poco después se les fueron uniendo todos los invitados. Las risas se escuchaban por todos los lugares del jardín. Aquélla era la mejor forma de terminar con un día tan especial. Felices.

Ese baile fue el primero de todos los que les quedaban a partir de ese momento, ahí no terminaba nada más que un capítulo de esta historia. Comenzaban otros muchos con ellas al frente. Porque lo que empezó como una amistad virtual se fue convirtiendo en una realidad, en una auténtica familia, con lo bueno y lo malo. Se abría una nueva etapa, y allí estarían ellas para hacerle frente a lo que viniese. Su apodo de escuadrón suicida se lo habían ganado con sangre sudor y lágrimas, y ya nadie podía cambiarlo. Atrás

quedaron los días de angustia, de dolor y de resentimiento. Habían pasado página a todo aquello.

La vida está llena de decisiones, unas mejores y otras peores, sólo hay que saber tomar las adecuadas y seguir adelante con las consecuencias. A eso se le llama vida, la de nuestros amigos y la nuestra propia.

¿Serías capaz de unirse a este peculiar escuadrón suicida?

**FIN**

## Sobre la autora



Soy Lía Martínez, nací en el mes de Octubre del año 1975, en una ciudad costera del Norte, más concretamente, en San Sebastián; vasca, pero hija de padres con raíces gallegas.

No fui buena estudiante y curiosamente, menos, en el terreno de las letras, cualquiera lo diría ahora.

Casada desde el año 2001 y madre de un adolescente, la vocación por la escritura me vino hace apenas unos pocos años.

Segundo puesto en el concurso Desafíos Literarios con el relato: La sombra de la bestia.

Finalista en el concurso literario de la Editorial Multiverso en el año 2017 con la novela: Segundas Oportunidades, el comienzo.

Mi primera novela fue: Segundas oportunidades, el comienzo.

...

...

## **Qhari**

Mientras las rocas golpeaban cada centímetro de su cuerpo, sólo pensaba en Scarlet. Todos los momentos que vivieron juntos, pasaron en una fracción de segundo por su memoria.

Subía a la superficie, apuraba a llenar de aire los pulmones y la misma

fuerza del agua le hundía de vuelta. Se sentía débil, no tenía fuerzas; sus brazos y piernas dejaron de moverse. Aunque estaba bien entrenado, tanto esfuerzo por mantenerse con vida lo tenían agotado. Había perdido la noción del tiempo que había pasado, ignoraba lo que les ocurrió a sus compañeros...

Tragaba agua por doquier, se volvía a golpear; aquello era una auténtica agonía. Sólo quería que terminase de una vez toda esa angustia, esa agonía. Todas las ganas de aferrarse a la vida tenían que acabar. El dolor era insoportable, si flaqueaba, todo terminaría en ese momento. ¿Qué más le daba ya? No había nada de dónde tirar para mantenerse a flote. Otro envite del agua, otro golpe, un último suspiro. Todo se volvió negro.

Abrió los ojos, se encontraba bajo la penumbra; no reconocía el lugar ni los ojos que lo observaban curiosos. El olor era intenso, no sabría definirlo pero no le era desagradable.

Hizo ademán de levantarse pero un dolor agudo se lo impidió llegando incluso a marearlo. El sonido de algo similar a unos cascabeles se escuchaba en algún rincón cercano. ¿Dónde se encontraba?

Giró los ojos para divisar algo más que la persona que lo miraba. Le era todo tan extraño... Volvió la vista al frente; los ojos negros pertenecían a una joven y bella muchacha, era muy bella a decir verdad e iba semidesnuda. ¿Desnuda? Bajó la mirada hacia los pechos, eran redondos y turgentes. No tendría más de veinte años. Su piel era oscura sin un ápice de bello; los brazos y muñecas, estaban adornados con pulseras y brazaletes. Era todo un espectáculo para la vista.

—Padre, ya despertó—. Se dirigió a alguien a quien no podía ver. Tampoco entendía el dialecto en el que se comunicaban, pero la voz de la joven era dulce y suave.

—Vete a tus quehaceres, ayuda a tu madre.

—Como usted mande, padre—. La voz del hombre era más aguda y

profunda. Este se acercó.

—¿Cómo se llama?—Le preguntó el desconocido. Lo miraba fijamente. Tenía el mismo color de ojos de la muchacha. Se encontraba totalmente desorientado. ¿Dónde estaba realmente?

El hombre le acercó un cuenco de barro a los labios para que bebiera; olía bastante fuerte pero aun así sorbió del misterioso brebaje. Sabía dulce, nada que ver con el olor.

El hombre en cuestión, también iba medio vestido, sólo un taparrabos para cubrir sus partes íntimas. Igualmente iba adornado con collares y pulseras, además de llevar plumas sujetas a lo largo del cabello. Parecía el típico jefe de alguna tribu. No sabía lo que era lo que bebió, pero le hacía tener alucinaciones o eso le parecía. ¿Era aquello el cielo? ¿Era eso? ¿Estaba muerto y ese era el lugar al que todos iban una vez se morían? Tal reflexión le hizo pensar si en realidad estaba muerto. Volvió a pasear la vista por el lugar, huesos, cráneos, hierbas y pieles colgadas eran la decoración de la choza.

¿Dónde se encontraba? Y lo que era más importante, ¿quién era él y cómo había llegado hasta allí?

Se quedó dormido.

El hombre salió de la choza, afuera se encontraba la gente de su tribu. Se acercó a Khuyana, su hija.

—Cuando termines, vuelve. El hombre blanco se quedó dormido. Si se recupera, será un milagro de nuestros espíritus. Nuestros ancestros nos están ayudando y guiando desde el otro lado. El chaman tuvo una visión una noche —, le contaba a la gente allí congregada. —No sólo vio nuestro hogar anegado por el agua, si no que un hombre sería arrastrado por ella. Los cuidados del sanador, están surtiendo efecto. Parece que su alma se quedó en el lado terrenal junto su cuerpo. Ve—, volvió a dirigirse a su hija. —Cuando despierte me avisas.

—Como quiera, padre, diré a madre que me ayude, hay que cambiar la cataplasma y yo sola no puedo.

—De acuerdo. Yo iré con tu hermano a la ciudad, tengo que avisar al Mayor, al jefe de policía.

—Padre, no lo haga todavía.

—Hija, quizás tenga familia buscándolo.

—Sólo hasta que esté más recuperado. Así podrá ir con usted y decir el mismo quién es y de dónde vino... —La reflexión de Khuyana tenía lógica. Ellos ante las lluvias torrenciales, tuvieron que partir hacia otras tierras más altas y alejadas del cauce del río. Tuvieron mucha suerte de no sufrir ninguna baja.

Un día se reunieron con otros jefes de otras tribus que al igual que ellos, intentaban salvaguardar sus costumbres, no habían tenido conocimiento que nadie que buscara al hombre blanco.

El día de la gran crecida, Inka e Intiawki, se encontraban cogiendo agua cuando Inka vio que el río arrastraba un cuerpo; exponiendo su propia vida y la de su hijo, se aventuraron a dentro para sacarlo. El hombre parecía muerto, no luchaba por su vida, era un juguete al que el agua manejaba a su antojo. Cuando consiguieron sacarle, apenas tenía latido. Tenía la cara desfigurada por los golpes y la cabeza ensangrentada. Una vez fuera, Intiawki fue a buscar ayuda. Le colocaron con cuidado en un improvisado camastro hecho a base de troncos de bambú para facilitar su traslado. No sabían cuantos huesos tenía rotos pero sí les preocupaba una gran herida abierta en la parte baja de la espalda. Si no se daban prisa, ese hombre no moriría ahogado, si no desangrado. El sanador con la ayuda de una de las ancianas de la tribu, consiguieron parar la hemorragia, invocaron a los espíritus de sus antepasados en una ceremonia sanadora, para mantener el espíritu del hombre blanco en el mundo de los vivos.

Pasaron los días y sus noches y el hombre blanco no regresaba del lugar donde se encontraba. El chaman presagiaba una buena recuperación, pero no podía determinar cuánto tiempo llevaría ese proceso.

Desde el día que Inka apareció con el hombre blanco, Khuyana, con permiso de su padre y del sanador, se encargó de sus cuidados; con la ayuda de su madre, cambiaban cataplasmas en sus heridas varias veces al día, sin descuidar por supuesto, sus obligaciones con la tribu.

Los huesos rotos, que no eran pocos, precisaban otro tipo de cuidados, pero siempre eran ella o su madre las encargadas de ayudar al sanador. Este se encargaba de recolectar plantas, raíces, hierbas para preparar ungüentos, cataplasmas y brebajes que Khuyana le iba dando. Con el paso de los días iba perdiendo la esperanza de ver los ojos de aquel curioso hombre. El chaman insistía que sus antepasados eran quienes decidían cuando y como.

El jefe Inka veía como Khuyana cuidaba del hombre. No quería que se encariñara con él; por ser su única hija, estaba obligada a cuidar de sus padres hasta que los espíritus fueran en su busca. Intiawki estaba destinado a ser el nuevo jefe de la tribu cuando eso ocurriese.

El sanador, gracias a sus conocimientos curativos, iba sanando las heridas del hombre pero el joven no regresaba. Cuerpo y alma estaban descompensados y hasta que su alma no volviese a lo terrenal, nada podía hacerse.

Más de tres lunas pasaron hasta ese día.

Después de todo ese tiempo, el hombre blanco tenía que despertar del letargo donde se encontraba. Había mucho camino por recorrer, los huesos rotos iban soldando, Inka estaba convencido de que tendría que aprender a caminar de nuevo entre muchas otras cosas. La urgencia inicial fue la herida de la espalda, en un principio creían que habría daños más importantes, como que tuviese dañada la columna vertebral. Hasta que no despertara, no podían



saberlo.

El día que eso ocurrió, al verse en un lugar desconocido, intentó levantarse, con ese movimiento supieron que quizás no fuera lo que en un principio temieron.

—¿Dónde estoy?— Preguntó. Tenía la boca seca. Khuyana tampoco le entendía.

Inka no sabía cómo hacerlo, pero tenía que encontrar la manera de comunicarse con el hombre. Necesitaba saber quién era y qué hacía allí. Su deber como ser humano era socorrerle, a pesar de que muy poca gente sabía de su existencia y que ese hecho podía ponerles en peligro, decidió ayudarlo. Ellos siempre vivieron en la selva, eran nómadas, pero llegó un momento en que decidieron asentarse en un lugar determinado; establecieron su aldea cerca del río. La tierra les proporcionaba alimentos, a parte del ganado y con eso sobrevivían.

Alguna vez el Mayor se reunía con él y con otros jefes de otras tribus, él entendía que quisieran salva guardar sus costumbres del resto de la humanidad y era el único que tenía relación directa con ellos. Cuando sabían que algún curioso, sobre todo reporteros de revistas de naturaleza merodeaba por los alrededores, actuaba el Mayor. Inka y el Mayor forjaron una gran amistad por esto.

Después del desastre, se establecieron en otras tierras. El chaman en sus visiones les vio en un lugar insólito y allí se fueron. Inka sabía que allí nadie iría, incluso él al principio era reacio a hacerlo, pero también sabía que sus ancestros no les guiarían a un mal sitio.

El lugar, rodeado por la maleza más espesa albergaba en su interior las mil maravillas jamás vista por la humanidad. Allí descubrieron las ruinas de lo que parecía una antigua civilización, rodeaba de vasta vegetación, aguas cristalinas y donde el olor que imperaba, era a tierra mojada, próspera a paz y

serenidad. Asentarían allí su poblado para la eternidad.

El tiempo llevaba su curso, el hombre blanco, poco a poco iba recuperándose. Khuyana lo cuidaba y mimaba con esmero, como si fuera cualquier otro miembro de la tribu. Sabía que su padre no consentiría que se enamorara de él, pero, ¿quién manda en el corazón?

Con ayuda de bastones, el hombre iba manteniéndose en pie primero, y aprendiendo a caminar después; una ardua tarea que muchas veces la llevaba a enfadarse sobremanera y que provocaba las risas de Khuyana. Como mejor podían, se comunicaban, por gestos sobre todo.

Al hombre, le quedó bien claro desde que despertó, que la muchacha se llamaba, Khuyana; lo que no sabía era cual era el suyo.

—Qhari—, le decía Khuyana—, venga, camina—. El hombre no la entendía, pero con la persistencia de ella, comprendió lo que quería de él. Un pasito, descanso, otro, y así con el paso de los días y semanas, el hombre comenzó a caminar él sólo, con la ayuda de los bastones, pero sólo. En todo aquel proceso, Khuyana también le iba enseñando su idioma, algo que no le estaba siendo muy difícil puesto que Qhari aprendía rápido.

Inka, Intiawki y el chamán se reunían en la choza para saber si los espíritus les guiaban y mostraban el camino a seguir con Qhari. Decidieron llamarle así porque era el nombre que más se adecuaba a él. Había demostrado valentía y fortaleza para recuperarse. El chaman vio al hombre blanco en otras tierras, con otra gente y así se lo hizo saber al jefe.

—Khuyana, ¿por qué no tienes marido?—Le preguntó curioso un día mientras recolectaban frutos.

—Bueno, es complicado.

—Explícame, si quieres—Le pidió.

—En nuestra cultura, la hija menor se debe quedar en el hogar paterno para cuidar de sus padres cuando estos sean mayores. Yo soy la única hija

hembra así que me corresponde a mí. Intiawki, aun siendo menor, él está destinado a ser el próximo jefe.

—Entiendo.

—¿Qhari, y tu, tienes esposa o familia?

—La verdad es que no lo sé. Sigo sin recordar nada, lo único que sé de mí, es lo que me habéis contado vosotros.

—¿Padre te ha dicho algo más?—, quiso saber si su padre le mencionó la posibilidad de ir con él a la ciudad grande a ver al Mayor...

—No, ¿hay algo que deba saber?

—No Qhari, claro que no.

—Volvamos, se preguntarán dónde nos metimos—. Antes de que pudiera girarse, Khuyana le besó sorprendiéndole. Esta salió corriendo.

—¡Khuyana, espera!— Aquel beso le gustó tanto... Algo se removió en su interior, la joven le gustaba. No debía y menos después de lo que le había contado Khuyana, pero hablaría con Inka, y si hacía falta, él mismo se quedaría con Khuyana y le ayudaría a cuidarlos. Ella fue quién le había cuidado, limpiado y le había ayudado en todo. Era lo menos que podía hacer por ella. Se le encogió el corazón al pensar en la posibilidad de perderla. Cuando faltaran sus padres, él se ocuparía de ella. Fue directamente a la choza del jefe e interrumpiendo la reunión que se estaba llevando a cabo con el chamán, Qhari pidió permiso a Inka para cortejar a Khuyana.

—Qhari, no puedo permitir eso y lo sabes—, le respondió Inka apenado.

—¿Pero por qué? Usted es el jefe...

—Lo siento muchacho; además, algún día recuperarás la memoria y ¿qué pasará entonces? ¿Lo has pensado? ¿Y si tienes una familia ya? Yo no podía dejarte morir en ese río... El chaman te vio en otras tierras.

—¿Cuándo?

—Eso era lo que estábamos hablando ahora. No se sabe a ciencia cierta

cuánto tiempo después de esto.

—Pero yo la amo, no quiero irme.

—No puedo dejar que mi hija sufra más de lo que ya está sufriendo.

—Yo no me voy a ir a ningún lado; no sé cómo lo voy a hacer, pero quiero quedarme. Quiero a su hija, a su gente y esta manera de vivir, ¿no lo entiende? No concibo mi vida fuera de esta aldea. Si no me quedo, seremos infelices los dos.

—Lo sé, conozco a mi hija, está enamorada de ti desde que te trajimos. Se lo advertí que no se encariñara... Ahora entiendo porque no quería que fuera a dónde el Mayor. Llevas tanto tiempo con nosotros, que perdí la cuenta de cuantas lunas han pasado.

—¿Quién es el Mayor?— Le preguntó.

—Es la persona a quién tenemos que ir para dar conocimiento sobre ti. A lo mejor tu familia te está buscando.

—No me importa nada. Si tengo familia, después de todo este tiempo, creerán que estoy muerto, ¿Qué caso tiene regresar? Yo no me quiero ir—. Dijo determinante. Salió de la choza y se fue arriba de la montaña. Era un lugar al que solía ir con Khuyana para ver los atardeceres. Nadie sabía de ese lugar.

Unos días después de instalarse allí, Khuyana se fue a explorar la tierra. La descubrió por casualidad y no dijo nada a nadie. Lo guardó hasta que Qhari pudiese caminar para ir hasta allí con él. Se había convertido en su refugio, ahí, Khuyana le enseñaba, le contaba historias de su tribu. Qhari escuchaba atentamente, estaba fascinado. No recordaba su vida anterior así que para él, ese era su hogar y su modo de vida. Subía las escaleras que improvisaron para que él pudiera acceder con más facilidad, tiró el bastón con rabia. Subía cojeando tentando a la mala suerte de perder el equilibrio y caer. Cuando casi ya estaba arriba, iba tan confiado de sí mismo que pisó una piedra torciéndose

el tobillo y cayó barranco abajo. Llegó al suelo produciendo un gran estruendo.

Al anochecer, cuando todos estaban reunidos alrededor de la hoguera, Intiawki fue quien acusó su falta. Se llevaban tan bien, que eran como hermanos. Este entendía el amor de su hermana por Qhari.

—Qué raro que Qhari no esté aquí.

—Hoy estuvo hablando conmigo, me pidió cortejar a tu hermana y al recibir una negativa por mi parte, salió muy enfadado. Necesitará su espacio. No debe ser muy fácil para él. Déjale, seguro está por el río—, dijo Inka. Pero al día siguiente tampoco apareció y eso sí que los alarmó. El no dejaba sus quehaceres sin realizar. Al estar limitado de movimiento, ayudaba a las mujeres; nunca se quejó de hacer aquello, el hombre se dedicaba a la caza no a esas labores. Qhari siempre estuvo agradecido y jamás protestó. Por la tarde tampoco apareció y tanto Intiawki como Khuyana estaban preocupados. Intiawki, salió dirección al río a buscarlo mientras que Khuyana hacia su lugar secreto, quizás fue allí y no quería hablar con nadie. Cuando llegó sólo encontró los bastones con los que se ayudaba.

—¿Qhari, estás ahí?—. Nadie respondía. Subió los escalones hasta arriba y miró, Tampoco se encontraba allí—. Por todos los espíritus, ¿dónde estás?— Oyó un quejido abajo del barranco, no es que fuera muy profundo pero sí lo suficiente como para hacerte mucho daño si te caías, más, en las condiciones en las que se encontraba Qhari en ese momento. Se asomó al borde y allí lo vio, tirado—. Qhari, no te muevas, voy a buscar ayuda.

Khuyana regresó al poblado, justo llegaba también Intiawki del río.

—¡Vamos, acompáñame, está herido!

—¿Dónde está?— Le preguntó.

—De camino te cuento, es un lugar que encontré y no lo sabe nadie, así que padre no debe enterarse.

—De acuerdo, vamos—. Entre los dos le ayudaron a levantarse.

—Qhari, ni siquiera has terminado de recuperarte y casi te vuelves a romper las piernas—, le recriminó Khuyana enfadada.

—Me duele— se quejó.

—Te va a doler el garrotazo que te voy a dar. ¿En qué estabas pensando? Ya no eres un niño chiquito—. ¿Qué pasó?

—Le pedí a tu padre cortejarte.

—Tú estás loco—, en el fondo estaba encantada que alguien tuviese esas intenciones con ella a pesar de los impedimentos que conllevaba—. No podemos, ya lo sabes.

—Me da igual, yo te...

Llegaron al poblado y lo metieron en la choza del sanador. Este le dio un brebaje para aliviarle el dolor. Aunque no se había roto nada, si tenía un tremendo golpe. Con el brebaje, se quedó dormido.

—Khuyana, ve con tu madre, y tú—, le dijo a Intiawki— ve a buscar a tu padre y al chaman y hazlos venir.

—Ahora mismo—, dijo el muchacho. Ambos salieron de la choza a sus respectivos encargos. Poco después, el joven regresaba con los dos hombres.

—¿Qué le ha ocurrido?

—No lo sabemos todavía. Inka, yo no tengo ningún problema de que se quede, pero si ese no es tu deseo, creo que ya sería conveniente ir en busca del Mayor. Eso es algo que tú tienes que decidir. Por mí, si se quiere quedar, que lo haga, lleva tanto tiempo con nosotros que ya lo considero uno de los nuestros. A pesar de sus dificultades, es buen recolector, hace bien todo lo que se le manda sin protestar y creo que será un buen cazador cuando sus piernas estén totalmente recuperadas. Durante muchas lunas ha sido uno de nosotros, se ha amoldado a nuestro modo de vida y nos ha ayudado siempre. Nunca protestó por hacer trabajos de mujeres, les ayudaba con sus tareas,

incluso haciendo la comida. No puedo decir nada malo de este hombre...

—Está enamorado de Khuyana—. Respondió Inka.

—Lo sé, por ese motivo creo que debemos hacer algo antes de que sea demasiado tarde, si no lo es ya.

—Lo más conveniente y correcto es llevarlo con Mayor.

Esa fue la última palabra del jefe Inka. Qhari estuvo dos días bajo los efectos de los brebajes del sanador. Cuando despertaba, se sentía desorientado, su cabeza no pensaba con claridad y estaba confuso. El dolor iba en disminución así que no entendía por qué le tenían en ese estado. Cuando fue consciente realmente de todo, se encontraba en un claro acompañado de alguno de los hombres de la tribu, entre ellos Intiawki e Inka. Al otro lado del claro, un hombre junto a un vehículo se acercaban a ellos.

## PERÚ, MESES DESPUÉS.

Ian llegó a Tambopata a primera hora de la mañana aun con la resaca de la boda de Scarlet y Luis. Desde el momento en que subió a ese avión, sabía que no había vuelta atrás. Lo dejaba todo, iba en busca de su felicidad. Todos sus seres queridos estaban bien así que se fue con esa tranquilidad.

Fue a ver a Awen, ésta se alegró de verlo, le vio muy recuperado y eso también le alegró. Estuvieron un rato hablando y se despidieron. Ian comenzaba una nueva etapa; el Mayor por supuesto le ayudó con todo lo necesario. Le puso en contacto con José Fernando, que se convirtió en el nuevo jefe de la policía al dimitir el Mayor, y este, ya le estaba esperando. Le acompañaría hasta el claro y desde allí él sólo, se aventuraría en la selva hasta el poblado. Se llevó lo justo, lo más importante para él y un GPS que le proporcionó José Fernando, con las coordenadas hasta el lugar. Caminó durante horas, no era un camino fácil dada la maleza que había, el calor y la

humedad lo ahogaban. Según se iba acercando al poblado, el sonido de unas risas le parecieron cantos de sirenas. Se paró en seco, ¿qué tal si Khuyana no quería saber nada de él? ¿Habría merecido la pena dejarlo todo por ella? El estómago se le encogió. Iba entrando al poblado, los niños reían y corrían de un lado para otro, las mujeres sentadas haciendo sus labores artesanales lo miraban curioso. Con aquel atuendo no le reconocían. Cuchicheaban entre ellas por lo bajo. El, no les decía nada, sólo las observaba jocoso. El sol se empezaba a esconder. No veía a Khuyana por ningún lado.

Los hombres se prepararon ante la algarabía que comenzaba a oírse fuera de la choza. Intiawki cayó en la cuenta y tranquilizó al resto. Su alegría era latente.

—¡Por todos los espíritus hermano! ¡Qhari, me alegro de verte!—, le dijo dándole un fuerte abrazo.

—¡Bienvenido hijo! Has tardado mucho más de la cuenta.

—¡Gracias jefe, hice todo lo que pude por venir antes! Y vine para quedarme.

—Lo sé, el chaman te vio volver.

—¿Dónde está?— Le preguntó.

—La verdad, ni idea. Dice que está buscando sosiego, Desde que te fuiste, no ha sido la misma.

—Gracias por decírmelo. Creo que se dónde encontrarla.

—¡Qhari!,— le llamó Inka. Este se giró hacia el jefe—. Te dije que si regresabas era porque lo quisieron así los espíritus y porque ellos te consideraban uno más de nosotros.

—Sí, eso fue lo que dijo.

—Cumpliré con lo que dije, pero el pueblo entero debe estar de acuerdo.

—Me parece bien jefe, haga lo que tenga que hacer, yo no tengo



intención de irme. Voy a buscar a Khuyana.

—Convocaré una reunión con toda la gente y se decidirá.

—Vale, me parece lo justo—, Qhari sabía que eras muy querido en el poblado, quería pensar que eso no había cambiado con el paso de los meses, no le preocupaba lo más mínimo. Entendía que tenía que ser así, el pueblo debía ser partícipe de una decisión así.

Qhari caminó hasta la montaña dónde él y Khuyana solían ir, estaba seguro de encontrarla en ese lugar. Al principio no la vio así que subió los escalones para acceder a la parte alta y allí estaba, sentada mirando el atardecer; los rayos del sol bañaban su cuerpo dándole un tono rojizo. Nada era más bello que aquella imagen. Había contemplado miles de atardeceres con ella pero ese se le antojaba el más especial. La observó desde la distancia, estaba tan bonita... Su corazón galopaba a mil por hora. Verla así fue la confirmación de que había tomado la mejor de las decisiones de su vida. En ese momento Khuyana se giró en su dirección y sus ojos se encontraron, se quedó paralizada, no podía moverse. Una gran sonrisa se fue dibujando en sus labios según Qhari se acercaba a ella. Ninguno decía nada. Se sentó a su lado y la rodeó con su brazo por la cintura. Ella apoyó la cabeza en su hombro y juntos terminaron de ver aquel atardecer en un silencio absoluto sólo roto por un susurro.

—Bienvenido a casa, Qhari.